

CARL OLOF ROSENIUS



**UNA GUÍA CLARA Y FIEL
A LA PAZ CON DIOS**

Publicado originalmente por
Augsburg Publishing House en 1923

Reimpreso en 1990 por
The Board of Parish Education
3110 East Medicine Lake Boulevard
Minneapolis, Minnesota - 55441 - EE.UU.

Reimpreso el 2020 por
La Asociación “El Sembrador”
Calle Loa 621- B
Sucre – Bolivia

La Editorial “El Sembrador”
Centro Comercial La Salle B-15
Arequipa – Perú

Contactos:
Gonzalo Ascarrunz: +591-73417525
Joel Vera Talavera: +591-67622824
René Villegas: +591-67607735
Miguel Fuentes: +51 982313388
Ingar Gangas: +47 90151234

Distribución gratuita - Prohibida su venta.

PRESENTACIÓN

Carl Olof Rosenius (1816-1868) fue un Pastor Luterano con el don de consolar a las almas afligidas y que, por su tarea, fue llamado el evangelista de los países nórdicos.

Redactor de “El Pietista”, boletín que en los años 1850-1860 fue el más grande en toda Escandinavia, es a partir de este boletín que se extrajeron y produjeron varios libros, entre ellos el que ahora les presentamos, “Una guía clara y fiel a la paz con Dios”.

Junto a sus libros: “Cada día con Dios”, “El Padrenuestro” y un “Comentario a los Romanos” (en tres tomos), este libro se constituye como la corona de sus escritos.

La literatura de Rosenius fue traducida a varios idiomas y aún continúa traduciéndose a otros más.

Para muchos, este libro realmente ha sido una clara y profunda ayuda e iluminación espiritual especialmente para las personas afligidas, que buscan paz con Dios.

Estamos muy agradecidos con la Misión Luterana Laica (MLL) de Noruega y el misionero Ingar Gangas, que financiaron y supervisaron la impresión de este edificante libro.

Cuando se presentó la primera edición, un conocedor de Rosenius escribió: “Rosenius ha recibido un extraordinario don del Señor para guiar a las almas preocupadas por tener paz con Dios, y guiarlas a Jesús, dándoles así luz acerca del camino de la salvación. Su don fue el de librarlas de la esclavitud de la ley a la claridad y reposo en el auténtico evangelio”.

Sobre una posterior edición alguien escribió: “Distribuí varios ejemplares de este libro y en todos los lugares donde llegué se recibió con mucho entusiasmo. Siempre hubo comentarios de que fue de mucha ayuda espiritual. Después de leerlo dijeron que fue el medio de Dios para mostrarles la fe verdadera en el Salvador, entre éstos,

muchos habían buscado paz con Dios por bastante tiempo y recién la encontraron”.

El título de este libro bien podría ser: “¿Sabes si tienes paz con Dios?”, por que justamente estas páginas nos ayudan a responder esta pregunta... ¡de forma positiva!

Esa es nuestra meta, que al terminar de leer esta obra, tú puedas afirmar con auténtica alegría, ¡Ahora estoy seguro que tengo paz con Dios!

¡Que el Señor te bendiga!

Los Editores

CONTENIDO

Capítulo 1

La Santa ley de Dios 13

Capítulo 2

La ley y su propósito 25

Capítulo 3

El evangelio 45

Capítulo 4

La ley, la conversión y la justicia válida ante Dios 73

Capítulo 5

El evangelio para los impíos..... 85

Capítulo 6

El gran misterio revelado 109

Capítulo 7

El bautismo de niños.....119

Capítulo 8

Pámpanos en la vid..... 127

Capítulo 9

La revelación del misterio..... 141

Capítulo 10

La seguridad de la remisión de los pecados..... 167

Capítulo 11

La utilidad de la Palabra de Dios..... 185

Capítulo 12

Pereza espiritual y seguridad carnal..... 205

Capítulo 13

¿Soy deudor del alma de mi hermano?.....211

Capítulo 14

La pureza espiritual del creyente..... 219

Capítulo 15

Los principales frutos de la muerte y la resurrección de Cristo..... 239

Capítulo 16

La vida cristiana 251

PREFACIO

Carl Olof Rosenius ocupa en la historia eclesiástica de Suecia un lugar similar al de John Wesley en Inglaterra; John Knox en Escocia; Christian Scriver en Alemania y Hans Nielsen Hauge en Noruega. En los días de estos santos hombres de Dios el racionalismo, el ritualismo externo y el secularismo amenazaban la vida de la iglesia, tal como sucede en estos días. Cuando la ortodoxia se hundía en el ortodoxismo; cuando el Espíritu era apagado por la letra; cuando la vida espiritual de la iglesia estaba siendo sofocada por formalidades y ordenanzas, Dios levantó elocuentes testigos que trasladaban la profesión a la práctica, que llamaban a los hombres al arrepentimiento, a la fe en la sangre expiatoria del Hijo de Dios y a una vida nueva conforme al Espíritu.

Estos testigos, tal como los profetas de antaño, demandaban honestidad interior. Denunciaban temerariamente los pecados de sus días y de su generación. Su testimonio nos llegó a través de las generaciones posteriores y, ¡quiera Dios!, resonará en los oídos de la gente hasta el fin de los siglos. Sus sermones y demás escritos llegaron a ser una levadura tan efectiva para la conversión y estabilidad espiritual para la gente de hoy, tal como lo fueron en los días del peregrinaje terrenal de sus autores. “*Las palabras que yo os he hablado*” –dice Jesús en Juan 6.63– “*son espíritu y son vida*”. El hombre muere y pasa, pero las palabras de Cristo viven y no pasarán jamás.

Carl Olof Rosenius nació en Nysätra, provincia de Norrland, Suecia, donde su padre fue pastor en la Iglesia Luterana de Suecia. Espiritualmente eran días oscuros, era la noche de negrura total. Casi todos los pastores eran racionalistas y materialistas puros, predicando desde sus púlpitos sobre el valor de la honestidad, austeridad y otras virtudes; impartiendo detalladas instrucciones acerca de la correcta alimentación del ganado y sobre el tratamiento adecuado del suelo. Y si un laico osaba predicar a sus semejantes la vivificante Palabra de Dios, era acusado por el clero, arrestado y encarcelado bajo las

disposiciones de la *ley contra los conventículos*. La primera mitad del siglo XIX se caracterizó por las vergonzosas persecuciones contra los que se atreviesen a proclamar el Nombre de Cristo.

Uno de los pocos pastores, que demostraron ser tales de verdad, fue el padre de Rosenius. Fue un verdadero Juan Bautista, una voz “*clamando en el desierto: ¡Arrepentíos!*”. “*Ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego*” (Lucas 3.4-9). La gente comenzaba a leer sus Biblias. Y a todos cuantos persistían en este hábito se los tildaba de “lectores”. El clero racionalista desaprobó y denunció al extraño pastor ante las autoridades. Éstas lo removieron autocráticamente, transfiriéndolo a otra parroquia, donde el intrépido testigo de Cristo sufrió la misma experiencia. Lo corrieron de una parroquia a otra. Sin embargo, el movimiento que él había iniciado no moriría. Cuanto más vigorosamente los sabios y poderosos se empeñasen en apagar el fuego, tanto más se desparramarían sus chispas. Pronto toda Botnia occidental estaba sumida en llamas de avivamiento.

El hogar de un cristianismo tan vigoroso fue una bendición para el inteligente Carl O. Rosenius. Temprano en su vida entendió que el Espíritu de Dios obraba en su corazón. Cuando sus hermanos y hermanas y otros compañeros se entretenían con juegos y deportes, él frecuentemente se apartaba de la alegre compañía, se refugiaba en el bosque o en el campo, y meditaba allí quietamente en los misterios de Dios, de sí mismo y del universo. Anhelaba entrar en comunión más íntima con Dios, pero Dios le parecía inmenso y lejano.

La fe del muchacho sería probada por el diablo, que no siente más compasión del joven que del viejo. Fue tentado a dudar de la existencia de Dios. Cierta día, el muchachito decidió comprobar si Dios existe. Resolvió atravesar un terreno hasta llegar al granero, caminando en forma diagonal y con los ojos vendados. Si llegaba a la esquina del granero concluiría que Dios había guiado sus pasos. Ató un pañuelo sobre sus ojos y emprendió su experimento. Había caminado un trecho cuando, de pronto, un paralizante temor lo detuvo. Una mano invisible parecía detenerlo. No se atrevió a dar un solo paso más. Se quitó el

pañuelo de los ojos, y horrorizado vio que estaba parado al borde de un profundo pozo. Un paso más, y habría sido lanzado a la eternidad. Instantáneamente comprendió que fue la mano de Dios la que lo detuvo y salvó su vida. Desde ese mismo momento se esfumaron sus dudas en cuanto a la existencia de Dios y nunca más volvieron a tentarlo.

Cuando trasladaron a su padre a la villa de Saefwar, Carl Olof y su hermano Anton fueron enviados a la escuela de Umeå. Carl Olof era un muchacho tranquilo e inteligente, de profunda veneración hacia la Palabra de Dios. Y cuando leía acerca de los mártires de la fe, hubiera querido ser uno de ellos. Sentía deseos de ser un pastor en la iglesia. A la edad de quince años, llegó a una fe consciente y viva en Cristo. Se regocijó en Dios, su Salvador. Además de leer la Biblia asiduamente, estudiaba cuidadosamente los escritos de Lutero.

A la edad de dieciséis años Rosenius egresó de la escuela de Umeå. En esa misma época dirigió su primer estudio bíblico. Más tarde, durante un culto en el que había siete u ocho personas presentes, fuera de la sala de reunión se había congregado una multitud de compañeros de la escuela. Con insultos y arrojando escombros por la ventana abierta sobre la pequeña audiencia, pretendían impedir la reunión de los “lectores”. Pero, el joven evangelista no se dejó intimidar y dirigió el culto hasta su fin.

En el otoño de 1833 Rosenius ingresó al colegio en Hernösand. Aquí permaneció durante cuatro años, sufriendo las mordaces burlas de sus compañeros de estudio, debido a su asociación con el grupito de jóvenes que amaban al Señor y se congregaba ocasionalmente en reuniones de oración.

En 1834 trasladaron a su padre a la parroquia de Burtresk, unas sesenta o setenta millas al norte de Umeå. Aquí el joven estudiante conoció a una mujer evangelista itinerante, que él jocosamente designó como “la profetisa”. Ella fue de gran ayuda espiritual, porque era una sabia y experimentada mujer cristiana. En años subsiguientes Rosenius mantendría frecuente contacto por cartas con ella.

En el Viernes Santo y la Pascua de Resurrección de 1836, Rosenius pronunció sus primeros sermones públicos en la parroquia de Stigsjö. Pero, los sermones no le agradaron mucho al pastor local, quien objetó que el joven predicador había degradado el púlpito al emplear un dialecto del vulgo. Tampoco el contenido de esos sermones satisfizo al Reverendo. Rosenius había hablado de la comunión del creyente con Cristo y el Párroco calificó aquello de “fanatismo místico”.

Graduado en el colegio en 1837, volvió a la casa de sus padres en Burtresk. Asistió a su padre en el púlpito, en reuniones de oración y en visitas a enfermos. Con el permiso de su obispo realizó una visita misional a los lapones, experiencia que lo impresionó profundamente.

En el otoño de 1838 Rosenius se matriculó en el Departamento de Teología de la universidad de Uppsala. El día previo a su partida de la casa paterna, le escribió a su amiga y consejera, “la profetisa”: “Mañana parto al lugar donde ha sido erigido el trono de Satanás. ¿Cómo podría atreverme a viajar hacia allá si no supiese que el Defensor de Israel es mi segura defensa? Él así lo quiso. ¡Entonces, que él también se haga cargo!”. La vida de los estudiantes era salvaje y desvergonzada. “La oscuridad aquí es espantosa,” —escribió— “más densa que la de Egipto. El lugar es una verdadera Sodoma. Borrachera, inmoralidad, perjuros y toda clase de vicios florecen libremente. Cuando las personas educadas, los dirigentes de Israel, viven en esos abominables pecados, ¿qué se puede esperar de la gente común, a las que desde la niñez se les enseñó a seguir sus pasos?”.

No es de extrañar que en ese entorno la vida espiritual del joven teólogo quedase insatisfecha. Pero, no permaneció mucho tiempo allí. La falta de recursos, problemas de salud y la creciente aversión a la vida que veía a su alrededor, lo motivaron a dejar la universidad. Una razón final fue su deseo de salir a dar testimonio de su Salvador. Perdió el interés de seguir estudiando las materias seculares, cuyo conocimiento le requerían. Se concentraba cada vez más en las cosas relativas al reino de Dios. Sus amigos le aconsejaron interrumpir sus cursos en Uppsala y ofrecerse para el puesto de tutor privado. Pronto encontró lo que buscaba. En el verano de 1839 llegó a ser tutor familiar en el

estado de Lenna, cerca de Estocolmo. Sus pupilos fueron los dos hijos de la condesa de Lenna.

En ese tiempo oyó los rumores de un gran avivamiento que pasaba por la capital como el “sonido del viento soplando entre las copas de los pinos”. Se propuso visitar personalmente al evangelista, un inglés de nombre Scott. Scott era metodista, pero no enfatizaba las particularidades de la doctrina metodista y procuraba celosamente la salvación de las almas. Era un hombre de fe, con firmes convicciones. Sirvió para fortalecer al joven y débil teólogo en los fundamentos de su fe. Fue Dios quien había dirigido a Rosenius al encuentro de esta persona, que a su vez habría de introducirlo al trabajo en su viña. Sintió dentro de sí el llamado de un profeta y rechazó la ordenación, porque razonaba que lo ligaría a cierta denominación.

Su estrecha relación con el evangelizador metodista de Inglaterra naturalmente le valió la censura de varios sectores. No obstante, Rosenius prosiguió sus actividades evangelizadoras en alianza con el inglés, sin dejarse influenciar en lo mínimo por las doctrinas erróneas del metodismo, y adhiriendo incommoviblemente a las Confesiones Luteranas en toda su predicación, en sus enseñanzas y en sus escritos. Siguió siendo un robusto luterano hasta el fin de su vida.

Después de haber escrito un buen número de artículos para “The Missionary Times” de Estocolmo, Rosenius llegó a ser el editor de ese periódico, en el Año Nuevo de 1842. Simultáneamente, él y el evangelista Scott comenzaron una publicación mensual denominada “El Pietista”. Este periódico le permitió a Rosenius llegar a la gente de todo el país. Sus columnas contienen la mayor parte de su obra vitalicia. Miles y miles de almas fueron bendecidas por medio de esas páginas.

Rosenius estaba ahora totalmente feliz. Había encontrado un instrumento en el que podía expresarse libremente y sin impedimentos. Estaba rodeado de socios leales y capaces en el trabajo de llamar los huesos sin vida de la iglesia a la vida. Su propia vida ahora estaba ocupada con la tarea de salvar almas mediante el evangelio del Cristo crucificado y resucitado. Sin embargo, eventualmente una espesa nube cubriría

su gozo. Una creciente marea de mala voluntad y hostilidad contra el Sr. Scott culminó el Domingo de Ramos de 1842 en un tumultuoso ataque contra la iglesia en la que estuvo predicando esa noche. Scott debió salvar su vida escapándose por una ventana abierta y atrincherándose en su habitación. Las autoridades, por su parte, le notificaron que no podían responsabilizarse más por su seguridad y le aconsejaron huir del país.

Poco después de la partida de su amigo y colaborador, Rosenius realizó una visita a su casa en Norrland. Su anciano padre había muerto, y Rosenius consoló a su anciana madre. Pero, su visita fue breve. A mediados del verano estaba de vuelta en Estocolmo, editando sus dos periódicos religiosos. El año siguiente se casó. En 1856, cuando se organizó la Sociedad Misionera “Evangeliska Fostrerlandsstiftelsen”, Rosenius fue uno de los miembros más activos del directorio. Permaneció fiel en su puesto, cumpliendo su obligación de redactor y predicador hasta el fin de sus días. Falleció el 28 de febrero de 1868 en Estocolmo. El presente volumen, como sus demás libros, ha sido compilado de sus escritos en “El Pietista”. Sus escritos llevaron luz, aliento y gozo a innumerables almas incluso más allá de su tierra natal, a Europa, África y América.

LA SANTA LEY DE DIOS

*“Sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente”
(1 Timoteo 1.8).*

Dijo un reconocido teólogo: “A la ley se la conoce bastante bien por naturaleza. El evangelio, en cambio, es un misterio encubierto a la razón”. Esto es cierto, y está expresado en forma tajante. Sin embargo, los mayores errores y abusos de la ley se encuentran frecuente y lamentablemente dentro del propio cristianismo. Son errores y abusos que privan a la ley, y a toda la Palabra de Dios, de su poder y beneficio, destruyendo con eso a numerosas almas desamparadas. Con la piadosa ayuda de Dios, estudiaremos esos errores y abusos más graves.

No nos referimos aquí a los que desprecian la ley de Dios, cuya condenación es inmediata y fácil de entender. Pues todos entienden suficientemente bien, que Dios no admite en su cielo a personas que no sólo pecan, sino que también se burlan de su santa voluntad. Pues, ¿qué es la ley sino la voluntad de Dios? Y quien desprecia la voluntad de Dios, desprecia a Dios mismo y sin duda nadie ha encontrado una sola promesa en que Dios asegure tener piedad de los que lo desprecian.

Uno puede ser pecaminoso y débil, puede haber transgredido la ley de Dios; sin embargo, su piedad es suficientemente grande como para perdonar esa culpa por amor de Cristo. Pero, si despreciamos a Dios y su voluntad, sin siquiera tratar de amarlo y obedecerle, ¿cómo podemos esperar que semejante burla total de Dios y de su Palabra obtenga perdón? ¿Cómo podríamos pensar que estamos en el camino al cielo? ¡Detengámonos un momento y pensemos!

Tenemos ante nosotros un asunto que no se puede dejar tan ligeramente de lado como si no tuviera importancia. Se trata de algo que tiene que ver

con el destino eterno de nuestras almas. Con todo, pronto descubriremos que no es suficiente respetar la ley de Dios y hacer algún uso de la misma. Lo que se requiere es que la usemos “legítimamente”, o sea, correctamente, como el propio Dios quiere que la usemos.

El apóstol Pablo escribió con respecto a sus hermanos en Israel, que “...*tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia*” (Romanos 10.2); que “*iban tras una ley de justicia*” (9.31); que “*procuran establecer su propia justicia*” (10.3); pero, que “*sentía gran tristeza por ellos, y continuo dolor en su corazón*” (9.2), y que “*deseaba él mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a sus hermanos, los que eran sus parientes según la carne*” (9.3) si eso podría salvarlos. ¿Cuál fue, entonces, la falla? Era –dice el apóstol en 2 Corintios 3.15– que cuando leían a Moisés “*el velo está puesto sobre el corazón de ellos*”, de modo que “*ignoraban la justicia de Dios, y procuraban establecer la suya propia*” (Romanos 10.3); así que Israel, que “*iba tras una ley de justicia, no la alcanzó*” (9.31). No dejaron que la ley los acusase y condenase y que los llevase a Cristo. Convirtieron a la ley en un camino de salvación. No entendieron el verdadero propósito de la ley y por consiguiente, hicieron mal uso de la misma.

El principal propósito de la ley es almar a los pecadores y llevarlos a Cristo, “*quien es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree*” (Romanos 10.4). “*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne*” (Romanos 8.3). “*El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida*” (1 Juan 5.12). “*De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo*” (Gálatas 3.24). Tal es el propósito de la santa ley de Dios. La ley es un “Boanerges”, un trueno (Marcos 3.17), que ciertamente no nos bautiza “*en el Espíritu Santo y en fuego*” (Lucas 3.16), sino “*con el bautismo para el arrepentimiento*” (Mateo 3.11), presentándole así al Señor un pueblo bien preparado. La ley es la prisión en la que estábamos “*confinados para aquella fe que iba a ser revelada*” (Gálatas 3.23-24).

Ese es entonces el primero, el mayor y el más grave abuso de la ley que logra inutilizarla enteramente. De esta forma ella pierde totalmente su propósito. Y cuando la ley queda inutilizada, “*cuando la sal pierde su sabor*” (Mateo 5.13), ¿qué podrá alarmar y humillar a las almas? Cuando el corazón ya no es abatido por el rigor de la ley, también el evangelio queda sin efecto. Cristo mismo, con todos sus méritos, queda inefectivo. Porque “*los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos*” (Mateo 9.12); o sea, los que han quedado enfermos bajo el duro dominio de la ley. Mas cuando, tanto la ley como el evangelio, o sea, toda la Palabra de Dios, ya no ejercen ninguna influencia sobre el corazón humano, la persona está irremediablemente perdida y no se puede salvar.

Pero, veamos ahora cómo ocurre que la ley –y con ella toda la Palabra de Dios– queda inutilizada. Ocurre de la siguiente manera: Convertimos a la ley en el camino de la salvación, cuando debiera ser un juicio condenador, un ayo que nos lleva a Cristo. Esto ocurre, cuando uno modifica, debilita o suaviza los mandamientos y juicios del Señor, hasta hacerlos concordar con las opiniones del pecador, o al menos, corresponder con sus fuerzas naturales. A veces, se dice: “Ningún mortal puede cumplir este o aquel requisito de la ley. Por lo tanto, ese no puede ser el propósito de Dios, demandarnos un estricto cumplimiento de la ley en todo sentido; porque Dios no puede demandarnos más de lo que somos capaces de realizar”. Este es un error fundamental. De esta manera “*no se cierra toda boca*” (Romanos 3.19) ni “*queda todo el mundo bajo el juicio de Dios*”. Si un solo ser humano fuese capaz de cumplir todas las demandas de la ley, “*no sería cerrada su boca*”, y él podría “*jactarse*” ante Dios.

Quien desea entender por qué la ley de Dios requiere de nosotros más de lo que somos capaces de realizar y hasta qué extremo van sus requisitos, debe pensar en lo que es la ley. No es ni más ni menos que la santidad de Dios; la santa voluntad de Dios, expresada en palabras humanas y que está además en las conciencias humanas. Por eso, las demandas de la ley llegan hasta donde llega la santidad de Dios. Es la ley la que nos dice: “Dios requiere esto o aquello de ti,

y esto o aquello te lo prohíbe”. Está claro que esta voluntad de Dios demanda una justicia siempre creciente, hasta que lleguemos a ser santos como lo es Dios mismo. Pues él no nos pide a nosotros lo que él mismo no hace. En consecuencia, jamás dice: “No quiero que hagas esto o aquello, pero siendo que me pides permiso, te daré la licencia de hacerlo”. Antes dice: “*Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios*” (Levítico 19.2). Cuando consideramos que la ley es sencillamente la santidad o santa voluntad de Dios, también entendemos por qué no se puede cambiar o modificar una sola letra para adaptarla a las debilidades de la raza caída. En ese caso la santidad de Dios habría terminado. Quien, en cambio, recibe la gracia de discernir correctamente la santidad de la ley de Dios, no puede seguir teniendo más la esperanza de llegar a la perfección ante Dios, o sea, llegar a ser santo como lo es Dios mismo. Por el contrario: Con toda seguridad quedará humillado y abatido. Quien espera obtener la justicia de la ley (mediante el perfecto cumplimiento de todos los mandamientos), tiene “un velo” ante sus ojos; es ciego, y no comprende lo que la ley en realidad le exige.

No obstante, tú dices: “Es verdad, nadie puede llegar a ser perfecto como Dios; pero podemos cumplir lo que somos capaces de realizar en cuanto al cumplimiento de su santa ley”. Sin embargo, Dios no acepta esa clase de justicia. Hemos de cumplir su ley perfectamente, o ser condenados. La tajante sentencia de la ley es: “*Maldito el que no confirmare todas las palabras de esta ley para cumplirlas. Y dirá todo el pueblo: Amén*” (Deuteronomio 27.26). Y en el Nuevo Testamento, dice el apóstol Santiago: “*Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos*” (Santiago 2.10).

Tú, sin embargo, dices: “Pero, por amor de Cristo Dios es piadoso. Él me perdonará, si no guardo su ley perfectamente”. Respondo: Dios de ningún modo es piadoso con los que modifican o corrompen su ley. Esto es algo muy distinto a transgredir por debilidad y a pedir perdón por los méritos de Jesús, con lo que el creyente llega a poseer la justicia perfecta de Cristo mediante la fe en él, y no le queda debiendo lo más mínimo a la ley. Gracias a Cristo posee la justicia

que la ley requiere (Romanos 8.4); la justicia, a la que se refiere el apóstol cuando dice: *“Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Romanos 8.3). En resumen, tal persona no está más bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6.14-15). Pero, el que está bajo la ley, no tiene remisión de pecados, como declara el propio Jesús: *“De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”* (Mateo 5.18). ¡Ah, cuánto daño se le hace al alma, cuando no recordamos que algunos todavía están bajo la ley, mientras que otros ya no lo están, pues están bajo la gracia! (Romanos 3.19; 6.14; 7.4-6).

Estas dos clases de personas están bajo juicios muy diferentes. Es cierto que la gracia de Dios en Cristo Jesús es inmensa. Sin embargo, no le puede beneficiar a los que están *“bajo la ley”* y desean seguir siendo *“discípulos de Moisés”* (Juan 9.28). El Apóstol Pablo afirma: *“Todos los que dependen de las obras de la ley, están bajo maldición”* (Gálatas 3.10). Suprimir esta verdad y propagar en su lugar el evangelio de la carne; quitarle a la ley lo que el pecador considera demasiado severo; rebajar el objetivo de conquistar la santidad a un nivel asequible para el pecador, confiriéndole la satisfacción consigo mismo, la auto-justicia y la falsa seguridad carnal, eso es el abuso más peligroso de la ley. De esta manera se frustra todo el propósito de la ley, que era disciplinar y castigar el alma, para llevarla –no bajo el yugo de la servidumbre– sino al abismo de la desesperación; y de ahí, a Cristo, *“que es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree”* (Romanos 10.4).

Pero, también se puede obtener este debilitamiento de la ley; este embotamiento del filo de la ley, persuadiéndose uno mismo o persuadiendo a otros de una esperanza para el futuro: Que lo que falta ahora para cumplir la ley, se podrá suplir más tarde con la gracia de Dios. Cuando se haya logrado la victoria, habrá llegado la hora de apropiarse de toda la plenitud de los méritos de Cristo. Pero, ¡qué engaño más satánico! Tengamos presente que, si la muerte nos sorprendiese esta

noche, en ese estado, seríamos condenados para siempre, siendo que no somos santos como la santa ley de Dios lo requiere de nosotros. Tú tal vez, respondas: “Tengo la esperanza de que Dios no me llamará antes de estar preparado para el cielo”. Está muy bien que tengas esa confianza en Dios. Pero, ¿dónde está escrito que Dios alejará la muerte de nosotros, hasta que seamos tan santos como la ley lo requiere? En tal caso, jamás moriríamos.

Y nos preguntamos: ¿Acaso no recibimos la ayuda del Espíritu de Dios? ¿Estamos seguros de haber usado correctamente la gracia, de haber orado como debiéramos, pidiendo su ayuda, de haber velado y luchado en el poder de Dios tan fervientemente como debiéramos haberlo hecho? Si consideramos todo esto, posiblemente hallaremos que no tenemos nada más que esperar fuera de lo que Dios ya nos ha dado. Si comprendemos que de acuerdo a la ley estamos perdidos, la respuesta es: Eso es precisamente lo que la ley quiere enseñarnos, a fin de que nos refugiemos en Cristo.

No necesitas esperar algo que recién llegará en el futuro. El reino de Dios está cerca de nosotros. Tienes que entender que la justicia demandada por la ley, pero imposible de obtener por propios medios, se encuentra en otro lugar, a saber, en Cristo Jesús; y se recibe por medio de la fe en él.

Conviene que nos cuidemos de la falsa interpretación de la ley, pensando que somos capaces de cumplirla perfectamente. De igual modo hemos de cuidarnos de la idea de que no podemos salvarnos mientras no hayamos cumplido la ley, y llegado a ser puros y perfectos. Pues debajo de esta idea se esconde un asesino de almas, un anticristo, que quisiera hacer aparecer la sangre de Cristo como innecesaria, y hacernos creer que no nos sirve de nada; o que, a lo sumo, es sólo un medio de santificación, no la propiciación por nuestros pecados. Ese asesino desea destruir nuestras almas, ya fuere por medio de una falsa confianza en la justicia propia, o mediante un espíritu atormentador de servidumbre. Por el contrario, cuanto más amenazadores y terroríficos sintamos los truenos del Sinaí, y cuanto más aplastantes pesen las demandas de la ley sobre nuestras almas, tanto mejor; tanto más pronto hallaremos esa paz que permanece.

Perderemos el falso consuelo que descansa en la equivocada esperanza de la justificación por las obras de la ley. Nos sentiremos impulsados a buscar la ayuda de Aquel, cuyo nombre es Jesús –Salvador. En él efectivamente hallaremos gozo y paz.

Más de un alma, ignorando esta sublime verdad, exclama: “Me siento arrastrado tan imperiosamente y condenado sin piedad, que perderé el coraje. No podré encontrar aliento en Cristo, ni amor a Él”. Respondo: ¿Tenemos derecho a modificar o anular lo que Dios ha ordenado? ¿Quién puede atreverse a alterar los mandamientos y juicios de Dios? Ante todo, debe recordarse que el pecador no necesita aliento. Lo que necesita es un corazón quebrantado y contrito. El aliento que un alma obtiene de la justificación por la ley es maldito –es un falso aliento. Es precisamente este aliento el que lleva al alma a la servidumbre, a la auto-justificación y a la hipocresía. Es el mismo camino al infierno. Es este aliento el que la ley nos debe quitar.

Nótese, además, que no hay mejor medio para llevar verdadero consuelo al alma, que presentarle la ley en toda su severidad. Pues, hasta que no quede privada de todo consuelo en cuanto a su justicia propia conforme a la ley, tampoco estará preparada para aceptar la justicia de Cristo conforme al evangelio. Cuando Juan Bautista les preguntó a los saduceos y fariseos: “¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” (Mateo 3.7). Les previno diciendo: “*Ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego*” (Mateo 3.10). Él estaba castigando la arrogancia de sus corazones. Pero, en seguida les señaló a Cristo diciendo: “*¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*” (Juan 1.29). Y con eso relleno inmediatamente los valles (Lucas 3.5), animó a las almas abatidas, y le preparó el camino al Señor (Mateo 3.1-12; Lucas 3.1-18; Juan 1.19-34).

Vimos que la primera función de la ley es humillar al pecador y llevarlo al conocimiento de su pecaminosidad. Siendo esto así, preguntamos: ¿Cuál debe ser la naturaleza de ese reconocimiento de pecaminosidad para ser aceptable a Dios? Respondo: No es suficiente reconocer los pecados que hicimos, puesto que con este reconocimiento aún

podemos consolarnos con nuestras buenas intenciones y esperanzas de reparación. El sentimiento de nuestra pecaminosidad debe ser más profundo y genuino. Debemos conocer también la raíz de nuestra depravación, que consiste en tener seguridad carnal, hipocresía, dureza de corazón y menosprecio de Dios. Hemos de comprender que por esta razón somos pecadores perdidos y condenados. En tanto que no reconocemos esta depravación de nuestros corazones, seguiremos con nuestra auto-suficiencia; seguiremos diciendo: “Nos salvaremos por nuestros propios medios”. Seguirán latentes nuestra auto-justificación y seguridad carnal, y nunca recurriremos a Cristo y descansaremos confiando únicamente en sus méritos.

A este conocimiento fundamental de la propia persona, llegan muy pocos inmediatamente luego del despertar de sus conciencias. Es cierto que el alma puede quedar aterrorizada, pero no rendida, pues en seguida razona: “Conozco una salida. Trataré de convertirme, de dejar de lado mis pecados y malos hábitos y haré penitencias”. En tanto que pensamos sólo en una justicia externa, nuestra conversión puede parecerse completa. Conservamos esperanzas y perseveramos en nuestra auto-justificación. Pero, cuando pensamos en nuestra santificación interior y en que Dios mira el corazón, y vemos que nosotros mismos deseamos su purificación, muy pronto quedamos desilusionados. Porque cuando resolvemos amar a Dios sobre todas las cosas y personas, descubrimos que tenemos un corazón idólatra. Cuando queremos orar y combatir seriamente nuestras malas inclinaciones, descubrimos que estamos inmersos en el lodo del pecado. Ni siquiera somos capaces de lamentar y llorar por ello. Entonces quedamos totalmente desesperados y exclamamos: “¡Soy un alma perdida, un pecador inveterado, un hipócrita! ¡Ay de mí! Ni siquiera puedo luchar seriamente contra el pecado, ni arrepentirme sinceramente”.

¡Ahí entonces se ha producido precisamente lo que la ley debió lograr en nosotros! Pues, ¿qué es lo que ahora reconocemos? ¿Acaso no es la falsa seguridad de nuestros corazones, la hipocresía y el menosprecio a Dios y a su voluntad? El propósito de la ley era enseñarte la maldad y pecaminosidad de tu alma. En ese estado ya no encuentras aliento en ti,

pues es ciertamente algo terrible tener un corazón endurecido, confiado e hipócrita. Pero, ¿acaso no deseamos obtener este conocimiento de nuestros corazones? Ciertamente que sí, sólo que querías conocer tu estado de corrupción, no la vileza misma de esa corrupción. ¿Cómo fue posible obtener ese resultado? No necesitamos sentir un mal que no tenemos, sino sólo el que tenemos. Sin embargo, ahora nos parece que no tenemos un sentimiento consciente de nuestros pecados, sino que estamos obsesionados con el mismo. Vemos nuestros pecados, pero no los sentimos.

¿No era acaso esa falta de tristeza por el pecado lo que debimos reconocer? ¿No fue acaso el propósito de la ley privarnos de todo consuelo, a fin de que nos viésemos obligados a buscar a Cristo, para que él fuese nuestro único consuelo? Sin embargo, no es cosa sencilla buscar refugio en él. No es cosa fácil creer en él. Para eso hace falta recibir la gracia de Dios, sin la cual seguimos siendo pecadores perdidos, a pesar de todas las experiencias penosas del pecado que podamos haber sufrido. Él se coloca frente a nosotros clamando: “*¡Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar!*” (Mateo 11.28). Con tal que cerremos nuestros ojos a todos los inconvenientes y nos arrojemos así como somos a sus brazos, seremos salvos como tizones arrebatados del fuego, purificados en su sangre, justificados y alegres. Ahora entendemos qué significa la Escritura que dice: “*Cristo es el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree*” (Romanos 10.4).

Vimos que la ley es buena si se la usa legítimamente. Hemos señalado su uso correcto e incorrecto en la conversión de las almas. Pero, también tiene su uso en la renovación diaria del alma regenerada, justificada y perdonada, para mostrarle cómo conducirse en todos los aspectos –santificación–; y en parte, cuando el alma está en peligro de volverse mundana, para corregirla e inducirla a buscar a Jesús diariamente.

Pero, hay que destacar todavía otro error; un error que apareció en varios lugares de nuestro país (Suecia). Nos referimos a los “antinomianos” (contrarios a la ley), quienes consideran superflua la ley, tanto para la conversión como para la renovación –santificación–

diaria. Con esto no queremos expresar el mismo temor que el que manifiestan los discípulos de Moisés, que dicen ahora lo mismo que decían en los días de Pablo, cuando él descartó las obras de la ley como competentes para justificarnos, es decir que: “abolimos la ley por la fe”.

Quienes opinan eso de la ley, son personas que jamás aprendieron a distinguir entre justificación y santificación, entre ley y evangelio, espíritu y carne. Creen que Pablo a veces es demasiado evangélico, que abre demasiado la puerta al trono de la gracia. Otras veces opinan que es demasiado severo, que requiere demasiado de la naturaleza humana. Afirman que él denuncia lo que ellos consideran inocente. Pero, aquí no estamos hablando de esa gente. Hablamos de los antinomianos verdaderos, que declaran que la ley es innecesaria para la conversión. Y para probarlo señalan como evidencia que sólo el evangelio opera sobre el corazón. ¡Deplorable error! ¿Qué efecto tendría el evangelio de la gracia en nuestros corazones, si no reconociésemos y sintiésemos el pecado? Lo que castiga al pecado es la ley, aun cuando habla a través de las heridas de Cristo. La ley funciona como una regla, de una manera desconocida y secreta. Pues, “*no conociera el pecado sino por la ley*” (Romanos 7.7). Pues, si bien la ley no vivifica, no obstante, produce como resultado que el evangelio nos pueda iluminar. La ley es el arado que rompe el duro suelo, el evangelio la buena semilla. Es verdad que el crecimiento no viene sólo por arar, sino que también es necesario sembrar la semilla. Pero, si no se ara la tierra y la semilla cae sobre el camino duro, ésta no puede germinar, queda sobre la superficie dura, muere o se la comen las aves (Mateo 13.4, 19).

Quienes consideran a la ley como superflua para las almas regeneradas, para los que tienen una mente obediente, entienden e interpretan mal pasajes bíblicos como los siguientes: “*Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo*” (Gálatas 3.25); y “*no os sometáis nuevamente al yugo de esclavitud*” (Gálatas 5.1). Respondo: No me refería a nuestra conciencia, sino a nuestra carne, si es que estamos bajo la gracia. Pero, si nuestros corazones no son sinceros con Dios, y ya no nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior, y deseamos

retener intacto este o aquel pecado, nuestra conciencia quedará sometida; más aún, seremos sometidos al infierno en cuerpo y alma. Porque lo que está sometido en la tierra, también estará sometido en el infierno. *“Si vivís conforme a la carne, moriréis”* (Romanos 8.13). En cambio, si somos verdaderos cristianos, el espíritu a la verdad estará dispuesto y no necesita ser reprendido por la ley. Pero la carne es débil, confiada y perversa; necesita ser reprendida, como señaló Lutero: “El freno y el cabestro no pertenecen a la cámara nupcial, sino al establo y al caballo salvaje”. Entonces, ¡permanezcamos firmes en la libertad que Cristo nos obsequió, pero no abusemos de nuestra libertad para pecar! *“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres... solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne”* (Gálatas 5.1, 13).

LA LEY Y SU PROPÓSITO

Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. (Heb: 4.12)

De acuerdo a su contenido, la Palabra de Dios se divide en dos temas: Ley y evangelio. Si entendemos correctamente estas dos partes de la Palabra de Dios veremos que ella, o bien requiere algo de nosotros, o bien nos ofrece algo, con lo que Dios nos revela su carácter esencial. No existe una sola palabra que no se refiera, ya sea a la santa voluntad de Dios, ya sea a su piadoso consejo para nuestra salvación. No existe ni una sola palabra que no pertenezca a una de esas dos divisiones: Ley y evangelio.

A la ley pertenece todo lo que la Palabra de Dios enseña en cuanto a lo que hemos de ser y hacer; todo aquello que la Palabra de Dios requiere de nosotros, sean cualidades internas o acciones externas. Pues la ley de Dios reclama a toda la persona, su carácter íntimo, su mente y corazón, pensamientos y deseos. Por eso, ningún mandamiento dice: Tu cabeza, tu boca, tu lengua, tu mano debe hacer o dejar de hacer esto o aquello, sino “Tú”, la persona entera; o sea que la ley se dirige a toda la persona. Tomemos, por ejemplo, sólo el Primer Mandamiento. Ahí Dios demanda entera adoración de nuestro corazón y alma, de nuestra mente y de todas nuestras fuerzas (Lucas 10.27). Pensemos en todo lo que abarca la explicación que hace Lutero del Primer Mandamiento: “Debemos temer y amar a Dios y confiar en él sobre todas las cosas”. Temer a Dios sobre todas las cosas incluye la condición de dejar de ser carnal y materialista, confiado e indiferente frente a Dios; incluye la situación de mi alma, no pecar ligeramente, temer hacer algo que le

desagrade a Dios; y la disposición a sufrir cualquier cosa, aun la misma muerte, antes de ofenderlo a él. Implica velar y luchar seria, celosa y efectivamente contra cualquier pecado; implica velar, orar y luchar no sólo una hora, para luego rendirse a la tentación la hora siguiente, sino velar, orar y luchar sin cesar.

“Amar a Dios sobre todas las cosas” implica que mi relación con Dios no ha de ser fría, que no debo desinteresarme en la oración, y que vivir en comunión con Dios debe ser mi mayor gozo y deseo. He de pensar en Él más que en cualquier otra cosa; hablar de Él más que de cualquier otra cosa, y hacer alegremente todo lo que me pide. He de sufrir sumisamente todo lo que él permite que me sobrevenga. Todo eso es lo que hacemos por alguien a quien amamos.

Y, “confiar en Dios sobre todas las cosas” requiere verdadera fe y plena confianza en él. Excluye toda falsa confianza en mí mismo o en cualquier otra criatura. Prohíbe el egoísmo y la autosuficiencia, toda desconfianza enfermiza, toda incredulidad y preocupación paganas. En resumen, si estudiamos cuidadosamente los mandamientos de Dios, descubriremos que nos demandan no sólo esta o aquella obra; que nos reclaman la obediencia no sólo de éste o aquel miembro del cuerpo, mano, pie o lengua, sino toda la persona, cuerpo y alma. Por esa misma causa Cristo, en el capítulo 5 del Evangelio de Mateo, declara que Dios considera criminal a la persona que sólo está enojada con su prójimo; y que juzga de adúltero a cualquier hombre, que sólo mira a una mujer para codiciarla.

De estas reflexiones deducimos, en primer lugar, que la ley de Dios no sólo demanda obras; que no sólo dice lo que debemos hacer y dejar de hacer y cómo tenemos que ser, sino que ante todo demanda nuestra personalidad interior, una condición espiritual agradable a Dios, buenas cualidades interiores. Nos instruye en cuanto a lo que hemos de ser, y a cómo tenemos que ser espiritualmente. Por consiguiente, la ley de Dios comprende todas las palabras de la Escritura que se refieren a nuestra voluntad, a nuestro intelecto y a nuestro carácter. Cuando la Escritura reprende mi despreocupación espiritual, dureza de

corazón, frivolidad, orgullo, egoísmo, pereza en la oración, en el uso de la Palabra de Dios, es la ley de Dios la que me reprende.

Y esto no es todo. Descubrimos que esta condición espiritual interior, la mente, el corazón, los pensamientos y deseos del alma, son el requisito primario, lo que Dios demanda sobre todo lo demás. En consecuencia, aunque lleve una vida aparentemente piadosa, y haga una impresionante cantidad de obras de caridad en el mundo, y me cuide de todo tropiezo, pero acaricie en mi alma los pensamientos y deseos “que luchan contra el Espíritu”, Dios me conceptuará igual que a la persona que descaradamente cometa en hechos concretos todos esos pecados. Por eso, si mi condición espiritual es tal que hago lo bueno por obligación, por temor a las consecuencias y a las amenazas de la ley, entonces aún no estoy haciendo una sola obra agradable a Dios.

Así es Dios, y así es su santa ley. La ley de Dios no es ni más ni menos que su santidad, naturaleza y voluntad, expresadas en palabras. Y así como él mismo es, él quiere que también nosotros seamos. Lo que él ama, que lo amemos también nosotros. Lo que él aborrece, que lo aborrezcamos también nosotros. No le agrada que amemos lo que él aborrece, o que aborrezcamos lo que él ama. Así como él mismo no puede tolerar al pecado y al diablo, tampoco puede tolerar que nosotros les sirvamos. Por esta razón se presenta a sí mismo como modelo. Requiere que seamos santos y perfectos como lo es él mismo. Por eso, dice: “*Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios*” (Levítico 19.2). Y Cristo dice: “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto*” (Mateo 5.48). ¡Qué necios son los que dicen: “Dios no tiene derecho de demandar de nosotros más de lo que podemos hacer”! Las palabras que acabamos de citar son claras e irrefutables. En efecto, si Dios no pudiese demandar más de lo que podemos hacer, tampoco “*se cerraría toda boca, ni quedaría todo el mundo bajo el juicio de Dios*” (Romanos 3.19). Entonces tampoco habría sido necesario que Cristo sufriese y muriese por nosotros.

¿Cuál es, entonces, el propósito y valor esencial de la ley? ¿Cuál es su uso legítimo? ¿Cuál su uso incorrecto? ¡Son preguntas vitales! Porque las respuestas correctas, si se aceptan con devoción, resolverán mil dificultades espirituales. Aquí está el criterio que separa a los cristianos verdaderos de los falsos.

¿Cuáles son, pues, el propósito, el valor y la función esenciales de la ley en la cuestión de la salvación de las almas? Entre los numerosos testimonios sobre el tema, Pablo escribe: *“Sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios, ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3.19-20).

Aquí no hace falta ninguna aclaración. Sólo necesitamos tomar las palabras como están escritas. Porque el objetivo del apóstol en este pasaje es señalar el propósito de la ley. El propósito de Dios, al darnos su santa ley, no es que por medio de ella el mundo llegue a ser piadoso, justo y bendito, sino, todo lo contrario: *“culpable”, “que toda boca se cierre”, “que ningún ser humano quede justificado por las obras de la ley”,* siendo que *“por la ley viene el conocimiento del pecado”*. Y otro pasaje de la Escritura, dice: *“La ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia”* (Romanos 5.20).

Pero tú insistes: “Si tomase bien en serio la ley, el pecado eventualmente desaparecería y quedaría destruido como por fuego. Yo aprendería a dejar mis pecados. Se dice que la ley entró para que abunde la ofensa. ¿No se refiere esta abundancia de pecado tal vez a una abundancia de reconocimiento de pecado, de pena y lágrimas de contrición por el pecado? No quiere decir que el mandamiento haría abundar al pecado propiamente dicho, sino, por el contrario, que lo reduciría. Y por el otro lado, intensificaría la contrición”. Así puede parecer. Pero, veamos lo que dice el apóstol: *“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? ¡En ninguna manera! Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: ¡No*

codiciarás! Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión en el mandamiento, me engañó, y por él me mató” (Romanos 7.7-11).

Son palabras claras y categóricas. El apóstol dice expresamente, que el pecado “*toma ocasión*” por el mandamiento y enciende la codicia; y que, sin la ley, el pecado está muerto. La concupiscencia está más libre antes de conocer la ley.

El Dr. Gezelius dice en cuanto a este texto: “Sin la ley, el pecado está ‘muerto’; no se manifiesta tan decididamente, ni lucha tan resueltamente contra la ley de Dios, porque la persona aún no considera como pecado lo que después sí pasa a considerar como tal”.

El pecador obtiene este falso consuelo de la siguiente manera: Mientras la ley no reprime las manifestaciones groseras del pecado, la concupiscencia, el verdadero pecado yace dormido, indolente e inoperante en el corazón. Pero, tan pronto como llega la ley y resiste al pecado, el mal oculto en el corazón brota y entra en conflicto con la ley; se torna más activo, y por consiguiente también más manifiesto. Del mismo modo que el humor de un niño malcriado, se vuelve más rebelde cuando algo se le opondrá; o que una corriente de agua, cuando la ataja una represa, desborda sus barrancas. Tal es el caso con el pecado y la ley. La idea de que las prohibiciones de la ley tienen el efecto de mortificar los malos deseos, y de mejorar la voluntad y los deseos del corazón, es exactamente el error que el apóstol refuta aquí. Afirma precisamente lo contrario, que los malos deseos del corazón se encienden y avivan tanto más, cuanto más la ley los prohíbe.

Ante todo, Dios desea que nuestra vida interior sea buena y santa. Quiere que amemos lo bueno. Pues ese amor es la condición, la vida y el alma de toda buena acción. Donde falta esta bondad interior, este amor a lo bueno, no hay obra buena. Porque, “*Dios mira el corazón*”. Y donde

empeoró el carácter, también se fortaleció el pecado. Pues, ¿qué provecho tiene ofrecerle a Dios la acción de la mano, mientras que el corazón y la voluntad desean lo malo? ¿Qué otra cosa es eso que darle a Dios la cáscara y al pecado la fruta, o darle a Dios la paja y al diablo el grano?

Pero, aquí se presenta otra reflexión. En el corazón nace otro pecado, que no estuvo allí antes de que viniese el mandamiento. El alma queda amargada por la ley. Protesta contra el Espíritu Santo como si fuese un opresor. El pecador protesta contra el propio Dios que dio la ley. El corazón blasfema: “¡Ojalá Dios nunca hubiese dado esa ley! ¿Por qué tiene que prohibirme esto y aquello? ¿Por qué no puedo satisfacer libremente mis deseos?”. Este lenguaje es el colmo de la maldad. En esta situación, la persona no sólo desea lo malo: Su corazón también abriga rebeldía y rencor contra Dios y su santa ley.

Todo cristiano sincero confirmará que esto es lo que realmente ocurre. El pecado del corazón crece en la misma proporción en que los mandamientos quisieran impedir su evolución. En el mismo momento en que la persona –por la gracia de Dios– despierta de su sueño en el pecado y cobra conciencia de su necesidad de salvación y se arrepiente, el mandamiento que anteriormente lo reprendía y amenazaba haciéndole notar su falta de verdadera decisión, lo deja más descontento que nunca. Nunca antes se había sentido tan expuesto al pecado; nunca antes el pecado había rugido en su carne con mayor vehemencia, con todos sus apetitos y codicias. Sí, muchas veces ocurre en tales casos que, toda la piedad que la persona se había esforzado por desarrollar con muy buenas intenciones, tal vez durante muchos años; una piedad que valoraba mucho, y de la que se preocupaba mucho, como si fuese su mayor tesoro, ahora, de pronto se derrumba a su alrededor como un dique de paja construido sobre la arena. Su justicia propia se desmorona. Comete pecado como nunca antes lo había hecho. Lucha espiritualmente. Ora. Se levanta, pero cae nuevamente. Se ve a sí misma como un testigo atemorizado ante la muerte de su propia alma, ante su naufragio espiritual, que ninguna

ciencia humana, ni siquiera la ley divina pudo haber prevenido, siendo que fue la misma ley la que provocó el desastre.

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto... De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Luego, ¿lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? ¡En ninguna manera! Sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; más yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7.7-8; 12-15). Notemos las palabras: *“Yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”*. Esa es precisamente la lección que tenemos que aprender. Siendo que nos cuesta creer la palabra que nos lo enseña, tendremos que aprenderlo mediante la triste experiencia. Si el apóstol Pedro hubiese creído la palabra de Cristo respecto a su debilidad tan bien como aprendió a conocerla por dolorosa experiencia pocas horas después, cuando negó y juró contra su Señor, se habría evitado la amargura del alma cuando *“salió y lloró amargamente”*.

¡Ah, cuán difícil es, por cuántas duras experiencias debe pasar el alma para convencerse cabalmente de su condición de perdida y condenada; para que no se empecine más en salvarse a sí misma ni trate de hacer algo en ese sentido! Mientras alguien encuentre algo que pueda llegar a ser o a hacer para salvarse, Cristo no puede llegar a ser su salvador. En tanto que una persona esté bajo el yugo de la ley, seguirá privada de salvación y felicidad. Solamente cuando se haya cansado, cuando esté suspirando bajo el peso de su pecado, cuando pierda toda su confianza en el esfuerzo propio y caiga exhausta a los pies de Jesucristo, sólo entonces mejorará su condición espiritual.

Esta bendita falta de esperanza en nuestra capacidad propia para convertirnos estaría más desarrollada si uno pudiese ver su corrupción inherente y si recordase que Dios mira la mente, el corazón, los pensamientos y los deseos; y que Dios no considera piadoso a nadie en tanto que sus buenas acciones sean impulsadas por la ley. La triste realidad es que los principales elementos del alma natural –voluntad, mente, corazón e inteligencia– están dedicados al pecado. El hombre se rebela amarga y compulsivamente, contra la ley y contra Dios. Y la ley no puede reprimir esta rebeldía; al contrario, la provoca.

Si toma en cuenta todo esto, la persona pronto desesperará de la salvación por la ley. Se condenará a sí misma y abandonará todos los esfuerzos por cumplir la ley. Se rendirá al juicio de Dios. Entonces se cumplirá en ella la Palabra que dice: *“ Toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios ”* (Romanos 3.19).

Convencer al hombre de su condición de pecador perdido y condenado es, entonces, el principal propósito de la ley. No hay nada que Dios desee más del pecador que su reconocimiento como tal. Y que le permita a Dios concederle su gracia de la plenitud de Cristo, creyendo y aceptando lo que Jesucristo conquistó para él. Y he aquí entonces: Todo queda corregido; todo está bien. Entonces se manifiesta el poder de las palabras de la Escritura: *“ Pero la ley se introdujo para que el pecado abunde; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia ”* (Romanos 5.20). *“ De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe ”* (Gálatas 3.24). *“ Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree ”* (Romanos 10.4). *“ Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne ”* (Romanos 8.3). *“ ¡Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque escrito está: Maldito todo aquel que es colgado en un madero!) ”* (Gálatas 3.13).

Hemos hablado de la primera y principal finalidad de la ley. Pero, además de convencer al transgresor, de pecado y culpa, la ley también funciona como un freno para la gente impía, prohibiéndola que

perturbe la paz social (por temor al castigo). Finalmente, los creyentes, los libres hijos de la gracia, poseen en la ley una fiel guía; un mapa bueno y confiable; una clara visión del templo espiritual que se está construyendo en sus corazones por la fe en Jesús y el amor a él. Sin embargo, no hablaremos, por el momento, de estas últimas funciones de la ley. Después de haber visto los principales propósitos de la ley, es fácil de entender cuál es el uso correcto de la misma y cuál el uso incorrecto.

Dios nos dio su ley a fin de que *“toda boca se cierre, y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”* (Romanos 3.19). Sin embargo, hay muchísima gente dentro del cristianismo que hace de la ley su camino de salvación, y trata de justificarse y salvarse por medio de ella. En esto consiste el primer, mayor y más común abuso de la ley. De ese abuso de la santa ley de Dios provienen dos clases de almas infelices: Primero, los fariseos comunes y vulgares, quienes imaginan que son cristianos justos y piadosos, mientras realizan aparentes buenas obras según la ley. Por supuesto, saben que los fariseos de antes no fueron cristianos. Y también creen con toda sinceridad, como enseña el apóstol Pablo, que nadie puede justificarse por las obras de la ley. Y no tienen el propósito de tomar ese camino de salvación. Lo que ocurre con ellos puede describirse de la siguiente manera: Fueron despertados de la vanidad del mundo impío a su alrededor, para buscar la salvación de su alma. En ellos comenzó la obra de la conversión. Leen la Palabra de Dios. Oran. Se apartan del mundo ateo. Practican la caridad. Todo lo cual requiere evidentemente la Palabra de Dios. Y en todo esto lograron cierto éxito, por lo que alaban a Dios (Lucas 17.11) y disfrutan cierta paz.

Las personas que se volvieron mejores de esa forma, que tuvieron la engañosa satisfacción de encontrar paz en sus propias virtudes, llegaron a ese estado espiritual de la siguiente manera: En primer lugar, posiblemente todavía nunca despertaron realmente de sus pecados. Sólo estuvieron convencidos de que el camino ancho y encantador del mundo ateo no lleva a la vida. Por eso, se encaminaron por otra senda. Y pronto llegaron a creer que por eso, por internarse

en otra dirección, diferente a la del mundo, todo debe estar bien con ellos. Se desprendieron de un buen número de pecados ordinarios y malos hábitos. Por otra parte, adoptaron ciertas costumbres y ritos cristianos, pero son incapaces de comprender la importante enseñanza que Dios no se conforma con las meras apariencias, que él mira el alma y el corazón, y exige una mente y voluntad que disfruten haciendo lo que a él le agrada. No entendieron, ni tuvieron interés en aprender sobre la necesaria regeneración. Se contentaron con su mejoramiento superficial y piedad aparente. Y si bien a veces no se sintieron muy satisfechos con esa rectitud aparente, inmediatamente pensaron: “Los cristianos también tienen sus defectos, pero Dios es misericordioso”. Pensaban que ya no estaban más bajo la ley, sino bajo la gracia. Además, ya estaban acostumbrados a regatear con la ley. Se decían: “Ningún ser humano puede guardar perfectamente este o aquel mandamiento. Seguramente Dios no nos demandará tanto...”. Así se acomodaron a su propia forma de salvación. Colocaron la meta de su salvación a una altura accesible, a fin de no sentirse “culpables” ante Dios.

Si tan sólo hubiesen aprendido que, el objetivo principal de la ley era transmitirnos el conocimiento del pecado para crear arrepentimiento y contrición, también habrían comprendido que ellos en realidad nunca se consideraron reos de la ira y del juicio de Dios. A pesar de haber sufrido quebrantos de conciencia por este o aquel pecado particular – un reconocimiento del pecado que también tuvo Caín–, se consolaban con haber demostrado, como contrapartida, también esta o aquella virtud, buena voluntad, buen corazón, etc.

Este es el principal elemento en la falsa conversión. Y es imposible enumerar los diferentes métodos y modos con los que se llega a esta falsa conversión. Pero, el problema se puede resumir de la siguiente manera: Mientras las personas no pierdan sus falsos pensamientos en cuanto a la gracia de Dios; en tanto no comprendan que aún con su conversión están *“destituidos (se quedaron cortos) de la gloria de Dios”* (Romanos 3.23); mientras no se sientan condenados y sujetos al juicio de Dios, faltará el principal elemento de una verdadera conversión. Respecto a esto, dice

Lutero en su primer sermón del tercer domingo después de Pascua: “Por verdadera contrición y pena por el pecado la Escritura no entiende algo imaginario, que se llamaría *contritio* y *atritio*, un arrepentimiento entero o mediano. La verdadera contrición se apodera de un alma cuando la conciencia comienza a sentirse lacerada y oprimida, y cuando el corazón siente verdadera angustia por la ira y el juicio de Dios, no sólo por causa de pecados manifiestos y groseros, sino también por las fuertes inclinaciones al pecado que uno siente dentro de sí, como desconfianza, menosprecio a Dios y desobediencia. Como señala Pablo: ‘La mente carnal es enemistad contra Dios’, por todas sus codicias y malos deseos, de los que nos hicimos culpables, con lo que merecimos la ira de Dios, y ser echados eternamente de la presencia de Dios y sentenciados a las llamas del infierno”.

“Esta contrición o pena por el pecado no se limita sencillamente a unas malas acciones que uno cometió manifiestamente contra alguno de los Diez Mandamientos, y entre los que uno hace una diferencia a fin de encontrar algo bueno en sí mismo. Una contrición verdadera abarca a toda nuestra personalidad, toda nuestra vida, todo nuestro carácter y ser. Nos muestra que estamos bajo la ira de Dios, condenados al infierno. Aunque esa contrición puede comenzar con pena sobre un pecado en particular, como cuando la conciencia de David lo acusaba de adulterio y homicidio, la verdadera contrición abarca toda nuestra vida y conducta. Nos derriba al suelo como un rayo, dejándonos totalmente bajo la ira de Dios. Nos dice: Eres un hijo del infierno. Y nuestro corazón queda tan aterrado, que todo este mundo se nos vuelve chico”.

La otra clase de personas que convierten la ley en un camino de salvación, pretendiendo crear su propia justicia con obras de la ley, son esas almas inseguras e infelices, que comprenden que algo está faltando en su conversión, sin embargo, todavía tienen la esperanza de que persistiendo en la oración y en la lucha, acabaran por vencer, por conquistar el mal dentro de sí, y finalmente podrán apropiarse de la gracia de Dios en Cristo. Esta gente no es tan ignorante como para sostener que pueden justificarse con las obras de la ley (expresión

con la que se refieren sólo a obras formales o externas). Piensan en sus corazones: “Mi alma necesita al Señor, necesita amor, necesita sentir pena por el pecado, tener humildad, practicar la oración”. Ahora miren, creen que estas virtudes personales son los sacrificios que agradan al Señor. Con estas obras internas, invisibles de la ley, procuran volverse más agradables al Señor. No quieren que se diga de ellos que buscan la justificación por la ley. Imaginan que su conversión fue verdadera, como Dios expresamente la exige. De esta manera sus almas se contagiaron inadvertidamente con la autojustificación, y el resultado es una enfermedad más seria y dolorosa.

Pero, ¿acaso Dios no demanda nuestro ser interior? ¿No demanda nuestro arrepentimiento, contrición y oración? Respondo: ¿Acaso no demanda también nuestras obras externas? Este, entonces, no es el problema. Por el contrario. En su santa Palabra vemos que, Dios efectivamente requiere ante todo nuestro ser interior. Esta es la principal enseñanza de la ley, particularmente del Primer Mandamiento. Pero, el error es que la gente trata de llegar a ser agradable a Dios con obras de la ley, internas o externas, y de convertir esa falsa santificación en su camino de salvación. Y aunque no lo entienda así, no obstante, es un hecho, porque se dice a sí misma: “¡Si solamente pudiese orar y vivir correctamente! ¡Si no fuese tan indiferente, tan empedernido e inactivo, creo que Dios me aceptaría!”.

Así, el miserable corazón contradice al evangelio de Jesús y frustra su sabio propósito con nosotros.

La intención de Dios con los requisitos de la ley fue enseñarnos que lo más íntimo de nuestra alma es culpable ante Dios. Cumplir una obra de caridad externa es relativamente fácil. Pero tenemos la esperanza de poder agradar a Dios también según nuestro hombre interior. Y esa es la razón por la que el infiel nunca halla verdadera paz, ni llega a entablar una limpia relación con Dios. Se ve echado de un lado para el otro, porque no quiere reconocer que todo dentro de él es pecaminoso y condenable. Se empecina en conquistar su salvación por medio de sus esfuerzos, conforme a la ley. Sin embargo, por este medio, el de las obras de la ley, nunca llegará a la meta. “*Que*

toda boca se cierre, y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Romanos 3.19). Si no, Jesucristo jamás llegará a ser tu Salvador, pues él es Salvador de pecadores. Caso contrario, Cristo habría muerto en vano (Gálatas 2.21).

También existe otro grave error con relación al propósito y al poder de la ley. Aparte de los que procuran justificarse por la ley, están los que buscan llegar a la perfección cumpliendo la ley. Frecuentemente, se puede oír decir a un cristiano, por lo demás inteligente, pero que se ha vuelto pesimista: “Sé muy bien que delante de Dios no se justificará ninguna carne, y que sólo Cristo es el Señor de la justicia. Sé que somos justificados totalmente por pura gracia, por la redención que ofreció Cristo Jesús. No obstante, la Palabra de Dios dice expresamente: “... *Por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*” (1 Corintios 1.30) y también: “*Sin la santidad nadie verá al Señor*” (Hebreos 12.14). ¡Soy un miserable pecador! Nunca logro aplicar la ley de Dios a mi corazón de tal modo que me lleve a la santificación. Soy demasiado lerdo y torpe espiritualmente. ¡Ah, si el martillo de la ley desmenuzase mi duro corazón, para que pudiese sentir la amargura del pecado en toda su fuerza y aprendiese a evitar todo mal!

Pero, este lamento no es otra cosa que una nueva forma del profundamente arraigado error respecto al poder que imaginamos poseer, y que la ley podría activar en nosotros. ¡Qué confusión surge en el alma de semejante pecador contrito, cuando junto con este grito de angustia le viene a la memoria que Dios nos dio a Cristo tanto para “*santificación*” como para “*justificación*”! (1 Corintios 1.30). ¡Cuán infeliz se siente el alma que cree poseer los poderes para convertirse en serio, y que al mismo tiempo tiene que reconocer que su falta de santificación se debe a su ignorancia de las amenazas y condenaciones de la ley! ¡Cuán infeliz es aquel que piensa que su conocimiento de la ley suple la falta de fe! ¡El que piensa que para llegar a la santificación lo más necesario, no es creer en Cristo, sino sumergirse en una mayor agonía espiritual y pena por el pecado!

Querido amigo, ¿no quieres prestar atención a las sagradas palabras de la Escritura y meditar en ellas? La Palabra de Dios no dice que

Dios nos dio su ley para “santificación y justificación”. Dice que Cristo nos fue dado por Dios para “*justificación y santificación*”. Y Cristo no es lo mismo que la ley con sus amenazas y condenaciones.

El que Cristo “*nos fue hecho por Dios justificación y santificación*” se realiza de la siguiente manera: Por la fe en él y en sus méritos quedamos libres de la sentencia de la ley y de las agonías de la conciencia. Tenemos paz con Dios gracias a la remisión de los pecados por la fe en Jesús. En este estado de fe y bendición espiritual recibimos un corazón filial hacia Dios Padre. Deseamos alegremente conducir nuestras vidas a su agrado. Hacemos lo que está bien, no porque la ley con sus demandas y amenazas nos impulsa, tampoco porque la conciencia nos acusa de pecado cuando omitimos hacer el bien que debemos hacer, sino porque nuestro Dios Redentor desea que hagamos el bien, y que lo hagamos por libre decisión y amor a Dios y a su voluntad. Es así como actúa la fe en Cristo sobre nuestros corazones. Pues Dios nos dio a Cristo para ambos fines, para justificación y para santificación. La ley nunca produce tales resultados, ni nos fue dada con tales propósitos. Su propósito es provocar y revelar el pecado (Romanos 7.7-11). El propósito de la ley es hacer “*que abunde el pecado*” (Romanos 7.13); “*...para que toda boca se cierre y todo el mundo quede culpable ante Dios*” (Romanos 3.19). Por eso, a la ley también se la llama “*el ministerio de la condenación*” (2 Co.3:9); “*yugo de esclavitud*” (Gálatas 5.1) y “*ayo para llevarnos a Cristo*” (Gálatas 3.24).

Estos son los propósitos de la ley. Lo que pertenece a la esencia de nuestra santificación, la vida misma, el deseo y el poder de realizar lo bueno, la ley jamás podrá producirlo en nosotros. Ni jamás se prometió que ella lo haría. No corresponde al ámbito del “ministerio” de la ley. “*...Porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley*” (Gálatas 3.21). Es cierto, y lamento tener que decirlo, existen personas, cuyas conciencias necesitan ser atacadas y destruidas. Son los frívolos abusadores de la gracia de Dios y del evangelio de Jesucristo; los que nunca se afligen por sus pecados y descuidos y, en cambio, confían en su libertad evangélica, apelan a su libertad cristiana y defienden la libertad de la carne,

la libertad de vivir de acuerdo a los placeres del mundo. Estos se engañan a sí mismos con una fe muerta, que jamás se les mueve; una fe pervertida, que jamás logra realizar algo. El corazón permanece impenitente, confiado y auto suficiente, en medio de la práctica de sus pecados favoritos. La fe falsa de estas personas pasa por alto la Sagrada Escritura, dejando clara evidencia de que se trata de una fe muerta. Lo que esta gente necesita es que algo la alarme y despierte. La ley no ha logrado cumplir esta tarea en ellos; no llegó a condenar y humillar sus arrogantes corazones.

Más aún, también es cierto que los creyentes cristianos se benefician con la ley. La ley les confiere un gran servicio, aunque no el de enseñarles a evitar el pecado mediante los terrores de la conciencia y de obtener de ese modo un mayor grado de santidad. No, cuando hablamos de la santificación nunca queremos decir que eso sea la tarea de la ley. La ley más bien aumenta la maldad interior, como ya lo demostramos. Pero, el creyente usa la ley para su propio beneficio. En cuanto a la manera en que esto ocurre, deben notarse las siguientes observaciones: La mejor forma que tiene el cristiano de utilizar la ley se da cuando su conciencia se siente más libre de sus juicios y amenazas, y de los terrores de la conciencia. Hace el mejor uso de la ley, cuando se siente seguro y feliz por la fe en Jesús, cuya justicia considera suficiente. Pues, es así como adquiere un corazón filial, agradecido y deseoso de cumplir la voluntad de Dios. Tiene el propósito de agradar a Dios. La ley llega a ser su apreciada guía. No es que lo dirige u obliga. Tampoco le amenaza ni le capacita a hacer lo bueno, sino que le sirve como un plano sirve a un constructor.

En segundo lugar, el creyente hace el mejor uso de la ley al aplicarla a su conducta diaria, no a la cuestión de su relación con Dios. Entonces, le dice a la ley como solía expresarlo Lutero: “En cuanto a mi vida, o a cómo he de ser y a lo que he de hacer, contento oír y obedeceré los mandamientos de la ley. Pero, si tratan de introducirse en mi conciencia o en mi relación con Dios, no querré tener nada que ver con ellos. Está establecido de antemano que en la presencia de la ley yo quedo totalmente avergonzado y condenado. Y para quedar justificado ante

Dios, tengo otra clase de justificación. Es cierto, estoy obligado a hacer lo bueno, y estoy listo y dispuesto a recibir el consejo de la ley, y de seguir sus instrucciones. Además, soy una criatura caída y obstinada. Tengo un corazón endurecido y obstinado, desinteresado en lo bueno. Mi naturaleza carnal es perezosa, luchando constantemente contra el Espíritu. Que la ley me ayude contra mi mala naturaleza; que le sea un azote y garrote a mi carne”.

Ese uso de la ley mantiene al cristiano despierto y activo. Le hace sentirse constantemente pobre; hambriento de la misericordia divina. En esa condición siempre necesita a un salvador, necesita el evangelio; necesita orar; necesita el sacramento de la santa cena. Ese es, por lo tanto, un uso correcto de la ley.

Es algo muy diferente cuando un pobre alma, desilusionada con su propia vida y humillada por su pobre progreso en la santificación, suspira dentro de sí y se dice: “¡Si tan sólo supiese aplicar la ley a mi conciencia correctamente; si tan sólo pudiese sentir la maldad de mi pecado, sin duda aprendería a guardarme del pecado!”.

Es un error en todo sentido. No es de esa manera como la ley puede servirnos. Si hemos sido autosuficientes y confiados carnalmente, la ley podrá servirnos para nuestra humillación. Y si hubiésemos estado libres de la ley y felices por la fe en Cristo, la ley podría habernos servido de guía para nuestra conducta y vida, y como una advertencia para mantenernos en un estado de ánimo humilde. Pero, erradicar el sentido de culpa de nuestra conciencia y hacernos progresar en nuestra santificación mediante los juicios de la ley o inspirarnos los deseos de hacer el bien en libre y alegre conformidad con los mandamientos de Dios, es una tarea que la ley no puede realizar. La ley no hace más que acusarnos de pecadores y suscitar y promover el deseo de pecar. Deja al pecador cada vez más indefenso e impuro.

La fe en Cristo no nos vuelve más impíos, sino la falta de fe, la secreta servidumbre a la ley, “*pues la ley produce ira*” (Romanos 4.15), la ley, hace que surja el pecado. Aún después de que hayamos llegado a creer en Jesús, la ley tratará constantemente de imponerse

en nuestras conciencias. Señalará nuestras deficiencias y faltas, nos dejará deprimidos y descontentos. Echará fuera de nuestros corazones la fe en Cristo y la paz que él nos hace disfrutar. De repente, ¡ahí está! La ley retiene una vez más su antiguo dominio sobre nuestras almas y procede a despertar y provocar el pecado en nosotros. ¿Acaso no aprendimos por experiencia, cuando llegamos a la fe y por medio de esa fe en Cristo fuimos liberados y convertidos en nuevas criaturas, preparadas y dispuestas a hacer la voluntad de nuestro Padre celestial? ¿No fue entonces cuando condenamos nuestros pecados favoritos, y alegre y valientemente llevamos la vida recta que anteriormente nos había resultado tan difícil, y aun imposible? Pues bien, la misma fe tiene todavía el mismo poder.

Pero, por otro lado, ¿qué consiguió hacer la ley al tronar en nuestros corazones? ¿Acaso no nos dejó más pecaminosos de lo que jamás habíamos sido? ¿Acaso no sucedió que: *“el pecado tomó ocasión por el mandamiento”* (Romanos 7.11) y despertó en nosotros *“la codicia”* (Romanos 7.7-8)? ¿Acaso no fue ése el resultado, que *“abundo”* el pecado en nosotros? (Romanos 5.20). Pues bien, la ley conserva el mismo poder ahora que el que tuvo entonces. Y siempre tendrá ese resultado donde se le permita reinar en la conciencia. Echa fuera nuestra fe, nuestra confianza filial en Dios y nuestra paz en Cristo.

¿No hemos pensado y reflexionado alguna vez sobre la enseñanza contenida en el importante relato de Éxodo 19? Dios dio su ley en el monte de Sinaí, *“y vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte y se estremeció todo el pueblo, que estaba en el campamento... Todo el monte humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego, y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentando en extremo. Moisés hablaba, y Dios le respondía en voz tronante”* (Éxodo 19.16-19). Dios declaró su ley junto con esas terribles señales de su celo por sus demandas. El primer y mayor mandamiento fue: *“¡No tendrás dioses ajenos delante de Mí! No te harás imagen, ni ninguna semejanza de*

lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (Éxodo 20.3-4). Repitió este mandamiento como está registrado en el versículo 23: *“¡No hagáis conmigo dioses de plata, ni dioses de oro os haréis!”*. *“Y todo el pueblo observaba el estruendo, y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron y se pusieron de lejos”* (Éxodo 20.18). Sin duda la gente quedó aterrorizada con la ley. Pero, ¿qué leemos en Éxodo 32? Moisés todavía no había descendido del monte cuando el pueblo se construyó un becerro de oro, proclamándolo dios. Tan poco había servido la ley, con las terribles señales que acompañaron su promulgación, para santificar los corazones. Ni siquiera pudo evitar la más grosera transgresión del Primer Mandamiento.

Este resultado debe ser una constante advertencia, recordándole a todo el mundo que jamás se dio una ley que pudiese crear vida. La mayor aflicción por el pecado, las más violentas manifestaciones del mismo, muchas veces van combinadas con la más dolorosa contrición. Se cumple este ciclo: Pecamos, quedamos aterrados; pecamos nuevamente, y nuevamente quedamos aterrados. Una vez más cometemos pecado, y una vez más quedamos aterrados hasta agonizar. Lloramos y oramos, pero volvemos a pecar. Es así como se suceden los hechos en el monte Sinaí. Y esto nos demuestra lo poco que valen las amenazas y los terrores de la ley, para traer al corazón una genuina santificación.

La ley es incapaz de producir santidad por medio de sus amenazas y terrores. El apóstol llega decir que debemos estar *“libres de la ley”* en nuestras conciencias. Hemos de estar *“muertos a la ley”* (Romanos 7.4), si queremos estar preparados para la santificación. En Romanos 7.4, el apóstol dice: *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”*. En otra parte leemos: *“Porque el pecado no se enseñoreará más de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”* (Romanos

6.14). Y en otra parte más, dice: “*Pues yo por la ley, soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios*” (Gálatas 2.19).

Pensemos bien en estas palabras. El apóstol dice que estamos muertos para la ley; o sea, separados de la ley (no tenemos más nada que ver con ella), “*a fin de vivir para Dios*”, a fin “*de producir frutos para Dios*”, para que el pecado ya no se enseñoree de nosotros, “*pues ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia*” (Romanos 6.14). En consecuencia, no podemos producir fruto para Dios, ni vivir para Dios, mientras no estemos “*muertos a la ley*”. ¿Quién se hubiera imaginado algo así? En lugar de eso, yo razonaría así: ¡Si tan sólo pudiese gobernar mi conciencia con la ley, viviría para Dios! Sin embargo, aquí en Romanos 7 el apóstol afirma que en primer lugar debo estar libre de la ley, como la mujer que queda libre de su esposo cuando éste está muerto (vs.1-4), antes de poder vivir para Dios. Y en los versos 7-19 señala la razón para esta situación. Mientras la ley, con sus demandas y amenazas, domina la conciencia –y no la gracia, la fe en Jesucristo y un espíritu filial y feliz– sólo se alimenta al poder y a la vitalidad del pecado.

Además, aún si llego a realizar formalmente algunas obras conforme a la letra de la ley, no las estoy haciendo “por” o “para Dios”; no las hago por amor a él. Ni por el deleite de cumplir su voluntad, sino por temor a sus órdenes, amenazas y juicios de la ley. Por eso, tales obras no se llaman propiamente más, sino “*obras de la ley*” (Gálatas 4.10), porque tengo que agradecerse las a la ley.

Vemos pues, que de esa forma no se produce la santificación. Porque esta requiere, ante todo, santidad de corazón; el libre deseo y el deleite en hacer lo bueno. Pero, este deseo de cumplir la voluntad de Dios nos llega sólo por la fe en Jesucristo. Esta fe me confiere un gran gozo, me asegura que estoy libre de la culpa y del castigo por el pecado, y que en Cristo estoy justificado y salvo.

EL EVANGELIO

“He aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo” (Lucas 2.10).

“Porque lo que era imposible para la ley, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8.3).

Cuán glorioso fue el anuncio del ángel: *“He aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el Señor”. Y: “toda la multitud de las huestes celestiales: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2.14).*

Este es ciertamente un mensaje glorioso, y no obstante, hay más de un alma que, en medio del gozo navideño, no obtiene ningún beneficio del nacimiento del salvador. Lo más lamentable, sin embargo, es cuando almas piadosas y bienintencionadas, que con gran empeño tratan de celebrar el nacimiento de su Salvador de una manera digna –porque saben que uno debe alegrarse como un niño en ocasión de tan importante acontecimiento– siguen año tras año con esos desesperados esfuerzos por festejar de una manera digna esta fiesta del nacimiento de Cristo, sin entender jamás la bendición que les reportó ese nacimiento, y el motivo real por el que deben regocijarse. Apenas pasa la euforia navideña, apenas se apagan las luces, también se va y evapora el gozo navideño.

Pero, si comprendimos lo que Cristo vino a hacer por nosotros, celebraremos la Navidad todo el año y toda la vida. Más aún, por toda la eternidad alabaremos a Dios por ese milagro de su gracia, al enviar a su unigénito Hijo al mundo. ¡Ah, ojalá comprendamos el propósito de la venida del Hijo de Dios al mundo, y el servicio y

provecho que podemos obtener diariamente de él! Por eso, también pidámosle a Dios diariamente el don del Espíritu Santo.

Si Dios tiene piedad de nosotros y guía nuestra meditación, recibiremos gran bendición. De otro modo, saldremos tan pobres como venimos. Cuanto más tiempo estemos en esa escuela, tanto más nos convenceremos de que depende enteramente de la gracia de Dios que seamos iluminados para conocer a Cristo y creer en él. De lo contrario, no ayudara nada que otros nos lo presenten. Es como él mismo nos lo declaró: *“Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”* (Mateo 11.27).

Y, ¿cuál fue el gran propósito de Dios al enviar a su Hijo al mundo? ¿Cuál es el principal motivo del Hijo de Dios al venir así a este mundo? ¿Qué desea cumplir? Entre los numerosos pasajes que responden a estas preguntas, uno de los más notables es el de la epístola a los romanos: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Romanos 8.3).

Es verdad que oímos el mismo mensaje del profeta Isaías, cuando habla de la alegría por el *“niño que nos es nacido”*, el *“hijo que nos es dado”* (Isaías 9.6), diciendo: *“Se alegrarán delante de Ti como se alegran en la siega, como gozan cuando reparten despojos. Porque Tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor como en el día de Madián”* (Isaías 9.3-4). ¿Qué otra cosa hemos entender por *“su pesado yugo”*, sino la ley, que pone la pesada carga de nuestros pecados sobre nuestros hombros? ¿O por *“opresor”*, sino la amenazante, hiriente y condenadora ley, que continuamente atormenta nuestras conciencias? Es por eso que el apóstol Pablo llama expresamente a la ley, *“el yugo de servidumbre”* (Gálatas 5.1). Expresiones como *“yugo”*, *“vara de su hombro”*, *“cetro de opresor”*, todas corresponden al trabajo de esclavitud, en cuyo estado los pobres esclavos eran sometidos con látigos y palos, para someterse al yugo y a para arrastrar piedras y otras cargas pesadas.

Como dijimos antes, el Espíritu del Señor ya nos anticipó esa misma verdad, tan enfáticamente declarada aquí. Pero, las palabras del profeta están revestidas de un lenguaje figurativo, y la idea no está expresada en forma tan clara como la expresa el gran apóstol en este pasaje. Cuando nuestra paz artificial y falsa tranquilidad se ven sacudidas, y el viejo enemigo ya no la exalta, sino que la desenmascara como una paz ilusoria y un engaño, nos volvemos tan escépticos frente las promesas de Dios, que él tiene que hablarnos en forma especialmente clara y enfática, para que creamos que es eso lo que realmente quiere decirnos. ¡La verdad parece demasiado alentadora!

En segundo lugar, las palabras del apóstol que estamos estudiando expresan un contenido tan confortante y alentador, que difícilmente encontraremos otro semejante en todo el Nuevo Testamento. Cristianos, con alguna experiencia, saben muy bien que a veces viene a la mente la siguiente extraña confusión: Admitimos que Jesucristo cumplió todo para nuestra salvación; que: *“fue puesto bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley”* (Gálatas 4.4-5) y que, para salvarlos de la maldición de la ley, él fue *“hecho maldición por nosotros”* (Gálatas 3.13). Pero, aunque valoramos todo esto con piadosa devoción, este consuelo se hace polvo en un abrir y cerrar de ojos, cuando pensamos de la siguiente manera: “Todo esto es una gloriosa verdad. Pero, ¿de qué me sirve a mí, porque sé muy bien que en este o aquel asunto no soy lo que debo ser, ni hago lo que él quisiera que haga? Dios expresamente me prohibió hacer esto o aquello, pero me siento incapaz de librarme de cierto pecado o hábito pecaminoso. ¿Cómo, entonces, bajo tales circunstancias, puedo yo darme algo del consuelo con las palabras de Cristo?”.

Frente a esta confusión de ideas, el pasaje del apóstol Pablo (Romanos 8.3), es un poderoso antídoto. Tan sólo lo leamos. Dice que es precisamente lo que la ley no pudo lograr; Dios lo hizo al enviar a su Hijo en semejanza de carne pecaminosa. Precisamente aquello que ayer u hoy nos pareció imposible realizar mediante la ley, por esfuerzo propio, y nos hizo pasar mucha angustia, es lo que el Hijo

de Dios hizo por nosotros. Fue enviado para ser el que cumple la ley y el que carga la culpa del pecado por nosotros en todo sentido, *“nacido de mujer, puesto bajo la ley”* (Gálatas 4.4). Mediante estas palabras descubriremos que Cristo nos llega a ser de gran provecho y bendición. Entonces también entenderemos, por qué debe ser *“nuestro gran gozo”* (Lucas 2.10).

¿Es extraño que las personas que disfrutaron ese beneficio real de su Salvador se alegren en él y engrandezcan su nombre? ¿Es posible aspirar a algo más deseable y bendito? Si un alma que conoce la desgracia de su pecado se detuviera a pedir algo, no podría desear nada mejor que esto: *“¡Ojalá Dios nos hubiese dado a alguien que podría cumplir la ley por nosotros y en nuestro lugar, y podría sufrir el castigo que nosotros merecimos con nuestros pecados! ¡Oh, si Dios nos hubiese enviado a alguien que con su perfecta obediencia nos habría podido dar una perfecta justicia, de modo que por medio de él, Dios habría quedado completamente satisfecho con nosotros y podría amarnos sin reservas e inconvenientes, así como amó en el principio todo lo que había creado, particularmente al hombre, a quien había creado a su propia imagen! ¿Qué decir, si Dios efectivamente hubiese adoptado tal plan para nuestra salvación? ¿Es posible que sea eso lo que efectivamente ha sucedido?”*.

Bueno, eso es efectivamente lo que el apóstol Pablo afirma cuando dice: *“Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Romanos 8.3). La misma maravillosa verdad parece estar contenida en las palabras de Pablo cuando dice: *“Así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”* (Romanos 5.19). Y las palabras del propio Señor Jesucristo dicen: *“Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”* (Juan 17.19). Y, *“el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mateo 20.28). ¡Oh, eterno amor de Dios! ¿Quién podrá alabarle lo

suficiente? ¡Oh, fastidiosa oscuridad de la incredulidad, que no nos permites contemplar el glorioso amor de Dios!

El principal contenido del evangelio es precisamente ése, que Dios envió a su unigénito Hijo al mundo para cumplir lo que la ley no pudo realizar en nosotros. Todos los profetas declaran esta verdad. Todos los prototipos del Antiguo Testamento –personas, ordenanzas e instituciones– declaran la misma verdad. Por esto, en otro lugar el Apóstol Pablo escribe: *“Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gálatas 4.4-5). Y finalmente: *“El fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”* (Romanos 10.4).

Veamos ahora lo que el apóstol quiere decir al afirmar que: *“a la ley le era imposible, por cuanto era débil por la carne”*. La carne ya no es tan fuerte como para poder cumplir la ley de Dios. Para esto es débil. Es fuerte para lo malo, pero débil en la tentación. Por eso, las demandas que nos hace la ley de Dios son inútiles y no producen resultados positivos. La afirmación, *“Lo que era imposible para la ley”* se puede ilustrar bien de la siguiente manera: Si deseo tener un hermoso mueble hecho por un excelente artesano, cuyas herramientas están en excelentes condiciones, pero le daría como materia prima madera podrida, tablas llenas de agujeros de termitas, toda la habilidad y profesionalidad del carpintero fracasaría, porque el material habría sido de tan mala calidad, que no podría ser utilizado. Se desintegraría en las manos del artesano. El proyecto fracasaría por culpa de la mala calidad de la materia prima utilizada.

Lo mismo ocurre aquí. La ley es buena y santa en sí misma. Sus mandamientos son magistrales; sus amenazas, terribles pero justas. Ante la voluntad de Dios deben ceder todas las criaturas, todos los cuerpos celestes y todas las huestes angelicales. Sin embargo, la justa ley de Dios no es capaz de dominar o acomodar al hombre a la santa voluntad de Dios. Hay en la actual naturaleza humana un libertinaje, una irresponsabilidad, que hace imposible anticipar adónde nos llevarán nuestras mejores decisiones. El material se deshace en las

manos del artesano. Dios dice del corazón humano: “El corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad”. Una persona puede temer a Dios, llorar, luchar, transpirar y orar, pidiendo poder para guardar la ley; no obstante, cuando llega la tentación, viola esa misma ley tan groseramente, como si nunca hubiera oído algo acerca de sus amenazas. Más aún, hasta puede estar al borde de la desesperación y aún cometer pecado. No hay nada que la detenga, como bien lo corrobora más de un esclavo de la ley. Finalmente, queda desesperado por terror a la condenación de la ley. Pero, a pesar de todo sigue pecando frívolamente. Está aterrado, pero persiste en el pecado.

Siendo, pues, que la ley es incapaz de controlar permanentemente la mente carnal, y de producir un arrepentimiento verdadero y duradero –como lo demuestran viejos e inveterados esclavos de la ley al no lamentar más sus pecados, perder toda esperanza y continuar pecando– se puede decir acertadamente que el material es inservible y que se hace pedazos. El hombre ya no quiere más lo que la ley demanda. ¿Y acaso alguien puede dar lo que él mismo no posee?

Pero –dice alguien– ¿acaso no tenemos libre albedrío? De lo contrario, ¿qué sentido tienen los mandamientos, si no poseemos el poder de hacer lo que Dios nos ordena? Respondo: El término “libre albedrío” es una expresión memorable de los felices días del Paraíso antes de la caída. Ahí sí, el hombre poseía libre albedrío. Pero, desde el día en que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, el libre albedrío ya no existe en ninguna parte del ser humano. “*Mas yo soy carnal, vendido al pecado*”, confiesa Pablo. Notemos la palabra “*vendido*”: Quien fue vendido para ser esclavo ya no tiene libertad de hacer lo que quiera. El apóstol sin embargo, dice más todavía. A la ley no sólo le resulta imposible santificarnos, sino que incluso aumenta el pecado en nuestras vidas, dado que por el mandamiento viene el conocimiento del pecado (Romanos 7.7). Desde que el ser humano ya no puede someterse a la voluntad divina, la ley provoca hostilidad del hombre contra Dios (Romanos 8.7).

Consideremos el resultado, cuando la ley incrementa el pecado y simultáneamente lo condena; incrementa y prohíbe; incrementa el

pecado y condena al pecador. ¡Qué calamidad! Es así como provoca “ira” (Romanos 4.15).

En tanto que una persona no crea que es por naturaleza totalmente corrupta e incapaz de cumplir la ley de Dios; mientras crea poseer el poder de guardar la ley a la perfección,—un necio error profundamente arraigado en todo ser humano, un veneno ponzoñoso que le inyectó la serpiente al corazón cuando le dijo a Eva: “*seréis como Dios*”—corre tras una ilusión, tras un vano deseo.

Una persona que no se crea totalmente perdida, ni asuma que la ley es completamente incapaz de salvarla, se hallará en una desafortunada e interminable lucha, en la que más de un alma está a punto de perecer, mientras corre tras la fantasía de cumplir la ley con su capacidad personal. Siempre tendrá delante de sí la visión de lo que debería ser. Pero, cuando piensa poder alcanzar ese ideal, ve que éste se aleja de ella, y eso le causa nuevas penas y angustias. No deja que se le diga que su ilusión es sólo una imagen de lo que alguna vez fuimos en el Paraíso, y que desde la caída de Adán ninguna persona volvió a tener la perfecta santidad de Dios, salvo Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre.

La sabia y piadosa orden de Dios es que su ley nos revele su perfecta santidad, a fin de que aprendamos a lamentar lo que hemos perdido, y busquemos a Aquel que nos ofrece lo que nos falta. Pero, el ser humano que se cree auto suficiente pervierte esto, para su propio perjuicio. Imagina que todavía posee el poder de cumplir las demandas de Dios. Lucha y se atormenta a sí mismo en un desesperado esfuerzo. Así seguirá hasta que se haya hundido totalmente en la derrota, y se rinda, reconociéndose como un pecador totalmente perdido. Entonces estará preparado para recibir gracia sobre gracia. Tal es la puerta angosta. Sólo cuando la conciencia está “*muerta para la ley*”, liberada y bendecida por Cristo, el alma comienza a notar los poderes de la nueva vida para amar a Dios y guardar sus mandamientos —pero siempre en la medida en que permanezca en ese estado de creyente liberado.

Contra la alevosa autosuficiencia y dolorosa incredulidad, resultante del desconocimiento de la profunda corrupción y total depravación de nuestros corazones, hay un excelente remedio: Comprender lo que Dios proveyó justo para esa desgracia. Podemos curarnos si tan sólo reflexionamos en las palabras del apóstol: *“Dios envió a su unigénito Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenando al pecado en la carne”* (Romanos 8.3). ¿No quisieras oír, como si fuese la primera vez en la vida, este grandioso y glorioso mensaje: *“Dios envió a su propio Hijo”*? ¿Haz considerado y creído realmente alguna vez lo que significa: *“Dios envió a su Hijo al mundo”*? Pero, ¿por qué habríamos de poner ese mensaje en duda? ¿Si tan sólo pudiésemos creer que Dios nos ha dado a su Hijo para que fuese nuestro hermano, para que cumpliera la ley en nuestro lugar, apenas sobreviviríamos de puro gozo y asombro! ¿Creemos que el omnipotente Dios, que en el principio creó los cielos y la tierra y todo lo que en ellos hay, y quien lo puso todo al servicio del hombre, su imagen y heredero... creemos que este Dios envió a su Hijo al mundo para lograr lo que le resultó imposible a la ley? Es una frase antigua y repetida, hasta los niños la han oído; pero, ¿lo hemos creído realmente?

Quien puede creerlo fácilmente, nunca comprendió lo que la afirmación del apóstol realmente dice. Piensa que el Hijo de Dios es el que estuvo con el Padre desde la eternidad, como lo declara Juan: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”* (Juan 1.1). Él es el que creó todas las cosas. *“Y aquel Verbo fue hecho carne”* (v. 14). Dios se hizo hombre *“y habitó entre nosotros”*. No es como sostienen algunos, que Cristo fue hombre desde la eternidad, y lo tratan de probar con la declaración de que Dios formó *“al hombre a su imagen”*. No, Juan dice expresamente: *“Aquel Verbo fue hecho carne”* (v. 14). El Espíritu Santo declara lo mismo en la notable profecía de Miqueas: *“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad”* (Miqueas 5.2). Notemos estas últimas palabras: El que es: *“desde los*

días de la eternidad”, “saldrá” de Belén Efrata. Allí debía nacer, llegar a ser hombre.

Este hecho histórico, –que Dios, al cumplirse el tiempo, llegó a ser hombre– contiene inmensas promesas para la humanidad. Demuestra los misericordiosos planes y las amorosas intenciones de Dios hacia la humanidad. ¿Podemos creer que esto ocurrió con el propósito de que él lograra lo que le resultó imposible lograr a la ley, y luego seguir confiando todavía, siquiera por un momento, en nuestra propia justicia? ¿Podemos quedarnos todavía, siquiera por un momento, en el espíritu de servidumbre? ¿Podemos creer, realmente, que Dios envió a su Hijo para ser nuestro Servidor, para cumplir la ley y para derramar su sangre por nosotros, por la culpa de todo el mundo, y quedar, siquiera por un momento, sin paz en nuestra alma? ¿Somos conscientes de que a los ojos de Dios valemos más que su eterno Hijo? ¿Acaso no debieran desvanecerse todas nuestras preocupaciones frente a esta gran revelación? ¿Acaso no debieran convertirse todas nuestras dudas en interminables alabanzas?

¡Pidámosle a Dios un corazón abierto! ¡Pidámosle que disipe las negras nubes de la incredulidad! Entonces nuestro corazón se llenará de paz. Devotamente querrás exclamar: “Me rindo al maravilloso amor de Dios. Es cierto que mi indignidad es grande. Pero, aunque fuese mil veces mayor, se reduce a nada, porque Dios envió a su Hijo para rescatarme. A él solo alabaré”.

Pero, veamos más de cerca las palabras del apóstol: Dios envió a su Hijo en “*semejanza de carne de pecado*”. Eso significa: Igual a nosotros en nuestro estado pecaminoso. Como Moisés levantó en el desierto una serpiente, aparentemente igual a las serpientes venenosas, pero, sin embargo, libre de todo veneno, así también Cristo externamente debió ser igual a nosotros, a fin de que discerniéramos su propósito al venir al mundo, por cuya salvación se encarnó. Él debió ser “*igual a sus hermanos en todo, exceptuando al pecado*”.

“*Y condenó al pecado en la carne*”; o sea, fue nuestro pecado, que Cristo cargo sobre sí como si fuese suyo. Él lo expió en su propio

cuerpo, llevándolo a la cruz. Así condenó al pecado en forma tan rotunda que ya no nos puede condenar. O, por decirlo en forma más clara todavía: Cuando Cristo sufrió la condenación del pecado por nosotros, le quitó al pecado su poder condenatorio contra nosotros. Hay un maravilloso misterio en el término empleado por el apóstol, que no obstante expresa con toda precisión ese resultado. Cristo no eliminó el pecado del mundo. Pero, al asumirlo, se hizo cargo de la sentencia por todo el pecado, y así anuló su poder para condenarnos. Como un criminal sentenciado a muerte ya no cuenta más como miembro de la sociedad, y aunque todavía está vivo en prisión, solamente esperando el día de la ejecución, para la sociedad ya está muerto. Todavía tiene vida física, de modo que podría cometer otro crimen contra cualquiera que estuviera cerca; pero no tiene más derechos; para la sociedad no es nada más de lo que sería si ya estuviese muerto.

Así es con el pecado. Cristo llevó el pecado sobre sí mismo por nosotros, y por nuestro pecado él sacrificó su cuerpo; por eso el pecado quedó condenado, quedó despojado del poder de condenarnos, perdió su voz y voto. Ya no tiene el derecho de condenar a los que están en posesión del sacrificio que Cristo presentó por el pecado. El pecado todavía puede vivir en nuestra carne pecaminosa. Con angustia, comprobamos este hecho todos los días. Todavía es capaz de destruir almas. Pero, puede hacerlo sólo separándonos de Dios, no por algún poder de condenación inherente, porque es impotente *“para condenar a los que están en Cristo Jesús”*. Como bien lo dice Pablo: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8.1). El pecado que todavía vive en ellos, perdió su poder condenatorio en virtud de la muerte propiciatoria de Cristo.

Este es el significado de la afirmación del apóstol. Por esta razón él emplea esta frase, exponiendo lo que acaba de decir al principio, o sea, que *“ya no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús”*. Es una maravillosa declaración, llena de consuelo. ¿Cómo la explica? Él dice: *“Cristo me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*.

“Quedé libre de la ley”—exclama el apóstol. ¿Cómo ocurre esto? De la siguiente manera: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Romanos 8.3). La frase: *“Dios condenó al pecado en la carne”*, es una explicación de la declaración del versículo 1: *“Ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”*. Pues Cristo *“condenó”* al pecado por medio del pecado que lo condenó a él.

El apóstol no dice que el pecado ha sido eliminado del mundo o de la naturaleza carnal humana, sino sólo que le fue quitado su poder condenatorio, porque Cristo sufrió la condenación del pecado por nosotros y en nuestro lugar. Así, el apóstol dice que: *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros”* (Gálatas 3.13). La ley no quedó anulada. Todavía nos habla. Nos declara la voluntad de Dios. Demanda nuestra obediencia. De su condenación, sin embargo, quedamos libres. Ya no puede condenarnos nunca más a los que estamos *“en Cristo Jesús”*. Debido a la debilidad de nuestra fe, no siempre entendemos esta verdad. Dejamos que los juicios de la ley nos atemoricen. Pero, en realidad, ahora ningún creyente es sentenciado por la ley. Pues si aún lo fuésemos, los méritos de Cristo no nos valdrían de nada.

De la misma manera, la Escritura también habla de la muerte: *“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?”* (1 Corintios 15.55). Claro que la muerte sigue existiendo, pero su temible aguijón; su condición de paga por el pecado ha sido anulada. El pecado, la muerte y la ley podrán sobrevivir, lo mismo que el criminal sentenciado a muerte. Sin embargo, han perdido su poder. El pecado en el creyente no cuenta como tal. *“Ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8.1). La condenación de la ley es como si no existiese. Es capaz de asustarnos y amenazarnos, pero no puede condenarnos. La muerte puede llevar nuestro cuerpo a la tierra, pero no puede retenerlo allí. Como fiel servidora sólo debe ayudarnos a tener un buen descanso.

Lo importante es que estemos bien afirmados en la Palabra de Dios y que creamos realmente en Cristo. Entonces no dejemos que alguien

nos engañe cuando vemos que el pecado todavía vive en nuestros miembros, que la ley todavía nos amenaza, que la muerte todavía nos asalta y que el diablo nos reclama a través de estos medios. Es de vital importancia recordar lo que Cristo ha hecho por nosotros al asumir nuestro pecado en su cuerpo, y derrotarlo en su carne, con su perfecta obediencia y al sufrir la maldición del pecado por nosotros, redimiéndonos de la maldición de la ley, y tornando inofensiva nuestra muerte, por medio de su muerte.

Cristo logró todo esto con su victoria sobre el pecado, la muerte, el diablo y el infierno. Por eso el apóstol desafía a estos enemigos de la humanidad exclamando: *“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!”* (1 Corintios 15.55-57). Lutero observó que, así como los judíos desafiaron a Cristo cuando había sido clavado en la cruz, gritando: *“Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz”* (Mateo 27.40), así deberíamos desafiar ahora nosotros, para la gloria de Cristo, a todo lo que todavía nos quiere aterrar, diciendo: *“Tú, malvado diablo, es verdad que todavía actúas en nuestra carne; pero no me condenarás más. Desde que Cristo derrotó al pecado en su carne, se te ha quitado tu poder. Tú, santa y terrible ley, con todo derecho me condenas, pues soy pecador. Sin embargo, tu condenación ya no me tocará más. Cristo me redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por mí, y él te prohíbe que me apliques tu condena a muerte. Y tú, muerte, que siempre tratas de horrorizar a mi fatuo corazón, admito que convertirás mi cuerpo en tierra y polvo, sin embargo, ya no me harás ningún daño. Al contrario, me harás un gran servicio. Pues, si bien mi ignorante carne no te quiere, no obstante me eres de bendición, pues me traes descanso. Porque conozco y creo al que dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá”* (Juan 11.25). El Señor de la vida y de la muerte no puede mentir. Y él derramó su sangre para adquirirnos mucho más que una salvación terrenal. Tú, oh tumba, y tú, oh infierno, ¿dónde quedó ahora vuestra

victoria? “*¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!*” (1 Corintios 15.57)”.

Veamos aquí un panorama de la inefable bendición que podemos obtener de este Salvador, con cuyo nacimiento el ángel anunció: “*Os doy nuevas de gran gozo*” (Lucas 2.10). Ojalá diariamente hiciéramos uso de esta bendita verdad. La ley no confiere ninguna fuerza para cumplir lo que requiere; el pecado todavía vive y ruge en nuestra carne, y por consiguiente la conciencia nos sigue acusando. Entonces, cuando las tentaciones a la incredulidad quieren minar nuestra fe, aprendamos a presentarnos delante de Dios y a decir: “Sé que el pecado todavía late en mis venas y que no fue eliminado del mundo. Pero, está condenado; es como si hubiese sido destruido, como si ya no existiese. Ya no me puede condenar más”. Y aunque no siempre lo recordemos, no obstante, siempre es así. Pues Dios sabe valorar debidamente lo que su unigénito Hijo conquistó con su inocente pasión y muerte. Precisamente aquello que a la ley le resultaba imposible realizar, lo realizó Dios al enviar a su Hijo al mundo.

Si, por ejemplo, estuviese ahora tan abatido y deprimido que me vería impedido a confiar sencillamente en la palabra de Dios; si no sintiese deleite en estudiarla; si en vez de motivarme me dejase insensible como un árbol muerto, ¿significaría acaso eso que lo que Cristo hizo no es cierto o que no tiene validez? “Pero, ¿de qué me sirve la obra de Cristo –preguntas– si soy tan insensible y no siento nada de la nueva vida de fe en mí?” ¿No “sentimos” nuestra fe? ¿Qué queremos decir con eso? ¿Acaso pensamos que nuestros cambiantes sentimientos tienen el poder de anular el estado de gracia en el que estamos por la fe en Jesucristo? ¿Será que nuestros defectuosos sentimientos y variantes emociones pueden anular a Cristo e invalidar su obra?

Precisamente, con esos pensamientos equivocados impedimos la vida de fe en nuestros corazones. Si en lugar de eso pensásemos y reflexionásemos más en esas grandes y alentadoras verdades, reviviría nuestra fe y cobraría nueva fuerza y vigor. Este hecho permanece inamovible: Lo que fue imposible para la ley, lo que la ley no pudo conseguir, lo hizo Dios al enviar a su Hijo al mundo. Por ejemplo, no tengo ganas de orar y postergo mis

oraciones para más tarde. ¿Significa eso que los méritos de Cristo ya no me sirven? ¿Acaso no sigo gozando de la misma gracia de Dios? ¿O es el Señor Jesucristo sólo un salvador parcial e imperfecto, de modo que mi reconciliación con Dios depende en parte de lo que yo puedo colaborar? ¡Dios nos guarde de despojar a Jesús de su honor, imaginando que podemos y debemos cooperar con él! Siendo que Cristo *“en los días de su carne, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas”* (Hebreos 5.7), no debo tratar de completar mi redención ni siquiera con mis oraciones. Ni siquiera debería tratar de orar con esa intención. Nadie, sino *“el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”* (Apocalipsis 13.8b), es digno de la gloria y el honor por nuestra salvación. Teniendo así todo por medio de Cristo, también comenzaré a orar, y a orar con fe en Jesús. De esta manera poseeré, en medio de toda mi desdicha, el consuelo y el gozo, que Cristo consiguió lo que yo no pude conseguir; y que realizó aquello que me fue imposible realizar a mí conforme a la ley. Soy incapaz de amar debidamente a Dios. Mi corazón es frío y duro. Y la ley me reprende por esto. Pero, precisamente este cumplimiento de la ley que yo mismo jamás logré, es lo que logró Dios mismo por mí al enviar a su Hijo. Yo soy incapaz de lamentar debidamente mis pecados. Pero, también eso lo hizo Cristo por mí, cuando oró en el Getsemaní, *“cuando su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra”* (Lucas 22.44). ¿No debe ser Cristo, entonces, mi único consuelo? ¿O es que debo colaborar con los méritos de Cristo, sumando los méritos de mi amor, de mi santidad, de mi contrición y de mis oraciones, para lograr mi redención?

Si hoy veo en mí la falta de todo esto; si veo que todavía hay mucha deficiencia y mucho pecado en mi contrición y devoción, ¿acaso con eso se anulará mi aceptación de parte de Dios, en su gracia, por los méritos de Cristo? Si fuese así, ¿cuál sería el valor de la justificación por medio de la fe en Jesús? ¡No! Seguiré glorificando a Cristo. Y cuando esta gloria de Cristo habite en mi corazón por medio de una fe real y fuerte, no puedo hacer otra cosa que amar al que me prestó ese inestimable servicio de cargar la culpa y pena de mi pecado, dándome así la gracia permanente de Dios. Entonces también amaré

la santa voluntad de Dios; me arrepentiré de toda maldad, odio y maldeciré todo pecado, porque desagrada a Dios. Entonces, mi vida también se conformará al canto de la hueste angelical en la noche de la natividad de Cristo: Dios recibirá todo el honor, y en la tierra habrá paz y buena voluntad de Dios hacia los hombres. *“Él es fiel y justo, para perdonarnos nuestros pecados”* (1 Juan 1.9).

Cuando el héroe de la fe, el Dr. Martín Lutero, ya había envejecido en el servicio al Señor, en el estudio de la Palabra de Dios, en la oración y predicación, en la obra literaria sobre todos los artículos de la fe, dijo: “Por mucha práctica ahora he llegado al punto, gracias a Dios, que casi comienzo a creer que Dios es el Creador del cielo y de la tierra”. ¡Notable declaración! ¿Era ese anciano padre de la iglesia tan flojo en la fe? “Casi comienzo a creer que Dios es el Creador del cielo y de la tierra”. ¡Qué barbaridad! ¿Acaso no creen eso ya los niños de siete años de edad? ¿No es eso algo que pertenece al ABC de la fe?

Sin embargo, ¿qué se puede decir de Lutero, si hasta el gran apóstol Pablo, el mayor predicador de la fe cristiana que el mundo haya conocido, confesó que todavía no dominaba el arte de la fe? Pues dijo: *“...prosigo, por ver si logro asir aquello, para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”* (Filipenses 3.12); o sea, la gracia de Dios en Cristo Jesús.

David, *“el hombre conforme al corazón de Dios”*, explica el misterio: *“En mi prosperidad dije yo: No seré jamás conmovido... Escondiste tu rostro, fui turbado. A ti, oh Jehová, clamaré, y al Señor suplicaré”* (Salmos 30.6-8). Veán, ahí está la clave. Pablo y Lutero no están hablando de la fe fácil, de simple asentimiento, que viene por sí misma en nuestros días de prosperidad y éxito. Sino que hablan de esa fe que es una gran realidad en el alma, esa fe que se vuelve un poder en tiempos de tribulación y prueba, un poderoso y batallador principio de vida.

Es algo relativamente fácil creer cuando no hay pruebas y tentaciones. Pero, cuando Lutero habla de su fe en el Creador se refiere a una fe

con la que podría enfrentar solo e indefenso a todo un mundo de enemigos; fe con la que podría, por ejemplo, entrar a la gran corte de Worms atreviéndose a enfrentar al emperador Carlos V, al iracundo duque Jorge y a todos los príncipes seculares y religiosos, por medio de los cuales todo el poder del diablo y del papa querían acabar con él. Cuando ya no había apoyo externo que sirviese, y Lutero tuvo que consolarse sólo con la protección del Dios todopoderoso, entonces, lo único que le quedaba era creer en serio que Dios era el Creador del cielo y de la tierra, que tiene poder sobre todo lo creado y que ningún cabello cae de la cabeza de cualquiera de nosotros sin su soberana voluntad. De esa fe habla Lutero.

De igual manera debe servirnos la fe en Cristo y en la gracia de Dios, mediante Cristo. Cuando todo va bien, cuando el corazón está orientado espiritualmente, fortalecido por la Palabra y la oración; cuando nuestra vida concuerda, en cierta medida, con nuestro llamado cristiano, uno puede creer al punto de sentirse satisfecho. Pero, cuando uno se encuentra en la oscuridad espiritual; cuando el corazón es impío; cuando el pecado y la aflicción nos sofocan como una poderosa avalancha y Dios aparece ante el alma como un juez santo y justo, nos vemos obligados a creer en serio. En tales circunstancias se verá si nuestra alma realmente tiene un ancla.

Las personas, cuyo cristianismo consiste meramente en una filosofía de vida, sucumben en seguida en circunstancias así. Muchos pueden aprender fácilmente el arte de una fe superficial porque no necesitan una fe fuerte y activa contra los peligros y las pruebas de la vida. No poseen ni un poquito más de lo que necesitan urgentemente, aún después de haber envejecido en la práctica de la religión. Ya mencionamos al héroe de la fe, Martín Lutero. Otro hombre de Dios, conocido por su gozosa fe, Christian Scriver, comenzó un hermoso sermón con esas mismas palabras de Lutero, mostrando de ese modo que tampoco él había logrado más en la cuestión de la fe.

¿Cuál es, en realidad, la calidad de la fe de los cristianos que dicen haber aprendido tan rápidamente y creído tan fácilmente todo acerca del evangelio, mientras que los héroes de la fe se muestran tan débiles?

No nos referimos aquí a gente común y a una fe superficial, sino a las numerosas almas piadosas, que se asombran porque los cristianos débiles necesitan oír constantemente la palabra de la gracia y de la fe, mientras que ellas tienen más que suficiente de la misma. ¿Es que apetecen tan poco el evangelio como apetecía Israel el maná, al que llamaban “*pan detestable*” (Números 21.5)? Sus almas lo aborrecían.

Hay otros que hablan mucho de la fe y del evangelio, pero muestran la sospechosa actitud de estar siempre fuertes y valientes, siempre capaces de creer cuanto quieren. Hablan de la fe como si ésta fuese algo que obtenemos por medio de nuestra propia fuerza y acción. ¿Qué revela ese lenguaje? Son sentimientos que ocasionalmente también se pueden oír de labios de verdaderos cristianos. Pero, si toda mi vida se caracterizara por esa clase de jactancia, ciertamente tendríamos que entender que esa no es la verdadera fe, y que no estamos viviendo bajo la corrección y disciplina del Espíritu Santo. Porque si fuese así, el Espíritu de Dios atacaría la depravación del corazón de modo que nos resultaría extremadamente difícil creer en la remisión de todos nuestros pecados, y en nuestro estado de hijos amados de Dios. Experimentaríamos lo mismo que los grandes santos. Si no fuese así, significaría que tenemos una fe y un cristianismo que el diablo no ataca ni perturba. Nos abandonaría a nuestra fatal ilusión.

En su ardiente celo, al hablar tan drásticamente acerca de la debilidad de su propia fe, Lutero en realidad expone críticamente la fe falsa. A sus palabras ya citadas, él agrega el siguiente comentario: “Este tema de la fe todo el mundo lo ha interpretado y creído siempre como algo demasiado fácil, excepto yo y ciertos pobres pecadores como Moisés, David, Isaías y algunos más, que apenas comenzamos a creer. Un viejo discípulo y anciano doctor de teología como yo, se asombra ante personas que apenas dieron vuelta algunas páginas de un libro y ya saben tanto y más que el Espíritu Santo”.

En otras partes, Lutero advierte contra la misma ilusión, particularmente en conexión con respecto a la fe en el perdón de los pecados y en la paz con Dios. Escribe: “El asunto de la fe es la ciencia más difícil del mundo, pero tiene la infeliz característica, que nada parece más fácil

de aprender. Porque tan pronto como alguien leyó u oyó algo acerca de la fe, cree haberse graduado de la escuela de la fe, y desea aprender algo nuevo y mejor”. Y en otra ocasión exhorta: “Por eso advierto a todos los que quieren ser cristianos, fuesen maestros u oyentes, que ante todo se guarden de esa ilusión. Deben recordar que, en la cuestión de la fe, deben seguir siendo humildes discípulos en tanto que viven. Aun teniendo la verdadera fe, mil veces pueden perder el coraje en la lucha contra el mundo impío, la carne corrupta y el asesino Satanás”

Este es el primer tema de nuestra meditación. El segundo asunto, también de gran trascendencia, es que necesitamos la fe y el evangelio en el día malo, en tiempos oscuros y difíciles. Fe cristiana es firme confianza en las promesas del Todopoderoso, cuando nuestra vida está en el mayor problema y la situación es desesperante. En días de debilidad y de dolor espiritual, cuando vemos nuestros pecados, por los que merecemos ser condenados y estamos casi desesperados; o en tiempos de oscuridad e indiferencia espiritual, cuando no sentimos nada y parecemos espiritualmente muertos. Sobreponernos entonces a todas las contratiempos y frustraciones, y creer en la gracia y en el amor de Dios, apoyados sola y exclusivamente en la redención obrada por Cristo y en sus fieles promesas, ¡esa es la fe verdadera y viviente! Fe es creer que Dios se hizo hombre en Cristo y que Cristo es nuestra justicia. Así, mientras sufro dolor en mi corazón y en mi espíritu, y lloro a causa de mi pecado e infidelidad, no obstante, oigo con fe a Dios que me dice: “He aquí que ahora yo os limpio de todas vuestras iniquidades y borro todas vuestras transgresiones” (Ezequiel 36.33). Tal fe es verdadera fe, pero no es propiedad de cualquiera. Es una ciencia sumamente difícil. Feliz el hombre que en tales momentos de tribulación puede decir con Lutero, que “casi” cree. Cree que el Hijo de Dios nació y encarnó; que Cristo es nuestra única justicia; “casi” cree que el Hijo de Dios derramó su preciosa sangre por nosotros, y que su sangre es una propiciación más que suficiente por nuestros pecados. Creer y permanecer adherido a la promesa de Dios en momentos en que todo dentro de mí, mi conciencia, mi razón y mis sentimientos exclama: “¡No, no! ¡Es imposible que yo, indigno como soy, sea todavía un hijo amado de Dios!”. Creer eso, es fe.

Y a fin de obtener esa fe es necesario progresar constantemente en el conocimiento de la doctrina del evangelio. En tanto que vivimos en este mundo y hasta que finalice esta brega, hemos de leer, oír, estudiar y meditar, año tras año, la palabra de Dios. Por eso, el apóstol dice: *“A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro”* (Filipenses 3.1). En los tiempos de prueba, cuando nuestros pecados amenazan sofocar nuestra confianza en la gracia de Dios, el glorioso pasaje de la Escritura que nos asegura la gracia, nos fortalecerá.

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1.9).

¿No es acaso este versículo un breve y excelente resumen de toda la enseñanza bíblica respecto a la aceptación por parte de Dios del pobre pecador? Desde el principio del mundo Dios ha explicado, tanto con palabras expresas como con innumerables ejemplos, que es así como los hijos de Adán han de recuperar la buena relación con él. Por eso, meditemos un poco en esas palabras del apóstol amado.

Dice Juan: *“Si confesamos nuestros pecados”*. Observando el contexto entendemos fácilmente lo que significa *“confesar”*. En los versículos precedentes, 1 Juan 1.6-8, el apóstol habló de los que andan *“en oscuridad”*, diciendo que *“no tienen pecado”* y así *“se engañan a sí mismos”*. A modo de contraste, agrega entonces: *“Pero, si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda maldad”*.

En primer lugar, de este pasaje deducimos que el apóstol no habla de una confesión externa, formal o prescrita, sino más bien de la confesión hecha por un pobre y afligido pecador. Tenemos que distinguir entre una y otra contrición. Porque están los que confiesan sus pecados con cierto tipo de tristeza, pero siguen en el pecado. Sienten las nefastas consecuencias, pero en otra ocasión harían lo mismo, sólo con mayor cuidado. Encontramos esta contrición o tristeza en el rey Saúl, que llegó a decir: *“He pecado, pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos”* (1 Samuel 15.24). Sin embargo, nunca

obtuvo la reconciliación y paz de Dios. Lo mismo el faraón de Egipto, que dijo: *“He pecado contra Jehová vuestro Dios, y contra vosotros”* (Éxodo 10.16). Pero, su confesión fue forzada por el terror, porque la octava plaga ya lo estaba asustando. No fue un corazón realmente contrito, ni el penitente propósito de reconciliarse con el Dios de Israel, lo que la motivó. Hasta Caín confesó: *“Grande es mi castigo para ser soportado”* (Génesis 4.13), demasiado grande para ser perdonado. Pero, salió de la presencia del Señor y no procuró su gracia perdonadora. Judas exclamó en la amargura de su alma: *“He pecado entregando sangre inocente”* (Mateo 27.4). Pero, fue y se ahorcó.

De todos estos ejemplos aprendemos que una sincera confesión de pecados puede resultar sólo de una verdadera conversión del alma obrada por el Espíritu Santo. El pecado es una ofensa contra Dios. Cuando causa tristeza genuina, impulsa al corazón a derramar su angustia ante Dios, confesar el pecado y pedirle perdón. Más de un impenitente, esclavo del pecado, puede ocasionalmente confesar sus pecados con amargo arrepentimiento. Sin embargo, los confiesa sólo por horrorizarse ante las consecuencias. No es el pecado en sí, como ofensa contra Dios, lo que le aflige. Ni siente deseo alguno de reconciliarse y reunirse con Dios. Lo que le aflige no es nada más que un gusto amargo del horrible fruto del pecado. Personalmente, sigue siendo un miserable esclavo del pecado.

Una verdadera confesión de pecados presupone, ante todo, un despertar de la conciencia por la voz de Dios, y la comprensión de que la transgresión nos colocó bajo la condenación de Dios. Luego, en segundo lugar, la sincera confesión implica que el pecador, gracias al piadoso llamado de Dios y al poder del evangelio, espera compasión y por eso se presenta ante el trono de la gracia y suplica perdón. Quien no sabe nada de Jesucristo y de su gracia, sino sólo de culpa y condenación, nunca volverá a Dios. Como condición primaria para la confesión es esencial una chispa de fe. En tanto que Adán y Eva no sabían nada, sino de su pecado y de la pena pendiente, huyeron de la presencia del Señor. Lo propio ocurrió un tiempo con el rey David.

Se alejó de Dios y no quiso confesarle su falta. *“Mientras callé”* – confiesa en el Salmo 32.3-5– *“envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano”*. Pero, enseguida sigue diciendo: *“Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado”*.

Quien quiere saber lo que es un verdadero reconocimiento del pecado y una genuina confesión, que considere el Salmo 51. Destaquemos sólo dos elementos, en esta manifestación del corazón de David: Aunque este rey había escandalizado enormemente al pueblo con su alevoso pecado, cometiendo una gran injusticia contra la persona de Urías, lo que más le preocupa es su crimen contra Dios. Pasa por alto su ofensa contra los hombres y dice: *“Contra ti, contra ti solo he pecado, y hecho lo malo delante de tus ojos”* (v. 4). Ahí tenemos una ilustración de un corazón realmente contrito.

Además, no son sólo las groseras manifestaciones de su pecado las que lo afligen. Ve con tristeza el mal en su misma naturaleza y reconoce su más profunda raíz cuando dice: *“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre”* (v. 5). Lo más importante es reconocer la maldad en nuestra naturaleza, y la profunda depravación en nuestro ser íntimo. Mientras una persona mira sólo las manifestaciones puntuales del pecado, y no la pecaminosidad del alma, siempre sigue siendo posible construir algún falso consuelo. El pecador nunca siente que es un pecador totalmente perdido y condenado. En consecuencia, tampoco nunca queda totalmente libre y feliz por medio de Cristo. Por lo tanto, reconocer la profunda depravación del corazón es el elemento más vital en un genuino reconocimiento del pecado. Reconocer el desvergonzado menosprecio de Dios, la falsa seguridad carnal, la incredulidad, la hipocresía y el empecinamiento. Así, nuestra confesión de pecados se ajusta a la descripción del corazón humano por parte de Dios mismo, cuando dice: *“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso. ¿Quién lo conocerá?”* (Jeremías 17.9)

Miremos y veamos ahora, si no es precisamente esto lo que aflige a las almas débiles y temblorosas, que constantemente se quejan de la siguiente manera: “Mi corazón es desesperadamente malvado. Es duro, frío, hipócrita, engañoso, falso, inestable, frívolo e inclinado a lo malo; más aún, es diabólico”. Quiere decir que conoces tu corazón como Dios lo describe. ¿Te parecerá que el juicio de la Palabra de Dios acerca de tu corazón es demasiado drástico? Al contrario, no encontrarás condenación demasiado fuerte para calificarlo.

“Pero yo no veo así mi pecado” –responderás. “Me siento seguro, empedernido, frívolo e hipócrita”. Respondo: “Es una gran maldad, sentirse tan confiado, hipócrita y mundano. Ese espíritu es la fuente de todos los otros pecados. Es la depravación natural del corazón mismo lo que tú así reconoces. Este reconocimiento hace falta”. Así hemos llegado a la etapa en la que nos sentenciamos a nosotros mismos. Creemos de todo corazón que somos las criaturas más ordinarias e indignas.

“Bien, pero sigue siendo cierto –insisto– que no tengo un corazón quebrantado, contrito y humillado. Soy, de hecho, mundano, vanidoso, empedernido y frívolo”. Respondo: “Es infelizmente cierto que tal es la condición de tu estado natural. Debes reconocer esta corrupción. Esto debe llegar a ser una terrible realidad para ti”.

No obstante, quienes confiesan así su infeliz condición de pecadores, deben volver a alentarse con la bendita afirmación de la Escritura que estamos estudiando: *“Dios es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1.9). Sepamos, entonces, que la ley no puede otra cosa que hacernos miserablemente conscientes de nuestros pecados, *“a fin de que por el mandamiento el pecado llegue a ser sobremanera pecaminoso”* (Romanos 7.13b). Dios sólo desea impartirte las riquezas de su gracia.

Ahora quedó quebrada la resistencia de nuestra mente. Admitimos la justicia de los juicios de Dios. Ya no evitamos la luz. Nos condenamos a nosotros mismos. Contentos aceptaríamos a Cristo, si tan sólo nos atreviésemos. Oigamos entonces lo que el mismo apóstol dice en otras

circunstancias: *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”* (Juan 1.12). ¿Quiénes son receptores idóneos de la gracia y del perdón, sino estas miserables almas que se condenan a sí mismas?

La salvaje naturaleza humana se defiende. Se alza contra los juicios de Dios y se amarga. Pero, quien se condena está abierto a la gracia. Dios le concede y declara toda su piedad. Debemos saber que los castigos señalados en la Escritura, los juicios y las penas, no se dirigen a los que se condenan a sí mismos y anhelan gracia y reconciliación con Dios por medio del Salvador. Van destinados a los arrogantes menospreciadores y burladores, que resisten abiertamente el Espíritu y a la Palabra de Dios, o bien actúan como hipócritas, como Judas Iscariote entre los discípulos de Jesús, abrigando algún pecado favorito, al que se niegan abandonar y hasta defienden.

Aunque no nos sintamos regenerados ni percibamos el poder de la fe y de una vida nueva, pero permitimos que la Palabra de Dios nos amoneste y dirija, y que inclusive nos condene como violadores de la ley de Dios, entonces ya somos objeto de toda la gracia y la restauración de Dios. Pero, oigamos y creamos esta bendita verdad, para que no nos perdamos en la incredulidad. Vayamos con toda confianza al trono de la gracia y confesémosle a Dios todos nuestros pecados y defectos. Naceremos de nuevo y seremos justificados por Dios, aun cuando no sintamos inmediatamente esa gran regeneración en nuestros corazones.

Piensa, amigo, en lo que afirma el apóstol: *“Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”* (1 Juan 1.9). Es bastante fácil entender que él es *“fiel”*, porque no puede negar su Palabra y promesa. Todo lo que prometió debe cumplirlo sin falta. Es fácil comprender esto. Dios tampoco hace distinción de personas. Cada cual sin excepción, es igualmente bienvenido y recibe la misma gracia. *“Si fuéremos infieles (nosotros), él permanece fiel, él no puede negarse a sí mismo”* (2 Timoteo 2.13).

Pero, esa otra expresión: *“justo, para perdonar nuestros pecados”*, es ciertamente algo extraña. En efecto, parece haber una fuerte contradicción

entre estos dos términos, “*fiel*” y “*justo*”. ¿Cómo explicarla? Se investigó la posibilidad de traducir la palabra “*justo*” de otra manera. Sin embargo, el término original griego significa precisamente eso, “*justo*”. ¿Cómo entenderlo entonces? Notemos una vez más lo lejos que están nuestros pensamientos de la gloriosa relación que nos reveló Dios. El apóstol creyó lo que le había sido revelado, y por eso habló de la forma en que lo hizo. En el versículo uno, del capítulo siguiente, dice: “*Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo*”. Luego, en el versículo dos, sigue diciendo: “*Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*”. En esto pensó Juan cuando dijo: “*Él es... justo para perdonar nuestros pecados*”. No importa cómo consideremos este pasaje, no hay forma de extraerle otro significado que esta gloriosa verdad: Dios nos perdona nuestros pecados en base a la “*propiciación*” o satisfacción vicaria de Cristo; en base a la justicia divina, alcanzada por Cristo al cumplir la ley por nosotros. Dios no es injusto para cobrar doble, una vez a Cristo y otra vez a nosotros.

Es algo grandioso lo que afirma la Escritura desde el principio, que “*Dios entregó a su Hijo en rescate por nosotros*”; que “*el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros*”; que Cristo es el Redentor, “*a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús*” (Romanos 3.25-26). “*Y a vosotros*” – sigue diciendo el apóstol– “*estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz*” (Colosenses 2.13-14). Así pues, Dios es justo, siendo que no demanda que se le pague dos veces la misma cuenta. Si nos presentamos ante él, confesándole nuestros pecados e implorando su gracia por los méritos de Jesús, nos concede lo

que obtuvo a tan alto precio: El perdón completo de todos nuestros pecados.

No sólo nos vemos obligados a interpretar así este pasaje de Juan (1 Juan 1.9). Aún otro apóstol habla expresamente del mismo asunto, diciendo: *“Dios puso a Jesucristo como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia”* (Romanos 3.25), que consiste en el perdón de los pecados. El sentido de este pasaje es que, si Dios hubiese perdonado pecados sin que Cristo presentase su sacrificio por los mismos, Dios habría sido injusto, siendo que la justicia divina demandaba que el pecado fuese castigado. Pero, ahora Dios dio a su Hijo para que fuese la propiciación por el pecado, manifestando su justicia al perdonarnos nuestros pecados a los que creemos en la satisfacción ofrecida por Cristo al derramar su sangre por nosotros.

Todos los hombres y ángeles, aun Satanás, nuestro acusador, deben saber que la remisión de los pecados no se debe a una decisión accidental o caprichosa, sino que tiene un fundamento absolutamente legal. Tanto la ley como la justicia han quedado satisfechas perfectamente.

¡Ojalá estemos todos bien seguros de esta gran verdad: Que nuestra aceptación por parte de Dios se basa en un fundamento perfectamente legal, que tanto la ley como la justicia fueron completamente satisfechas! Sí, que quedemos bien instruidos en el hecho de que nuestra adopción por Dios se basa en un acto totalmente legal, que la Escritura define de la siguiente manera: *“Si uno murió por todos, luego todos murieron”* (2 Corintios 5.14). Y: *“Al que no conoció pecado, Dios por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5.21). Siendo que todo fue cumplido por nosotros, y nosotros nos presentamos ahora ante el trono de la gracia, apelando a la redención ofrecida por Cristo, la justicia impone que no se mencionen más nuestros pecados. Ya no figuran en nuestra cuenta.

En el evangelio del juicio de las naciones (Mateo 25.31-46), es sumamente notable que el Juez recuerde sólo las obras buenas de los fieles, ¡ningún pecado! (vv. 34-40). ¿Será que no los cometieron? ¡Claro que sí, pero

quedaron todos perdonados! ¿Cómo podríamos atrevernos a permanecer confiados y felices en la gracia de Dios, si esa gracia no estuviese afirmada en la justicia? Si no fuese así, siempre tendríamos que temer que Dios, finalmente, se cansara de perdonarnos constantemente nuestra persistente depravación.

Pero, ¡gracias sean dadas a Dios!, él quedó completamente satisfecho con la redención de Cristo, que es eternamente válida. Todo se fundamenta en la ley y la justicia. En Cristo tenemos gracia y justificación. Nuestra salvación se fundamenta en un pago totalmente satisfactorio de nuestra deuda. Se pagó un rescate pleno. Dios lo aceptó y es justo. No se queda con el precio del rescate y el prisionero rescatado. Éste sale libre. Como bien dice Lutero: “Cuando Dios parece enojado, como si estuviera por echarme de su presencia, diré: Querido Dios, entonces tendrás que rechazar primero el rescate, a tu amado Hijo. ¡Eso no lo harás!”.

¡Qué gracia! ¡Qué gloria! Pues bien, ¡todos los que tenéis sed, venid a las aguas! “*¡Y los que no tenéis dinero, venid, comprad y comed! ¡Venid! ¡Comprad sin dinero y sin precio, vino y leche!*” (Isaías 55.1). Fuese que estemos dando los primeros pasos del arrepentimiento, o que seamos cristianos de larga data caídos en pecado y vergüenza: ¡Confesemos nuestra desgracia, como el rey David! Dios es fiel y justo. Él nos perdonará nuestras deudas. Aún tenemos disponible un gran privilegio, que ciertamente todavía vale. Recordemos: Dios es fiel. Sus palabras perduran para siempre. Su pacto de paz permanece inamovible, más firme que las montañas. Ni una jota ni una tilde de sus promesas nos defraudarán. ¿O imaginamos que hay algo de incierto para desconfiar de las promesas de Dios? ¿Suponemos, tal vez, que él engaña a los miserables pecadores? ¿Pensamos, quizás, que él va a darnos sus más preciosas promesas y luego, cuando venimos a él confiando en su Palabra, se hará a un lado y se negará a cumplir sus promesas? Sabemos que él no procede así.

¿Qué dijo Dios respecto a los pecadores? Dijo: “*De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados*” (Isaías 52.3). Y: “*Venid luego, dice Jehová, y arreglemos cuentas. Si vuestros*

pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1.18). Y Cristo mismo dice: *“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ¡Dios, sé propicio a mí, pecador! Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro”* (Lucas 18.13-14). Así también habla Jesús del hijo pródigo. Y recordemos que éste representa a todo pecador perdido: *“Cuando estaba aún lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y lo besó... y dijo a sus siervos: ¡Sacad el mejor vestido, y vestidle!”* (Lucas 15.20-22). El propio Jesús dijo esto.

¿No es, entonces, confiable y seguro este mensaje? Acaso diría el Salvador del mundo: *“¡Venid a mí!”*, y luego, cuando vamos conforme a su invitación, ¿nos negará la bienvenida y el beso de amor? ¡Nunca hará eso! *“Dios es fiel y justo, para perdonar nuestros pecados, y para limpiarnos de toda maldad”*.

LA LEY, LA CONVERSIÓN, Y LA JUSTICIA VÁLIDA ANTE DIOS

*Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree
(Rom. 10.4)*

Es sumamente deplorable y para llorar, que almas iluminadas que se esfuerzan por entrar por la puerta estrecha (Lucas 18.25), no podrán hacerlo por la simple razón de haberse extraviado por los equivocados consejos de sus propios corazones, o de maestros y libros seductores. La verdadera conversión, la obra cabal y completa de la Palabra de Dios, ley y evangelio, en el corazón del pecador es tan necesaria que, sin ella, todo otro esfuerzo espiritual es totalmente inútil. Son inútiles al alma del impenitente la fe, la piedad, aun Cristo con todos sus méritos. Quien sólo reconoce sus pecados concretos en pensamientos, palabras y obras; quien lamenta y combate sólo sus transgresiones manifiestas, sin reconocer las demandas de la ley sobre su corazón, y sin hundirse en la ciénaga de la perdición espiritual a causa de su naturaleza pecaminosa, tampoco buscará su único socorro en Cristo y experimentará sólo una conversión superficial e hipócrita. Estará aparentemente convertido, pero se trata de una falsa conversión, que dejó intactas la mundanalidad, la mentalidad carnal y la autosuficiencia del pecador. Se habrá convertido en un fariseo de primera clase.

Inclusive el que siente su mala naturaleza, la corrupción y la depravación de su corazón natural, pero se refugia en su propia devoción, oración, abnegación y piedad, sin perder la confianza en su propia justicia, sino esperando la victoria mediante esos ejercicios, está en la misma situación. Y si no se acerca a Cristo mientras está en su miseria espiritual sin haber logrado la tan esperada victoria, nunca llegará a ser un verdadero cristiano. Se convertirá, o bien en un santo imaginario, que

se consuela con su falsa conversión y santidad, o bien en un esclavo inveterado, que se rinde a la desesperación, hundiéndose en un estado de seguridad e indiferencia carnal. No pensamos aquí en los que deliberadamente practican ciertos pecados favoritos. Pensamos en los que tratan de pasar por la puerta estrecha del “arrepentimiento”, pero “no lo logran”.

La falta de toda esta gente es que no prestan atención a la instrucción. O nadie les enseñó en qué consiste la verdadera conversión; cuál es la verdadera función, el verdadero propósito y la verdadera intención de la ley y del evangelio. ¡Ah, si la gente prestase más atención a la Palabra de Dios! ¡Que, por ejemplo, tomasen a pecho los siguientes versículos bíblicos, de modo que sus propias opiniones o las de otros “santos” autosuficientes no los pudiesen apartar de la verdad divina!:

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, se lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Romanos 3.19).

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5.20).

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? ¡En ninguna manera! Pero yo no conocí el pecado sino por la ley, porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: ¡No codiciarás! Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte” (Romanos 7.7-10).

“El pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso” (Romanos 7.13).

Notemos cuidadosamente las palabras de Romanos 3.19 que dice que el propósito de la ley es “que toda boca se cierre, y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”. Por medio de la ley el mundo no debe

volverse puro y santo, sino culpable. La razón por la que la ley ahora ya no tiene otro cometido y efecto se da en el versículo 20: *“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”*. En el capítulo 5 leemos que la ley se introdujo *“para que el pecado abundase”*, no para que éste fuera vencido. Pero, donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia perdonadora. Y en el capítulo 7 aprendemos que esta *“abundancia”* no es sólo la abundancia del conocimiento del pecado y de la pena por el mismo, sino del propio pecado, que abundó por causa del mandamiento. Porque dice expresamente que *“el pecado tomó ocasión por el mandamiento y produjo en mí toda codicia”*... para que *“el pecado, por medio de lo que es bueno, produzca la muerte en mí, a fin de que, por el mandamiento, el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso”*. En efecto, en el mismo capítulo 7, leemos que hemos de morir a la ley, *“a fin de que llevemos fruto para Dios”*. Hemos de morir a la ley *“mediante el cuerpo de Cristo”*, o sea mediante su sacrificio por el pecado, a fin de poder servir a Dios en una vida nueva.

Así habla la Escritura de la función de la ley en la conversión. Lutero comenta al respecto: *“¿Cuál es entonces el efecto de la ley? Debido a la depravación de nuestra naturaleza la ley llega a sernos ocasión para pecar, más aún: es el poder del pecado, como dice Pablo. Produce ira. No vuelve piadoso al corazón, como alardean los papistas y pretenden los paganos. Externamente puede frenar la mano u otro miembro, pero eso sólo crea hipócritas ante Dios. Sin embargo, en el corazón provoca tal reacción, que no sólo inhabilita a la persona a volverse piadosa; la torna peor de lo que era antes”*.

La ley debe realizar esto, que es su trabajo natural en nuestros corazones, si nuestra conversión es genuina. Mediante la ley no nos volveremos más piadosos y santos –así llegaremos a ser por medio de otro, que nos bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Por medio de la ley hemos de aprender que somos culpables, pecadores, que en nosotros *“abunda el pecado”*. De lo contrario, nunca conoceremos correctamente nuestra necesidad de aceptar a Cristo para la creación de una nueva vida en

nuestros corazones, como dice Gálatas 3.21: “*Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley*”, y entonces Cristo habría muerto en vano.

La ley cumplirá su objetivo solamente si penetra en el corazón. Pero, si sólo reforma nuestra conducta externa, podremos llegar a ser piadosos en nuestra propia opinión. Sin embargo, esa sería la justicia de los fariseos. Semejante fariseo autosuficiente fue Saulo de Tarso antes de que viniese “*el mandamiento*” y que los requisitos espirituales de la ley hubiesen penetrado en su corazón. Tales son muchas personas religiosas de nuestros días, que usan la ley con la idea de que, con tal de observar sus prescripciones externas, se volverán más piadosas y mejores. Sólo tendrían que encargarse de ello con toda seriedad y con el firme propósito de lograr el objetivo; luchar con todo coraje y perseverar en la oración con esa esperanza. Estos necesitan saber que todos sus esfuerzos no conducen a nada.

Una conversión genuina cala mucho más hondo. Provoca la maldad del corazón hasta el cansancio. No me mejora cada vez más. Por el contrario, me hace cada vez más pecador, “abundantemente pecaminoso por el mandamiento”. Tengo que avergonzarme de mí mismo y de todas mis iniciativas de auto justificación. Me estimo sumamente miserable y así desestimo mi conversión. No encuentro valor en mí y en mi propia justicia.

Notemos que cuando Cristo comenzó su ministerio público, su primer servicio fue explicar el carácter espiritual de la ley, demostrando que ningún ser humano podía cumplirla (Mateo 5.21-28). Cuando cierto individuo pensó haber cumplido la ley, Cristo no aprobó la presunción de ese joven. Instantáneamente le dio un mandamiento que se reveló que era demasiado pesado para él. “*Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, y sígueme*” (Mateo 19.21). Jesús no ayudó a ese joven a dar valor a su propia piedad. Por eso, si una persona dice que va a arrepentirse y volverse piadoso y santo, se le debe decir: “-Sí, cuando comprendas que eres un pecador y una persona impía; cuando hayas comprendido que eres una criatura caída, perdida y

condenada, depravada y corrupta por naturaleza, entonces estarás en condiciones de creer en Aquel, “*que justifica al impío*” (Romanos 4.5)”. Esta es la única manera en que puedes ser salvo.

Déjame citarte aquí una notable declaración de Lutero. Comentando el quinto Salmo de David, dice: “Afirmo con absoluta certeza que quien desea llegar a ser justo y piadoso, primero debe ser y reconocerse pecador e injusto; quien desea ser curado, primero debe estar y reconocerse enfermo; quien desea llegar a ser justo y piadoso, primero debe ser y reconocerse injusto, impuro, insensato, depravado, diabólico, hereje, un incrédulo, un idólatra. En otras palabras, debe reconocer que por naturaleza posee un corazón tan reprobable, infiel, lleno de pecaminosidad y diablura como el de cualquier ateo o hereje en el mundo. San Pablo dice: “*Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio*” (1 Corintios 3.18).

“Esta doctrina –repito– permanece absolutamente inamovible. Es la invariable voluntad de Dios en el cielo de convertir ignorantes en sabios; malvados en piadosos; pecadores en justos; pervertidos en probos; lunáticos en gente razonable; herejes en creyentes, y demonios humanos en santos. Debe entenderse que esto significa, como ya lo señalé antes, que la persona debe reconocer ante todo la obra y el carácter del diablo en su propia vida y en su propio corazón, ante de acudir a Cristo y de buscar la redención de Aquel que afirmó haber venido “*para destruir las obras del diablo*” (1 Juan 3.18).

“Si ahora deseas saber cómo ocurre este milagro, la respuesta es –en pocas palabras– la siguiente: No podemos llegar a ser lo que quisiéramos ser ante Dios y ante Cristo, a menos que primero lleguemos a ser ante nosotros mismos y ante todo el mundo lo que Dios quiere que reconozcamos ser, y lo que realmente somos. A saber: Pecadores, malvados, perversos, diabólicos e incrédulos. Nuestro correcto nombre, título y valor es, “*hijos de ira*” (Efesios 2.3). Esto es la verdadera humildad y la forma de proceder en una verdadera conversión. Mientras una persona imagina poseer todavía alguna dignidad, no se puede convertir. Si, en cambio, reconoció su verdadera situación y su total dependencia de Cristo y de la gracia de

Dios, es lo que debe ser en los ojos de Dios: santa, piadosa, creyente y un hijo de Dios”. Así dijo Lutero.

Pero, ¿cómo ocurre que el que llegó a ser impío, pecador, perverso y diabólico en su propia opinión, a los ojos de Dios quedó justo, piadoso y amable, como dice Lutero? Sucedió en la forma descrita por el apóstol Pablo: *“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe”* (Gálatas 3.24) Pues ahora el pecador cae a los pies de Cristo y busca socorro en la justicia de su Salvador, al que ya no desprecia, más en quien ahora confía. Ahora está agradecido aún por las migajas que caen de la mesa de su Amo (Marcos 7.28); o por ser llamado *“perrillo”*, con tal que reciba la gracia y el perdón de sus pecados. Le sorprende como algo estupendo que él, que es totalmente indigno, reciba todo el mérito de Cristo. Veán, ¿este fue exactamente el propósito de Dios con su ley! Dios ya no desea causarle más dolor y vergüenza al pecador. Se logró el objetivo.

Ahora, Dios le concede todo al pecador, todo por nada: Todo Cristo, con todos sus méritos. Ahora, el pobre pecador llegó a ser un santo rico y glorioso. Tal es el orden de la gracia. Ahora, el pecador está facultado para alardearse con el perfecto cumplimiento de la ley. Oigamos lo que dice la Escritura: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros”* (Romanos 8.3-4). Y otra vez: *“Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gálatas 4.4-5). Y: *“Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste. Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para*

hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10.5-10).

Aquí el pecador deprimido levanta nuevamente la cabeza. Ha sido avergonzado en su aparente conformidad con la ley. Ahora posee una obediencia a la ley con la que puede jactarse. ¿Qué nos parece, entonces, esa declaración de Pablo (Romanos 8.3), que lo que la ley demandaba de nosotros pero lo que no pudimos cumplir debido a la debilidad de nuestra carne, lo hizo Dios al enviar a su Hijo en semejanza de nuestra carne pecaminosa? El Hijo de Dios nació y fue puesto “*bajo la ley*”, para cumplir en su propio cuerpo y en nuestro lugar la ley, y redimirnos así a nosotros, los que estábamos “*bajo la ley*”.

Cuando vino al mundo, el Hijo de Dios declaró que era él el que debía cumplir perfectamente la voluntad de su Padre. “*He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*”. En la perfecta obediencia de Cristo a la santa voluntad de Dios, somos santificados nosotros, una vez por todas, con el sacrificio del cuerpo de Jesucristo. ¡Oh maravilloso plan del Dios de amor! ¿No debiéramos, entonces –como dice Lutero– escarnecer nuestra propia miserable justicia y “tenerla” –con Pablo– “*por basura*” (Filipenses 3.8), porque a Dios le agradó concedernos de esa manera el completo cumplimiento de la ley gratuitamente? Hizo esto sólo mediante su Hijo, quien asumió las obligaciones que teníamos nosotros pero que no podíamos cumplir. Él también sufrió por nosotros lo que debiéramos haber sufrido nosotros.

En resumen: Para ser salvos hemos de ser justos. Hemos de cumplir la ley perfectamente. Pero, no somos capaces de realizar eso. Sólo Cristo lo logró. Sin embargo, no para sí. No tuvo necesidad de hacerlo, sino para nosotros y en nuestro lugar. Como él mismo lo declara con toda amabilidad: “*Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*” (Juan 17.19). Cristo se santificó a sí mismo por nosotros, obedeciendo y sufriendo. Guardó perfectamente la ley, aun en la peor prueba. Amó a Dios sobre todas las cosas. Tuvo un corazón santo, pensamientos santos,

una vida santa y palabras santas. Amó también al prójimo como a sí mismo. Su amor al prójimo fue tan intenso, que oró y murió aún por sus enemigos. Sufrió los castigos que nos debieron haber tocado a nosotros. *“Cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba”* (1 Pedro 2.23). Al creer en él, su cumplimiento de la ley llega a ser el mío. Su justicia se me transfiere y viene a ser mía.

El apóstol Pablo dice: *“Si uno murió por todos, luego todos murieron”* (2 Corintios 5.14). Del mismo modo podría decirse: Si uno cumplió la ley, luego todos la cumplieron. El mismo apóstol dice expresamente que *“Cristo fue puesto bajo la ley para redimir a los que estaban bajo la ley”* (Gálatas 4.5). Uno cumplió la ley por todos. Entonces, si soy un cristiano que cree en el Hijo y lo honra debidamente, estoy obligado a decir también: “He dado completo cumplimiento a la ley y estoy sin culpa. Claro, no por mi propio poder o en mi propia persona, pero sí por medio de mi Substituto y Mediador, Jesucristo. Yo merecería ser echado en las tinieblas de afuera, si en vez de honrarlo a él me considerase justo y recto en mí mismo. Pues si no creyese y confesase eso, sería lo mismo que si afirmaré que Cristo no cumplió la obra para la cual lo había enviado su Padre; que no cumplió perfectamente la ley y no sufrió el castigo por el pecado del mundo. Sería lo mismo que afirmar que su sufrimiento y muerte en la cruz no fueron por nosotros y en nuestro lugar, sino que él mismo necesitó ese cumplimiento para “sí”. Pero, ¡qué declaración espantosa sería esa de parte de un cristiano!

Si movido puramente por la compasión, un gobernante del más alto nivel decidiese perdonar a un criminal que infringió la ley y está en la cárcel purgando el delito cometido, y la amnistía se aprobase formalmente, procediéndose a la liberación del prisionero, ¿se podría reclamar todavía que la justicia castigase al prisionero? ¿Y qué debería hacer ese ciudadano liberado? ¿Acaso no debería estar lleno de alegría y gratitud con su benefactor? ¿No sería una maldad peor que las ya cometidas, si tal hombre dijese: “Estoy libre, es cierto, pero como yo no sufrí personalmente el castigo por mis delitos, no puedo

estar seguro de que no tendré que volver nuevamente a la cárcel a pagar por ellos”? Acaso no sería lo mismo que si dijera: “¿Cómo puede alguien confiar en lo que dijo e hizo ese gobernante?”.

La Palabra de Dios dice expresamente: “*Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne*” (Romanos 8.3). Y otra vez: “*Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*” (Gálatas 4.4-5). Aquí leemos en forma muy concreta que Dios envió a su Hijo con el expreso propósito de conseguir aquello que la ley no nos pudo conseguir. “*Nació –fue puesto– bajo la ley*”. Sufrió la prisión que habíamos merecido nosotros, “*para redimir a los que estaban bajo la ley*”, es decir, a todos nosotros.

Y esto no es un cuento, no es una alucinación. Es la eterna verdad divina, que la Escritura reveló desde el principio como el resumen de todo: Dios nos ha dado a su Hijo, para ser nuestro Mediador y Salvador. Él mismo dice de la ley: “*He venido para cumplirla*” (Mateo 5.17b). Y en Juan 17.19, dice: “*Yo por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*”. O en Hebreos 10.7: “*He aquí, que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí*”. Por cuya voluntad somos santificados, una vez por todas, con el sacrificio del cuerpo de Cristo.

¿Y cuál debe ser nuestra respuesta a esta revelación? Parecería demasiado que Dios nos concediese en forma totalmente gratuita todo el cumplimiento de la ley. Sin embargo, Dios es demasiado grande y maravilloso, en todo sentido, como para que lo comprendamos. Pero, ¿qué otra cosa habríamos de hacer más que aceptar este obsequio de gracia, agradecerle con alegría y amor, hacer uso de la libertad que Cristo nos compró por medio de su pasión y muerte, y servirle como hijos, de buena gana, con gozo y gratitud, a nuestro Padre celestial? Hemos de practicar el bien, durante el tiempo que Dios nos da en su gracia. Pero, ante todo hemos de recordar siempre, que nuestra

justicia ante Dios es la de otro, cuya justicia permanece intacta y no disminuye, aun cuando nosotros nos sintamos totalmente indignos. En Cristo tenemos la remisión de nuestros pecados. Si tanta gracia no nos mueve a amar y servir a Dios, entonces cualquier cosa que hagamos ya no tiene valor. Personalmente no nos sirve de nada hacer lo bueno por mera obediencia a la ley o por temor al castigo. Pues, *“todo lo que no proviene de fe, es pecado”* (Romanos 14.23b). Y, *“todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición”* (Gálatas 3.10).

Los cristianos hemos de pensar en todo esto y aplicarlo a nuestras vidas diarias. Pues no es sólo en la conversión cuando venimos a Dios por primera vez que Dios nos humilla mediante la ley, revelándonos nuestra condición de pecadores. Esta humillación continúa toda la vida en tanto que vivimos en esta tierra necesitamos practicar la confianza y la fe en Dios y en su Palabra, en una conversión diaria. Y cuanto más nos acercamos a Dios, tanto mejor conoceremos su santidad.

Sin embargo, todo lo que exige algo de nosotros, es la ley. En consecuencia, nadie entiende la ley con más profundidad y reconoce mejor sus defectos y debilidades, que un cristiano iluminado. Respecto a esto, dice Lutero: “Cuanta mayor claridad se tenga sobre la ley, tanto mayor será el conocimiento del pecado”. La ley, sin duda, es nuestro deleite, nuestra regla de vida y conducta, pero, nunca nos declara justos y salvos. Porque para que eso pueda suceder, tendríamos que ser tan santos y justos como el propio Dios. Entonces, si vemos nuestros defectos y con el paso del tiempo los sentimos cada vez más, debemos permanecer *“firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no quedar otra vez sujetos al yugo de la esclavitud”* (Gálatas 5.1). En la misma medida en que nos sometemos nuevamente al espíritu de la esclavitud, la ley volverá a ejercer su vieja influencia sobre nosotros, a conferirle renovada energía al pecado y a privarnos de nuestro gozo en el Señor.

Y, ¿qué haremos cuando la ley nos reprenda por causa de nuestros pecados? Hemos de admitir que *“en nuestra carne –ciertamente– no mora el bien”*. Pero, simultáneamente, hemos de apuntar a Cristo

como nuestra única justicia, y decir: “Ahí está el hombre, que cumplió en mi lugar todo lo que yo debería haber hecho. ¡Reclámenle a él! Él es mi Redentor. Él fue puesto bajo la ley, y no cometió ningún pecado”. Si alguien objeta: “–Pero, tú mismo debieras ser santo y practicar el bien”. Entonces responde: “Es cierto. Cuando se trata de mi vida y conducta, estoy en falta. Entonces amonéstame, y te escucharé. Pero, cuando se trata de mi justificación ante Dios, mi vida y mi conducta ya no cuentan. Me vale únicamente la justicia de otro. No entran en la cuenta ni mi piedad ni mis pecados. Si se me juzgase según mi vida y conducta, mi piedad o mis transgresiones, estaría totalmente perdido. Sin embargo, poseo la justicia, santidad y pureza de otro; el amor y las buenas obras del Hijo de Dios, quien fue puesto bajo la ley por amor a mí. Estoy completamente dispuesto a reconocirme pecador a mí mismo, y a no llevar otro nombre, a fin de que únicamente Cristo sea mi justicia. Aquí repito con Pablo: *“No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Filipenses 3.9)”.

Aunque mis pecados fuesen mil veces más graves, y mi corazón me condenase con severidad mil veces mayor, Dios es más que mi corazón. La inocente sangre de Cristo y su perfecta obediencia son miles de veces más eficaces que mis pecados. La obra de Cristo, el corazón de Cristo, su perfecta mediación... ¡Esto es mi tranquilidad, mi justificación y mi gloria para siempre! Amén.

EL EVANGELIO PARA LOS IMPÍOS

Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos (Rom. 5:6)

La primera cosa notable acerca del evangelio es que la mayoría de la gente cree saberlo a la perfección, y todos piensan conocerlo a fondo. Ero, a verdad es que se trata de un tema que todavía nadie, en todo el mundo, ha entendido y comprendido plenamente. Inclusive Pablo confiesa: “No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (Filipenses 3.12). El Dr. Swebelius dice al respecto: “A la ley se la conoce bastante bien por la naturaleza, pero el evangelio es un misterio, oculto a la razón”. Y el Dr. Lutero comenta: “El evangelio es la mayor ciencia del cristiano y su suprema sabiduría, en cuyo estudio sigue siendo un humilde estudiante toda la vida. El evangelio tiene la particularidad de que nada parece más fácil de aprender. Por eso es que, tan pronto como alguien oyó o leyó algo del evangelio, se imagina ser un maestro en la materia, y se muestra muy interesado en algo nuevo y diferente”.

La gente así, los que se creen expertos en el evangelio, debieran reconocer su ignorancia ante el hecho de que piensan muy poco en el mismo, y no se preocupan mayormente en saber más de Dios y de su Hijo Jesucristo, por él enviado, ni de conocer los inescrutables misterios de la redención. Pero, el hecho de que no les interesa oír o leer acerca del tema, ni rogar por la iluminación del Espíritu Santo, debiera hacerles ver su torpeza. Al contrario, todas las veces que un sermón toca algo de carácter evangélico, esperan impacientemente poder oír pronto algo diferente, nuevo y más interesante. Esa gente, generalmente, razona de la siguiente manera: “Sé muy bien lo que debo creer. Sé

todo acerca de la gracia salvadora y del amor perdonador de Dios por medio de Cristo Jesús. Eso nos fue dado una vez por todas. Está tan claro como la luz del día. Con eso estoy satisfecho. Pero, ¿qué he de hacer yo? ¿Cómo he de vivir? Estas son las preguntas que vale la pena formularse. ¡Qué nos den las respuestas a estas preguntas!”.

Así es como nunca llegan a conocer la forma de vida correcta, el verdadero principio de la conducta cotidiana. Jamás se dieron cuenta de cuál es su mayor carencia espiritual, que les falta la verdadera vida, el genuino arrepentimiento y la fe viva en Jesucristo. No reconocen la total inutilidad de sus propias obras en materia de la justificación delante de Dios. Jamás desesperaron de sí mismos, ni conocieron el valor y poder de la verdadera fe. Pues si lo hubiesen conocido, jamás dirían que ya oyeron suficiente evangelio. Antes dirían, como lo ratifican ampliamente la palabra de Dios y la experiencia, que el poder y gozo de llevar una vida agradable a Dios residen únicamente en el conocimiento de Dios y de su infinita gracia. Como lo dice también el apóstol: *“Quien no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor”* (1 Juan 4.8). Si conociesen a Dios, también lo amarían y se deleitarían en andar conforme a sus estatutos y en hacer su voluntad. Serían luces ardientes y radiantes en el mundo, como lo fue Juan. Porque Dios es una grande y radiante luz de amor, y nadie puede conocerlo sin ser encendido por su amor. Por cierto, el amor es la madre de toda obra buena. Como bien dice Pablo: *“El cumplimiento de la ley es el amor”* (Romanos 13.10).

La conclusión de este asunto, entonces, es que quienes creen tener suficiente conocimiento del evangelio, todavía no aprendieron el ABC del mismo, como dice Pablo: *“Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo”* (1 Corintios 8.2). Es cierto que un creyente puede estar tan confundido en la oscuridad de la tentación, que se olvide de lo que le enseñó la experiencia, y comience a buscar una vez más en la ley lo que ésta no le ofrece en ninguna parte. Sin embargo, su alma no permanece en esa confusión. Deja que el Espíritu Santo lo saque de la oscuridad. Queda adherido

al evangelio. Sigue siendo un infante que se amamanta de *“los pechos de sus consolaciones”* (Isaías 66.11).

El apóstol escribió: *“Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo”* (1 Corintios 8.2). Esta verdad se aplica especialmente al conocimiento del evangelio. El evangelio habla de cosas que, quien las percibe, se siente incapaz de creerlas. Quien cree fácilmente el evangelio, apenas comprende lo que contiene. Puede pensar que comprendió su contenido. Y está tan seguro, que está dispuesto a jurarlo mil veces. Sin embargo, toda su personalidad contradice a su afirmación. Lutero bien dice que quien pudiera comprender y creer correctamente lo que el evangelio implica, *“no podría vivir más en el mundo, moriría de puro gozo”*. Ciertamente, no sería más tan frío e insensato y materialista, como lo son esas almas saciadas y presumidas, que se imaginan haber aprendido todo lo que se puede saber del evangelio. No sería tan difícil seguir a Cristo, amarlo, servirle y obedecerle, sufrir por amor de su nombre, y negarse uno a sí mismo, si uno creyese lo que el evangelio dice.

Observemos aquí la razón principal, por la que muchos que están constantemente aprendiendo, nunca llegan al conocimiento de la verdad. Jesús dijo: *“Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel, a quien el Hijo se lo quiera revelar”* (Mateo 11.27). En tanto que el Hijo no le revele a una persona al Padre y el corazón paternal de éste hacia el hombre, esa persona jamás entenderá o conocerá a Dios y su evangelio. Todo el estudio será en vano. Poco antes – en el versículo 25– Jesús había dicho: *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”*. Quiere decir que el Padre no ha revelado las gloriosas verdades del evangelio a los que no se consideran ignorantes; no se las reveló a los que creen que con su propio estudio son capaces de comprender el evangelio por sí mismos. Muchos oyen y leen el evangelio como lo harían con cualquier ciencia secular, sin someterse humildemente a la guía y dirección de Dios. Entonces Dios oculta el significado de su vista. *“Sí, Padre, porque así te agradó”* (v. 26).

Con toda seguridad Pablo fue un maestro para exponer clara y correctamente el evangelio. Sin embargo, no consideró suficiente que la gente escuchase sus sermones y leyese sus epístolas. Para él, el verdadero conocimiento del evangelio todavía dependía de *“la revelación de Dios”*, de la efusión *“del Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Cristo alumbrando los ojos del entendimiento”* (Efesios 1.17-18). Constantemente imploraba a Dios que concediese este Espíritu de revelación a sus congregaciones. En la Epístola a los Efesios, pide dos veces que *“el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé Espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Jesucristo, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”* (Efesios 1.17-18). En el capítulo 3, versículos 14 a 19, invoca a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, *“para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, para que habite Cristo por la fe, en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda plenitud de Dios”*.

Hay gente, que nunca siente la necesidad de doblar sus rodillas ante Dios, ni de investigar con diligencia la Palabra de Dios para conocer el evangelio; gente que piensa que ya sabe suficiente. Sin embargo, los mayores santos y héroes de la fe confesaban que, a pesar de toda su aplicación y oración, todavía no habían aprendido plenamente el evangelio, sino que procuraban mayor comprensión. ¿Qué hemos de pensar nosotros? Que esa gente, que cree haber entendido lo suficiente y haber aprendido todo lo que hay que saber del evangelio, está alucinada por el diablo. Necesitan aprender las primeras letras del alfabeto del maravilloso amor de Dios. ¡Conceda Dios que lo aprenda antes que sea demasiado tarde!

¿Qué es, entonces, el evangelio? ¿Cuál es su contenido esencial? Ahora veremos lo que la Escritura dice de esto. Pero, primero citaremos una breve explicación, que da Lutero del evangelio en su prefacio al Nuevo Testamento: “*Evangelion*” es una palabra griega que significa buenas nuevas, buenas noticias o buenos anuncios, que la gente divulga a lo largo y ancho de su comarca y de lo que canta, creando mucha alegría y felicidad. Por ejemplo, cuando David venció al arrogante Goliat, la noticia fue una buena nueva que generó mucho gozo al pueblo judío. Su terrible enemigo había sido abatido. Y como nación redimida, se llenaron de gozo y paz. Entonaron himnos de liberación. Se regocijaron sobremanera. Así, pues, también el evangelio es una buena nueva, un alegre anuncio proclamado a todo el mundo por ángeles y apóstoles. Relata la historia del verdadero, gran David, que por nosotros enfrentó al pecado, a la muerte y al diablo, y los venció, redimiendo a todos aquellos a los que el pecado, la muerte y el diablo mantenía cautivos; a los que el diablo mantenía en su poder mediante el pecado y la muerte. Con su victoria Cristo los salvó, sin mérito o colaboración de parte de ellos, haciéndolos justos, santos y benditos. Les trajo la paz. Los llevó de vuelta a Dios. ¿Cómo no habrían de cantar, agradecer y alabar a Dios y sentirse eternamente felices los que creen firmemente este evangelio, y perseveran constantes en esa fe?

“Estas nuevas; esta alentadora, evangélica y divina noticia, también se llama el Nuevo Testamento, porque, del modo en que un moribundo expresa su última voluntad en un testamento, en el que delega toda su propiedad, indicando quiénes deben ser sus herederos beneficiados después de su muerte, así también Cristo ordenó que, después de su pasión, muerte y resurrección, el evangelio, o sea, la buena nueva de su obra salvadora, sea proclamada a todo el mundo. En este testamento legó y transmitió todo lo conquistado para todo el mundo, a los que creen en él. Les legó su vida, con la que devoró a la muerte. Les legó su justicia, con la que propició por sus pecados. Les legó su redención, con la que los rescató de la condenación eterna. Una pobre alma, muerta en transgresiones y pecados, encadenada a las puertas del infierno, seguramente no puede oír un anuncio más alentador que

esa preciosa nueva de lo que Cristo hizo por ella. El corazón de esa persona tiene que saltar de alegría y gratitud, tan pronto como cree este evangelio”. Así dice Lutero.

La Escritura habla instructiva y alentadoramente en muchas partes con respecto a este consolador mensaje del cielo. Entre los pasajes que tratan, en primer lugar, del evangelio está 2 Corintios 5.18-20, donde leemos lo que sigue: *“Todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación, así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros, os rogamos en el nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!”*.

Aquí encontramos los elementos esenciales del evangelio. Pero, reflexionando en las palabras que acabamos de citar, ya notamos la verdad de la declaración de Jesús, que se *“lo ha revelado a quienes él quería”*, mientras que se lo ocultó a otros. Ah, ¡qué nosotros estemos entre las personas, a quienes el Señor quiere revelar el evangelio, almas necesitadas, que reconocen su propia oscuridad espiritual!

La primera gran parte esencial del evangelio, que tiene que ser impresa indeleblemente en nuestros corazones, es que el evangelio no es de los hombres (Gálatas 1.11). No surgió en la mente de ningún ser humano; es un mensaje del cielo, un mensaje del excelso y eterno Dios a sus criaturas caídas, a los hijos de Adán en este mundo. Mensaje en que este mismo excelso, eterno y todopoderoso Dios – que creó los cielos y la tierra, las montañas y los mares y todo lo que en ellos hay, y que también formó al hombre a su imagen– hizo proclamar por ángeles y profetas, luego por su propio unigénito Hijo, y después por toda una hueste de evangelistas, a todo el mundo. *“Todo esto provino de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de*

la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!”.

Recordamos el sagrado incidente cuando Cristo, después de cumplir su obra de redención, resucitado de los muertos, glorificado y listo para ascender a su Padre en los cielos, reunió a sus discípulos en una montaña en Galilea; y ellos, “*al verlo, lo adoraron*” (Mateo 28.17). Y enseguida, sigue diciendo el evangelio: “*Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra, por tanto id, y hace discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*” (vv. 18-20). Marcos refiere la Gran Comisión con las siguientes palabras: “*Les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado*” (Marcos 16.15-16).

Aquí tenemos, entonces, la gran orden de nuestro Señor, cuya Palabra nos juzgará en el postrer día; la palabra de Aquel que tiene las llaves de la vida y de la muerte; del que “*abre y nadie cierra; y que cierra y nadie abre*” (Apocalipsis 3.7). No necesitamos pedir o implorar el evangelio a nadie. Es un obsequio de Dios. Es la última voluntad y el Testamento de Cristo al mundo. Es el “*evangelio de Cristo*”, su Gran Comisión, “*el evangelio eterno*” (Apocalipsis 14.6). Gracias a Dios, tenemos un fundamento firme en donde fundar nuestra fe. Podemos vivir felices y morir en paz, con tal que creamos en su última palabra y Testamento: “*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra... Por tanto, id y predicad el evangelio a toda criatura*” (Mateo 28.18; Marcos 16.15).

“*¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros*” (Romanos 8.34). Todo lo que dijo, sigue siendo válido en el cielo y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad, también en el día del Juicio final. Él es el que entregó las

buenas nuevas para que fuesen proclamadas hasta el fin del mundo, y por consiguiente, también a mí. Él es quien dijo a sus discípulos: “*¡Id por todo el mundo!*” (Marcos 16.15). Yo también estoy en ese mundo. Él dijo: “*¡Predicad el evangelio a toda criatura!*”. Yo también soy una de esas criaturas.

La palabra “evangelio”, que él mismo eligió, significa –como ya vimos– buenas noticias o buenas nuevas, anuncio gozoso. “*¡Predicad el evangelio!*” significa: ¡Proclamen el feliz mensaje, divulguen las reconfortantes nuevas! ¿Cuáles son esas reconfortantes nuevas, el feliz mensaje de aquello para lo cual Cristo fue enviado al mundo? ¿Cuál fue la gran obra que él ha cumplido y cuya proclamación llegó a ser la mejor noticia que pecadores perdidos y condenados puedan recibir? El apóstol nos lo explica: “*Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!*” (2 Corintios 5.18-19).

Este glorioso mensaje, estas alentadoras noticias, que Cristo ordenó que sus discípulos prediquen a toda criatura; esta palabra de la reconciliación, que “*Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo*”, es lo que Cristo llama “evangelio”. Este mensaje fue predicado por hombres de Dios, llenos del Espíritu Santo y de poder, quienes “*abrieron su boca*” y hablaron con denuedo a pecadores ansiosos y afligidos, como lo vemos registrado en los Hechos de los Apóstoles y en muchas otras partes. Por ejemplo, en Hechos 13, Pablo, enseñando en una sinagoga de la ciudad de Antioquía durante un día de reposo, proclamó diciendo: “*Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de Jesucristo se os anuncia el perdón de los pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree*” (Hechos 13.38-39).

Este mismo evangelio es el que escribieron en sus epístolas, a fin de que fuese proclamado en todo el mundo y preservado hasta el fin de los tiempos. Así, en Romanos 8.3, leemos: *“Pues lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”*. Y en 2 Corintios 5.21 leemos: *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*. Y otra vez en Romanos 5.18-19: *“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera, por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos”*.

De estos y otros innumerables pasajes bíblicos similares, vemos lo que el evangelio realmente es, lo que contiene y trae. Vemos, volviendo al pasaje que habíamos comenzado a ver, que el evento, la novedad, el mensaje que proclama el evangelio de Dios puede ser resumido en la breve sentencia, *“Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo”* (2 Corintios 5.18-19).

“El mundo” es la corrompida descendencia de Adán en la tierra. Con su ancestro original, la humanidad había caído en pecado y estaba bajo la sentencia de muerte eterna. La sentencia era irrevocable: *“El alma que pecare, morirá”* (Ezequiel 18.4). Y: *“¡Maldito aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas!”* (Gálatas 3.10b). Nadie hubiese podido salvarse a sí mismo. *“La paga del pecado es muerte”*. Es más, *“la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”*. El reino eterno de la muerte es el infierno. Su rey —el diablo— mantenía a todos los hombres en su poder. Pero, el Dios grande y misericordioso que había creado a los hombres para que fuesen sus hijos, no podía soportar su eterna perdición. Por consiguiente, diseñó un medio por el que podría salvarlos.

“El Verbo fue hecho carne”. “Dios estaba en Cristo”. “En Cristo habita toda la plenitud de la deidad corporalmente”. En esta naturaleza humana asumida, Dios reconcilió al mundo consigo mismo. Cristo vino a ser el segundo Adán de la humanidad. Él consintió en asumir la responsabilidad por los pecados del mundo. Él se puso en el lugar de la humanidad ante la ley y el tribunal de Dios. Él hizo lo que debíamos haber hecho nosotros, y sufrió lo que debíamos haber sufrido nosotros. Murió por todos nosotros. Recuperó para el mundo la gracia y la buena voluntad que Dios tuvo para la humanidad antes de la caída. Él cumplió la ley, sufrió la pena, expió el crimen, conquistó la muerte, al diablo y al infierno. Les adquirió a los hombres la eterna redención.

“No tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Tal como Dios vio en Adán a toda la humanidad antes de la caída y dijo que *“era muy buena”*, así vio ahora a la humanidad reconciliada consigo mismo mediante el segundo Adán, Cristo. *“Pues siendo aún enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”* (Romanos 5.10).

“Dios nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”, o sea la palabra de la redención que tenemos en Cristo Jesús. *“Como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!”.* Dios ya está reconciliado con ustedes. Reconcíliense ahora ustedes con él, y todo estará bien. ¡Vuelvan a Dios, rebeldes, hijos perdidos! El corazón y los brazos del Padre hace mucho están abiertos para ustedes. La casa del Padre y el mejor vestido hace mucho están preparados para ustedes. Ustedes no tienen necesidad de colaborar en lo mas mínimo para ponerse en paz con el Padre. Él mismo estaba en Cristo y reconcilió al mundo consigo mismo. ¡Solamente vengan y reconcíliense con Dios!

Este es el mensaje del evangelio. Observemos un detalle que muchos ignoran, a saber, que el evangelio no es una promesa, sino el anuncio del mensaje de una promesa ya cumplida. El evangelio no nos habla de algo que debe ocurrir en el futuro, sino –como bien dice Lutero– es el informe o anuncio de algo ya acontecido, de algo realmente presente,

lo aceptemos o no lo aceptemos, de algo que existe, lo creamos o no lo creamos. Este es un asunto totalmente encubierto a muchos, para quienes el evangelio jamás fue el glorioso mensaje de esperanza y redención. Siempre razonan: “A Dios hay que apaciguarlo, el pecado debe ser expiado, de alguna manera tenemos que borrar nuestras iniquidades nosotros mismos con buenas obras”. No creen que Dios ya esté reconciliado, ni que el pecado ya haya sido propiciado.

De esta manera no habría evangelio. Pero, la Palabra de Dios tampoco habla de esa manera. El evangelio es el bendito anuncio de algo ya acontecido, de algo que ocurrió fuera de las puertas de Jerusalén en el gran Día de la Expiación. Ese hecho está resumido en las palabras: *“Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo”*. Nos anuncia: *“Siendo aún enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”. “¡Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios! ¡Hablad al corazón de Jerusalén! Decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado, que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”* (Isaías 40.1-2).

Todos estos preciosos pasajes nos hablan de algo que ya ocurrió: De que Dios está reconciliado; de que nosotros fuimos redimidos; de que nuestras iniquidades nos fueron perdonadas. Todo aconteció en el cumplimiento del tiempo, en el tiempo de Dios, como fue predicho en el Antiguo Testamento. *“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos”* (Daniel 9.24).

¡Ah, que pudiésemos creer que todos los pecados del mundo, inclusive el pecado que ahora nos aflige, ya fue eliminado, cubierto, arrojado a lo profundo del mar hace veinte siglos atrás, por la muerte de Cristo! Que Dios ya quedó reconciliado, y que se nos dio una justicia eterna. Eso sería, por cierto, ¡un evangelio para nosotros!

En muchos corazones reposa la oscuridad espiritual con relación a la naturaleza del evangelio. Imaginan que Dios aún no está reconciliado y que todavía debe ser propiciado. De esa forma, no creen que *“Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo”*. Para aumentar dicha oscuridad cometen, además, otro error. Aunque crean que en la muerte de Cristo se obró algún tipo de reconciliación, no obstante, condicionan la aplicación de la redención de Cristo al alma de uno a muchas duras exigencias, las que suponen que la Palabra de Dios todavía nos impone. No comprenden cuánto abarca la expiación ofrecida por Cristo. Al final, tienen la misma duda en cuanto a participar en la redención de Cristo, como la que se obtiene al procurar la justicia por el cumplimiento de la ley. Se comportan como si Jesucristo no hubiese ofrecido una completa expiación por el pecado.

El principal problema en esta confusión de ideas es que los hombres se niegan a aceptar lo que la Palabra de Dios afirma acerca de la propiciación. Se niegan a aceptar el contenido esencial del evangelio, a saber, que *“siendo nosotros aún enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”*. El hombre no quiere creer que *“Dios reconcilió al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”*. Y aunque confiese esta verdad con sus labios, su corazón no obstante dice: *“Sólo los piadosos, los creyentes, los virtuosos y buenos llegan a reconciliarse efectivamente con Dios”*. Por eso, cuando llegan los mensajeros del evangelio e invitan a los pecadores a la fiesta de bodas de la gracia de Dios con las propias palabras de Cristo: *“Venid, que todo está ya preparado”* (Lucas 14.17), la incredulidad de esa gente cambia la invitación para que diga: *“¡Esperen, esperen un poco todavía, hasta que todo esté listo!”*.

“Pero”, —objectarás— *“sin duda uno debe estar debidamente preparado, sinceramente arrepentido, uno debe ser verdaderamente creyente para animarse a ir...”*. La Escritura, sin embargo, dice sencillamente: *“¡Venid!”*. *“Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”* (Apocalipsis 22.17). Si hubieras dicho: No hay que ir sin estar debidamente preparados, en el sentido

de tener un corazón contrito y tener la voluntad y el deseo de aceptar la invitación de Dios, habrías dicho la verdad. Pero, la idea de que a alguien en el mundo se le pueda prohibir venir a Cristo, es un pernicioso error. Porque puede venir quienquiera. *“El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente”* (Apocalipsis 22.17b).

La razón por la que no todos se salvan la da Cristo mismo, al hablar de los que fueron invitados a las bodas y no vinieron: *“No quisieron venir”* (Mateo 22.3). Cuando llega la invitación, la gente comienza a quedarse atrás por causa de sus campos, negocios, cónyuge, familia, obligaciones domésticas, etc. Cuando una persona se despierta de su seguridad carnal, primero trata por todos los medios de salvarse a sí misma. Persiste en su resistencia a la gracia de Dios, a recibir gracia gratuitamente. Toda mejora, contrición y angustia del alma, en una palabra, toda la preparación de la que habla la Biblia, tiene un solo propósito: Llevar a la persona a Cristo (Gálatas 3.24). Persuadirla para que venga. Cuando alguien llega al punto de orar diciendo: *“¡Ojalá yo también pudiese venir a Jesús! ¡Ojalá Dios, por amor de Jesús y de pura gracia, me perdonase todos mis pecados! ¡Ojalá yo también tuviese la gracia de Dios en mi corazón, y una fe viva en mi Salvador!”*; entonces es hora de venir; de creer; de dejar de lado todos nuestros preparativos y todas nuestras obras. *“Todo ya está preparado. ¡Venid!”* Hablando de esa misma invitación, el Señor dijo: *“¡Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis!”* (Mateo 22.9).

En este contexto, permítanme citar unas líneas de J.A. James: *“Las almas ansiosas se olvidan muchas veces que es su obligación inexorable creer e ir instantáneamente a su Salvador. Quieren esperar hasta sentirse más necesitados y hasta sentir un llamado interno a creer. Tratan de orar y no entienden que su deber es rendirse inmediatamente a Cristo. Esperan alguna impresión notable sobre su alma, alguna sugerencia en cuanto al momento oportuno de creer. Piensan que esa sugerencia también les dará el poder de creer”*.

Pero, ¿dónde en la Biblia leemos que los pecadores deben esperar el momento exacto en que estarán capacitados para creer? ¿Dónde

dice: “–Creed, pero no ahora; venid, pero no ahora; esperad hasta estar preparados; esperad un impulso especial”? ¡Todo lo contrario! En Hebreos 3.7-8 dice: *“Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en el día de la provocación...”*. ¿Acaso Dios no está dispuesto a perdonarnos nuestros pecados ahora, ya en este momento? ¿No está dispuesto Cristo? ¿No está reconciliado Dios? ¿Acaso no fueron ya borrados nuestros pecados? ¿No tiene valor la muerte de Cristo por nosotros ahora y en todo momento? ¿Acaso el corazón del padre del hijo pródigo no estuvo lleno de piedad y ansiedad aun antes de que el hijo llegase a su casa? Dice el Evangelio de Lucas: *“Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”* (Lucas 15.20). ¿Acaso no están listos para que los recibamos todos los tesoros de su gracia? ¿Qué estamos esperando? ¿Confiaríamos más en una voz del cielo o en una emoción del corazón que en la Palabra de Dios, que nos dice que ahora “todo está ya preparado”?

Piensen constantemente en la promesa de Cristo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”* (Mateo 11.28-29). ¿No son, acaso, éstas las palabras de Cristo? ¿Acaso Jesús no dice la verdad? Y, ¿leemos ahí algo de esperar una invitación? ¿Por qué entonces todavía vacilamos?

Una vez más, permítanme citarles algunas palabras de James: Vean el episodio del carcelero de Filipos (Hechos 16.25-34): La misma noche en que despertó al conocimiento de su pecado, creyó en Cristo, fue bautizado y se regocijó, creyendo en Dios con toda su casa. Cuando clamó en la agonía de su alma: *“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”*, el apóstol respondió: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”*. El apóstol no habla allí de ningún tipo de preparación, no le da una larga lista de prescripciones. Le dice, sencillamente: *“¡Cree!”*. Queriendo decir, por supuesto, ahora, en

seguida. Es así como lo entendió aquel aterrado carcelero, porque creyó instantáneamente y obtuvo paz.

Hemos demostrado que no todos llegan igual de pronto a la fe, aunque todos pueden llegar igual de pronto; que de parte de Dios no hay nada que los frene, y que “todo está preparado”; que el evangelio proclama una gracia completa e inmediata, no quedando nada por hacer sino aceptar la gracia de Dios; que podemos y debemos venir tales como somos, miserables e inútiles, pecadores e indignos, jóvenes o ancianos, endurecidos o emocionados. El evangelio nos invita a venir y a aceptar la gracia que se nos da por medio de Cristo, para justificación y santificación.

“Esto debe estar totalmente equivocado. Dios puede amar a los creyentes, a la gente buena y honesta, a la gente sincera y correcta, a los que realmente andan según el Espíritu y en vida nueva. Pero no a mí, un miserable impío, un pecador frívolo, inconstante, desobediente, villano trasgresor de la ley de Dios; que sabe hacer el bien pero no lo hace, mentiroso, incapaz aún de arrepentirse de sus pecados, impotente incluso para velar y orar seriamente. ¿Es posible que el evangelio sea también para mí? ¿Puede Dios amar a pecadores como yo? ¡No, nunca! ¡Es imposible!”. Tales ideas yacen en lo profundo de los corazones humanos. De hecho, no pueden ser eliminadas completamente del alma. Y si alguien habla del “evangelio para el impío”, suena como un evangelio extraño.

¡Escuchen, entonces, pobres y despreciados pecadores! Oigan lo que el propio Señor Dios quiere decirles, *“porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres”* (1 Corintios 1.25). Dios les anuncia el evangelio de la gracia a todos sus hijos caídos y perdidos. *“Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos, ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?”* (Ezequiel 33.11). *“Consolaos, consolaos, pueblo mío... Jerusalén”* (Isaías 40.1-2). El lugar más manchado de sangre en la tierra, que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. ¿Cuántas veces quiso Jesús juntar

a sus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisieron? (Mateo 23.37). *“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”* (Isaías 43.25). *“Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado es perdonado; que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”* (Isaías 40.2).

Cuando Dios les anunció el evangelio a los primeros pecadores de este mundo, éstos estaban llenos de excusas y amargura contra Dios, y él no obstante llegó a ellos con una palabra de reconciliación (Génesis 3.12-15). Oigamos lo que dice el apóstol: *“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre al que Dios atribuye justicia sin obras”* (Romanos 4.4-6). Ahora, ¡vean y oigan lo que sigue! ¡Recibanlo como un mensaje completamente nuevo de su Dios en el cielo! Noten cuidadosamente, cómo se produjo este evangelio y en qué se funda.

Este bendito misterio y notable mensaje se funda en los tres siguientes hechos: Tan pronto como los pobres seres humanos caímos en pecado, y resultado de ello llegamos a ser criaturas perdidas y condenadas, Dios tuvo compasión de nosotros; se humilló a sí mismo y asumió la semejanza de la carne pecaminosa. Y tan verdaderamente como era Dios, tan verdaderamente se hizo hombre, en todo igual a nosotros, menos en pecaminosidad.

La razón fue que su eterno amor paternal hacia sus hijos no pudo cambiar por la caída de éstos en pecado. Ardía en su corazón con la misma fuerza que antes. No nos pudo dejar desamparados, cuando la malicia de Satanás nos separó de él. Le haría la guerra al enemigo de la humanidad, a fin de traernos de vuelta. Lo indican sus amenazantes palabras a la serpiente, hablando de “la simiente de la mujer”, que le “destrozaría la cabeza a la serpiente”. Y así, al cumplirse el tiempo señalado, *“Dios envió a su Hijo, nacido de mujer”*. Llegó a ser un hombre, como lo somos nosotros, más aún, llegó a ser el más despreciado y abandonado, lleno de quebrantos. Fue un *“gusano,*

y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo” (Salmos 22.6). Ridiculizado por los hombres y escarnecido por los principales sacerdotes (Marcos 15.31-32). Fue un siervo, y un esclavo. Vino *“para servir, no para ser servido, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mateo 20.28). Con este propósito descendió a semejante ignominia.

Esta persona despreciada, que no obstante fue Dios y hombre, Jesucristo, *“en quien habita la plenitud de la deidad corporalmente”*, veinte siglos atrás fue colgado en una vergonzosa cruz, fuera de Jerusalén, y allí sufrió la muerte en lugar de todos los impíos del mundo. Nosotros oímos y sabemos que él probó la muerte como sustituto y vicario de la humanidad. Pero, primero fue coronado con espinas, azotado y golpeado. Luego, sus pies y sus manos fueron horadados con dolorosos clavos. Le clavaron una lanza en el costado. Así derramó su sangre por nosotros, pobres mortales. ¿Dónde puede encontrarse mayor amor en toda la tierra?

Por medio de este Redentor, que sufrió inocentemente la muerte de un criminal en la cruz, se obtuvo gracia y salvación para todos los impíos que hayan vivido, que viven ahora y que vivirán hasta el Día del Juicio. La muerte, en cuyos lazos yacíamos, perdió su derecho. El derecho de Satanás sobre las almas y los cuerpos de los pecadores, también le fue arrebatado. Los portales del cielo nos fueron abiertos. La vida nos fue recuperada. Dios reconcilió todas las cosas consigo mismo, a fin de establecer la paz mediante la sangre derramada en la cruz. El placer del Dios Trino, de vivir otra vez con los hombres en la tierra, es un resultado de la salvación obrada por Cristo, una salvación que supera todo entendimiento.

Estas verdades se presentan tan claramente en la Biblia que cualquiera puede leerlas. Cristo crucificado propició por el pecado del mundo, sufrió en su cuerpo sobre el madero el castigo de las iniquidades de los transgresores. Cristo llevó todos los pecados de cada pecador que vivió, vive o vivirá en el mundo, y así borró todas nuestras culpas. Este hecho vale por toda la eternidad.

“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4.12). La expiación ofrecida por Cristo es el único fundamento para nuestra salvación.

Todo aquel que cree en Cristo, será salvo. No necesita quedar sin consuelo. Jamás debe dudar del perdón de sus pecados, aunque fuesen innumerables, como los granos de arena en el mar. Pero, el que no cree, ya está condenado, por *“no haber creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”* (Juan 3.18). Quien enseña cualquier otro camino de salvación, está totalmente equivocado. Inclusive si alguien pudiese decir: “Mi conciencia no me condena, no me acusa de un solo pecado en toda mi vida”. Considerándose así, por lo menos, un paso más cerca del cielo que ese malhechor en la cruz, que las rameras de Mateo 21.31, o el publicano de Lucas 18.13. Con sus argumentos sólo demostraría el engaño de su corazón. Nuestra propia justicia es una necia ilusión.

En medio de la Babilonia de este mundo, aferrémonos agradecidos a la bendita verdad del evangelio de Cristo. Sólo él es nuestra perfecta justicia. Este bendito hecho y nada más, nos asegura la salvación y la esperanza del cielo.

¿Quiénes son las personas que el Señor ha redimido de su culpa y castigo, y a las que les ha concedido vida eterna, con tal que solamente crean en él? El apóstol responde a esa pregunta de la siguiente manera: *“Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”* (Romanos 4.5). La razón diría: Dios debe haber hallado algo realmente extraordinario en esta gente, siendo que no perdonó ni siquiera a su unigénito Hijo, sino que lo entregó a la muerte por ellos. Pero, la Biblia dice: *“Siendo aún enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”* (Romanos 5.10). Las personas que Dios reconcilió consigo por medio de la muerte de su Hijo, una muerte que inclusive para él fue tan terrible que se estremeció de angustia como mujer en dolores de parto; tan terrible, que *“su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre que caían a la tierra”* (Lucas 22.44), eran *“impíos”*, eran

enemigos de Dios, a los que hubiese correspondido esa pena, y los que habrían sido reos del infierno por el tiempo y la eternidad, si Dios no se hubiese compadecido de ellos. Cuando aún éramos enemigos de Dios, él nos redimió. Nuestro Salvador murió por esclavos inútiles. Nuestra redención no fue el resultado de nuestra decisión, sino de la misericordia de Dios.

Y este evangelio se ratifica en el corazón de los hombres como “*poder de Dios*”. Los lleva a la fe. La predicación de la cruz, del Cordero de Dios inmolado por nuestros pecados, que tuvo compasión de nosotros, los que en otro caso tendríamos que haber desesperado, no es una doctrina seca, mecánica como alguna gente imagina. La fe que nos justifica y salva es el resultado de la predicación del Cristo crucificado, presentado ante nuestros ojos como cubierto de heridas y de sangre, que ahora llama a todos los pecadores: “¡Crean en mí, y serán salvos!”. No conozco ningún otro método por el cual un alma pueda obtener la fe en Cristo.

El proceso espiritual por el que el alma obtiene la fe cristiana no se le puede aclarar y explicar enteramente a nadie. Ni siquiera el propio creyente puede definir su misterioso desarrollo. Confiesa con ese hombre que había nacido ciego: “*Una cosa sé: que habiendo yo sido ciego, ahora veo*” (Juan 9.25). No se puede definir el origen de la fe en el corazón del pecador –sólo se lo puede experimentar. Mientras tanto, nos expresaremos sobre este asunto abstracto tan bien como podamos. “*Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán*” (Juan 5.25). Tan pronto como el Espíritu de Dios, mediante su Palabra, abre los ojos espirituales de una persona, ésta reconoce su impiedad y depravación natural, su alejamiento de Dios. Y aunque haya sido tan correcta como Pablo en su fariseísmo, intachable ante la ley, celoso por ella, su conciencia ahora iluminada suspira: “¡Soy el peor de los pecadores! ¿Qué debo hacer para ser salvo?”.

El placer de cometer pecados a veces se evapora como consecuencia de un miedo muy particular. Una persona empalidecerá en medio de una alegre fiesta, y su corazón desmayará dentro de ella, si se le

comunica alguna terrible noticia; por ejemplo, si se le comunica la amenaza de una muerte segura. De pronto, el pecador comprende su desgracia. Sabe que está sentenciado a muerte. Oyó algo de Cristo, del “*varón de dolores*”, que pagó el rescate del alma de todo pecador. Pero, su corazón no conoció el poder del evangelio. Sabe que de por sí no posee verdadera fe en el Salvador. Sabe que por consiguiente está sentenciado y condenado, porque “*el alma que pecare, ésa morirá*” (Ezequiel 18.20).

Esta condición del alma, el mundo la llama “melancolía”. Pero, la Biblia la llama “*tristeza que es según Dios*”, que “*produce arrepentimiento para salvación...*” (2 Corintios 7.10). O sea, una tristeza que le agrada a Dios. Quien ya no confía más en su propio buen comportamiento, ni promete lo que no puede cumplir, ni trata de arreglárselas por sí mismo; quien no quiere saber más de hipocresía; quien ya no pretende ser mejor de lo que realmente es; antes acude al gran Amigo de los pecadores tal como es, impío, incrédulo, un enemigo de la cruz. Pero, oprimido por su pecado, se arroja así a los pies de su Salvador, confía en su gracia y desea ser salvo... al tal se la confiere la justicia de Cristo, “*que justifica al impío*”. Jesús le dice al pecador humillado: “Tus pecados te son perdonados. ¡Vete, y no peques más!”. El Espíritu Santo aplica “*la palabra de la reconciliación*” al corazón de tal persona, quita el velo de sus ojos, lo lleva de la mano, y lo conduce al Cordero de Dios, que fue inmolado por sus pecados en una cruz. Por medio de la Palabra, el Espíritu le asegura: Cristo ha muerto por ti. Él te obtuvo la adopción de hijo de Dios y un lugar en la casa del Padre.

De esta manera, el Espíritu Santo lleva mediante la Palabra el corazón del pecador, a la fe en Jesucristo crucificado. Y, aunque el corazón sea duro como una piedra, se vuelve blando como la cera tan pronto como oye y cree que el Hijo de Dios murió en la cruz en propiciación por nuestros pecados. Quien no llega a la fe mediante la contemplación del sangrante Hijo de Dios; aquel cuyo corazón permanece duro, inconverso e impenitente, tampoco será movido por

calamidades externas, guerra, hambre o peste, para volverse a Dios en busca de ayuda.

El orden en que Dios conduce al pecador a la fe es haciendo que abandone toda confianza en su propia buena conducta, su vida recta, su virtuoso carácter, etc. Porque está escrito: *“Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”* (Romanos 4.5). Oponiéndose a la fe y confianza en las propias buenas obras como camino de salvación, la Biblia dice: *“Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”* (Gálatas 3.10). Ninguna persona en su sano juicio sostendrá que en pensamientos, palabras y obras es tan puro como Dios mismo, tan santo como lo exige la ley. Si lo sostiene, es un mentiroso. Y por cuanto la Biblia descarta nuestras obras como camino de salvación, todas las personas externamente piadosas, por más que se jacten de sus nobles acciones y excelente carácter, están bajo la maldición de la ley, son pecadores como todos los demás. Incluso los publicanos e inmundos están más cerca del cielo que ellos (Mateo 21.31).

En consecuencia, es una camino falso de salvación, producto del odio a la cruz de Cristo, el que sostiene que haciendo obras de caridad, llevando una vida virtuosa, y acumulando méritos al cumplir las obras de la ley, la persona hará propiciación y reparación ante Dios, merecerá el perdón de sus pecados y podrá salvarse. Esta suposición carnal se llama “auto-justificación” o “justificación por mérito propio”, y esto constituye una negación de la redención cumplida por Cristo.

Pero, tan pronto como el alma comprende su profunda corrupción natural y condición pecaminosa, y oye la grandiosa verdad del evangelio, que Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores y no titubea más, sino que, desesperando de su propia justicia se arroja a los pies de Jesús, clamando en su desgracia: “¡Señor, ten piedad de mí, pobre pecador, perdido y condenado!”, a éste, se le concede la fe salvadora, una confianza viva, alentadora y santificadora.

Cuando Dios crea la fe en el alma de alguien, no le interesa si esa persona es buena o pecadora; si tiene un carácter delicado o es un infeliz que necesita misericordia y quiere oír que se le diga: “¡Vivirás!”. El que no tiene otra alternativa que refugiarse en la gracia de Dios en la cruz de Cristo, pronto comprende lo que significa creer en los méritos de Cristo, quien nos conquistó eterna redención. La exhortación a “*creer en aquel que justifica al impío*”, es una orden totalmente incomprensible para el individuo que se pavonea por su “hermoso carácter”. Pero, para el desesperado viene a ser una palabra de vida con el poder de salvar. Ese individuo le agradece a Dios que nuestra salvación no dependa de nuestros esfuerzos, de nuestro correr, querer y hacer, sino sólo y únicamente de la gracia de Dios y de su amor compasivo por los méritos de Cristo. El alma de ese individuo conoce más éxtasis, ve horizontes más lejanos del amor de Dios, que los que en su vida jamás podrá expresar.

El evangelio trae alegría a todos los que lo creen, siendo que la fe en Jesucristo les es contada por justicia. Quien recibe la gracia de Dios y la remisión de sus pecados, es hecho partícipe de su muerte, “*siendo sepultado con Cristo en su muerte*”, y desde ese mismo momento es una persona feliz, que anda su camino gozoso. Su corazón rebosa de alegría. El alma siente un sublime arrebató. Hay instancias en que las almas estuvieron literalmente “enfermas de amor” al Salvador, al pensar en su amor que le movió a colocarse en las mismas fauces del infierno por salvarlos. Experimentaron lo mismo que María, esa mujer pecadora, que regaba con lágrimas los pies de Jesús y los secaba con sus cabellos (Lucas 7.37). Su corazón ardió con un éxtasis de sagrado afecto. El Salvador es todo en todo para el hijo de la gracia. En ninguna parte descansa mejor que en el seno de su amor. No se gloria en nada más que en su amor.

Esta es la más pura felicidad. Significa poseer esa serena beatitud de la que ya nadie puede privarnos. Tenemos la seguridad de poseer un salvador. Sabemos “*en quien hemos creído*”. Reconocemos a nuestro Señor en las heridas de sus benditas manos, en sus pies y en su costado. La Biblia está llena de estas verdades; verdades que han sido verificadas

en millones de almas, muchas de las cuales ahora están delante del trono de Dios en el cielo exaltando, en extática gratitud, las heridas de Jesús como señales perennes de su amor. Otras están todavía en la tierra, regocijándose en Dios, su Salvador.

Estas son cosas que cualquiera puede conocer, cualquiera que busca seriamente la salvación de su alma. Quienes probaron en sus corazones lo que la muerte del Cordero de Dios les obtuvo, desde ese mismo momento llegaron a ser nuevas criaturas. Sus corazones aprendieron a cantar una canción nueva. Comenzaron a entender los pasajes bíblicos que anteriormente eran oscuros e incomprensibles a sus mentes no regeneradas. Recuerden a Tomás, a Pablo y a otros. La sangre de Cristo posee hoy todavía el mismo poder y efecto.

La misericordia de Cristo nos justifica. Las heridas del Cordero de Dios son nuestras ciudades de refugio (Números 35.11). En ellas nos refugiamos, para escapar del vengador. Los méritos de Cristo son nuestras puertas al cielo. No necesitamos nada más en el mundo para ser salvos. Aunque un ángel del cielo usase su elocuencia para persuadirnos de que se necesita algo más que la sangre de Cristo, le contestaríamos: “¡Por favor, guárdate tus sugerencias para ti!”. Y si intentase mostrarnos otro camino de salvación, le diríamos: “¡Vete de aquí, espíritu maligno! Jesús recibe a los pecadores. Él anda con ellos. Por medio de la fe vive en sus corazones. ¡Felices nosotros, si creemos así! Vivimos por su gracia. Nos regocijamos en su redención. Cada día quedamos más seguros de nuestra salvación”.

Amigos, ahora llega una pregunta para cada uno de ustedes, para contestar ante Dios y vuestra propia alma, si creen en este maravilloso evangelio del amor de Dios en Cristo Jesús. Pues esta frase, “por ustedes” requiere corazones verdaderamente creyentes. ¡Ah, que pudiésemos convencernos a aceptar de corazón la gracia de Dios como pobres pecadores, sin ningún tipo de excusas para justificarnos! Entonces ya ninguno de nosotros partiría de este mundo como un alma perdida y condenada. Y si alguien pensase: “Todo eso es cierto. Yo soy una persona impía. Soy un esclavo del pecado. No conozco al Salvador. No puedo pensar en la muerte sin estremecerme. ¡Quién sabe

qué pasará cuando la muerte me llame a mí! Y cuál será el veredicto del juicio cuando tenga que comparecer ante Aquel que dio su vida por mí”. Que la persona, cuya alma se angustia así, lea atentamente el evangelio para el *impío* (Romanos 4.5). Que lleve la carga de sus pecados al pie de la cruz de Cristo y que le invoque diciendo: “¡Ten piedad de mí, Señor Jesús!”. Entonces, hallará consuelo en el evangelio del amor de Dios hacia los pecadores y pasará con gozosa anticipación al hogar celestial, a la hora en que la muerte lo llame de este mundo.

EL GRAN MISTERIO REVELADO

“Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley” (Gálatas 3.21).

Un director de escuela en Suecia escribió cierta vez la siguiente carta a unos amigos. Creyendo que puede serle útil a otra gente, la reproduciremos aquí:

“Un cambio aún mayor se produjo en mi vida interior. Después de muchos años de búsqueda y oración; de oír, leer, inquirir y esperar, llegué a la conclusión de que la doctrina en la mayoría de los devocionarios que había leído, consistía más del judaísmo del Antiguo Testamento que del cristianismo. Quiero decir: Hablaban de sacrificios y de un futuro Salvador. Me enseñaban que mediante oraciones y lágrimas, la santificación diaria de mi vida, renunciamientos y similares ejercicios, habría de esperar y aguardar la salvación que necesitaba. Mientras que el evangelio dice que esta salvación ya fue preparada antes de la fundación del mundo. Me dice que esta salvación fue obtenida ya dos mil años atrás en el Calvario por medio del cruento sacrificio de Jesucristo, el Cordero de Dios, quien así propició por el pecado del mundo *“en un día”* (Zacarías 3.9)”.

“Entonces pensaba que la razón de mi miseria, la causa por la que no obtenía paz en mi corazón, era mi falta de fidelidad al trabajo de la gracia en mi alma; que me faltaba seriedad, sinceridad, etc. En otras palabras, que mis obras buenas eran deficientes. Mi vida, mi conducta y mis buenas acciones debían traerle paz a mi corazón. No entendía el significado y propósito de la ley; tampoco comprendía el carácter espiritual de la ley. Mientras me empeñaba así en producir las buenas obras de la ley, no veía el principal objetivo de la ley”.

“No entendía que ése era precisamente el propósito de la ley: agobiarme, golpearme y condenarme. Pensaba que cuanto más me dedicaba a la oración, a renunciamientos y a la práctica de toda clase de virtudes, el resultado lógico sería tanto más vida espiritual, poder, amor y paz. Jamás creí realmente que el ser humano está y sigue estando muerto en transgresiones y pecados, a pesar de todos sus buenos esfuerzos y de su lindo carácter, mientras no haya encontrado al Hijo de Dios, al único en el que se encuentra toda la vida. *“Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”* (1 Juan 5.11-12). Por supuesto, mi razón pudo admitir todo esto. No obstante, todo mi esfuerzo se basaba en la ilusión de que poseía poderes de inteligencia, voluntad y propósito, que sólo necesitaban ser desarrollados por fuerza de la ley. Ciertamente, no está muerto quien es capaz de moverse, de orar y velar, de luchar, de renunciar a malas inclinaciones, de amar, o de abrigar por lo menos sentimientos afectuosos hacia el prójimo etc., todos poderes inherentes únicamente a la vida de los regenerados por Dios”.

Tal persona no tuvo la experiencia del apóstol Pablo, como él mismo la explica: *“Yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte”* (Romanos 7.9-10). Ni entendió el propósito de la ley, como lo explica el mismo Espíritu. Pues leemos: *“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado”* (Romanos 3.19-20). *“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine para la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”* (Romanos 5.20-21). *“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley,*

por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2.16). “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe” (Gálatas 3.24).

Quien confía en sus buenas obras, en el progreso del carácter, tampoco creyó en la obvia verdad de que “lo que es nacido de la carne, carne es, y no puede heredar el reino de Dios”; de que el alma no regenerada está “muerta en transgresiones y pecados”. La persona autosuficiente tampoco cree en la vivificante verdad expresada por el apóstol Pablo en las siguientes palabras: *“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Romanos 5.17-19). “Si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Corintios 5.14b), y con él son revivificados.*

Estoy comenzando a ver con claridad cada vez mayor que la verdadera esencia y naturaleza del evangelio me era totalmente extraña. Pues pensé que el arrepentimiento era una mejora del corazón, de la mente y la conducta, que yo debía conseguir con la ayuda de la gracia de Dios. No entendía que era sólo el reconocimiento de mi pecado, condenación y muerte, como lo enseña la Escritura. *“El pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado” (Romanos 7.13-14). “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre... ¡Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve!” (Salmos 51.5-7).*

No sabía que la gracia no puede salvar a un pecador que aún confía en sí mismo, mejor dicho, que no lo salvará; que el incrédulo queda

espiritualmente desnudo, (2 Corintios 5.3), y que todavía no encontró la vida que sólo Cristo ofrece y trata de cubrirse con los trapos sucios de su propia justicia. La gracia no podría fortalecer al autosuficiente. Por el contrario, lo derribaría, demolería y destruiría el orgullo de ese individuo; su confianza en sí mismo, en su buen carácter y en sus buenas obras. Y cuando cumplierse este proceso, la gracia podría restaurar, perdonar y dar nueva vida. Jesús dice: *“Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada”* (Mateo 15.13). Yo no podía comprender por qué esto debía llamarse autosuficiencia, en tanto que trataba de santificarme bajo los impulsos de la gracia de Dios y la firme determinación de mi buena voluntad. Ahora veo que de esa manera hubiera seguido siendo mi propio salvador.

Yo pensaba que cuanto más me empeñara en mi propia santificación, seguramente tanto más prosperaría. Yo mismo sería el artífice de mi salvación. Dios debía suministrar los materiales que necesitaba. ¿Quién no percibe que ese trabajo bajo la ley significa que una persona desea preservar de todos modos su propio honor, evitando así la aceptación del libre obsequio de la gracia? ¿Quién no percibe que implica el rechazo del alma del sacrificio de la muerte de Jesucristo, el Mediador divino y humano? ¿Quién no ve en esto la fuerza de las palabras del apóstol: *“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”* (Gálatas 2.21). El fariseo auto suficiente, o por expresarlo en términos modernos, la persona que confía para su salvación en el desarrollo o en la excelencia de su propio carácter, es una abominación para el Señor. (Cf. El Sermón de Lutero, para el domingo después de Navidad).

Igualmente errónea era mi idea acerca del objetivo y el beneficio del arrepentimiento. Pensaba que a Dios le conmovían la contrición de mi corazón, mis oraciones, mi angustia y mis lágrimas, y se volvería bondadoso conmigo. Pensaba que todo eso me haría más merecedor de su gracia y perdón. No entendía, que Dios ya estaba conmovido; que su corazón ya estaba lleno de piedad hacia mí, por amor de Cristo; que por sus méritos, Dios ya estaba lleno de compasión hacia todos los hombres; que él ya está reconciliado con el mundo; que

ya “todo está preparado”; que él sólo espera que todos vengan a sus brazos abiertos y reciban su perdón y gracia. *“Dios estaba en Cristo reconciliado consigo al mundo...; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios”* (2 Corintios 5.19-20). *“Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”* (1 Juan 2.2). *“No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”* (Salmos 103.10-12). Hay innumerables pasajes en la Escritura para demostrar que Dios, por la expiación de Cristo, está dispuesto a recibir y perdonar a cualquier pecador que viene a él. No veía que el arrepentimiento fuese necesario para mí, a fin de inducirme a venir a Cristo y a recibir por su intermedio gracia sobre gracia. Todavía deseaba evitar la humillación de mi orgullo natural.

En ese período de mi vida cambié, en alguna manera. Pero mi estado todavía era como el de una piedra. Al darla vuelta, la piedra posiblemente podría mostrar una superficie más limpia; no obstante seguía siendo la misma piedra dura y muerta. La ley no podía darme vida. Era impotente para limpiar mi corazón, purificar y santificar mi alma. Esto sigue siendo únicamente obra del propio Dios, por medio de su abundante gracia aceptada por la fe.

Después de haberme cansado tratando de obtener justicia ante Dios mediante numerosos esfuerzos propios, el misterio del evangelio finalmente se manifestó ante mi alma. Vi que la redención y justicia que necesitaba ya había sido adquirida y conquistada para mí y para todo el mundo. Vi que las cadenas que habían sujetado mi alma no eran sino mi ceguera espiritual, incredulidad, error e ignorancia. Había buscado luz, vida y justicia en mi corazón, en vez de buscarlas en Cristo. En vez de creer en la gracia del corazón de Dios, para volver a alentarme, la había buscado en mi propio corazón. En vez de oír y aceptar las promesas de Dios en el evangelio, buscaba emociones y testimonios en mi personalidad interior. Por eso la paz

de mi corazón era algo tan frágil, incierto, imaginario, no confiable, proporcional al grado de sentimientos agradables que tenía. Así tuve a Dios por mentiroso. No podía rendirme a su misericordia ni confiar sólo en sus promesas.

Ésta fue entonces la verdadera razón de mi continua y sofocante incredulidad. Pero, ¡bendito sea el nombre del Señor, que me reveló el misterio del evangelio! Aprendí que podía venir tal como era a una mesa ya puesta; sí, tal como estaba, sin necesidad de vestirme de fiesta para la ocasión. Mi querido Señor y Salvador, mediante su perfecta obediencia y mediante el sacrificio de su muerte, ya había adquirido para mí y para todo pecador la ropa de gala de su justicia, con la que puedo comparecer ante Dios sin parche alguno de mi propia integridad.

Cuando comprendí esto, me pareció el mayor pecado del mundo tratar de coser nuevos parches de mi propia ropa zurcida para colocarlos sobre la preciosa ropa de la justicia de Cristo, de esplendorosa seda, sin mancha ni arruga alguna. Me sentía horrorizado y avergonzado recordando que hasta ahora lo había despojado de su honor, haciéndome tan importante a mí mismo, y tan insignificante a Cristo.

Ninguna inteligencia puede medir la profundidad de la incredulidad que subyace a esos esfuerzos de auto-justificación ante Dios. Es la caverna más profunda y negra de la arrogancia humana. Ningún alma entiende ese hecho mientras no ha recibido el regalo de la misericordia, vida y paz sólo como un obsequio. Sólo entonces estamos en condiciones de rendirle todo honor, toda alabanza y gloria al Cordero de Dios, inmolado por nuestros pecados para la redención de nuestras almas.

El profeta Isaías dice: *“A todos los sedientos: ¡Venid a las aguas! Y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche”* (Isaías 55.1). *“Si por gracia, ya no es por obras; de otra manera, la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera, la obra ya no es obra”* (Romanos 11.6).

Sin auto-santificación, sin piedad, o sin siquiera aborrecimiento del pecado, yo debiera venir a Cristo y “comprar” todo eso de él, sin pagar nada (Isaías 55.1). Pues él dice en lenguaje maravillosamente hermoso: *“Por tanto, Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”* (Apocalipsis 3.18). Comprendo que en una verdadera conversión debería poseer esta o aquella buena actitud; pero, también comprendo que me falta todo. A mí, pecador perdido y condenado, Cristo me concedió todo. Ahora él espera de mí que yo acepte todo el obsequio. Con este propósito vino al mundo. *“El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza; óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya”* (Isaías 61.1-3).

Nuestro bendito Señor les predica gracia libre e incondicional a todos los pecadores, sin el auxilio de la ley. Quienquiera puede venir y recibir la gracia perdonadora de Dios sin la colaboración de las obras de la ley. Gloria sea al eterno Padre, que envió a su Hijo para ser nuestro Salvador. *“¿Qué Dios como Tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”* (Miqueas 7.18-19). Dios ocultó y olvidó de tal manera nuestros pecados, que aunque se los buscara muy intensamente, *“no se hallarán”* (Jeremías 50.20).

¿Por qué, entonces, aún permanecemos bajo la ley, siendo que ésta no puede darnos nada, sino hacernos pecadores, pecadores irremediabilmente condenados? Si Dios no hubiese hecho un nuevo pacto

con nosotros por medio de Cristo, *“por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”* (Hebreros 10.20), entonces sí que deberíamos mirar alrededor, y ver si hay forma de justificarnos por medio de la ley. Sin embargo, en ese caso ya no se salvaría ningún alma. Todos los pecadores estarían irremisiblemente perdidos. Pero, confesar el nuevo pacto con Cristo y al mismo tiempo seguir confiando en sí mismo, equivale a ser incrédulo e ir al desastre. Es acusar a Dios de mentiroso, desconfiando de su Palabra. Procediendo de esa forma, también podríamos decir: No creemos una sola palabra acerca de Cristo y de la expiación en la cruz. O, es verdad, Cristo fue dado en sacrificio por el pecado, pero no cumplió la expiación. Murió en vano. Pregunto: ¿Qué judío o musulmán podría hablar más despectivamente de Cristo?

Pero, ¡gracias a Dios! Cristo cumplió cada jota y tilde de la ley perfectamente. Por ese motivo los que aceptan su redención se llaman *“los redimidos del Señor”* (Salmos 107.2). Él nos adquirió una eterna redención; ha perfeccionado a sus santos por medio de un sacrificio perfecto. *“Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”* (Hebreos 9.26). Ahora toda la humanidad está redimida. Por esta razón, todo infeliz esclavo del pecado, cuando percibe la buena nueva de la salvación, puede recibirla con regocijo. Esta buena nueva ha de ser proclamada a todo el mundo, sin excepción. *“Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”* (Romanos 3.22-24). Nótese que dice *“la redención que es”*, no que *será* en Cristo Jesús.

Ahora bien, siendo ésta la verdad, todos debiéramos regocijarnos y estar contentos. Aquí hay motivo para ello. ¿Cuál? Escuchen: Dios ha tenido piedad de nosotros, los que merecíamos la muerte.

Cuando el misterio del evangelio se desplegó ante mi vista como el hermoso sol a la mañana, mi corazón se llenó de alegría. Vino la paz a mi alma. Se abrieron las puertas de mi prisión. Cayeron las cadenas de mis pies. Se aflojaron las ligaduras de mi yugo, que me

oprimía durante mi cautiverio. Me refiero a mis buenas resoluciones, a mi obligada piedad, a mi artificial devoción. En su lugar, los caminos del Señor llegaron a ser el encanto de mi corazón. Para mí, la transformación de mi vida y de mi alma fue el cumplimiento de las palabras del apóstol: *“Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra”* (Romanos 7.6).

Y no piensen, amigos, que debido a la liberación de mi alma de los lazos del pecado, ahora llevo una vida desenfrenada y licenciosa, sin oración, sin temor de Dios, sin renunciamentos a falsos privilegios, sin luchar contra los malos deseos de la carne. No conocí para esto a Cristo. *“Si en verdad lo habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de verdad”* (Efesios 4.20-24). El ejército del pecado, de la ley, de mi propia carne, del mundo, de la muerte y del diablo me persigue incansablemente de día y de noche. Me veo obligado a luchar constantemente por mi fe, a ser fuerte y valiente, no en mi propio poder, sino en el poder del Señor.

Hay un pasaje bíblico, (Stgo 2.14-26) frecuentemente mal aplicado por los defensores de la justicia de las obras y por almas que todavía están en el cautiverio de la ley. Lo emplean en apoyo de su incredulidad e incertidumbre en cuanto a su estado de gracia, como si ese espíritu de duda y vacilación le agradase al Señor. Hablan de ese estado mental como si fuese la verdadera condición espiritual de todo creyente. Hablan de esta timidez, inseguridad e incertidumbre como de una segura señal de “pobreza de espíritu” y la exaltan a lo sumo. Dios sin embargo dice algo muy diferente en cuanto a esta gente. Apocalipsis 21.8 cataloga a los “pusilánimes e incrédulos” junto con los criminales, idólatras y mentirosos.

“Pero”, –pregunta alguien– “¿acaso los cristianos no deben ocuparse de su salvación con temor y temblor?”. Es verdad. Sin embargo observen que el apóstol, escribiendo a los Filipenses, habla a personas que ya eran cristianas, creyentes perdonados y salvos, exhortándolos a “ocuparse” de su salvación con temor y temblor, a fin de llegar a la meta y obtener la corona de la vida. Eso no significa que debían permanecer dudando y en constante incertidumbre en cuanto a su salvación y estado de gracia, o a su condición de hijos amados de Dios. Por el contrario, el mismo apóstol también dice: *“No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor; sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Romanos 8.15-16).

De modo que el “temor y temblor” de que habla el apóstol es el que siente una persona que posee un gran tesoro, que debe llevar consigo a través de un territorio lleno de enemigos y ladrones. En esas circunstancias no hemos de sentirnos confiados y seguros. Debemos mantenernos bien armados y alertas, y avanzar con todo cuidado. Sin embargo tampoco creemos que un cristiano esté en condiciones de sentirse siempre seguro y feliz en la fe. La fe que nunca se siente asaltada y atacada, no es verdadera fe. En cualquier caso, siempre hemos de procurar con toda diligencia el perfeccionamiento de nuestra fe.

Finalmente, creo muy sencillamente que todo lo que procede de la fe en Jesucristo es y se llama santificación, aun cuando mi razón no lo designaría así, al no ver otra cosa que pecado y deficiencias en mi conducta y en toda mi vida. Con todo, la Biblia dice: *“Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros... y purificando por la fe sus corazones”* (Hechos 15.8-9). Y otra vez: *“¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?”* (Gálatas 3.2). Por consiguiente formulamos la misma pregunta que el apóstol: *“Luego, ¿por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”* (Romanos 3.31).

EL BAUTISMO DE NIÑOS

“Y le presentaban niños (pequeños) para que los tocase; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía” (Marcos 10.13-16).

En estas palabras, nuestro Señor hace cuatro importantes afirmaciones:

- 1°) Los niños pequeños necesitan recibir el reino de Dios.
- 2°) Sólo los niños están preparados para recibir este reino.
- 3°) El reino de Dios les pertenece a ellos.
- 4°) Cristo quiere que los niños vengan a él, para que él los bendiga.

I. Los niños pequeños necesitan recibir el reino de Dios.

Los niños que fueron presentados a Jesús en esta ocasión eran niños pequeños, o sea niñitos, lo evidencia el hecho de que fueron “llevados” a él. Lucas dice: *“Traían a él los niños para que los tocase”* (Lucas 18.15). Eran infantes, que debieron ser “llevados”. Y de que estos “niñitos”, y con ellos todos los demás tienen la necesidad de recibir el reino de Dios, lo demuestran las palabras del Señor: *“De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él”* (v. 17).

¿Por qué los “niñitos” tienen necesidad de recibir el reino de Dios? Porque son hijos de padres pecaminosos, concebidos en pecado.

“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmos 51.5). Por consiguiente, todos nacieron fuera del reino de Dios y son *“por naturaleza hijos de ira”* (Efesios 2.3b). No son los queridos hijos de Dios. Y nadie que no sea un querido hijo de Dios pertenece a su reino. Sólo los que *“nacieron de Dios”* son sus queridos hijos. Sólo de los hijos de Dios se dice, *“no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”* (Juan 1.13).

Un niño cualquiera, así como nace en este mundo, es como fue Adán después de la caída. Pues no leemos que el hijo de Adán llegó a ser como Adán durante el período de su crecimiento y desarrollo, sino que *“vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set”* (Génesis 5.3). ¿Cuál fue el estado de Adán, después de caer en pecado? El hombre y su mujer *“se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto, porque tuvieron miedo”* (Génesis 3.8-10). Adán no quiso humillarse ante Dios y confesar honestamente su pecado. Le echó la culpa de su pecado a Eva, su mujer; y Eva culpó a la serpiente.

La Palabra de Dios deja en claro el hecho de que Adán engendró un hijo a su semejanza de pecador caído. La Biblia nos enseña que todos nacimos en pecado, o sea, de carne pecaminosa. Y la experiencia demuestra abundantemente que aún padres creyentes, en quienes la imagen de Dios ha sido restaurada, no tienen hijos santos, sino pecadores. El pecado era un mal congénito cuando nacimos. Un árbol corrupto no se vuelve corrupto después de haber producido mal fruto; ya era originalmente corrupto. Creció de raíces corruptas; por eso dio fruto corrupto. Así somos nosotros, pecaminosos por naturaleza. El pecado no es un mal que se adhirió a nosotros después de habernos desarrollado, cuando ya éramos grandes. El pecado contaminó nuestro cuerpo y alma, porque fuimos engendrados con simiente pecaminosa. No nos volvimos pecadores cuando comenzamos a pensar y a hablar y a obrar de manera pecaminosa –somos pecadores de nacimiento. No podemos evitar el pecado. Así como el Adán caído necesitó la

restauración de la imagen de Dios en su alma, todos los hijos nacidos a la imagen de Adán, necesitan que se les restaure la imagen de Dios en sus almas, siendo que nada impuro puede entrar al reino de Dios (Apocalipsis 21.27).

II. Únicamente los niñitos están en condiciones de recibir el reino de Dios.

Los niños pequeños, y únicamente los niñitos, están en condiciones de recibir el reino de Dios, así lo declara también la Palabra del Señor: *“De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él”* (Lucas 18.17). Con esas palabras Jesús demostró que el niño sólo necesita ser un niño, para estar en condiciones de entrar al reino de Dios. Pero, todos los que ya pasaron la etapa de la niñez, no importa quiénes son y qué son, no están en condiciones de recibir el reino de Dios. Deben volver a ser como “niñitos” para estar en condiciones de recibir ese reino.

Todo niño tiene en su nacimiento un cuerpo desnudo que necesita abrigo, y ese mismo niño tiene también un alma desnuda, que necesita ser revestida. Así como la madre pensó en las ropas del bebé ya antes de que éste naciera, también Cristo preparó una ropa de justicia para el alma de ese bebé. Y así como un bebé no puede escapar de su madre para que ella no lo atienda, el mismo niño no puede impedir que el Espíritu Santo tome posesión de su alma. De Juan Bautista leemos: *“Será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre”* (Lucas 1.15). ¿Quién le había predicado un sermón, para que pudiera recibir al Espíritu Santo? Por lo regular, hace falta la predicación de la Palabra de Dios, para preparar y hacer receptivos a todos los que ya pasaron la edad de la niñez. La gente mayor tiene que volver a ser como un niñito, si quiere recibir el reino de Dios. Pues los niños, precisamente como tales, están listos y en condiciones de recibir el reino de Dios.

III. El reino de Dios les pertenece a los niños.

Los niños como tales todavía no pertenecen al reino de Dios. Nacen fuera del reino de Dios, a la semejanza de Adán. O sea, son pecaminosos por naturaleza, pero tienen derecho al reino de Dios. Este reino les pertenece. Siendo que los niños comparten la corrupción pecaminosa de Adán, están por naturaleza fuera del reino de Dios. Pero siendo que Cristo es la propiciación por los pecados del mundo, y por ende también por el pecado heredado de los niños, sus pecados fueron expiados por Cristo y tienen derecho a su reino. Jesús los redimió también a todos ellos. Jesucristo sufrió el castigo por el pecado de todo el mundo. El pecado heredado u original, conlleva culpa y castigo, como cualquier otro pecado. Es una corrupción, que ha infestado a todo ser humano. Pero, así como Jesús sufrió la muerte por propiciar por nuestros pecados de pensamiento, deseos, palabras y obras, o sea, por nuestros pecados actuales, sufrió también para expiar nuestro pecado original.

Sin embargo, hace falta que participemos de los sufrimientos de Cristo. Hace falta nacer de nuevo. Nos hace falta una mente y un corazón nuevos. Hace falta odiar nuestra mente carnal, nuestros malos pensamientos, palabras y obras. Hace falta andar en “vida nueva”. Porque, así como hubo pecado y muerte en el mundo antes de que nació Adán, existieron también la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la vida eterna en este mundo antes de que nació Adán. Y así como nadie tiene parte en el pecado de Adán y en la culpa de ese pecado antes de nacer según la carne, tampoco nadie tiene parte en la gracia de Cristo y en la vida eterna antes de nacer de nuevo por el Espíritu, o sea, nacer de Dios.

La redención obrada por Jesucristo es mayor que el pecado cometido por Adán. Por esta razón, la expiación obrada por Cristo vale para todos los nacidos en pecado, o sea, para todo el mundo. Dios quiere que todos lleguen a participar de esta expiación.

IV. Jesús quiere que los niños vengan a él, a fin de que él los bendiga.

Nadie participa de la redención de Cristo sin participar también de Cristo mismo. Por eso Jesús no dice sólo a los adultos: “*¡Venid a mí!*” (Mateo 11.28), sino que dice también con respecto a los niñitos, “*¡dejad a los niñitos venir a mí!*” (Marcos 10.14). Nadie es miembro del reino de Cristo, sino el que ha entrado a este reino por la puerta. Ahora bien, Jesús dice: “*Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos*” (Juan 10.9). “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14.6). Nadie –por consiguiente, tampoco los niñitos– es salvo a no ser por el perdón de los pecados y con la justicia de Cristo. Nadie es salvo si no participa de Cristo mismo. Por eso también los niñitos deben venir a él, para que él los bendiga, y les obsequie la ropa blanca de su justicia.

Pero, ¿cómo llega a participar un adulto de Jesucristo y de su expiación por los pecados del mundo? El apóstol dice: “*Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos*” (Gálatas 3.27). “*Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*” (Efesios 5.25-26). Quienes así fueron purificados por el bautismo, llegan a ser miembros del cuerpo de Cristo, carne de su carne y hueso de sus huesos. En Colosenses 2.11-12 el apóstol enseña que el bautismo no sólo es una sepultura externa en agua, sino una sepultura con Cristo; un medio por el cual la persona bautizada llega a participar en la muerte y resurrección de Cristo. Y habiendo sido sepultado con Cristo en el bautismo, se ha despojado del cuerpo de pecado en la carne, y ha sido circuncidado con la circuncisión de Cristo.

Así, el bautismo no sólo es un medio que nos santifica en el espíritu, sino también en el cuerpo. En el bautismo, como en la cena del Señor, no sólo hay una participación y comunión espiritual con Cristo, sino también una encarnación física en Cristo. Aquél que por medio del bautismo llegó a participar de Cristo y de su justicia, Dios no lo considera por lo que es en el cuerpo aquí en la tierra, con el pecado que

lo acosa, sino por lo que llegará a ser cuando haya abandonado este cuerpo de muerte, y se haya revestido en el postrer día de un cuerpo glorioso, como el cuerpo glorificado de Cristo. Aquí el creyente siente que participa de la naturaleza de Adán; pero ante Dios el cuerpo de pecado, está como si no existiera, porque fue ahogado en el bautismo, ya que no morirá completamente antes de nuestra muerte corporal. Ante Dios ya es un miembro del cuerpo de Cristo, carne de su carne y hueso de sus huesos. Concretamente, sin embargo, todavía no está revestido de este santo cuerpo antes del postrer día.

El bautismo es el medio por el cual realmente llegamos a participar de Jesús, de sus méritos y de su justicia. El bautismo nos saca del tronco de Adán y nos injerta en un nuevo tronco, en la vid verdadera; una operación divina que nos hace participar de la misma naturaleza del tronco, sin llegar a ser el tronco mismo. El bautismo es tal, no porque la persona bautizada misma está acondicionada para el bautismo, sino porque el bautismo es una ordenanza divina instituida por Cristo en el nombre del Dios trino, en cuyo nombre se bautiza la persona. Sólo aquel que es un niño, o llegó a ser como un niño, está en condiciones de recibir el santo bautismo. Sólo él es un pámpano capaz de crecer junto con el tronco, con la verdadera vid.

Por consiguiente, el bautismo infantil es el bautismo más seguro, o sea, la incorporación en Cristo, porque la persona bautizada no sólo quedó correctamente injertada en la vid, sino también porque está debidamente acondicionada y preparada para la unión sacramental con Cristo, como para una unión permanente y vitalicia con el Salvador.

Si alguien fue bautizado de adulto, y no está seguro si estuvo preparado y en condiciones para recibir la sagrada institución, que no razone de la siguiente manera: “El hortelano posiblemente no me injertó correctamente en la vid. Tal vez debiera ser bautizado de nuevo”. Habiendo sido injertado, ¡alégrese de estar en el tronco de la vid! Y no sólo eso: Extraiga también savia y nutrientes de la vid para su alma. Caso contrario, se secará y marchitará, a pesar de haber sido debidamente injertado en el tronco de la vid.

Pero quien ya fue bautizado de chico debe estar seguro, no sólo de haber sido correctamente injertado en el tronco, sino también de haber crecido con el mismo, siendo que el bautismo se efectuó en el único periodo de su vida en que, de acuerdo a las palabras de Cristo mismo, la persona está preparada y en condiciones de recibir el reino de Dios. Al bautismo, el injerto en Cristo, no le faltó nada. Porque esa fue la obra de Dios mismo. No debemos convertir al bautismo en nuestra propia obra. Que siga siendo lo que es: Una obra divina, por medio de la cual Dios llama a los pecadores a Cristo.

Agradezcámos a Dios que ya en nuestra niñez nos unió a Jesucristo. Aceptemos la gracia y fuerza de él para vivir en Cristo y por él, a fin de no volvernos pámpanos secos, que sólo sirven para ser echados al fuego y ser quemados (Juan 15.6). Pero, quien es y sigue siendo una rama marchita, recibirá un juicio más severo por el mismo hecho de haber sido bautizado. *“Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá”* (Lucas 12.48). Quien fue hecho rama de Cristo, la vid verdadera, pero descuida el bendito privilegio de extraer savia y nutrientes espirituales de él, volviéndose una rama marchita, algún día será tanto más desgraciado, por haber descuidado la gran oportunidad que se le había brindado.

Sin embargo, aún una rama marchita, es decir, un cristiano que ha apostatado de la gracia, todavía puede recuperar la vida. Porque si bien la unión vital con Cristo se perdió, no obstante, la unión sacramental con Cristo no se perdió. Con tal de volver al Salvador y a la relación de su pacto bautismal. La restauración a la vida espiritual nos es tan necesaria y posible como lo fue para las iglesias de Éfeso y Laodicea (Apocalipsis 2 y 3). Lo que hemos recibido de Dios en nuestro bautismo es suficiente. Recordemos los que hemos recibido y oído. ¡Atesorémoslo en nuestros corazones y volvámonos al Dios de nuestro pacto!

LOS PÁMPANOS EN LA VID

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (Juan 15.1-2).

¡Qué bendición poder oír hablar al propio Señor Jesucristo en un asunto de tanta importancia! Se trata de un asunto de actualidad para todos los tiempos, y no menos para el nuestro.

Por una parte, se trata de una era gloriosa, pues el soplo del Espíritu pasa por la tierra, despertando en las almas un saludable interés por su eterno bienestar. Por otro lado, la nuestra es una era siniestra, porque hay tormentas de falsas doctrinas a todo nuestro alrededor. Y entre los cristianos hay mucha indiferencia y mundanalidad, especialmente en los lugares en que las costumbres se volvieron más pulidas y refinadas. Se puso muy de moda ser cristiano, e inclusive ir a la iglesia. Al mismo tiempo se nota la tendencia a armonizar a costa de la doctrina, valores y costumbres de los creyentes, siendo indulgentes con los incrédulos. Pero ¿qué dice Jesús? *“Vosotros sois la sal de la tierra; pero, si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”* (Mateo 5.13). No son populares en este mundo las personas que practican la verdad, comportándose como es digno del evangelio de Cristo, *“unánimes por la fe del evangelio”* (Filipenses 1.27).

Por lo tanto, es de la mayor importancia oír cómo el propio Señor Jesús interpreta *“la verdadera gracia de Dios en la cual estamos”* (1 Pedro 5.12). A los que amamos la Palabra de Dios, determinar cuál es el cristianismo genuino siempre tiene la máxima importancia. No es necesario informarnos de que “el mundo yace en maldad”, de

que la atrevida multitud impía baila al borde del florido camino a la condenación. Sabemos eso demasiado bien. Pero lo que puede causar la caída aun de los que han sido llamados, es el siniestro hecho de que no toda conversión es genuina; no toda fe es fe salvadora; no toda comunión con Cristo es una comunión bendita y verdadera con él. Entre aquellos que serán condenados están los cristianos nominales.

Es sumamente importante entender la diferencia entre el cristianismo puro y el falso. Cristo nos muestra la diferencia. Pero, después de todo, ¿por qué preocuparnos sobre los diferentes cristianismos? El propio Señor Jesucristo nos recalcó la gran importancia que tiene esto. Él es el juez, el que decide. Y él dice: *“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”*. ¿Nos nombra quizás a nosotros con esas palabras? Cristo es nuestro supremo juez. Si no hay suficiente cristianismo en nosotros, como para temer y desconfiar de la deslealtad de nuestros propios corazones, y de las sucias artes y artimañas del diablo, y como para poner nuestra atención en la advertencia del Señor, podemos saber, sin lugar a dudas, que ya estamos atrapados y bien enjaulados por el maligno. Los verdaderos cristianos tienen un espíritu piadoso, que los motiva a examinarse a sí mismos en el temor del Señor, para ver si están en la fe.

Posiblemente yo, que leo esto, sé que soy un buen cristiano. Nadie tiene que venir a darme una palabra de advertencia. No obstante, oigamos lo que tiene que decirnos el que vendrá en gran gloria y juzgará a todas las naciones. Es una pobre señal de nuestra propia situación espiritual, si pensamos sólo en los demás y nos olvidamos de nosotros mismos, cuando el Señor habla de piedad genuina.

Puede darse el caso que otra persona leyendo estas líneas esté obsesionada con un espíritu de temor e incertidumbre. Nunca se siente seguro en cuanto a su interés en Cristo y a su participación con él. Sus pensamientos giran continuamente en torno a sus numerosos pecados y defectos. Piensa que cada error es un monstruoso pecado, y una señal de corrupción espiritual. No distingue entre pecados que son señales de segura depravación y muerte espiritual, y los que no son señales tan monstruosas, sino sólo deficiencias corregibles. A tal

persona le digo: Amigo, recuerda las palabras de Jesús acerca de la vid y de los pámpanos. En esa maravillosa ilustración se dice qué es lo que produce la muerte en tu alma, y qué no la produce. Con el estudio de esas palabras de Jesús podemos obtener seguridad en cuanto a esta importante cuestión relativa a la salvación de nuestras almas.

Observemos, en primer lugar, la gloriosa y alentadora relación del alma con Cristo, como se representa en la parábola de la vid y de los pámpanos. Esta parábola, ilustra la íntima unión existente entre Jesús y los creyentes, pues dice: *“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”* (Juan 15.5). ¿Qué está más íntimamente unido que un tronco y sus ramas? Es en realidad un solo cuerpo. La misma savia y vida que pasa por el tronco, pasa también por todas sus ramas, hasta la hoja más pequeña, por más lejos que se halle del tronco. Tal es la unión –dice el Señor– entre él y sus creyentes o discípulos.

Cuando Jesús dice: *“Yo soy la vid; vosotros sois los pámpanos”*, quisiera poder mirar dentro de su corazón. ¡Qué misterios de amor y vida expresa Jesús en esas palabras! En el versículo 4 dice expresamente: *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”*.

En su oración sumo sacerdotal a su Padre celestial, dice: *“Yo en ellos, y tú en mí”* (Juan 17.23). Y esta íntima relación –nos asegura Jesús– no se limita a la relación de él con sus apóstoles. Se refiere también a la de todos los fieles hasta el fin de los siglos. Pues en los versículos 20 y 21 leemos: *“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti. Que también ellos sean uno en nosotros”*. En esas palabras nuestro Señor declara que todos los creyentes son uno con él. ¡Qué gloria! ¡Nosotros uno con él!

¡Veán ahí al cristianismo verdadero en su mejor y más pura expresión! ¡He ahí al misterio de la vida cristiana! No es sólo cierta cantidad de conocimiento acerca de Cristo; ni tampoco sólo el generoso

asentimiento a la verdad de la Palabra de Dios; ni consiste simplemente en una vida piadosa, en actividades cristianas, en buenas obras o ritos externos. El verdadero cristianismo es otra cosa, algo muy superior. Consiste, ante todo, en la más íntima comunión con Cristo, tan íntima como es la unión de una rama con su tronco. Esta unión —llámenla mística, si quieren— es la verdadera fuente y fuerza del genuino cristianismo, tal como lo declara Cristo: *“Quien permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”* (Juan 15.5). *“¡Permaneced en mí, y yo en vosotros! Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí”* (v. 4).

Esta unión del alma con Cristo es el resorte secreto del verdadero cristianismo, del que el mundo nada sabe. Por esta razón el mundo tampoco puede entender al cristiano genuino. Mira la vida de un cristiano honesto, y le parece una vida de amarga esclavitud. La razón para este malentendido del verdadero cristianismo es que el mundo ignora el verdadero fundamento en que descansa ese cristianismo. No sabe que el cristiano vive en la más íntima unión con su Señor.

Y aquí surge la pregunta: ¿Quiénes están tan unidos a Cristo? Y sigue una segunda pregunta: ¿Cómo puede un alma tener la seguridad, de que vive en esta íntima unión con el Señor Jesús?

Son muchos los que afirman que Jesús vive en sus corazones y que mantienen una dulce comunión con él. Sin embargo, se engañan a sí mismos con su unión con Cristo, porque a lo que en realidad atienden es a la seductora voz de la vil serpiente y dejan que el diablo los intoxique con sus sugerencias. Están dispuestos a jurar que el Señor vive en sus corazones; que les da alentadoras respuestas a sus pedidos. Pero, se dejan seducir por Satanás y por sus propias ideas carnales. Analizándolos a la luz de la figura de la vid y de los pámpanos, se quedan cortos con sus pretensiones. Es evidente que se engañan acerca de su situación espiritual.

Otros, en cambio, viven más estrictamente de acuerdo a la palabra de Dios, pero no cultivan una unión genuina del alma y del corazón con

Cristo. Su interés por Cristo es puramente intelectual, o en el mejor de los casos, sentimental. Pero, ¿cómo puedo yo saber si me dejo engañar, o si vivo verdaderamente en íntima unión con Cristo? Las palabras del propio Señor dan la respuesta a esa pregunta. Tenemos la libertad de elegir nuestra propia inteligencia si queremos. Pero, viene el día en que el fuego probará nuestros pensamientos e ideas. No subsistirá nada sino los pensamientos y las palabras de Dios. Pues, ¿qué dice el Señor? Él declara: *“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”* (Juan 15.2).

Aquí notamos primero, las fuertes palabras, que el pámpano en Cristo que no lleve fruto será quitado y echado al fuego. Estas terribles palabras de nuestro Señor indican la muerte secreta del alma, la ciega ilusión que lleva al alma a imaginar que vive en comunión con el Salvador, cuando en realidad ya no vive más con Cristo.

La parábola de la fiesta de bodas describe la misma triste condición (Mateo 22.1-14). Muchos fueron invitados, pero la mayoría no quiso ir, bajo uno u otro pretexto. Uno tenía que ir a ver primero la hacienda que había comprado, el otro tenía que probar primero los bueyes, el tercero acababa de formar su propio hogar, por lo que no pudieron ir. Sin embargo, todas las mesas en el salón acabaron llenándose de comensales, que no tuvieron esos inconvenientes, o que los postergaron. De todos modos, aun entre los que aceptaron y fueron a la fiesta de bodas, hubo uno que *“fue echado en las tinieblas de afuera”*, porque *“no tuvo el vestido de boda”* (v. 11).

Esta parábola habla de las almas que, después de haber recibido la invitación del evangelio, llegaron y entraron efectivamente a la fiesta de bodas. A pesar de eso, entre ellas había uno –que representa a muchos– *“que fue echado a las tinieblas de afuera”*, o sea, que en realidad no había sido cristiano y no se salvó.

Nuestro Señor frecuentemente habla de este secreto e infeliz estado del alma que se engaña a sí misma, imaginando que está segura por más que no viva en verdadera comunión espiritual con él.

Diez vírgenes salieron de noche para encontrarse con el novio. Sin embargo, la mitad quedó excluida de la fiesta de bodas, porque no tenían aceite en sus lámparas a la hora de la llegada del novio. Quien aún no está totalmente sumergido en seguridad carnal, aliado de la muerte y en pacto con el infierno, tiene que estremecerse ante tales palabras de la boca del propio Señor. Y tiene que concluir que existe un peligro secreto y terrible amenazando las almas de la gente, dado que el amable y gentil Salvador Jesucristo emplea un lenguaje tan brutal.

¿Qué señales características da el Señor para distinguir los pámpanos fecundos de los inútiles? La primera señal y la más esencial es que los pámpanos sanos llevan fruto, lo que significa que los verdaderos discípulos de Jesús llevan “fruto”. La siguiente pregunta es: ¿Qué entiende el Señor con la palabra “fruto” y con la frase “llevar fruto”?

Son muchos los que rápidamente solucionan el problema, diciendo que “fruto” significa aquí buenas obras. Pero necesitamos analizar la pregunta más detenidamente y ver bien lo que nuestro Señor y sus apóstoles entienden con ese término. Es cierto que las buenas obras son el fruto del Espíritu -y al mismo tiempo- no es siempre así. La Escritura le da mucha importancia al origen y a las características de nuestras buenas obras. Quien quiere engañarse y caer bajo el juicio de Dios, no prestará atención. Pero un cristiano honesto, que sinceramente desea la salvación de su alma, prestará atención a la descripción que da el propio Señor al origen de las obras verdaderamente buenas. El hecho es que la Escritura traza una fuerte raya entre “obras” y “frutos”. Primero el apóstol usa la expresión “las obras de la carne”. Luego sigue hablando, a modo de contraste, del “fruto del Espíritu”, con lo que pretende denominar lo que surge como resultado y producto de la obra del Espíritu Santo (Gálatas 5.19.22). Por eso es de máxima importancia distinguir entre simples “obras” y verdaderos “frutos”; entre “obras de la ley”, que pueden proceder de una personalidad bondadosa y de una buena educación, y “el fruto del Espíritu”, que es el resultado de la unión íntima del alma con Cristo.

Uno de los preciosos “frutos” del Espíritu, que Pablo menciona como el primero de una larga lista en el pasaje recién citado de Gálatas 5, es el amor -la reina de las virtudes en el corazón y en la vida del cristiano. El amor es el principio que controla y dirige sus pensamientos, palabras y actos. El amor es la motivación fundamental de cualquier otra virtud en su vida. Sin amor todas las demás virtudes quedan sin alma y sin vida, son cáscaras sin contenido, solamente cadáveres. No importa cuán brillantes y notorias sean las virtudes de una persona a los ojos del mundo, faltando el amor a Jesús en el corazón, ante los ojos de Dios no son sino productos artificiales y pretensiones hipócritas. Jesús dice claramente: *“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”* (Juan 13.35). Juan habla mucho del “amor a los hermanos” en su primera carta, como la señal más segura de un verdadero cristiano.

Entonces, en primer lugar, tenemos que hablar del amor fraternal. Muchos piensan y hablan del amor razonando así: “¿Cómo puede el amor a los hermanos ser la señal característica de un verdadero cristiano? ¿Amor a los hermanos? ¡Ah, qué cosa más fácil! Pues amar a los que, igual que yo, aman a Dios y buscan su justicia, ¡es la cosa más fácil y natural del mundo!” Sin embargo, el mundo no piensa así, amigo. Los hipócritas no piensan así. Los discípulos de Moisés (los que pretenden justificarse con sus propios méritos) tampoco. Para éstos no es nada sencillo amar a los que creen en Cristo. Amar a un determinado cristiano individualmente, por algún favor que esta persona les haya hecho y que conquistó su corazón, es fácil; es algo de lo que son capaces. Pero, amar de corazón a los que aman a Dios, es algo que no saben hacer. Son capaces de imitar todo lo demás en el cristianismo, pero no pueden imitar este amor. Cualquier intento en ese sentido, tarde o temprano revelará su verdadera postura, o sea, su profunda y secreta hostilidad contra todo verdadero cristianismo. Con la mayor perspicacia y el olfato más sensible procurarán encontrar algún descuido o desliz en la vida del verdadero cristiano, para luego divulgar eso por todos lados; calumniarlo y difamarlo ante los demás, festejando con toda crueldad, como los cuervos al desgarrar carroña, y disfrutando inmensamente el relato del pecado real o inventado.

El amor no procede así. Por eso bien dice Pablo: *“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad”* (1 Corintios 13.4-6). Si un creyente cae en pecado, los demás sufren con él, tratan de encubrir su pecado, se niegan a comentarlo, y se esfuerzan por restaurar con amor al caído. Así procede el que ama. Y eso concuerda con lo que escribe el apóstol: *“Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él”* (1 Corintios 12.26).

Siendo, pues, que este amor no es un producto de la mente carnal, surge la pregunta: ¿De dónde tengo este amor? ¿De dónde tengo una segunda naturaleza y un nuevo corazón dentro de mi ser, completamente distinto a mi corazón natural, tan orgulloso, envidioso y odioso? ¿He producido yo mismo este amor, por mi propia decisión o voluntad? ¿Acaso no fue más bien cuando, como pecador perdido y miserable busqué y hallé la redención que Cristo ofrece? Así es, este nuevo amor a Dios y a todos los que le aman es fruto de la unión de mi alma con su Salvador. Es fruto del Espíritu. Y eso también explica por qué este amor ahora me resulta tan natural y fácil; explica por qué no tengo que luchar con mi corazón –que es malo por naturaleza- para obligarlo a amar a otros. Este amor no es producto de la ley, que ordena amar, sino fruto del Espíritu, que enseña a amar. Aquí vemos lo que significa servir a Dios *“bajo el régimen nuevo del Espíritu, y no bajo el régimen viejo de la letra”* (Romanos 7.6).

Esto también vale con respecto al amor universal de los creyentes. El egoísmo –pensar en primer lugar en uno mismo y que no nos importe el otro, salvo en lo que puede afectar o influenciar al bienestar propio– es un rasgo fundamental de la naturaleza humana. Mas nosotros hemos recibido, por nuestra unión con Cristo, una naturaleza nueva, que no puede hacer otra cosa que velar también por el bien de los demás. Cierta empatía natural con las necesidades y los sufrimientos del prójimo también puede inducir a los infieles a prestarles algún servicio, pero no es amor. Siguen siendo ciegos e indiferentes a la

miseria espiritual que los rodea. Los hipócritas y fariseos podrán fingir una gran indignación ante los pecados y defectos de otros, y hacerse los muy ofendidos, pero actuar con amor para rescatarlos y salvarlos está más allá de su capacidad e interés.

¿Cuál es el efecto de la gracia de Dios en el corazón del creyente, por la unión de su alma con el Salvador? El efecto es el siguiente: Todo cristiano, joven y anciano, pobre y rico, el más instruido y el analfabeto, al venir a Jesús y entrar en comunión con el bendito Salvador del mundo, comienza a sentir interés y solicitud por el bienestar y la salvación de los demás, siendo esto último, después de todo, el bien supremo. Hablan con otras personas acerca del pecado y de la gracia, les recomiendan alguna buena lectura, oran con ellos (y por ellos, secretamente). En estas acciones de los cristianos vemos algunos de los frutos del Espíritu. El rey David dijo: *“Creí, por tanto, hablé”* (Salmos 116.10). Y Pablo confiesa: *“Teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos”* (2 Corintios 4.13).

Un corazón creyente no puede esconder el don divino de la fe y del amor dentro de sí. Los labios pronuncian lo que llena al corazón. El mundo impío, en cambio, es espiritualmente sordo y mudo. Puede hablar largo y tendido sobre cualquier otro tema, menos del Salvador de la humanidad. Los hipócritas y fariseos auto suficientes también saben hablar de los temas de la iglesia y de los pecados y crímenes de los otros. Pero no saben decir nada del Cordero de Dios, de la gracia de Dios y de la verdad que nos reveló Cristo. Y aunque pudieran sentirse movidos por la amonestación y exhortación de los hermanos a hablar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, ese testimonio sería forzado y mecánico, carente de vida y unción.

Pero ahora, desde que estamos unidos al Salvador, la gracia de Dios llegó a ser el tema más precioso de nuestros pensamientos y de nuestras conversaciones. Lo que antes nos resultaba tedioso y difícil, ahora es el deleite de nuestra alma. Ahora no hace falta que se nos amoneste a pensar en otros con amor y a dar testimonio de Jesús. Aunque nos

prohibiesen bajo amenaza de prisión o muerte confesar a Cristo, no podrían impedirnos hablar de nuestro querido Salvador. Él llegó a ser la luz de nuestra vida, lo más amado. Su amor es nuestra segunda naturaleza. En Cristo somos nuevas criaturas. ¿Cuándo y cómo ocurrió esta conversión? Ocurrió cuando cada cual, como pecador condenado, encontró gracia, bondad inmerecida y salvación, por medio de la fe en Cristo Jesús. En consecuencia, es fruto de nuestra unión con él. Nuestra confesión de Jesucristo es un fruto del Espíritu.

Lo mismo vale en cuanto al deleite que nos causa cualquier cosa que le agrada a Dios, como la humildad, la paciencia, la pureza y todos los demás frutos del Espíritu. Poseemos un corazón y una mente nuevos. Nuestra vida cotidiana revela este hecho cada vez más, por más ferozmente que la carne luche contra el Espíritu. Son estas nuevas cualidades internas, creadas por nuestra comunión con Cristo, y las expresiones voluntarias de nuestro nuevo espíritu, lo que la Escritura denomina "*fruto del Espíritu*". Y son estos frutos del Espíritu las manifestaciones que menciona Jesús como "frutos" de los pámpanos en la vid. Menciona particularmente al amor como "*fruto del Espíritu*". "*Este es mi mandamiento*", dice en Juan 15.12: "*Que os améis unos a otros, como yo os he amado*". Y poco después (v. 17): "*Esto os mando: Que os améis unos a otros*". Luego (vv. 18-21) menciona a la paciencia como otro de los frutos del Espíritu. Después, el dar testimonio (v. 27). Dice: "*Y vosotros daréis testimonio también*". En el versículo 16 ya recalca este fruto de "dar testimonio". Ahí dice: "*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca*". Pero, el Señor reitera que estos frutos deben proceder de la unión con él y depender enteramente de esa unión. Pues dice (v. 4): "*¡Permaneced en mí, y yo en vosotros!*" y (vv. 7-8): "*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, llevaréis mucho fruto*". Y (v. 9b): "*¡Permaneced en mi amor!*".

Sigue luego, con inexorable lógica, que por más que yo haya hecho, experimentado, estudiado, sacrificado o sufrido, pero me falta el fruto del que habla la Escritura, aún no estoy en comunión espiritual,

personal e íntima con Cristo. No obstante, si me juzgo a mí mismo, y busco esa verdadera unión con Cristo, sólo me falta experimentar el nuevo nacimiento, o sea: conocerlo como mi Salvador personal. Sólo necesito conocerlo y abandonarme a su insondable amor; ser bautizado “con el Espíritu Santo y con fuego”. Pero, si prefiero ir por mi propio camino, desprovisto de estos principales frutos del Espíritu, es seguro que soy uno de esos pámpanos en la vid que serán “cortados y echados al fuego para que se quemen”. El propio Señor pronunció esta sentencia contra los pámpanos que no llevan fruto.

Los pámpanos buenos de la vid, ¿están perfectamente limpios y sanos? Vimos que poseen el amor y los demás frutos del Espíritu. Pero ¿están enteramente libres de toda mancha, de todo mal? Jesús dice que no. En efecto, dice: *“Todo pámpano que en mí... lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto”* (Juan 15.2).

Aquí aprendemos que las mismas almas que el Señor califica como pámpanos buenos y útiles, todavía no están enteramente limpios en sí. Muchos cristianos sostienen que un árbol fructífero necesariamente está completamente “limpio”. Sin embargo, pámpano bueno y limpio son dos cosas bien distintas. Tal como un pámpano bueno y precioso, que carga abundante fruto, puede tener todavía ramitas estériles que sólo absorben savia y deben ser quitadas, así un cristiano puede ser rico en frutos del Espíritu, y a pesar de ello no sólo estar manchado con la maldad universal de la corrupción natural, sino también tener algún pecado o vicio que necesita ser crucificado diariamente, y que nunca llega a superar totalmente. No obstante, es un pámpano distinto del pámpano muerto o del que no lleva fruto. Más de una persona puede ser socialmente simpática, tener pocos defectos, poseer una personalidad agradable y ser, sin embargo, una rama muerta e infructuosa.

Recuerda entonces, mi querido amigo cristiano, que todavía no estamos completamente limpios de pecado y malas inclinaciones, las cuales nos demandan mortificación diaria, pero que no nos condenan, siempre que sigamos fielmente unidos a Cristo mediante una fe humilde y genuina. Nos damos cuenta que aun así podemos

producir frutos buenos y aceptables, aunque nunca nos satisfagan completamente. Unidos a Cristo, somos “*una nueva creación*” con él (2 Corintios 5.17). Digámoslo una vez más: Mientras permanecemos en Cristo, la vid verdadera, ninguno de nuestros pecados y defectos nos condenará. Nadie sufre tanto por los pecados de un cristiano como él mismo. Nadie los reconoce mejor. No obstante, por medio de Cristo está limpio, y es agradable a Dios como un precioso pámpano en la vid.

¿Cómo procede el labrador celestial con los pámpanos que llevan fruto? Jesús declara (v. 2) “*Todo pámpano que en mí lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto*”. Notemos: los “*limpia*”, los poda y purga. Es una frase muy corta, pero larga y penosa en la práctica. Limpia el pámpano. Y ésta es la segunda característica del mismo. No limpia en absoluto al pámpano que no lleva fruto. Éste crece libremente, a gusto, sin ser podado. Empero, a la rama que no lleva fruto sólo le resta ser quitada, arrojada fuera y quemada. Se limpia sólo al pámpano que lleva fruto.

¿Cómo se realiza esta limpieza? La parábola de Jesús es muy ilustrativa. Cristo habla de una “*limpieza*”, o sea de una poda, que lleva a cabo el labrador. Pero esta limpieza no es un lavado, que se hace con agua, sino una poda, que se hace con cuchillo y tijera, con los que se quitan ramas secas, hongos y hojas silvestres. Este proceso representa gráficamente el tratamiento que recibe el creyente. ¿Acaso no estamos familiarizados con la tijera del labrador? Cuando nos mostramos negligentes en nuestras obligaciones para con Dios, fríos e indiferentes a las advertencias de su Espíritu, ¡cómo nos poda y trabaja por corregirnos el Espíritu de Dios!

El atento labrador, recorriendo su viña, hace que nos sintamos disconformes con el fruto pobre que producimos, y nos reprende interiormente. Oigamos cómo ora David: “*¡Escudriñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón!*” (Salmos 26.2). Esto debe ser así, dondequiera que mora el Espíritu Santo; porque éste siempre encontrará impurezas en nuestros corazones. Por supuesto, ¡tiene que limpiar su propia morada! Pero lo que

no logra hacer en nuestros corazones mediante la disciplina interior por la Palabra, lo realiza nuestro fiel Señor mediante pruebas y tribulaciones externas, aflicciones y calamidades, que Santiago llama “*diversas pruebas*” (Santiago 1.2).

En resumen: Un hijo de Dios tiene que ser purificado. *“Porque el Señor, al que ama disciplina, y azota a todo aquel que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos”* (Hebreos 12.6-8). *“Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido probados”* (v. 11).

Éste es, entonces el propósito de la poda del labrador: No le causa ningún placer herir a las personas. Pero cuando hace falta, como dice Jesús, poda las ramas fructíferas, para que carguen más fruto. El labrador logra este objetivo mediante tribulaciones externas. ¿Acaso no vimos ya a cristianos inteligentes y honestos, pero espiritualmente indolentes e improductivos, repentinamente golpeados por una gran aflicción o desdicha, o espiritualmente afligidos con alguna pena particular, emergiendo finalmente de la calamidad purgados, purificados y abundando en ricos frutos, causando gran admiración a sus amigos? ¿Acaso no hemos visto que, cuando el egoísmo, el secularismo o la mentalidad carnal amenazan tomar posesión de nuestros corazones, ocurre algo doloroso, que nos llama de vuelta a la razón? ¿Y luego, cuando el Señor nos reanimó con su piadoso perdón, nos sentimos “limpiados” como tras un baño, capaces de retomar la renovación diaria de nuestras vidas con redoblado vigor y determinación?

Todos los que conocieron esta disciplina del Padre celestial, saben muy bien cuándo deben esperar la poda de su tijera. Saben, con toda seguridad, que los pámpanos deben ser podados, porque el Señor siente un santo celo por las personas a las que prepara para el cielo. A los demás los deja crecer según los deseos de la carne.

Recordemos que esta disciplina del Señor, de la que hemos hablado, es la señal más excelente de la buena calidad del pámpano, particularmente la repreensión del Espíritu Santo en el corazón del cristiano. Las pruebas externas son experiencias que los infieles también pueden tener. Pero la repreensión interior del Espíritu, dejando al creyente descontento consigo mismo, e impulsándolo constantemente a buscar refugio a la sombra de la cruz, es una característica segura del cristianismo genuino. La repreensión del Señor, debida a la falta de frutos causada por las deficiencias humanas de sus discípulos, es evidencia de que ellos forman parte de los pámpanos que el Señor poda, limpia y cultiva, porque son sus propias ramas.

Por otro lado, cuando un individuo aparentemente cristiano, en realidad no es sino un infiel mundano, tan satisfecho consigo mismo que le pesan más los pecados de los demás que los propios, estos síntomas indican que no pertenece a los pámpanos que el Señor limpia. Porque es imposible que el Santo Espíritu de Dios more en un corazón que cree no tener nada que corregir. Las palabras del apóstol son tajantes y definitivas: *“Si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos”* (Hebreos 12.8).

¡Quiera el Espíritu Santo vivificar ahora en nuestros corazones lo que el Señor nos dijo, y que no lo olvidemos! ¡Quieran todos los fieles obtener mayor seguridad de su unión con el Salvador, diciendo con el apóstol: *“¡En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu!”* (1 Juan 4.13). ¡Que todos los que todavía no disfrutaban de esta comunión con su Salvador, se propongan no descansar antes de haber venido a él y haber comenzado a llevar los frutos del Espíritu!

Entonces, a pesar de todos nuestros defectos e impurezas, estaremos “limpios” ante los ojos del Señor, gracias a la justificación que recibimos por medio de la fe en él, en su sangre purificadora. Amén.

LA REVELACIÓN DEL MISTERIO

“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén” (Romanos 16.25-27).

Al analizar y discernir espiritualmente las corrientes de pensamiento subyacentes en la mente humana, se notan muchas cuestiones deplorables y deprimentes. Nada, sin embargo, es tan desalentador y lamentable como lo que vio el apóstol Pablo, y por cuya causa sintió *“gran tristeza y continuo dolor en su corazón”* (Romanos 9.2-3), que le hizo decir: *“Deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne”* (v. 3). Pero ¿qué es lo que vio? Vio almas religiosas que, sin embargo, eran infelices; almas que ansiaban poseer la justicia y la paz de Dios, pero la buscaban en vano. Vio a algunos que, a pesar de toda su búsqueda, aún seguían sin salvación, sin ayuda y sin consuelo en la vida y en la muerte. Eran los fatigados *“hijos de la esclava”*, que debían ser echados (Gálatas 4). Vio a personas valientes, confiadas y satisfechas, y sin embargo tristemente engañadas, ignorantes por culpa de su incredulidad (1 Timoteo 1.13), llevados demasiado tarde al conocimiento de su desesperante situación. Eran los ilusos fariseos, los hipócritas y falsos cristianos. ¿Y qué había provocado este triste engaño? No fueron conscientes del *“misterio de la revelación”*, ni supieron de su existencia. Jamás les fue revelado a sus corazones. ¿Y cuál es ese *“misterio”*? Pablo revela todo ese misterio claramente en su epístola a los Romanos. Ahí dice: *“Israel, que iba*

tras una ley de justicia, no la alcanzó ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo” (Romanos 9.31-32).

Amigo, ¿conoces a alguien, que ya hace mucho se lamentó por sus pecados, y resolvió una y otra vez mejorar su vida, y sin embargo no progresó en nada hacia la concreción de ese objetivo? Inició el camino ascendente, pero cayó nuevamente hacia abajo. Es de nuevo el débil renegado que fue cuando intentó su restauración. Debíó exclamar con Pablo: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (Romanos 7.24). Desamparado, derrotado, desalentado y confuso, finalmente abandonó toda esperanza de conversión. Posiblemente leyó u oyó algo lleno del dulce consuelo relativo a la gracia perdonadora de Dios, en consideración de Cristo Jesús. Eso tocó su corazón, y se sintió extrañamente conmovido. Pero en seguida su razón le dijo que ese consuelo no estaba destinado a pecadores como él; que era sólo para los realmente convertidos.

Y una vez más esa persona intenta convertirse y salvarse. Ahora oye el evangelio de la amante gracia de Dios. Comienza a cuidarse más celosamente. Ora incesantemente. Lucha contra la maldad en su carne. Sin embargo, cae. Se levanta de nuevo. Pero, cae una y otra vez. Hasta comete pecados que anteriormente evitaba. Y el postrer estado de esa persona es peor que el primero. Pero el pecado lo fatiga y finalmente hasta comienza a fastidiarlo. Ve a otras personas llevando una vida limpia y honesta y desea ser como ellos. Nuevamente se enciende la titilante luz de la esperanza en su oscurecida alma. Ahora, por fin se arrepentirá en serio y se convertirá sinceramente; le declarará la guerra a la maldad dentro de sí. Ahora se volverá un hombre diferente, un nacido de nuevo, justificado, santificado y perdonado. Se impondrá con la fuerza de su voluntad. Esa es su idea del camino de la salvación. Sin embargo, siendo que jamás logrará ser tan santo como debiera ser, y como no conoce realmente a Jesucristo, quien prestó perfecta obediencia por él y en lugar de él, tampoco sabe cómo apropiarse de la gracia de Dios. Y concluye que, siendo que abusó de la gracia de Dios ya una vez anteriormente, no puede esperar que esa

misma gracia lo salve ahora, que está espiritual y moralmente peor que nunca. Y así, le vuelve la espalda a Dios y endurece su corazón contra las exhortaciones del Espíritu. Se dice a sí mismo: “No vale la pena seguir intentando. El evangelio de la gracia no es para mí”. Tal es la miserable conclusión de su entenebrecida alma.

“¿Cómo pudo desarrollarse esta desesperación?”, dirás. Porque esa pobre alma también tuvo un salvador. Ese pobre pecador también fue redimido con la preciosa sangre del Hijo de Dios, y no fue su intención despreciar a Dios y su gracia. Honesta y afanosamente buscó la salvación de su alma. ¿Cómo pudo ocurrir, entonces, que un alma tan sincera y religiosa se perdiera?

Amigo, la respuesta a tu pregunta la da el apóstol Pablo al explicar el rechazo de los judíos, “sus hermanos según la carne”. *“Doy testimonio”* –dice– *“de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios”* (Romanos 10.2-3). Esta es la respuesta a nuestra pregunta. Una persona puede “tener celo de Dios”, o sea, ser muy religiosa, pero “no conforme a ciencia”; puede negarse a sí misma, mortificar su carne, renunciar al mal, orar, velar y luchar; con todo, si busca su salvación en forma equivocada, por ejemplo, tratando de cumplir personalmente la ley, nunca hallará lo que ha estado buscando, la paz con Dios.

Notemos aquí la gran importancia, no sólo de buscar y orar, sino ante todo de oír y obedecer la Palabra de Dios, como de orar en el nombre y por los méritos de Cristo, el Salvador de los pecadores, que ha hecho expiación por todos.

Estudemos las Escrituras. El camino de la salvación está revelado con tanta claridad, que un niño puede encontrarlo. La fe en mi propia conversión, en mi propia fuerza de voluntad, buen carácter, oraciones y acciones de caridad, jamás salvará mi alma pecaminosa. La gracia de Dios manifiesta en los sufrimientos y muerte sustitutorios de Jesucristo, Hijo de Dios, es el único fundamento firme en el que podemos construir nuestra fe y confianza.

Imaginemos otro caso. Un individuo ha sido despertado del sopor del pecado. Se da cuenta de que la vida ordinaria libre y fácil, muchas veces designada “el sendero dorado”, no lleva al cielo. Por eso resuelve terminar con la vida disoluta, cambiar y llevar una vida mejor. Así comienza a leer la Biblia y se entrega a la oración. Se ocupa en reconocer sus pecados, en lamentarlos y en tratar de repararlos con buenas obras. Descubre faltas y defectos aquí y allá en su vida y conducta, y ligeramente las atribuye a su débil naturaleza humana, que después de todo, le es común a todos los mortales. Ve que el pecado infesta a todos los hombres hasta el fin de sus días. Pero aprende también que Dios es misericordioso, pronto para perdonar, en parte porque se compadece de la pobre naturaleza humana, especialmente cuando la persona es contrita y penitente, y en parte porque lo habría dotado de la determinación y fuerza para dejar los caminos del pecado y del mundo perverso que le rodea. Ahora lleva una vida limpia y, con la ayuda de Dios, mejorará en todo sentido. Con estos resultados satisfactorios ya a mano, ¿por qué habría de dudar siquiera por un momento de la bondad de Dios?

Tal es la índole de su fe y confianza. Pero ¿qué acontece? Cae enfermo y muere, aparentemente tranquilo y en paz. Y tiene que presentarse ante el tribunal celestial. Sentado en el trono ve la presencia de un impresionante Juez, rodeado de millares y decenas de miles de ángeles y santos. Pero, ¿qué contempla en esa persona que le hace temblar y estremecerse? Observa heridas en sus manos, pies y costado, y se siente aterrado. En toda su vida no las había notado. Sin embargo, recuerda su valor y su significado. Y de pronto tambalean todas las razones de su consuelo, de sus oraciones, buenas obras, buen carácter, robusta fuerza de voluntad... todo eso se derrumba a su alrededor como un castillo de naipes. Sólo ahora se da cuenta a quién despreció con su propia supuesta justicia.

Este es el tipo de fariseísmo al que Jesús se refiere con la parábola del fariseo y publicano (Lucas 18.9-14). Notemos que el fariseo no comenzó ponderándose a sí mismo. Agradeció a Dios, pero no por la redención que le preparó por medio de Cristo, sino por haberle

concedido ser mejor que otros. ¡Oigámoslo! (vv. 11-12): “Dios, te doy gracias, porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano”. Con referencia a esto, el teólogo Pontoppidan escribió: “Una persona puede ostentar gran dedicación a su trabajo, y admirable probidad en palabras y hechos. Puede ser bien versada en la Biblia, y confesar que cree que ella es la Palabra de Dios. Puede defender valientemente la verdadera doctrina de la iglesia; más aún, sellar su confesión con su sangre. Y si la triste situación de la iglesia lo requiriese y fuese la voluntad de Dios, podría realizar milagros en el nombre de Jesús. Con todo, podría faltarle la gloria esencial de los hijos de Dios: la fe justificadora y salvadora en Cristo Jesús, y ser eternamente repudiado con todas sus aparentes virtudes”.

Hemos visto algunos deplorables casos de autoengaño. Hemos visto como se aplican las palabras de Jesús: “*Esforzaos a entrar por la puerta angosta. Porque os digo, que muchos procurarán entrar, y no podrán*” (Lucas 13.24). Hemos aprendido que la razón de la perdición de muchas almas honestas y religiosas es su desconocimiento del misterio del evangelio. Ahora preguntamos con toda franqueza: ¿Por qué no aprendieron a conocer este misterio? La respuesta es:

- 1) Porque es un misterio y no se lo entiende tan fácilmente.
- 2) Porque se lo considera muy fácil de aprender.
- 3) Porque se lo mantiene “oculto” (Romanos 16.25) y hasta difamado, como ocurrió con la tierra prometida por parte de los diez espías infieles (Números 13.32-33).

Este “misterio de la revelación” está ciertamente “oculto” y es difícil de aprender. Quien lo cree fácilmente, no comprende su significado y contenido real. Y quien entiende su verdadero significado, no puede creerlo. Tan gloriosas y grandiosas son las cosas contenidas en el mismo.

Obtener un conocimiento histórico de los hechos sobresalientes del evangelio es algo relativamente fácil. Pero, conocer el significado interior y espiritual es algo que está más allá de la capacidad, de la inteligencia o razón natural. Nadie, excepto el Espíritu Santo, puede revelar esto al alma, a la mente y al corazón del hombre. Porque, aunque leamos acerca de la “revelación del misterio” (Romanos 16.25), del *“misterio de la piedad, Dios manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto por los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, la columna y baluarte de la verdad”* (1Timoteo 3.15-16), sin embargo, también sigue siendo cierto, *“¿quién ha creído nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?”* (Isaías 53.1). El problema es que nada parece ser más fácil de aprender que esta profunda revelación a la humanidad. Porque, tan pronto como alguien adquirió el conocimiento histórico de los hechos del evangelio, piensa haber captado el misterio y conocerlo a fondo.

Muy pronto estará buscando “algo nuevo”, como ocurrió con los atenienses de antaño (Hechos 17.19), aunque apenas tiene el conocimiento histórico del “misterio”, conocimiento que también poseen pecadores impenitentes e intelectuales infieles. Estos individuos no llegan a entender el misterio porque el Espíritu Santo no se lo revela a nadie sino a almas penitentes, humildes y devotas, fuesen doctas o indoctas. La gente docta, que sufre la idolatría de la arrogancia intelectual, razona acerca de esto de la siguiente manera: “¡Por supuesto! ¿Quién no sabe que Cristo murió por el pecado del mundo, y que somos justificados ante Dios por la fe en él, sin las obras de la ley?”. Muy bien. La cabeza tiene el conocimiento histórico y doctrinal. Pero, ¿qué pasa con el corazón? Si de corazón creyésemos que Dios nos justifica y perdona perfectamente en virtud de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo en la cruz, como lo declara la Palabra de Dios, sin duda nuestro corazón dentro de nosotros ardería de amor por semejante Salvador. Seríamos bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. ¡Naceríamos de nuevo!

En tanto que nuestras almas no hayan sido regeneradas; en tanto que nuestra fe no sea más que un conocimiento histórico muerto, sin poder de acción, tampoco habremos tenido “la revelación del misterio”, no habremos conocido a Cristo. Y en nuestra seguridad carnal, es bastante fácil adquirir una fe histórica muerta.

¡Despertemos, amigos! Démonos cuenta de que por naturaleza somos pecadores perdidos y condenados. Creamos luego en la expiación ofrecida por la sangre del Hijo de Dios, y descubriremos para nuestro asombro, que la fe genuina, viva, personal en Jesucristo como en nuestro único Salvador de los pecados, de la muerte y condenación, no es algo tan común ni fácil.

En efecto, este precioso misterio no solo está oculto; también se lo reprime y difama. Por eso, la situación de Sión, de la Iglesia del Dios viviente, es sumamente deplorable. Personas bien intencionadas se postran sumisas a los pies de Moisés y huyen de este supremo tesoro del evangelio, como si fuese un veneno para el alma. La razón humana, que les enseña que deben ser impulsados, amenazados y amedrentados por la ley, les engaña y seduce. Se olvidan que el hombre tiene que “*nacer de nuevo de agua y del Espíritu*” y que al Espíritu sólo se lo recibe “*por el oír con fe*” (Gálatas 3.2). O se consuelan con su propia justicia. Edifican sobre la ley una construcción tan débil y liberal, que cualquier pecador puede sacar de allí no sólo migajas de aliento, sino aun grandes trozos de consuelo, con tan sólo cumplir con la letra y forma externa de la ley.

No obstante, también ocurre que almas realmente alarmadas, que ya no hallaron ningún consuelo en la justicia de sus propias obras, igual quedan totalmente desconsoladas, desdichadas e infelices, sin hallar bendición o beneficio en los méritos de Jesús. Ésos no están en situación mejor que los miserables paganos, que no saben nada de Cristo.

Si alguien llegara a preguntarme: “¿No me explicaría usted este misterio del que habló, en forma tan clara y lúcida que todo el mundo pudiese entenderlo?”. Entonces debo responder: Es totalmente

imposible explicarlo de tal modo que todo el mundo lo entienda. Este misterio es de tal índole, que no se lo puede entender con sólo leer u oír la Palabra de Dios. El lector o el que escucha debe humillarse ante Dios, y pedirle que le conceda la revelación del misterio. Es cierto, se lo puede expresar con suficiente claridad en palabras, guardarlo en la memoria y repetirlo con la boca; pero la revelación vivificante y salvadora del misterio es únicamente obra del Espíritu Santo. Por lo general, el corazón debe volverse receptivo mediante el esfuerzo frustrante de santificarse a sí mismo por medio de la ley.

Todo esto se puede presentar en forma más lúcida aún, mediante la propia historia de la propiciación de Cristo por los pecados del mundo. Adán, seducido por las tretas del diablo transgredió el mandamiento de Dios, arrojándose con eso a sí mismo y a toda la humanidad al pecado y la muerte, a la ira de Dios y a la maldición de la ley, a la agonía de conciencia, plagas y otros castigos, y finalmente a la muerte eterna. Entonces el Hijo de Dios tuvo compasión de la humanidad caída. Intercedió como mediador entre Dios y los hombres y —a fin de satisfacer a la justicia de Dios y que una persona pague por las transgresiones de todos— encarnó en la virgen María, asumiendo la culpa y el castigo de toda la humanidad.

Habiendo adoptado el Dios trino este maravilloso plan, que concilia en forma divina la justicia y el amor de Dios, el Hijo vino a la tierra, se hizo hombre, y se entregó al sufrimiento y a la muerte por el pecado del mundo. Y así, con su inocente muerte, salvó a toda la humanidad de su culpa y castigo, de muerte y condenación. Compró con su sangre la única justicia válida ante Dios. Esta es la “revelación del misterio”, de la que habla el evangelista en ese breve y alentador pasaje: *“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3.16).

Ese es el mensaje que Dios le dio al mundo por medio de toda una hueste de evangelistas, ángeles, profetas y apóstoles, durante todas las edades del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ese es el misterio que creyeron todos los santos, y en cuya fe vivieron y murieron.

El día de la caída Dios había prometido: *“La simiente de la mujer le quebrará la cabeza a la serpiente”* (Génesis 3.15). El profeta Isaías dice: *“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”* (Isaías 53.4-5). El ángel Gabriel dice: *“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos”* (Daniel 9.24). El profeta Zacarías dice: *“En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia”* (Zacarías 13.1). El profeta Miqueas dice: *“Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”* (Miqueas 7.19). El precursor Juan Bautista dice: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Juan 1.29). El apóstol Pedro declara: *“Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados”* (1 Pedro 2.24). El apóstol Pablo afirma: *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”* (Gálatas 3.13). Juan, el apóstol amado, confiesa: *“La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado”* (1. Juan 1.7).

Todos estos testimonios, seleccionados entre numerosos pasajes similares, son tan claros como el sol y tan firmes como las montañas. Todos ellos presentan la gran doctrina de la salvación, que enseña que nuestra redención fue pagada con la sangre del Hijo de Dios. Todos ellos enseñan que Dios ha sido reconciliado mediante la sangre de Cristo. Todos ellos declaran, con unanimidad, que nuestras obras no merecen la bondad de Dios, ni nuestros pecados nos excluyen de la gracia de Dios. Todo lo que queda por hacer ahora es que los pecadores nos volvamos a nuestro Dios reconciliado, y que aceptemos

con fe los méritos de Cristo para nuestra justificación. Su justicia cubre nuestros pecados, tranquiliza nuestras conciencias, alegra y regenera nuestros corazones, los enciende, vivifica, santifica; y los vuelve voluntarios para hacer toda clase de buenas obras.

Si quisiésemos explicar el misterio aquí, podríamos intentar hacerlo en pocas o en muchas palabras. Aquí está, pues, la revelación del misterio en un breve versículo: *“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”* (2 Corintios 5.19). Aquí tenemos la solución del misterio: Desde el momento en que el Hijo de Dios asumió el pecado del mundo en su propia persona, Dios quedó reconciliado con el mundo, y lo ha estado llamando continuamente de vuelta a sus amantes brazos. Y aquí tenemos de nuevo la revelación del misterio: Lo único valioso en la salvación del pecador es la sangre redentora del Hijo de Dios. *“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”* (1 Juan 5.12). *“El que tiene al Hijo”*, aunque fuese el más vil e indigno pecador en la tierra, “tiene la vida”. Y quien “no tiene al Hijo de Dios, tampoco tiene la vida”, ésta vida que sólo él puede conceder, aunque ese incrédulo fuese tan consagrado como todos los santos juntos.

Y aquí está de nuevo la revelación del misterio: Todos los pecados que me han afligido hasta ahora, más los que me afligen hoy, fueron expiados el día en que Cristo murió en la cruz. De parte de Dios ya no hay nada que me impida presentarme inmediatamente ante el trono de gracia. Puedo ir, por ignorante que fuese, por humillado o endurecido que esté, por piadoso o impío, joven o viejo, pecaminoso o infeliz que sea, y hallaré gracia, la gracia de Dios en Cristo Jesús, quien nos fue dado para nuestra justificación y santificación.

Nadie, sin embargo, llega a esta etapa de desarrollo sin que antes la ley haya realizado su propio trabajo de despertar en su conciencia un agudo conocimiento del pecado y de haberle provocado angustia en el alma a causa de su orgullo, de su justicia propia, y de su indiferencia hacia lo que Dios tenía que decirle. Cuando el pecado se convierte

en una realidad viva y horrible para su alma; cuando se reconocen aun los malos deseos a la luz de la santa ley de Dios; en fin, cuando “abunda el pecado”, la persona llega a la conclusión de que es un alma perdida. Es este proceso el que le atribuye toda la gloria de la salvación de los pecadores únicamente a la sangre purificadora del Cordero de Dios. Entonces la persona ya no cree más que es un viejo conocedor del misterio de la redención. Entonces, al pecador alarmado ya no le parece algo tan fácil creer en el evangelio, a pesar de conocer a Jesucristo y a su apóstol Pablo. Así se desvanece la altiva seguridad. El creyente se da cuenta que este misterio contiene otros más, demasiado profundos para sondear; nudos duros demasiado difíciles de abrir. Con el piadoso auxilio del Espíritu de Dios intentaremos, pues, encontrar la solución a estos problemas.

Estas dificultades en relación al misterio del evangelio constituyen los lazos y las cadenas con que el maligno enlaza y retiene al alma. Como alguien dijo: no sirve ser librado de seis cadenas si uno queda retenido por una séptima. Estas dificultades generalmente giran alrededor del error de apreciar y exaltar la doctrina de la gracia de Dios con palabras, mientras se la repudia en la práctica, cuando se trata de su aplicación. Se hace esto mediante toda clase de interpretaciones equivocadas referentes al arrepentimiento, a la regeneración, a la fe, a la capacidad o incapacidad, dignidad o indignidad de la persona. Una dificultad muy común se presenta cuando se le ofrece la gracia libre, ilimitada y universal de Cristo al pecador penitente y humillado, que, de pura vergüenza como el publicano en el templo (Lucas 18.9-14), ni siquiera se atreve a levantar su vista al cielo, pues razona de la siguiente manera:

“El mensaje del evangelio es verdadero y hermoso para las personas a las que tienen derecho va dirigido; o sea, para la gente regenerada y convertida, la gente buena, pura y santa. Pero yo no estoy en esa categoría. No tengo el derecho de traer el evangelio a mi corazón”. Esto es una mezcla de verdades y errores. Porque es cierto que los que desprecian la gracia de Dios no tienen ningún derecho a su piedad, esto mientras desprecien la expiación ofrecida por Cristo en la cruz.

Pero, es un error sumamente trágico pensar que ya no pueden acudir a Cristo y a su gracia perdonadora los que están arrepentidos de sus pecados. Es un error pensar que el pecador tiene que estar regenerado para atreverse a ir a Cristo. Si la regeneración antes de venir a Cristo fuese una condición para la salvación, ni un alma en toda la tierra se salvaría o podría salvarse.

La verdad es que, tan pronto como sentimos la necesidad de un salvador, tan pronto como nos damos cuenta que no podemos seguir con nuestra vida de maldad y mundanalidad, tan pronto como partimos de la miseria para volver a la casa del Padre (Lucas 15.18), ya estamos suficientemente convertidos para aceptar el consuelo, no de una supuesta perfecta conversión nuestra, sino de la gran verdad que ya hemos sido redimidos con la sangre del Hijo de Dios, y que ya fuimos rescatados, tal cual somos. Cuando, impulsados por el hambre y la sed de nuestras pobres almas, extendemos los débiles brazos de nuestra fe hacia Jesús; o cuando de pronto se nos revela el misterio de la salvación, como un rayo de luz en la oscuridad que rodea nuestra alma, y descubrimos para nuestro gran gozo que ya creemos en él, entonces la gran regeneración ya ocurrió en nuestros corazones. Somos “nuevas criaturas en Cristo Jesús”.

El día de nuestra regeneración, o sea del segundo nacimiento de nuestras almas, se abre un mundo nuevo ante nuestros asombrados ojos. Nuestra mente está llena de pensamientos nuevos y puros, pensamientos edificantes y santificadores, trayendo consigo alegría y paz. Nuevos deseos y motivos dirigen nuestros corazones. Principios nuevos y sanos gobiernan nuestras conductas y conversaciones. Pero, esta regeneración jamás sobreviene antes de llegar a la fe. Sigue a la fe, y es producto de la fe. Bien dice el Dr. Martín Lutero: “La fe es la obra de Dios en nosotros. La fe convierte el corazón. Lo regenera. Nos crea de nuevo. Nos hace nuevas criaturas”. No hemos de venir a Cristo como almas ya convertidas y regeneradas, sino como “impíos”, como pecadores perdidos y condenados (Romanos 4.5). Cristo nos ayudará, no cuando seamos tan buenos como debiéramos

ser, sino cuando no somos ni buenos ni santos, ni podemos serlo. Cuando somos débiles, Cristo es poderoso para auxiliar.

Si alguien pregunta: “¿Acaso la salvación no se produce antes de llegar uno a la fe y de obtener el perdón?”. La respuesta es: En realidad, mi salvación se produjo ya hace veinte siglos en el Calvario, con la ejecución de Cristo, fuera de Jerusalén. Sobre este hecho histórico leemos: “*Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: ¡Consumado es! Y habiendo inclinado la cabeza, entregó su espíritu*” (Juan 19.30). Recordemos: “¡Consumado es!”. Estas palabras contienen la salvación del mundo. Cuando el agonizante Salvador pronunció esas palabras, quedaba satisfecha la eterna justicia de Dios. La humanidad quedaba redimida y rescatada con la sangre del Hijo de Dios en la cruz. Ahí quedaba anulada “*el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola Jesucristo de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz*” (Colosenses 2.14-15). He ahí en la cruz al precio de la redención de la humanidad. Y nadie puede poner otro precio.

La muerte del Hijo de Dios es una propiciación tan perfecta por el pecado, que el Dios Trino quedó completamente satisfecho de acuerdo a su ley. Ningún pecador que se acerca a Dios en el nombre de Jesús es rechazado. La expiación se hizo por el pecado del mundo. Cristo sufrió el castigo por todos los pecados de todos los pecadores. Él los llevó todos en su cuerpo al madero. Ahora Dios llama por todas partes: “¡Regresen a mí todos los perdidos!” Pues “*doble (castigo) ha recibido (el pueblo infiel) de la mano de Jehová por todos sus pecados*” (Isaías 40.2); todos sus pecados fueron quitados; su iniquidad quedó expiada; la sangre del propio Hijo de Dios les obtuvo una eterna justicia. Cristo mismo invita: “*¡Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar!*” (Mateo 11.28).

Lo único que queda por hacer ahora es creer. “*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado*”

(Marcos 16.16). Quien quisiera saberse salvo, debe volver con fe a lo que ocurrió veinte siglos atrás en el Calvario.

“Creyendo en Jesucristo mi alma, de la condenación se salva”.

Quien quiere ser salvo, debe depositar su fe y confianza en Cristo, que sufrió la más vergonzosa y dolorosa muerte en la cruz. Debe contemplar lo que ocurrió allí, no lo que puede ocurrir en su propia vida.

“Pero”, –objetamos– “en mi Biblia leo: *“Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”* (Hechos 3.19). Sabemos que el arrepentimiento no es lo mismo que la regeneración, santificación y purificación del corazón, para todo lo cual no encontramos fuerzas en la ley; sin embargo, Dios requiere el arrepentimiento, o sea, contrición y tristeza por el pecado. Y yo me temo que no estoy tan arrepentido como debiera estar. Soy testarudo y duro. ¿Cómo, entonces, he de creer en Jesús?”. Respondo: El arrepentimiento, por cierto, es necesario. Y comienza con la sensibilidad de la conciencia; con un sentimiento de culpa. Con los diferentes y frustrados intentos de superación, este sentimiento de culpa se convierte en un reconocimiento vivo del pecado, de la pobreza de nuestro espíritu, que ya no encuentra consuelo sustancial y permanente en nada. A fin de saber si nuestro arrepentimiento es lo que debe ser, debemos investigar su objetivo. Porque lo que logra su objetivo, es suficiente.

¿Y cuál es la finalidad o el objetivo del arrepentimiento? El propósito de Dios al llamarnos al arrepentimiento no es de ningún modo que nosotros mismos nos hagamos aptos y dignos de su gracia perdonadora, sino llevarnos a Cristo. Bien dice el apóstol Pablo: *“La ley (causante del arrepentimiento) ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe”* en él (Gálatas 3.24). Entonces, mientras seamos capaces de mantenernos alejados de Cristo, en nuestra seguridad carnal, sin ningún deseo de implorar la piedad y el perdón de Dios en nombre de Jesús, nuestro conocimiento de pecado y culpa ante la omnisciente mirada de Dios, sin duda todavía es demasiado débil y superficial. Mientras

todavía busquemos la salvación en nuestra propia santificación, en el mejoramiento de nuestro carácter, en nuestro arrepentimiento y en nuestras oraciones, nuestro conocimiento de pecado y culpa ante el Dios vivo lamentablemente todavía es defectuoso. Pero, tan pronto como ya no encontramos paz en nosotros mismos, cuando ya no podemos conformarnos al modo de pensar del mundo impío, inseguro de la piedad de Dios, sino que tenemos los corazones desconsolados, nos sentimos insatisfechos con nuestra contrición y con nuestra superación propia, y nos entregamos así como somos únicamente a la misericordia de Dios en Cristo, entonces nuestro arrepentimiento es como debe ser, pues logra su propósito, que era llevarnos a Cristo, en quien hallamos paz, descanso y seguridad. Estamos a salvo en nuestra “ciudad de refugio” (Números 35.9-28; Deuteronomio 19.1-13). Porque *“El que tiene al Hijo, tiene la vida”*.

¿Entiendes ahora, amigo, por qué tu conocimiento del pecado, a fin de ser correcto, no debe ser algo que tú mismo produces? Puede ser que encontremos consuelo en nuestro propio arrepentimiento. Sin embargo, debemos quedar libres de todo semejante consuelo artificial.

El verdadero arrepentimiento también incluye la disconformidad con nuestro propio arrepentimiento, el darnos cuenta de nuestra insensibilidad espiritual, de nuestra incomprensión de las instrucciones del Espíritu de Dios. Disconformidad con nuestra seguridad carnal y corrupción interior. Nos sentimos obligados, por las evidencias en nuestras vidas, a acusarnos de mundanos, confiados, impíos, condenados por la justa ley de Dios. Y mientras no hayamos llegado a esta etapa de auto condenación, tampoco seremos capaces de dar honor a Cristo por salvar nuestras almas.

Si alguien llegase a preguntar: “¿Cuánto arrepentimiento y dolor por el pecado debo sentir, para estar en condiciones de venir a Cristo?”. La respuesta es: Sólo tanto, como para sentir la necesidad de venir a Cristo, de no poder vivir sin él, de no poder encontrar paz mientras no vayamos a él. No se requiere más arrepentimiento –y nada menos será suficiente. Pero es un error creer que el arrepentimiento primero

debiera tener su tiempo, luego vendría la oportunidad de la fe; después la paz, luego el gozo y a continuación la santidad. Amigo, comienza con creer en Cristo; luego, síguelo con una renovación diaria de vida y conducta, y conocerás mejor de lo que jamás conociste antes al pecado en tu naturaleza carnal.

Sin embargo, uno de los ardidés más insidiosos del diablo es el siguiente: Permite que una persona crea que la Biblia, en términos generales, es la Palabra inspirada de Dios. Que de tapa a contratapa es el libro de Dios. Que su corazón busque en ella consuelo y aliento para su alma, fuerza para su vida y peregrinación cotidianas. Pero, un pecado particular está apesadumbrando su alma, y el diablo viene y le sugiere los siguientes razonamientos: “El evangelio es la pura verdad de Dios. La gracia de Dios en Cristo Jesús es universal, comprende a todos los pecadores. Cristo expió y quitó todos los pecados, de modo que puede perdonar a los pecadores ordinarios; éstos pueden recibir misericordia de las manos de Dios. Pero tú eres una excepción a la regla. Tú mismo sabes perfectamente lo que has hecho. Si no fuese por ese pecado particular, o de tantos otros (contra el quinto, sexto o séptimo mandamiento), tú también podrías obtener perdón. Pero tu pecado es demasiado negro. Tú eres un pecador excepcional. Tú ya no entras en esa amplia gama de privilegiados con la misericordia divina...”. Esa frase: “Tú eres una excepción” es el más mortífero veneno de la vieja serpiente. Es verdad lo que dice Jesús: *“El diablo ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”* (Juan 8.44).

La verdad es que entre los pecadores no hay excepciones. La compasión de Dios los cubre a todos. Y no hay pecado por el que la sangre del Hijo de Dios no haya propiciado abundantemente. Todo lo que hace falta es que el pecador, quienquiera que fuese, y cualesquiera fuesen las maldades que hubiese cometido, se arrepienta de sus pecados, se vuelva a Cristo, y reciba de él gracia sobre gracia. La gracia perdonadora de Dios en Cristo Jesús es el corazón y centro del evangelio. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento dan

testimonio de la gracia universal de Dios, con un sinnúmero de palabras y ejemplos. *“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”* (Isaías 1.18). El rey David, culpable de adulterio y asesinato; Manases; el ladrón en la cruz a la derecha de Jesús; la mujer “pecadora notoria en la ciudad” (Lucas.7.37); Pedro, que negó a Jesús... todos estos son claros ejemplos demostrando que con Dios no hay excepciones entre los pecadores. Él los invita a todos a participar de su gracia, por más pecaminosos y culpables que hubiesen sido.

En efecto: Fue precisamente por los pecados más repugnantes y los pecadores más ordinarios, para quienes ya no existe salvación en ninguna parte, que el Hijo de Dios encarnó, se desangró y murió, a fin de que *“todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”*.

En resumen: Nunca habremos pecado tan horriblemente, jamás nos habremos hundido tanto, que la sangre del Hijo de Dios no nos pueda limpiar y dar a nuestros corazones y conciencias descanso y paz, con tal que nos arrepintamos y aceptemos el perdón que Dios nos ofrece por los méritos de Jesucristo, nuestro Salvador. Además, particularmente en el caso de un pecado grave, es un bendito privilegio poder confesarse ante el pastor u otro hermano. Por lo general, la conciencia quedará libre del oprimente peso, y la congregación, del ofensivo escándalo.

A un cristiano sincero le puede preocupar el problema que, aunque confie enteramente en la gracia de Dios revelada en Cristo Jesús, en realidad no tiene ningún sentimiento vivo de esa gracia en su corazón. Por el contrario, se siente afligido por tener conciencia de sus pecados y defectos. Aquí queremos dejarle responder al Dr. Martín Lutero, con un extracto de su sermón para la Pascua, el cual dice:

“Ahora surge la pregunta: Siendo que Cristo murió y quitó nuestros pecados, ¿cómo es que todavía sentimos el pecado y la muerte dentro de nosotros? Porque el pecado roe en la conciencia, y una

mala conciencia nos hace temer el juicio. Respondo: Ya lo dije antes: Una cosa es sentir, y otra cosa es creer. La fe se adhiere a la Palabra, a despecho de los sentimientos y de los razonamientos. Los sentimientos se oponen a la fe, y la fe a los sentimientos y a la razón. Por este motivo debemos dejar de lado la razón y escuchar sólo la Palabra; permitir que el Espíritu la grave en el corazón, y creerla. Atengámonos a la Palabra, aunque no sintamos nada del perdón de nuestros pecados, y a pesar de sentir todavía el poder del pecado dentro de nosotros. No hemos de guiarnos por nuestras impresiones. Hemos de atenernos a la verdad que Jesucristo venció al pecado, a la muerte y al diablo, aunque nos sintamos retenidos por ellos. Pues, aunque todavía sintamos dentro de nosotros el poder del pecado, eso debe impulsarnos más hacia Jesús, a la fe en él, y a fortalecernos en esa fe. Ignoremos nuestros sentimientos de pecado y culpa, confiando en la Palabra de Dios. Dejemos que nuestros corazones y nuestras conciencias descansen en Cristo. Así la fe nos transportará, a pesar de nuestros sentimientos y de las objeciones de nuestra razón, a través de pecado, muerte e infierno, a la gloria celestial. En consecuencia, veremos la redención que Dios nos preparó, y contemplaremos concretamente lo que antes sólo creímos, a saber, que estábamos libres del pecado, de la muerte y del diablo”.

“Permítanme compararlo con los pescados en la red. Cuando están encerrados en la red, se los arrastra tan cuidadosamente al barco, que no notan que han sido pescados. Imaginan que todavía están sueltos en el agua. Sin embargo, muy pronto comienzan a retorcerse y a temblar, cuando se dan cuenta que están en cautiverio. Lo mismo, pues, ocurre con las almas apresadas en la red del evangelio. Jesús mismo compara el evangelio con una red. Dice: *“El reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge toda clase de peces”* (Mateo 13.47) Cuando el evangelio toma posesión del corazón, une a éste con Cristo, y lo lleva tan suave e imperceptiblemente lejos del infierno y del amor al pecado, que el alma apenas se da cuenta que ha sido librada del poder del pecado y de la muerte”.

“En seguida surge un conflicto entre sentimientos y fe. Cuanto más firme es la fe, tanto más ceden las objeciones de los sentimientos, y viceversa. El pecado todavía nos asedia, a pesar de nuestra fe y confianza en las promesas de la Palabra de Dios. El orgullo, la avaricia, el odio y otros pecados todavía nos atormentan, pero con eso sólo provocan el crecimiento y fortalecimiento cotidiano de la fe”. Hasta aquí Lutero.

Jesús le enseñó a su discípulo Tomás la misma lección, cuando le dijo: *“Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron”* (Juan 20.29).

Hay problemas espirituales de carácter más sencillo. El siguiente, por ejemplo: “Creo que tengo el perdón de todos mis pecados. Pero en mi vida y conducta diarias no me comporto como debiera hacerlo, conforme a la Palabra y voluntad de Dios. Por eso quedo dudando de la gracia y del favor de Dios conmigo”. Respondo: En primer lugar, es un gran error pensar que habrías recibido el perdón de tus pecados –particularmente de los que cometiste por incredulidad y en tinieblas espirituales– por tu buen comportamiento, y que después de eso la gracia divina te hubiese capacitado para llevar una vida santa y pura, mediante la cual podrías conservar la bondad de Dios. Debes saber que aún los santos más grandes necesitaron cada día el perdón de sus pecados. Por esa razón Jesús también les enseñó a sus discípulos a incluir en su oración diaria la petición que dice: *“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”*. Aún los santos más destacados cometieron pecados diariamente, no pecados imaginarios, sino verdaderos. *“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”* –dice Juan (1 Juan 1.8).

Sin embargo, es igualmente cierto que en Cristo tenemos una justicia perfecta ante Dios; una justicia que cubre no sólo todos nuestros pecados anteriores, sino también nuestros pecados diarios y actuales; o sea, todos los defectos, faltas y equivocaciones de nuestras vidas diarias. El apóstol Pablo escribe: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo*

en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8.3-4). Observemos: En Cristo tenemos ante Dios –ahora – la justicia que demanda la ley. Los defectos de nuestra vida diaria son precisamente los pecados por los que diariamente recibimos perdón.

Alguien sin embargo dirá: “De acuerdo a lo que acabamos de afirmar, no necesitamos llevar una vida cristiana, ni dejar el pecado y los hábitos pecaminosos, con tal que comencemos a creer en Cristo. Siendo que mediante la fe poseemos la justicia de Cristo, una justicia que no pudimos producir con nuestros propios esfuerzos bajo la ley, podemos comportarnos como nos plazca, ¿o no?”. Respondo: Si queremos vivir en Cristo, por la fe en él, no podemos vivir al mismo tiempo en pecado. Eso equivaldría a repudiar los méritos de Cristo. Pablo aclara: “*No desecho la gracia de Dios...*” (Gálatas 2.21).

Estamos obligados a conducirnos en forma cristiana por una razón totalmente diferente, es decir, en gratitud a Dios por su gracia perdonadora. Jesús dice: “*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras, y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre que me envió*” (Juan 14.23-24).

En otras palabras: En la vida de un cristiano hay dos cosas que no deben confundirse: Una es su vida y conducta; sus pensamientos, deseos, palabras y actos. Con relación a esto, a su vida, el cristiano nunca puede ser demasiado severo y disciplinado. La autocrítica, a la luz de la Palabra y la ley de Dios, será su práctica diaria y continua. Pero otra cosa es su estado de gracia con Dios. La adopción a la santa comunión con Dios y con todos los creyentes, testificada por el Espíritu de Dios. En este estado de adopción como hijo de Dios, el cristiano deja de lado sus propios méritos y obras, y engrandece a Cristo y ve sólo a Cristo crucificado por nosotros.

En cuanto a nuestra propia vida y conducta diaria, tenemos que ser circunspectos y exigentes. Por regla general, somos demasiado transigentes y compasivos al tener que juzgarnos a nosotros mismos. En cuanto a nuestro estado de gracia, debemos sentirnos felices y seguros con los méritos de Cristo. Sin embargo, aquí nuevamente estamos inclinados a ser legalistas y temerosos. El apóstol se refiere a esta situación, cuando dice: *“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”* (1 Juan 2.1).

Es un error pensar que la doctrina de la libre gracia de Dios en Cristo Jesús provoca seguridad carnal y desprecio hacia las buenas obras. El evangelio nunca produce tales frutos. Es el diablo, en cooperación con el hombre caído, quien intenta convertir el evangelio en una almohada de seguridad carnal. El evangelio no se dirige a pecadores seguros e impenitentes. El evangelio se predica a los “pobres”, a los “pobres en espíritu”. En el evangelio los pecadores espiritualmente pobres y contritos siempre hallan gozo y más fuerza para la nueva vida. Jesús se refiere a eso al hablar de la mujer que lavó sus pies con sus lágrimas y los secó con el cabello de su cabeza: *“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama”* (Lucas 7.47). Siendo, entonces, que el evangelio es el poder de Dios para la salvación de pecadores pobres y penitentes, se lo debe predicar para el bien de ellos, a pesar de ser olor de muerte para personas impías y somnolientas, y para los pecadores confiados y carnales.

Aún otra persona desconcertada dice: “Pecar contra la propia conciencia es pecar intencionalmente, ¿no es así? Y ¿cómo puede armonizar eso con la permanencia de dicha persona en el estado de gracia? Sin embargo, eso es exactamente lo que he hecho. Teniendo este pecado en cuenta, no puedo creer que yo sea una hijo de la gracia...”. Respondo: Pecar en contra de la conciencia y del mejor conocimiento es, ciertamente, un alevoso pecado. Sería mejor que nunca lo hubieses cometido y en cambio hubieses guardado tu corazón en la piedad, orando y velando. Sin embargo, nunca debemos olvidar que,

aún todos estos pecados tan reprobables, han sido expiados por la sangre del Hijo de Dios. Si uno se arrepiente sinceramente de su pecado y no desea nada más ardientemente que el perdón del mismo; si tiene el sincero propósito de no repetir más su pecado, y busca piedad y perdón por la sangre del Cordero de Dios, no se puede negar que Dios ha quitado, perdonado y olvidado tal pecado. De lo contrario, Cristo no sería un Salvador y Redentor perfecto, y el evangelio no sería otra cosa que la justicia de la ley.

En el capítulo diecinueve de Deuteronomio leemos acerca del que mataba a alguien accidentalmente, o cometía otro grave delito por ignorancia o sin querer. Podía huir a una de las tres ciudades de refugio que se habían reservado con ese fin, para ponerse a salvo del vengador de la sangre derramada. La misma ley salvaba así a los que habían delinquido involuntariamente. El sentido humano de justicia también admite un juicio así. Pero no pasemos por alto la diferencia entre piedad y justicia. Ni nos olvidemos del gran precio que se pagó por la piedad de Dios, que incluye en su espectro la remisión de los pecados, una gracia que la ley jamás pudo concedernos. De ahí que el apóstol dijera: *“Si (es) por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si (es) por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra”* (Romanos 11.6).

Por otra parte, no se puede decir que el cristiano transgrede intencional y deliberadamente la ley de Dios. Si peca a sabiendas, sencillamente es porque ha sido vencido por la tentación, por “la ley en sus miembros”, como lo designa Pablo: *“Si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”* (Romanos 7.20). En la hora de la tentación, cuando el espíritu de lucha ya ha sido derrotado, le parece al cristiano que estuvo pecando deliberadamente, siendo que su voluntad de hacer lo correcto ha quedado superada y sometida por el espíritu malo de su naturaleza carnal. ¡Ah, qué tortura sufre un alma honesta en tales momentos! ¡Cuánto desea dominar la tentación y la ocasión de pecar!

Sin embargo, cabe notar que, si bien aún hay perdón para pecados deliberados, cuando se los lamenta sinceramente, eso no significa

de ninguna manera que el pecado continuo recibe continuo perdón. Pecar voluntaria y continuamente implica una mente deliberadamente impenitente y un corazón empedernido, lo que Cristo –a pesar de su gran compasión– jamás aprobó. La Palabra de Dios y su santo Espíritu han erigido un muro límite de fuego entre la impenitencia deliberada y la gracia perdonadora de Dios.

Finalmente veamos aún otro misterio. Yo estoy viviendo en un pecado secreto. Peco deliberada, pero clandestinamente. No quiero que Dios me condene, pero tampoco quiero abandonar mi pecado favorito. Mi conciencia quedó alarmada al punto, que ya no encuentro paz espiritual con un consuelo falso y artificial. No puedo defender o excusar mi deliberada y continua impenitencia. Recorro al evangelio por aliento. Oigo lo que dice de la infinita piedad de Dios e intento cubrir con ese consuelo mi alma y mi vida de pecado. Sin embargo, la paz no llega a mi corazón. El sentimiento de culpa roe mi alma y la irrita como arena en el ojo. Mientras que otros se regocijan con la gracia perdonadora de Dios, mi corazón todavía languidece y mi alma está en problemas.

¿Cuál es la razón de esta intranquilidad de mi mente? Como *“Jonás, que había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir”* (Jonás 1.5), mi pecado yace en el fondo de mi corazón. Debe ser echado fuera si quiero que el mar se aquiete, y que el barco de mi alma se salve y no se hunda. Tal vez objeto: *“Ya no tengo ganas de librarme de este pecado favorito”*. Ahora bien, con esa clase de respuesta demuestro que no estoy preparado para entrar al reino de Dios. Jesús dice: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará”* (Lucas 9.23-24).

Entre tanto, si prospera la labor de la gracia en mi corazón, vendrá el día en que me rendiré incondicionalmente al Santo Espíritu de Dios. Me arrancaré el ojo que me causa tropiezo (Marcos 9.47), y consideraré sólo la santa voluntad de Dios. Cuesta echar al mar un cargamento de costosa mercadería (Jonás 1.5). Es algo que nunca se hace en buen

tiempo, cuando no hay tormenta. Más cuando un huracán golpea contra el barco amenazando hundirlo y matar a todos los tripulantes, éstos arrojan la mercadería al agua a fin de salvar al menos sus vidas, lo más valioso. Cuando nos damos cuenta que estamos en peligro de ser devorados por el embravecido mar, y estamos cansados de sufrir torturas de conciencia, y vemos destrozada nuestra voluntad personal en la tormenta del alma, se convierte en asunto fácil abandonar el pecado favorito, o al menos la tenaz adhesión al mismo y el intento deshonesto de atenuar su atrocidad. La tentación todavía puede estar ahí; derrotas y victorias pueden alternar en la lucha desatada en mi alma. Sin embargo, estoy encaminado en la dirección correcta, y para mi indecible gozo descubriré algún día que Cristo liberó mi alma.

Es notable que tan pronto como el corazón de una persona se torna perfectamente honesto consigo mismo, el evangelio comienza a alentarla y deleitarla, aun cuando haya un ocasional lapso en su obediencia. En cambio, mientras que el espíritu de una persona fuese falso y deshonesto, no podrá haber ni un asomo de paz en su corazón. Es verdad, existe aún otro camino, aparte del camino espinoso y penoso del arrepentimiento y de la conversión. Es el camino que la Biblia describe como endurecimiento del corazón. Esa condición se produce, cuando el alma resiste deliberadamente al Espíritu Santo, y lo rechaza. Entonces, por supuesto, puedo conservar mi pecado favorito; queda bien guardado en el barco de mi alma. Sin embargo, en ese caso el apóstol me recuerda, que *“mi perdición no duerme”* (2 Pedro 2.3).

Una vez más deseo recordar que hablamos del coqueteo deliberado y consciente con el pecado. Pues no me libraré inmediatamente ni enteramente del pecado. Todavía confesaré con el gran apóstol: *“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* (Romanos 7.23-24). En efecto, este es el lamento de todos los creyentes mientras viven en este mundo.

El pecado es particularmente poderoso en tanto que la mentalidad legalista controla el corazón. Pecamos frecuente y groseramente, au-

nque nos empeñemos honestamente en evitar el pecado. Entonces, cuando nuestra superficialidad o indiferencia nos provoca otra humillación, el diablo obtiene una nueva oportunidad para zarandearnos y derrotarnos. Y no nos referimos aquí a la mente deshonesta que se propone seguir pecando. Quien procede de esa manera no obtendrá consuelo del evangelio.

¿Quién puede enumerar todas las falsedades con que el diablo y el corazón engañoso tratan de enturbiar el evangelio, a fin de confundir la mente y socavar nuestra fe? Si queremos salvarnos de todos esos problemas, no nos queda más por hacer que cerrar nuestros ojos y oídos contra todo lo que no concuerda con la Palabra de Dios. Debemos apartar nuestras miradas de todo lo demás, y fijar nuestra vista únicamente en la Palabra de Dios. Debemos ver solamente a Jesús. Debemos contemplar al crucificado Hijo de Dios y la justicia que él obtuvo para nosotros. Sin embargo, concentrarse en Cristo no es asunto tan común y fácil. Sin la gracia de Dios es imposible, aún para un alma despierta. Y aquí hablamos sólo de tales almas. Por consiguiente, tenemos que humillarnos ante Dios y rogarle que nos de el Espíritu de sabiduría y revelación, para que nos ilumine en el verdadero conocimiento de él.

Ahora bien, siendo que nuestro Señor Jesucristo nos dio la especial promesa que les enviaría el Espíritu Santo a todos los que se lo pidieren (Lucas 11.13), incluyamos muchas veces esa petición en nuestras oraciones. Roguemos por la iluminación del Espíritu, y descubriremos cosas maravillosas en el evangelio. Nuestro corazón se regocijará, y nuestro espíritu se exaltará. *“Y al que puede confirmaros, según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes, para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén”* (Romanos 16.25-27).

LA SEGURIDAD DE LA REMISIÓN DE LOS PECADOS

El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. (Rom 8.16)

Quien desea ser un cristiano y no busca la seguridad de su adopción como hijo de Dios; y quien se conforma con permanecer inseguro en cuanto a su estado de gracia, indudablemente no es un alma despierta. Es un hipócrita, o un cristiano somnoliento. Esto está en la naturaleza del caso. La esposa que se contenta con vivir en la incertidumbre en cuanto al amor de su marido, no puede amarlo de verdad. Por lo tanto, por parte de un cristiano sería una señal manifiesta de impenitencia —o excusas por su impenitencia— si él negase la posibilidad de estar seguro del perdón de sus pecados. Tal persona definiría esa certidumbre como algo puramente imaginario o como evidencia de arrogancia espiritual.

Dice Lutero: “Cuando la gente del tipo de Caín oye esa confesión, cruza sus manos y exclama: ¡Dios nos guarde de la ilusión de pretender ser sus amados hijos! ¡No! Al contrario, déjenos ser humildes antes que todo, y nada más que pobres pecadores, porque Dios exalta a los humildes”. Sin embargo, la Biblia dice: “*Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos*” (1 Juan 3.14). “*En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguramos nuestros corazones delante de él*” (v. 19). “*En esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado*” (v. 24). “*Sabemos que somos de Dios*” (1 Juan 5.19). “*Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna*” (v. 20).

Una y otra vez el apóstol formula la positiva declaración: “Sabemos” que tenemos la remisión de todos nuestros pecados. “Sabemos” que tenemos la vida eterna. “Por eso” –observa Lutero– “hemos de arrancar de cuajo este pernicioso error, que emboba a todo el mundo, que una persona no puede saber si está o no está en el estado de gracia”, (exposición de Lutero sobre la Epístola a los Gálatas 4.6). “Este error no procede del intelecto, sino del corazón entenebrecido. Y no se debe a alguna ambigüedad en la Palabra de Dios, porque las Escrituras hablan en todas partes muy claro en cuanto a esto. La duda viene de la impenitencia y maldita incredulidad del corazón”.

Quienes no poseen ni procuran poseer esta certidumbre de la gracia de Dios en ellos, naturalmente niegan su posibilidad. Pero aunque no negásemos la posibilidad de esta certidumbre de nuestra adopción por parte de Dios, no obstante sería una mala señal si nos conformásemos con vivir en la incertidumbre en cuanto a nuestro estado de gracia. Es algo muy diferente cuando alguien procura la absoluta certeza del perdón de sus pecados y de la continua gracia de Dios, y no la nota inmediatamente. Eso no es un motivo para desanimarnos. Pero no procurar nunca la certidumbre de la salvación en Cristo y la certeza definitiva de la gracia, siempre es una señal de la falsa seguridad carnal.

Una vez más: Por honesta que fuese un alma, y por sinceras que fuesen su hambre y sed de justicia, no obstante, sería un serio defecto de su cristianismo si permaneciese insegura en cuanto a la realidad de su restauración al estado de gracia. Puede ser cierto que desea la gracia y remisión de sus pecados. Es verdad que –como señala Lutero– “existen dos aspectos de la remisión de pecados. Por un lado, la remisión secreta, en los fueros de Dios; y por el otro, la remisión reconocida por la persona y manifiesta al alma”. Cristo ya había perdonado a aquella mujer pecadora (Lucas 7.37ss.), que “*se echó a sus pies*”. Se lo había dicho a Simón, el fariseo, antes de volverse a ella y decirle “Tus pecados te son perdonados” (v. 48). Así también, un alma que siente hambre por la piedad divina, puede poseer el perdón de sus pecados de parte de Dios aun antes de darse cuenta de ello o de creerlo.

Jesús dice: “*¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia!*” (Mateo 5.6). Todo eso es muy cierto. Sin embargo el alma nunca está en relación correcta con Dios sin que antes obtenga la certeza del perdón y de su condición de hijo amado. Mientras esa certeza no llene y embargue el alma, el reino de Dios todavía no ha entrado de lleno al corazón.

“*El reino de Dios es justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo*” (Romanos 14.17). Mientras el alma no conoce esto, la persona no tiene el poder de amar y alabar verdaderamente a Dios, ni de andar con él en la hermosura de la santidad. Naturalmente, tanto el que es fuerte en la fe como el que es débil, poseen la justicia de Cristo, pero no tienen el mismo poder de santificación en sus vidas cotidianas. Porque la renovación diaria, el nuevo poder espiritual y todos los frutos de la fe siempre provienen de la certeza de la fe. “*El gozo del Señor es vuestra fortaleza*”. Por eso, es de máxima importancia que toda alma sincera llegue a la plena certeza de su estado de gracia.

Quien desee poseer esta bendita certidumbre de fe, también deberá saber cómo obtenerla. Cuando queremos asegurarnos de la gracia perdonadora de Dios, comenzamos a examinar y reexaminar nuestra conversión, nuestra fe, nuestra religiosidad, para ver si hemos tenido las experiencias normales, y si tenemos las señales correctas del verdadero cristianismo. Si vemos que están, tenemos la plena confianza, de que somos hijos de la gracia. Pero este no es el método correcto de obtener seguridad y paz. Si alguien busca seguridad del perdón y paz con este método, asume una tarea muy difícil y pronto quedará desanimado. Pues no es algo fácil encontrar los frutos de la fe, mientras no se ha adquirido una fe viva. Y aunque alguien pudiera obtener cierta paz mediante ese proceso de rígido autoexamen, no es sino una paz vacilante, que se derrumba en momentos de luchas y pruebas espirituales. No es un fundamento sólido para una paz y seguridad estables.

Además, esta paz artificial es también impura. No se fundamenta para nada en Cristo. Se asemeja a la imagen que vio el rey Nabucodonosor, según la describe y explica el mismo profeta: “*La cabeza de esta*

imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estaba mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedase rastro alguno. Mas la piedra que hirió la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra” (Daniel 2.32-35).

La genuina certidumbre de fe se fundamenta únicamente en la Palabra de Cristo. Nada resiste a las tormentas y a los embates del alma, sino las palabras y los hechos del todopoderoso Dios; las palabras y los hechos que preocupan a los “infieles” por un lado, y a los “pecadores perdidos” por el otro. La única forma de llegar a la completa certeza de la fe, es confiar plenamente en la Palabra y en las promesas de Dios. O, dicho de otro modo, repetir con plena confianza las palabras de Dios. Uno de los padres de la iglesia lo expresaba de la siguiente manera: “¡Qué bien y seguro me siento, cuando sencillamente repito con fe lo que Dios ya dijo antes!”. Pablo enseña: “*La fe viene por el oír*” (Romanos 10.17).

Esa fe y seguridad viene a través del aliento y gozo que obtengo de la gracia de Dios revelada en Cristo. Y obtengo este aliento, no porque me creo merecedor del mismo, sino porque sé cuán pobre y pecaminoso soy, con miedo hasta de creer y confiar en Dios, o de tomarle la palabra. El hijo pródigo aún estaba lejos cuando su padre lo sorprendió con perdón y restauración (Lucas 15). Cuando por medio de la Palabra hemos hallado consuelo en Cristo, descubriremos también los frutos de la fe en nuestros corazones y en nuestras vidas. Juan declara: “*El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo*” (1 Juan 5.10). Pero la certidumbre esencial de la fe siempre surge de la Palabra, previa a las manifestaciones y a los frutos de la fe.

Un conocido teólogo alemán escribió: “No digo ni diré jamás que la persona que no tiene la plena seguridad de la gracia de Dios, sea por eso completamente impenitente e incrédula. Hablando así dejaríamos a las almas afligidas aún más afligidas e inseguras. No obstante, esto es seguro: Si alguien está genuinamente arrepentido y conoce correctamente el peligro de su alma, buscará seria y persistentemente verdadera paz y seguridad. No deseará nada con mayor fervor en todo el mundo, que la gracia y el perdón de Dios. Y estará dispuesto a perder cualquier cosa antes que seguir en la incertidumbre e inseguridad”.

Quien todavía no encontró verdadera paz para su alma y ni siquiera se empeña por obtenerla, antes prefiere buscar paz y alegría en el mundo, en sus placeres y en sus glorias, no es realmente penitente. Y en esa condición nunca hallará paz. Pero quien no encontraba descanso antes de hallarlo en las heridas de Jesús, y ahí aprendió con plena seguridad que todos sus pecados han sido expiados, tal persona encontró lo que su alma tanto buscaba. En él se cumple la promesa de Cristo: *“Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”* (Mateo 7.8).

La persona, para la cual la seguridad del perdón y de la gracia es la mayor bendición en el mundo; que oye que poseer esta seguridad es un privilegio supremo; y que es la más ferviente voluntad de Dios que el hombre busque esa seguridad de su perdón y de la gracia, (la que está dentro de su alcance), se levantará y tomará el reino de los cielos “por la fuerza” (Mateo 11.12).

Ahora bien, este *“reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo”* (Romanos 14.17). Entonces, quien mediante el arrepentimiento y la fe fue justificado ante Dios, también puede ser dotado de paz, gozo y de la seguridad de ser un hijo de Dios. Está en condiciones de jurar, en cualquier momento, que Dios en el cielo le concedió el perdón de todos sus pecados. Que, por los méritos de Jesucristo, Dios lo considera como si en toda su vida no hubiese cometido ningún pecado. Ante Dios está cubierto con la vestidura blanca de la justicia de Cristo como con nieve.

El profeta confirma esta afirmación: *“De mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua. Y se dirá de mí: Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza, a él vendrán, y todos los que contra él se enardecen, serán avergonzados. En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel”* (Isaías 45.23-25). En el Señor está mi justicia y fortaleza. Esta confianza se fundamenta en el juramento de Dios todopoderoso. Un creyente puede estar seguro de lo que cree, porque edifica su fe sobre la Palabra de Dios. Y Dios cumple sus juramentos y sus promesas. Él juró, que no desea la muerte del impío, sino que se arrepienta de sus caminos y que viva. Siempre está dispuesto a perdonar, y a permitir, que la compasión reemplace a la justicia en el penitente, desde que el Hijo de Dios cumplió toda justicia por toda la humanidad.

El pecador arrepentido sabe que necesita la gracia de Dios. También sabe que un consuelo falso no le sirve. No tiene la intención de recurrir a la gracia perdonadora de Dios para abusar de la misma, como de un manto para cubrir su seguridad carnal. Se propone abandonar todos sus pecados. Pero antes debe tener la seguridad de la gracia de Dios y de su perdón. Y para eso Dios instaló a Cristo como Sumo Sacerdote. Y selló esa instalación con un juramento, como leemos en su Palabra: *“Porque los otros sacerdotes ciertamente fueron hechos sin juramento, pero éste con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto... Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre”* (Hebreos 7.21-22,28). Dios ha establecido el oficio mediador de Cristo confirmándolo con juramento, como si dijese: –Declaro por mi vida, que mi Hijo es el sumo sacerdote perfecto y eterno. Declaro por mi vida, que todos los pecadores han sido reconciliados conmigo por medio de él, y que la culpa de ellos quedó expiada con su sangre. Declaro por mi vida, que todos los pecadores penitentes y creyentes tienen en su nombre la remisión de todos sus pecados. *“De éste dan testimonio todos los profetas, que*

todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10.43). Siendo así, con toda seguridad el penitente debe obtener la seguridad de su estado de gracia y del perdón, dado que Dios se lo aseguró con juramento, y Dios no viola su Palabra.

Buscando el favor de Dios únicamente mediante Cristo, no debo dudar ni sentirme inseguro. No debo desconfiar de él, que no guarde sus promesas y su juramento. Las Escrituras declaran categóricamente: *“Sabemos, que hemos pasado de muerte a vida”* (1 Juan 3.14). Y: *“Sabemos, que somos de Dios”* (1 Juan 5.19). *“Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero: y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna”* (1 Juan 5.20).

Es decir, sabemos que Dios dice la verdad, que guarda su pacto y juramento. Sabemos que estamos en comunión con él, al estar en comunión con su Hijo Jesucristo. Entonces escuchemos esta conclusión lógica: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Romanos.8.1). Ahora ya no hay más ningún pecado sobre Cristo para condenarlo a muerte. Él ya está libre de todo pecado en el cielo. Y el creyente que está con él, también está libre de pecado. Dios lo considera como libre de todo pecado. Y siendo que está libre de pecado, o dado que sus pecados le son perdonados y borrados, la ley ya no puede condenarlo más por causa de sus pecados.

Y, si la ley no puede acusarlo ni condenarlo más, no hace falta que siga teniendo una mala conciencia. Puede tener una conciencia satisfecha y contenta. Los que ofrecían sacrificios por sus pecados en el Antiguo Testamento, una vez ofrecida la ofrenda, no necesitaban tener más *“conciencia de pecado”* (Hebreos 10.2). Lo mismo puede hacer el creyente: Puede ver su pecado sobre Cristo, el Cordero de Dios, que ha pagado su culpa con su sangre. *“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”* (Hebreos 10.14). Éstos ya no necesitan tener miedo, ni someterse nuevamente al yugo de la esclavitud. Cristo ha satisfecho completamente las exigentes demandas de la justicia divina. Y ha pagado el rescate para todos los

pecadores colectivamente y para cada uno en particular. Cargó sobre sí los pecados de toda la humanidad. Y sufrió el castigo por todos. “*Gustó la muerte por todos*” (Hebreos 2.9b). En Cristo, Dios está reconciliado con todos los hombres. No castiga más por su pecado a nadie que acepte por medio de la fe el perfecto sacrificio ofrecido por Cristo. Nada –excepto la deliberada incredulidad– condena a una persona. Más aún, Dios considera a cada ser humano como si hubiese sido clavado en la cruz, como si él mismo hubiese muerto y sufrido la pena debida por sus pecados; como si hubiese sido sepultado con sus pecados, y resucitado de los muertos con Cristo; como si hubiese sido librado de transgresión y culpa, y como si Dios nos hubiese “*sentado con Cristo en lugares celestiales*” (Efesios 2.6), “*pasando de muerte a vida*”. Por eso es tan imposible que muera y perezca, como es imposible que muera y perezca Cristo, siempre que el creyente permanezca en la fe en Jesús, quien es su vida.

El creyente tiene en Jesucristo la certeza del perdón y de la salvación. En y con Cristo está libre de pecado y culpa, por lo tanto también de la condenación de la ley. Quedó libre de las acusaciones de una mala conciencia, y del peligro de la muerte eterna. Sí, ya posee la vida eterna. No necesita oír más las recriminaciones de la ley y de una mala conciencia. En cambio, sabe defenderse con el escudo de la fe y con la coraza de la justicia (Efesios 6.14-16). Ningún mandamiento de la ley puede forzar su entrada a la conciencia, que ahora quedó purificada con la sangre del Hijo de Dios. Pues la conciencia del creyente es –como bien observa Lutero– la cámara nupcial de Cristo, donde él se queda a solas con su esposa.

Es cierto que la ley reprende y refrena a la carne, para que no haga su voluntad y gratifique sus malos deseos. Sin embargo, la ley ya no tiene el derecho de introducirse con sus amenazas y condenaciones en la conciencia. De todos modos, puede ocurrir que cedamos a la carne y hagamos lo que nos sugiere, y que simultáneamente le permitamos a la ley introducirse en nuestras conciencias, donde en realidad no tiene más derecho a entrar. Eso nos llevaría al temor y a la servidumbre. Suponemos ser libres donde no debiéramos ser libres,

a saber, en ceder a las malas inclinaciones de la carne. Y volvemos a la servidumbre donde debiéramos estar libres, o sea, en la fe en Cristo. Pues la libertad que nos permite violar la ley de Dios, es una libertad falsa, que nos somete nuevamente a la ley y nos transmite el espíritu de servidumbre. Pues aunque la paz del corazón no depende del grado de nuestra piedad sino de Cristo, la paz del corazón y alma no puede coexistir con una vida carnal. La paz con Dios no armoniza con la paz del pecado. La Palabra de Dios nos dice con toda claridad que Cristo no derramó su sangre para alentar nuestra deliberada pecaminosidad.

Si hay todavía una chispa de fe en el alma de una persona que peca deliberada y voluntariamente, la conciencia condenará el pecado por deliberado, siendo que no lo resistió seriamente. En su sermón del primer domingo después de Trinidad, Lutero comenta 1 Juan 4.18: “*No hay temor en el amor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo (tormento). De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor*”. Dice: “Este pasaje bíblico nos muestra el temor y terror que nos costará no andar en el amor, y permitirnos ser descorteces y desconsiderados con el prójimo. No pereceremos necesariamente en nuestros pecados. Puede ser que nos conservemos en vida, siempre que sepamos protegernos con *el escudo de la fe* contra los dardos encendidos de nuestra conciencia, diciéndonos: –Aunque mi cristianismo se derrumbe, Cristo me sostendrá. Mi alma puede salvarse, pero va a costarme un buen baño de sudor”.

Las almas alarmadas, que todavía no consiguieron la paz de Dios y la seguridad de su perdón, se pueden clasificar en tres categorías: La primera clase consiste de personas que todavía no conocen la perversidad natural del corazón. Tienen una buena cantidad de métodos secretos de auto justificación. Son ricos en excusas y paliativos para defender su forma de vida. No se despojaron espiritualmente del amor al pecado. Designan –por decirlo del modo menos ofensivo– un buen número de prácticas cuestionables como “inocentes y permitidas”. Se protegen con pretextos y excusas, como con hojas de higuera (Génesis 3.7). Protestan amargamente contra este o aquel

impedimento para su vida cristiana. Culpan a una persona u otra de haberles hecho pecar. Culpan al ambiente o a sus compañeros de haberlos hecho delinquir. Ni sueñan con acusarse a sí mismos y confesarse culpables delante de Dios; prefieren callarse. Son personas que no se interesan realmente en la salud de sus almas. No perseveran en la oración y en el uso de los medios de gracia. Se conforman con una prueba ocasional del favor de Dios. Tienen su supremo deleite en las cosas de la naturaleza y de este mundo. Son felices con lo material. Es gente que no piensa en Dios ni cree en el juicio final. Como no han sido realmente regenerados, no son totalmente sinceros ni francos. Simpatizan con muchos propósitos impuros, se entregan a sus pasiones y no se preocupan por su salvación. Por supuesto, sus almas tampoco consiguen acceder a un estado de paz y certidumbre. Convendría que esas personas dejaran de excusarse y de culpar a otros. Tienen que aprender a confesarse culpables de sus pecados, a echarse la culpa a sí mismos y no siempre a otros. Necesitan aprender que las circunstancias de la vida en que se encuentran por la dirección de Dios son, después de todo, lo mejor que les puede tocar, y que nada podrá dañarles espiritualmente si tan solo procuran lo bueno. Todo redundará en su beneficio, promoverá su desarrollo espiritual, santificará sus corazones y vidas, y afirmará su paz con Dios mediante Cristo Jesús.

Estos cristianos superficiales deben saber, que “lo único realmente necesario” es la salvación del alma. Por lo tanto, esto debe llegar a ser su preocupación principal y constante. No deben permitir que nada en el mundo interfiera con la salvación eterna del alma. Deben dejar de vacilar entre diferentes opiniones, fingiendo piedad entre los fieles y adaptándose al mundo entre los mundanos e infieles.

Deben aprender a evitar como al peor enemigo la paz impura y falsa. No deben pretender ser más de lo que realmente son. No deben tratar de agradar sólo a los hombres, porque de nada les valdrá. Deben aprender a caminar con Dios, como Enoc (Génesis 5.24). A buscar la aprobación de sus conciencias, no la de la gente.

Si estas personas irresponsables y frívolas permiten que el Señor las despierte de su letargo espiritual, prosperarán y se desenvolverán espiritualmente. Estarán seguras de su estado de gracia, con tan solo empezar a vivir para el Señor. Encontrarán descanso y paz en los méritos del Salvador crucificado. Pero, hasta que lleguen a esa etapa de desarrollo espiritual, el Señor seguirá causándoles temor y ansiedad del alma. Él quiere llevarlos a una profunda reflexión, a ocuparse seriamente de la salvación de sus almas. Desea hacerlos sabios y temerosos de Dios. Quiere persuadirlos a que dejen de lado todas sus excusas, pretextos y circunstancias atenuantes, sus reservas y condiciones, sus ambigüedades y dudas, y que aprendan a amar al Señor Jesucristo de todo corazón.

La segunda clase consiste de personas que, por regla general, son sinceras en su búsqueda de Dios. Pero se hallan encadenadas a algún amor idólatra o pecado favorito. No tienen genuina paz de corazón o mente, porque todavía dudan de la gracia perdonadora de Dios. Y el amor a su pecado idólatra o favorito es tan fuerte, que ni siquiera saben con seguridad si quieren librarse del mismo. El pecado los tiene dominados. El resultado es que sus corazones están herméticamente cerrados a la gracia de Dios. Su ídolo es demasiado atractivo; su pecado favorito, demasiado fascinante. Y en tanto que su corazón no gustó el sublime amor de Dios, sigue esclavizado por el amor idólatra. Es una situación realmente deplorable. No es posible que algún ser humano los ayude. Las propias víctimas y sus amistades espirituales están al borde de la desesperación. Desesperan de la salvación de esos desafortunados.

Pero el poder del Señor es grande y su fidelidad es capaz de librar aun a estos esclavos del pecado. Si oyen la Palabra de Dios, la angustiada conciencia y el alma afligida eventualmente los cansará tanto que su pecado favorito e idólatra acabará por volverse nauseabundo a su nueva y mejor naturaleza, de modo que se apartarán del mismo con horror y disgusto. De pronto, o paulatinamente, la “sobreabundante gracia” de Dios les parecerá maravillosamente atractiva. Sólo entonces habrán entendido con trémula fe que el Señor es generoso y piadoso,

cuando el ídolo caiga del pedestal de sus corazones. Su incipiente fe los habrá salvado. O puede ser que solamente vislumbraron la posibilidad de redención de la esclavitud del pecado, y a partir de ese extraño descubrimiento aprendieron a buscar al Señor y su salvación por medio de la “fe” (Hebreos 11).

La tercera clase de los que no encuentran tan fácilmente la paz del corazón y de la mente, es de un carácter enteramente diferente al de las dos clases precedentes. Reconocen a fondo su corrupción espiritual. Toman su salvación muy en serio. Son diligentes en la oración. Anhelan ser conscientes de la gracia perdonadora de Dios. Desean la paz de la mente y del corazón. Por naturaleza, sin embargo, son ansiosos y tímidos. Se inclinan al legalismo y a la exageración más que otros. Y el enemigo aprovecha para sembrar la semilla del escepticismo y de la duda en sus almas. Están llenos de extrañas ideas y teorías acerca de sí mismos y de Dios. Espiritualmente se encuentran en un callejón sin salida. Son muy conscientes de sus pecados, de su desconfianza en las piadosas promesas de Dios y de su incredulidad. Presienten que no tienen ninguna esperanza.

Esas almas abatidas deben ser alentadas y animadas con el amor de Cristo hacia los pecadores. No se deben agrandar ni exagerar sus pecados. Estos son los creyentes que desean sinceramente ser librados de culpa y pecado; decididos a dejar toda maldad, aun la más acariciada; teniendo hambre y sed de la misericordia de Dios; rogando por perdón y por seguridad del perdón; deseosos de aceptar la gracia de Dios solamente por los méritos de Cristo, como única manera de obtener paz del corazón y del alma; pero que al mismo tiempo están temerosos de apropiarse de las piadosas promesas de Dios, en vista de su propia indignidad... ¡esas almas deben saber que su fe es mucho mayor de lo que imaginan! No es una fe fuerte y valiente, es una fe trémula y tímida, pero es fe. Esa hambre y sed de Dios, ese anhelo y deseo de ser justo, por más profunda y escondida que estuviese, no obstante es un inicio de la verdadera fe, como dice la Escritura: *“El deseo de los humildes oíste, oh Jehová; Tú dispones su corazón, y haces atento tu oído”* (Salmos 10.17). O:

“Los que miraron a él, fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados” (Salmos 34.5).

Jesús dice: *“¡Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados!”* (Mateo 5.3, 4, 6). Y el profeta dice: *“No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humear”* (Isaías 42.3). Dios ordenará que *“a los afligidos de Sión se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado: y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya”* (Isaías 61.3). ¿Por qué habría que decirles esto a esas tímidas almas? Porque *“su iniquidad ha sido perdonada”* (Isaías 40.2).

¡Que todas esas personas recuerden estas palabras! Pues dan seguridad y consuelo, como dice Pedro: *“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones”* (2 Pedro 1.19).

Estas almas temerosas cometen el error de mirar demasiado tiempo y demasiado intensamente sus pecados y malas inclinaciones, así como las personas frívolas e irresponsables no los miran suficiente tiempo, lo cual deberían hacer para su propio bien. Está bien que vean su propia corrupción, su falta de fe, ignorancia y dureza de corazón. Está bien que no se conformen con un consuelo falso y superficial. Pero no deben detenerse ahí. Deben avanzar de la ley al evangelio. Pues es el evangelio lo que ilumina, fortalece y ablanda el corazón. Que también aparten sus miradas de sus pecados y miren a Cristo, quien expió el pecado del mundo. ¡Sírvalas la conciencia de su pecaminosidad y depravación para impulsarlos hacia Cristo crucificado! Sepan que él sufrió la pena decretada por la ley contra los pecadores infieles, rebeldes, engegucidos y corruptos, y que así fue como él adquirió el perdón de Dios para todos sus delitos.

¿Por qué aún duda entonces el alma penitente de que Dios está decidido y dispuesto a perdonar todos sus pecados? Perdonar no le cuesta más

nada. Cristo ha expiado la culpa del pecado. Su sangre es el valioso precio entregado por nuestro rescate. Y siendo que el rescate ha sido plenamente pagado, Dios ahora perdona gustosamente los pecados de toda alma que viene a él con fe en Jesús, o implorando su gracia. La eterna e inmutable justicia de Dios no le permitirá requerir un pago doble por los pecados del mundo, como dice Juan: “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar y limpiarnos de toda iniquidad*” (1 Juan 1.9). El pecador arrepentido no debiera perder tiempo mirando su cuerpo muerto y sucio de pecado. ¡Qué mire a Cristo, el príncipe de paz! Que lamente ante Cristo su pobreza de fe, y exclame con aquel padre que invocó el auxilio de Jesús para su hijo epiléptico: “*¡Creo, ¡Señor, ayuda mi incredulidad!*” (Marcos 9.24). ¡Sepa que Dios le otorgará una medida más grande de gracia, de lo que su estrecho corazón puede contener! Comprenda que su indignidad no debe impedirle venir a Cristo. El hecho es que no puede obtener el perdón de sus pecados de ningún otro modo que viniendo a Cristo como un indigno pecador. Debe presentarse ante Dios -no como una persona buena, piadosa y digna- sino como un alma impía, que sólo pide misericordia por los méritos de Jesús. ¡Qué sencillamente crea en Aquel, “*que justifica al impío!*” (Romanos 4.5).

“Cuando reconocemos que somos indignos de orar y de recibir gracia” –dice Lutero– “nos volvemos dignos de orar y de recibir gracia. Por su inmerecida bondad en Cristo Jesús, Dios nos oirá y concederá nuestras peticiones. Siendo que nos consideramos indignos, y confiamos únicamente en la fidelidad divina, él responderá a nuestras peticiones”. ¡Qué esa alma siga haciendo diligente uso de los medios de gracia, se adhiera a las promesas divinas de perdón, y aliente su pobre corazón con la misericordia de Dios por los méritos de Jesucristo! Sepa con toda seguridad, que Dios no requiere mérito o dignidad de él, sino que le perdonará todo su pecado y le asegurará la salvación por pura gracia y piedad.

Un pecador que sinceramente desea ser salvo por la gracia del Señor Jesucristo, ya es salvo, lo sepa o no. Y si sigue a Cristo como a su fiel Pastor, recibirá gracia sobre gracia. Poseerá la gracia del perdón, y la

gracia de la victoria sobre el pecado y sobre las pasiones pecaminosas de su naturaleza, la gracia de la santificación. El Señor le concederá todos estos favores sin dinero y sin precio. Por eso, que solo venga con confianza y diga: “Jesús, a ti vengo, sé tú mi pastor, y deja que yo sea tu fiel seguidor. Creí tu promesa segura y veraz, el bien que prometes, sé que lo harás. Tú sabes lo pobre e indigno que soy, confiando en tu gracia a ti solo voy”.

Sepa que Dios le perdona todos sus pecados: Grandes y pequeños, secretos y manifiestos... ¡Todos! Porque cuando Dios perdona, perdona completa y enteramente, en el tiempo y la eternidad. Así también es perfecta la justicia de Cristo, imputada al alma penitente y creyente. Proviene de nuestro perfecto sumo sacerdote, que tiene un “sacerdocios inmutable”, según Hebreos.7.24-25: *“Por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente, a los que por medio de él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”*. El profeta anunció, que vendría *“para expiar la iniquidad”* (Daniel 9.24) y *“para traer la justicia perdurable”*. El salmista exclama: *“Las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente; de generación en generación haré notoria tu fidelidad con mi boca. Porque dije: Para siempre será edificada misericordia; en los mismos cielos afirmarás tu verdad”* (Salmos 89.1-2). Al que cree en Jesús, Dios le perdona todos sus pecados. En el evangelio leemos: *“Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, más la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada”* (Mateo 12.31). El salmista confiesa: *“Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias”* (Salmos 103.3). En efecto, Dios perdona *“la iniquidad, la rebelión y el pecado”* (Éxodo 34.7). Todos los pecados le fueron impuestos a Cristo, Hijo de Dios, quien los llevó *“en su cuerpo al madero”* (1 Pedro 2.24). Ahora él es el mediador entre Dios y los hombres. Él pagó el precio de nuestra redención. Ni un solo pecado quedó pendiente o impago. Consecuentemente, Cristo adquirió el perdón de pecados para todos los pecadores.

Y Dios nos perdona todos los pecados de una sola vez, no uno hoy, otro mañana y así sucesivamente. No, los perdona a todos simultánea y eternamente. Como declara por boca del profeta: *“Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”* (Isaías 43.25). Tendrá compasión de nosotros. Eliminará nuestras iniquidades. *“Volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados”* (Miqueas 7.19). *“Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí”* (Isaías 44.22). *“Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”* (Salmos 103.12). Mediante la justificación de gracia, o la remisión de los pecados, Dios le adjudica la perfecta justicia de Cristo al pecador creyente. Entonces, los méritos de Cristo cubren todos los pecados pasados, presentes y futuros, y esos méritos le son adjudicados al creyente por justicia, en tanto permanezca creyendo en Jesús.

El creyente en Cristo es continuamente justificado. Posee la remisión diaria y eterna de sus pecados. Todos sus pecados, defectos y faltas son y quedan perdonados. *“En Cristo tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia”*, dice el apóstol (Efesios 1.7). La piedad de Dios es tan grande y rica como Dios mismo. Por esa razón el creyente vive en la gracia de Dios y se salva por la misma. Está seguro de su salvación, aun a pesar de todos sus errores. Pues no edifica su esperanza de salvación sobre su buen comportamiento, su agradable carácter, sus servicios de caridad a los pobres, sino antes sobre la libre, rica y abundante gracia de Dios en Cristo Jesús. Sin este fundamento para su fe, tampoco tendría seguridad alguna de salvación, ni genuina paz de corazón, ni motivo de gozo y esperanza. En efecto, el creyente no podría estar seguro ni por un momento de la cancelación de sus deudas ante Dios, si no supiese que él ya no requiere absolutamente ningún mérito o dignidad alguna de parte de la persona, y sólo espera que ésta encuentre refugio en los méritos de Cristo. “Pues” –como bien observa Lutero– “donde hay remisión de pecados, allí también hay vida y salvación”.

El creyente sabe esto. Vive sólo de la gracia perdonadora de Dios, totalmente rodeado de esa gracia. Tiene la certeza de su salvación, y de la paz de Dios en su alma. Si flaquea, la razón está únicamente en la debilidad de su fe, que no se mantiene contemplando invariablemente a Cristo. Si en determinados momentos tropieza y cae, es por que no descansa constantemente en la gracia de Dios como en su casa, o morada de su alma, y se descarría por otros intereses que ocupan su corazón y mente. O porque encuentra algo en sí mismo que le sirve de excusa o consuelo.

Augusto Germán Francke, en su libro titulado: *“El camino seguro y secreto de la fe”* se refiere a este estado del alma con las siguientes hermosas palabras: “En tanto que el alma no encuentra nada meritorio en sí misma, sino todo en Cristo, se mueve en el ámbito de la felicidad celestial; Dios está presente con aliento y fuerza. Pero cuando el alma ya no busca su salvación en el piadoso perdón de pecados, por la fe en los méritos de Cristo, está en un camino equivocado y ya no encuentra paz”.

Es de máxima importancia, aun después de haber recibido gracia y perdón, considerarse constantemente a uno mismo como un pecador, depravado por naturaleza, perdido y condenado. Sigue siendo necesario reconocer que por naturaleza uno es pecador, que necesita orar con el salmista: *“No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser viviente”* (Salmos 143.2). Entonces, en todo el peregrinaje de la vida no nos queda nada sino Cristo y el perdón de pecados en su nombre. Sólo sobre él podemos edificar nuestra confianza. Como pobres y desnudos pecadores, hemos de revestirnos únicamente con la justicia de Cristo. Siempre la causa de nuestro gozo y consuelo debe ser que nuestros pecados fueron borrados, y que somos destinatarios de la misericordia de Dios. Lutero observa: “Consideramos al reino de Dios como un hermoso pabellón encima de nosotros, guardando y protegiéndonos de la ira de Dios. Representa a la bóveda celestial, donde brilla el sol de la gracia y del perdón sobre todo el mundo. Todos los pecados de todo el mundo son como una gota en el océano. Aunque tu pecado te oprime, no puede perjudicarte. Se derretirá bajo el sol del amor de Dios”.

Los principiantes en la vida cristiana generalmente encuentran cierto grado de consuelo en su nuevo enfoque de la vida. Se alegran de su cambio de mentalidad y propósito. Se sienten felices por la mejora de su conducta, por los dones de la gracia y por sus victorias sobre el pecado y las tentaciones. Procuran su santificación. Pero siendo que les deleitan más esas pálidas evidencias de mejoramiento que Cristo mismo, pronto se cansan y pierden el ánimo, se vuelven intranquilos e inseguros de sí mismos. Se dan cuenta que todavía hay muchos grandes defectos en su desarrollo o crecimiento cristiano. Se sienten humillados al descubrir que apenas han comenzado la vida cristiana. Se sienten dolorosamente angustiados e incapaces de evaluar su condición espiritual.

A fin de que los principiantes en la vida cristiana no queden en ese estado depresivo, a causa del descubrimiento de su pobre progreso en la santificación, ¡que vuelvan a la fuente de vida y beban las vivificantes aguas! ¡Qué hallen la paz al contemplar las heridas de Cristo! ¡Qué reflexionen en las piadosas promesas de Dios! Así revivirán y quedarán satisfechos sólo con la gracia de Dios. El peligro es que, a no ser que crea constantemente en el perdón completo y cotidiano de mis pecados, y me vea justificado sólo por la fe en Cristo, la ley se introduzca nuevamente en mi conciencia, volviéndome una vez más intranquilo e inseguro, cansado e infeliz. Así no puede haber verdadero progreso en la renovación diaria.

Incluso cuando se trata de *“perseguir a la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”* (Hebreos 12.14), el perdón de pecados debe ser siempre la base y estar siempre primero, como lo indica Jesús: *“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”* (Juan 15.4-5).

¡Qué Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe, quiera ayudarnos a creer de verdad y a guardar esa fe hasta el bienaventurado fin! Amén.

LA UTILIDAD DE LA PALABRA DE DIOS

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, (2 Tim. 3.16)

La importancia de este tema y el maltrato que tantas veces recibe la Palabra de Dios, hacen que uno no pueda hablar de ello sin una gran medida de preocupación. El corazón cristiano sufre al contemplar los abusos a los que la gente somete a la Palabra de Dios. ¿Pero qué se puede hacer? Señor Jesucristo, tú eres el pastor del rebaño y el obispo de nuestras almas (1 Pedro 2.25). ¡Ayúdanos, te rogamos, a usar bien tu Palabra!

Primero quisiéramos referirnos a los miles de peligros provenientes de las engañosas voces y escritos de los falsos maestros. Nosotros los seres humanos somos como ovejas en el desierto, oyendo llamados de todas las direcciones, diciéndonos: “¡Este es el camino, vengan por aquí!”. Bien dice el sabio Salomón: “*No hay fin de hacer muchos libros*” (Eclesiastés 12.12). Especialmente en nuestros días, hay todo un océano de libros sobre religión, con doctrinas exóticas. “*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo*” (1 Juan.4.1). Así escribe el apóstol del amor, y con buena razón. El hecho es que nuestro bienestar espiritual y destino eterno dependen en gran medida de los libros que leemos, y de los maestros que aprendimos a valorar. La doctrina falsa es para el alma lo que el veneno es para el cuerpo: destruye al alma por el tiempo y la eternidad.

“Pero para el que cree que la Biblia es la Palabra de Dios no hay peligro”, podrá afirmar alguno. En cierto sentido esto es cierto. Quien lee la Biblia devota, humilde, y obedientemente, considerándola Palabra de Dios, pidiendo la iluminación del Espíritu Santo en oración, como lo requiere

Dios, sin falta encontrará allí el agua de vida y quedará refrescado. Por la piedad Dios también será guardado del error. Pero ¡cuidado! La vertiente es profunda. Necesitamos intérpretes para transportar los misterios de la Palabra a la luz del día. Y aquí yace el peligro para nosotros, los que creemos que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Porque existen muchos tipos de intérpretes. El propio diablo hace uso de pasajes bíblicos, mal interpretados y aplicados, como ocurrió cuando tentó a Cristo (Mateo 4.6). Los apóstoles del diablo y todos los herejes hacen lo mismo. Lutero señala esto cuando en cierto momento dice, “la Biblia es el libro de los herejes”. Se la fuerza a prestar sus sagradas verdades a los errores de los herejes.

¿Qué se puede hacer para evitarlo? ¿Adónde nos dirigiremos para hallar auxilio contra éstos? Primero y ante todo, en un asunto de tanta importancia, no debo confiar en la inteligencia humana. Todos los hombres pueden errar. Pero ¿cómo puedo saber qué opinión debo aprobar? Mi propia opinión puede ser la más peligrosa de todas. Si me gusta tal o cual libro o maestro, tengo la responsabilidad de decidir si es el mejor. Afortunadamente, sin embargo, tenemos una regla para seguir cuando elijamos un libro o un maestro; una regla que tiene mayor valor y autoridad que la opinión de todo el mundo. Ésta es la regla: Si busco la doctrina de Cristo, debo buscar las señales de esa doctrina.

La doctrina de Cristo siempre tuvo ciertas señales o cualidades características que la identificaban. La presencia de estas señales es una evidencia más concluyente de veracidad doctrinal, que las opiniones de los hombres. Esas señales son de dos clases:

1. Donde llega Cristo con su doctrina, ésta siempre revela su eficacia, siempre se conquistan algunas almas para el cielo. La gente se transforma de personas despreocupadas, mundanas e impías, en almas piadosas, creyentes y felices. Y el poder de la Palabra también las protege.

2. La segunda señal es que, donde llega la doctrina de Cristo, Satanás y sus servidores comienzan a delirar y a enfurecerse, y el mundo se vuelve hostil, considerando a la doctrina de Cristo como locura.

Guardémonos de las doctrinas que no tienen estas señales, al menos en alguna medida, a pesar de lo buena que pueda parecernos esa doctrina en algunos aspectos. Si se trata de libros, averigüemos su historia. El estudio de la historia nos llevará a libros buenos y saludables, como, por ejemplo, los que se escribieron en el tiempo de la Reforma, libros escritos por hombres sobre los que hubo mucha controversia. El maestro al que el mundo ama, a ese no lo ataca. Los libros que le encantan al mundo son los que no ofenden al reino de las tinieblas. Notemos esto. Podemos ver la confirmación de esta regla al leer la historia del progreso del evangelio y la historia de la Iglesia de todas las épocas.

Nos hará bien seguir esta regla. Seremos inteligentes si no opinamos sobre las personas y los libros de acuerdo a nuestras simpatías, porque podemos estar equivocados. Aun nuestras simpatías necesitan ser juzgadas por las señales de la doctrina de Cristo. Aunque su doctrina no sea de nuestro gusto, no obstante es saludable. Aplicándola correctamente, ella nos modelará a su imagen y semejanza. Pronto desarrollaremos un gusto por esos libros. Se nos volverán cada vez más atractivos, como ocurre muchas veces con las obras de Lutero, por ejemplo. No le agradan al principiante, pero cuando las lee atentamente, con el tiempo se le vuelven muy preciosas. “Dime con quién andas, y te diré quién eres”, dice el dicho popular. La lectura de libros evangélicos, producirá cristianos evangélicos y viceversa.

En segundo lugar, quisiéramos hablar del uso correcto de la Palabra de Dios. Posiblemente ya hayamos oído o leído la Palabra de Dios, pero más para el perjuicio de nuestras almas que para su bien. Estamos rodeados de muchos peligros desconocidos. Es peligroso oír o leer la Palabra de Dios, a no ser que la oigamos y leamos en la forma correcta. Un cuchillo filoso, bien usado puede hacer mucho bien, pero mal usado también puede causar gran daño. Así es la Palabra de Dios. Puede ser *“olor de muerte para muerte, u olor de vida para*

vida” (2 Corintios 2.16). La Palabra de Dios nunca queda sin efecto cuando penetra en la mente. O le trae una bendición al que escucha o al lector, o efectúa lo contrario. Funciona como el sol. Para las criaturas diurnas, la luz del sol es un medio de crecimiento, actividad y bienestar; pero a las aves nocturnas las encandila. El calor del sol derrite la cera; pero endurece el barro. Tan distinto es el efecto de la Palabra de Dios.

Es verdad que los judíos estaban espiritualmente endurecidos cuando Cristo vino a ellos. Y mientras estuvo con y entre ellos, se puede decir que el sol estaba en su cenit. Pero entonces también la ceguera de ellos, su dureza de corazón y maldad llegó al máximo. Se volvió horrible. Recordemos a Judas, el traidor. Su condición espiritual fue terrible. Jesús le predijo el peligro. Lo advirtió y le dijo: “*¡Ay de aquel hombre, por quien el Hijo del Hombre es entregado!*” (Mateo 26.24). Durante sus tres años de discípulo Judas tuvo la más rica oportunidad de aprender que ni una sola palabra de los labios de Jesús dejó de cumplirse jamás, sino que siempre se cumplió al pie de la letra. Cuando le dijo a la higuera: “*¡Nunca más nazca de ti fruto!*” (Mateo 21.19) la higuera en seguida se secó. Cuando reprendió al mar: “*¡Calla, enmudece! El viento cesó y se hizo gran bonanza en el mar*” (Marcos 4.39). Cuando le ordenó al ya descompuesto Lázaro en su tumba: “*¡Lázaro, ven fuera!*” (Juan 11.43-44). El que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Y Jesús les dijo “Desatadle y dejadle ir”. Judas había visto todas estas evidencias del poder y de la eficacia de la Palabra del Señor. Además, había escuchado los sermones más excelentes jamás pronunciados en la tierra. Posiblemente había tenido que asentir: –Lo que dice el Señor se cumple. Sin embargo, hizo una excepción, cuando la Palabra se refirió a él y enfrentó el peligro.

De esa manera proceden todos los enceguecidos y empedernidos hipócritas: Desechan la Palabra de Dios. Y en seguida surge la pregunta: ¿Cómo había llegado Judas a ese estado de endurecimiento? Bien, Judas había sido uno de los doce. Había visto, oído y presenciado

muchas cosas al lado de Jesús. Pero aprovechó poco de lo que había visto y oído. Lo mismo ocurre hoy en día. Hay muchos que, con su lectura diaria de la Biblia, ya la conocen casi de memoria. No obstante, están impregnados de pecado y seguridad carnal. Otros anduvieron con Jesús y sus discípulos como Judas, pero perdieron la unión con Dios en sus corazones. No se nota el poder del evangelio en sus vidas diarias, a pesar de que constantemente leen sus Biblias. Estas personas no sólo están espiritualmente tan muertas como si nunca hubiesen oído la Palabra de Dios; son siete veces peores, como Dijo Jesús (Lucas 11.26). Tales son los resultados del mal uso de la Palabra de Dios.

¿Cómo usamos la Palabra de Dios correctamente? La respuesta es breve, pero tan amplia, que si observamos la regla, no oiremos ni leeremos la Palabra en vano. Hacemos uso correcto de la Palabra de Dios cuando la aceptamos con fe, y con obediencia infantil. Dios así lo requiere de nosotros. No sólo hemos de oír y leer la Palabra, también la hemos de creer y obedecer. ¡Hagamos eso, amigos, y no seremos avergonzados! El mayor abuso de la Palabra de Dios es oírla y no vivir de acuerdo a la misma. Esto fue la falta de Judas, que lo llevó a la condenación. Hemos de poner en práctica lo que oímos y leemos en la Palabra. Aprendemos que necesitamos la iluminación espiritual... ¡Pidámosela a Dios! Vemos que debiéramos dejar ciertos pecados... ¡Hagámoslo ya! Pues con oír y no hacer, endurecemos nuestro corazón.

Y, ¿cuándo habríamos de obedecer a la Palabra de Dios, sino ahora? ¿De qué nos aprovecha la Biblia, si no vivimos de acuerdo a sus preceptos? Haríamos mejor en dejar de leerla y oírla inmediatamente e ir al diablo, si no tenemos la intención de vivir de acuerdo a la Palabra de Dios. ¿Y por qué no habríamos de ordenar nuestras vidas en armonía con la Palabra, si tenemos la esperanza de salvación? El camino de la condenación del mundo que ahora existe y del mundo por venir es desechar los estatutos del Señor. Si digo: “Soy incapaz de vivir de acuerdo a la voluntad y a la Palabra de Dios”. La respuesta es: ¿Acaso Dios requiere demasiado de nosotros? ¿Es injusto con sus

requisitos? ¿Es injusto si te pide amarlo a él sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo? Pues eso es todo lo que pide. ¿Hemos tratado seriamente de cumplir la voluntad del Señor? Posiblemente no lo hemos intentado con gran esfuerzo. Posiblemente hayamos sido descuidados y nos hemos entregado al pecado y a la frivolidad. ¿Somos completamente honestos con nosotros mismos, al despreciar la Palabra de Dios? Si tratásemos de obedecer a esa Palabra y de deshacernos de pecados y diabluras, pronto descubriríamos nuestro verdadero y triste estado. Nuestro orgullo y auto suficiencia intelectual se derrumbarían. Despertaríamos de nuestro estupor, engaño y pecado. Nos enteraríamos que la desobediencia es del diablo, y que por naturaleza estamos al servicio de Satanás, el enemigo de la humanidad. Una “*tristeza según Dios*” (2 Corintios 7.10) invadiría nuestros corazones, y pronto nos encontraríamos en el camino de la salvación, que es en Cristo Jesús, y no en nuestra propia justicia.

Al empeñar infructuosamente todas nuestras fuerzas en el desesperado intento de cumplir la voluntad de Dios, finalmente nos sentiremos impulsados a rogar por el auxilio del Espíritu de Dios. Entonces recibiremos, en la escuela de la dura experiencia, la verdadera luz de la Palabra de Dios, la luz celestial. Sin esta ardua experiencia, aun los hombres más sabios y eruditos son ciegos como murciélagos en cosas espirituales. Sin el Espíritu Santo no se entiende la Palabra de Dios. Lutero observa: “Cuando Dios nos dio su Palabra, dijo: Haré que la escriban y prediquen en forma bien sencilla, sin embargo, dispondré las cosas de tal modo, que entenderla dependerá de mi Espíritu. Por consiguiente, vemos que quienes se creen capaces de entender la doctrina salvadora con su propia astucia mental, quedan en oscuridad espiritual”.

Despertar del sueño del pecado es algo que se produce por la contemplación de la Palabra de Dios. También a la verdadera fe llegaremos cuando veamos que no podemos salvarnos a nosotros mismos, y le prestemos atención a las buenas noticias de la gracia perdonadora de Dios, mediante nuestro Señor Jesucristo. La fe en él surgirá en nuestros corazones cuando permitimos que este mensaje

celestial se imponga sobre todas las objeciones y contradicciones de nuestra razón. El mismo principio rige para toda nuestra vida. Que la Palabra de Dios controle todo nuestro intelecto, nuestro corazón y nuestra vida. Invoquemos al Espíritu de Dios todas las veces que vayamos a oír su Palabra, o que nos sentemos a leer las maravillosas páginas de la Palabra de Dios. No la oiremos ni la leeremos en vano.

Queremos hablar del beneficio y de la necesidad del uso correcto de la Palabra de Dios. A este respecto, sin embargo, confesamos nuestra total incapacidad de hablar como debiéramos hacerlo, tanto por la importancia del tema a tratar, como también en vista de los poderosos enemigos que se presentan. A saber, la perezosa carne, el seductor mundo, y el malévolo Satanás. Aquí desearía que mis palabras quedasen grabadas con letras de fuego en cada corazón. Pues, ¿quién reconoce que el menosprecio de la palabra de Dios es la causa de toda la miseria espiritual en el mundo, del letargo de la iglesia, de la ineficiencia de sus miembros individuales, y de la generalizada bajeza moral? ¿Y quién se da cuenta de que el uso fiel de la palabra de Dios, es la causa de todo bien espiritual en el mundo?

Es cierto que el ser humano ha caído. Es evidente que los resultados de esa degradación son lamentables: Incredulidad, pecado, oscuridad, seguridad carnal, y endurecimiento de corazón. Pero, todo ese mal puede remediarse. La compasión de Dios no abandonaría a la humanidad en esa triste condición sin proveerle un medio de restauración. Él nos dio los medios de gracia, como una preciosa semilla, la cual, al ser sembrada en los corazones de la gente, es capaz de producir una cosecha de justicia en sus vidas; una restauración de la imagen original de Dios en sus almas inmortales; una luz para iluminar su entenebrecido intelecto; un medio por el cual el Espíritu del Dios viviente crea en el hombre la voluntad de santificarse, y los equipa con dones y poderes celestiales.

Tú eres egocéntrico y estás encadenado por el pecado. Pero, es posible que llegues a ser una persona decente, pura, recta y honorable, a través del medio que Dios nos ha dado desde el cielo. Puedes ser que llegues a convertirte en alguien desinteresado, confiable, y libre

del dominio del pecado, a través de este instrumento. Pero sin el uso de este medio, no tendrás en ti el poder para vencer tu pecado. Nunca serás restaurado a aquello que puedes ser, a menos que hagas uso del medio de gracia. Todas tus buenas resoluciones, oraciones, vigiliyas y decisiones voluntarias serán como la paja al viento, a menos que permitas que la Palabra de Dios te convierta en una persona nueva. Con tu buen carácter, tu justicia propia, y tus destacados servicios a tu época y tu generación, serás arrastrado por tus pasiones malvadas como por un diluvio, a menos que hagas de la Palabra de Dios tu fundamento y guía.

Todas las experiencias respaldan este hecho. Hay iglesias y comunidades que fueron bendecidas con pastores fieles, que araron y sembraron la semilla con oraciones y lágrimas, pero la cosecha fue casi nula. Se vieron pocas evidencias del poder del evangelio entre ellos. Ni señales de verdadera fe. Nada de genuino cristianismo, solo vanos conocimientos teóricos, o emociones pasajeras.

¿Cuál es la razón de ello? Investiga y verás que la gente no leía la Biblia en sus hogares. No tenían altares familiares. Cuando en los hogares de los miembros de la iglesia se extiende tal desprecio por la Palabra de Dios, lo que ellos oyen desde el púlpito vuela lejos de sus mentes y no produce resultados.

Pero hubo lugares y épocas en las que se produjeron grandes avivamientos. La gente fue asombrosamente conmovida. Los campos estaban verdes y florecidos. Había mucha alegría ante la espera de muchos frutos de ese campo del Señor. Pasaron unos pocos años y al volver a ese lugar, no se lo reconocía más. Se podía ver, con tristeza, la tierra arrasada. No se veía más que maleza y espinos, mundanidad e insolencia. ¿Cuál crees que fue la razón de esto? Bueno, un obrero de la viña murió o se mudó a otro lugar. No hubo quien cuidase del rebaño y la gente descuidó el uso de la Palabra de Dios en sus corazones y hogares.

Por otro lado encuentras a una comunidad donde no hubo un líder en particular en la obra del Señor, pero la gente estuvo edificándose a

sí misma mediante el estudio de la Palabra de Dios. Te sorprendes y alegras al ver que la obra del Señor no solo se conservó, sino también creció, se extendió y maduró. Estos fenómenos son tan comunes, que cualquiera con algo de comprensión del reino de Dios, puede darse cuenta rápidamente de lo que sucede en ambos casos.

¿Cómo explicamos este fenómeno? Recuerda tu experiencia personal como cristiano. Has sido un alumno en la escuela del Espíritu Santo. ¿A qué le adjudicas el mérito por nutrir y hacer crecer tu vida interior? ¿Has puesto tu confianza en tu fuerza de voluntad, tu decisión personal, tus conocimientos intelectuales, tu fortaleza para resistir las tentaciones que sobrevinieron? De ninguna manera. Con el apóstol habrás de gloriarte en la fidelidad de Dios. Pero Dios es igual de fiel con todos. No se debe a una falta de la fidelidad de Dios que la vida cristiana muera en algunos lugares. No. La diferencia se debe al hecho de que unos han descuidado el medio de gracia, mientras tú lo has aprovechado. Por más olvidadizo y confiado que pudieses haber sido, sin embargo ocasionalmente oíste y leíste la Palabra de Dios, y meditaste sobre ella y le permitiste obrar en tu corazón.

Has descubierto que tus bendiciones estaban en relación al uso que habías hecho de la Palabra de Dios. ¿No has aprendido por experiencia, que luego de un largo periodo en que descuidaste la Palabra de Dios, tu corazón se volvió seco y frío, indiferente al estado de tu alma, débil ante la tentación y lleno de interés por las cosas del mundo? Por el contrario, cuando usaste cuidadosamente tu Biblia, ¿no te diste cuenta de que tu vida interior creció fuerte y vigorosa?

Aún más: ¿No ha sucedido frecuentemente que, cuando estuviste a punto de caer en pecado o seguridad carnal, un pasaje de la Escritura, o un sermón, o incluso un himno, te despertó de tu sueño, y te salvó? ¿No te ha sucedido, cuando tu corazón parecía frío y muerto y el mundo tan atractivo, que leíste un versículo o capítulo de la Biblia, o una porción de un buen libro, o encontraste a algún amigo que te recordó una maravillosa promesa de las Escrituras, que una nueva luz dispuso las tinieblas que rodeaban tu alma, y un nuevo coraje y valor fortalecieron tu corazón? ¿No has tenido, en tales circunstancias, la

misma experiencia que el rey David: “¿Si tu ley no hubiese sido mi delicia, habría perecido en mi aflicción?” (Salmos 119.92). Sabes por propia experiencia que la Palabra de Dios ha sido el medio por el cual ha sido sustentada tu vida espiritual. Lo mismo sucede con la iglesia, es decir, con todos los demás creyentes. La palabra de Dios no es llamada “medio de gracia” en vano.

¡Con cuánta crueldad tratan a sus almas los que deciden dejar de lado el Pan de Vida, la comida celestial, la Palabra de Dios! En su infinita bondad Dios nos ha dado un medio en el cual él habita y por el cual él viene a nosotros. Un medio por el cual él nos llama congrega e ilumina. Nuestro eterno bienestar depende de que usemos bien este medio. ¿Y cómo procedemos nosotros? No sólo los ciegos y brutos de este mundo pisotean estas perlas de gran precio. Lo peor es que aquellos “*que gustaron la palabra de Dios y los poderes del mundo venidero*”, “*se apartaron*”. Son los que permiten que el mundo y la carne les impidan sacar provecho de la Palabra de Dios. Pasan días enteros, y hasta semanas, sin siquiera una contemplación de la Palabra de Dios. Dejan perecer de hambre a sus almas. Y aunque algunos de vez en cuando se tomen un poco de tiempo para leer o escuchar la Palabra de Dios, la mente y el corazón están tan ocupados con las cosas de este mundo, que sus almas no pueden recibir el amor de Dios, así como el agua en una tormenta no puede ser calentada por el sol. Tratar de esa manera a la Palabra de Dios solo hace que su uso se rechace más todavía. La Palabra de Dios tiene que ser recibida en un espíritu manso y devoto, para consolar y vivificar el corazón.

Los asuntos de este mundo obstaculizan el uso de la Palabra de Dios a muchos. En la parábola del Sembrador, Jesús compara los obstáculos humanos con “*espinos*” que crecieron y “*ahogaron la buena semilla*”. Según Jesús, los espinos son “*el afán de este siglo y el engaño de las riquezas*” (Mateo 13.7-22). El interés por las riquezas y los encantos del mundo, naturalmente causa indiferencia hacia los bienes espirituales. A esto le sigue la seguridad carnal. Las cuestiones terrenales se convierten para el alma enceguecida en cosas mucho más importantes que las espirituales. “No tengo tiempo para leer la

Biblia, ni para ir a la iglesia. Estoy tan ocupado, que necesito trabajar hasta los domingos. Si no son tareas de mi empleo, son cosas del hogar. Con respecto a tener devocionales familiares, cada uno está tan ocupado durante la semana, que ni siquiera podemos pensar en otra cosa que trabajar. Engullimos nuestro desayuno y comenzamos a trabajar. Por las noches estamos muy cansados para oír lecturas de la Biblia, o tenemos distintos tipos de compromisos”. Así se defienden los falsos cristianos que se han secularizado.

“Pero”, podrá objetar alguno, “nuestro trabajo es un sagrado deber y no debe ser descuidado”. El santo Libro dice que *“si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su propia familia, ha negado la fe y es peor que un incrédulo”* (1 Timoteo 5.8). Pero Jesús nos dice que hagamos lo uno sin descuidar lo otro. Podrás ocuparte de tu vocación o empleo en esta vida con todo empeño y eficiencia, pero si descuidas tu alma, toda tu eficiencia no te salvará en el día del juicio final. Si supones que tus negocios sufrirían si te tomases algo de tiempo para la meditación en la Palabra de Dios, simplemente estás engañado por la antigua serpiente, que mantiene con vida al pagano dentro de ti. Es la incredulidad de tu alma la que menosprecia las cosas celestiales. Tu mente mundana prefiere desperdiciar diez horas en frivolidades sin sentido, que invertir una hora en el bienestar de tu alma inmortal.

¡Qué actitud hacia el Dios viviente y su santa Palabra, peor que los paganos! A ti se te concede el gran privilegio y honor de tener comunión con el Señor del cielo y de la tierra, el Redentor de tu alma perdida y condenada, pero tú no tienes tiempo. Estás demasiado ocupado con cosas de este mundo. Dios quiere hablarte a través de su revelación escrita, y tú puedes comunicarte con él por medio de la oración, pero estás demasiado ocupado para estar en comunión con Aquel que tiene toda tu vida en sus manos. Tienes abundante tiempo para las vanidades de este mundo pasajero, pero no para oír lo que el Todopoderoso tiene para decirte. ¿No te das cuenta de que tus ojos han sido cegados por el diablo? No tienes ni una hora, de las veinticuatro que tiene el día, para dedicarla a tu alma desfalleciente.

Imagina que el Señor permite que tengas que estar enfermo y guardar reposo en cama durante un año o dos. El mundo seguiría su ritmo como siempre sin ti. No se detendría para ver cómo estás, ni siquiera le importaría que murieses o vivieses. Y tú despreciaste a Dios y a su Palabra. Seguramente llegarías a pensar que ahora no tienes derecho a pedir la ayuda de Dios; porque lo despreciaste cuando estabas sano y fuerte.

El resultado del descuido de la Palabra de Dios, inevitablemente es el declive del hombre interior, el decaimiento de la fe, el debilitamiento de los dones de gracia. ¿Lamentas tu debilidad espiritual y tu falta de fuerzas ante la tentación, que está a punto de hacerte sucumbir? ¿Qué más puedes esperar? Ni Dios ni los hombres esperan que venzas al poder del pecado sin usar el medio para eso, y el único medio disponible es la Palabra usada con oración. Pero utilizando bien este medio de gracia, no te faltará nada necesario para tu salvación. Pero, si dices que ya leíste la Biblia, y no sacaste provecho, una de estas dos cosas pueden estar sucediendo: Quizás no comprendes que —en general— la conversión es un proceso de humillación y quebrantamiento, en el cual no te descubres a ti mismo siendo cada vez mejor, sino lo contrario. O bien, en realidad todavía eres un esclavo del pecado, sin la nueva vida en Cristo, sin la nueva voluntad y los poderes celestiales. No has usado bien la Palabra de Dios. Has invertido el orden de Dios. Has intentado vencer al mal que tienes dentro de ti antes de recibir la gracia de Dios, por los méritos de Cristo. Has tratado de producir frutos antes de ser injertado en Cristo.

Comienza por obedecer la Palabra de Dios. Antes que nada, acude a Jesús en busca de gracia y perdón. Entonces te será otorgada la fuerza de voluntad para vencer al pecado y la tentación. Deja que tus méritos se esfumen. Arrójate a sus amantes brazos tal como eres, con todos tus pecados y excusas, y para tu inmenso gozo te sorprenderás al ver que, *“cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia”*. El gozo que causa este descubrimiento cambiará tu corazón, y el pecado que antes te tenía encadenado ya no te causará placer. El bien que antes no podías hacer, a partir de entonces lo podrás hacer libre y

voluntariamente. Esa es la enseñanza de la Palabra de Dios. Obedece implícitamente a la Palabra, y hallarás que nada es imposible.

Dices que has leído y oído frecuentemente la Palabra de Dios, sin experimentar ningún efecto en tu corazón. Sigues siendo apático e indiferente. Te respondería esto: Si estás contento con oír la Palabra de Dios insensiblemente, es señal de que tu corazón es impenitente y está endurecido. Sin embargo, si tu indiferencia le causa pena a tu corazón, si tratas de oír la Palabra devotamente y comprenderla, tu ansiedad por tu apatía es una señal segura de la mente honesta de un discípulo. Nota además que no oirás o leerás la Palabra de Dios en vano. Te humillará y hará que te sientas muy insatisfecho contigo mismo, pero también sembrará la buena semilla en el suelo seco de tu corazón, la cual, con la lluvia temprana o la tardía, crecerá y producirá frutos.

Dicho de otro modo: Puedes recibir la Palabra sólo intelectualmente, sin que te afecte particularmente cierto tiempo. Entonces sucederán cosas que la harán cobrar vida y se pondrá en acción. Esa es la manera en que el Espíritu Santo obra por medio de la Palabra. A eso se refiere Jesús cuando dice: *“El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Juan 14.26). Eso fue lo que los discípulos experimentaron. Ellos no entendieron todo lo que Jesús les había enseñado. Pero más tarde, cuando sucedieron cosas que encajaban con sus palabras, *“ellos se acordaron de lo que Jesús les había dicho”*. A la persona que está feliz y disfruta de la vida, un sermón de consuelo posiblemente no le servirá de mucho; pero cuando tenga problemas y sufrimientos, el mismo sermón le será de mucho provecho. La Palabra nunca deja de producir algún fruto, siempre que se la oiga y grabe atentamente.

“Pero”, dices tú, “ya no necesito leer más la Biblia, ni tampoco oír más sermones. Sé todo lo que necesito saber. ¡Si sólo pudiera vivir de acuerdo con lo que sé!”. ¡Oh, confundido amigo mío! La Palabra de Dios no sólo aumenta tu conocimiento, sino también tus fuerzas para vivir según lo que lees y oyes. ¿Dices que sabes todo lo que necesitas

saber? Muy bien, todo lo que resta entonces es que vivas de acuerdo con la Palabra. Pero nada en este mundo puede darte poder para ello, excepto la Palabra en sí. Podrá haber buena luz en tu mente, pero solo tinieblas en tu corazón egoísta. Tu corazón puede estar notablemente escaso de amor a Dios y al prójimo, de paz y de amor, de paciencia y humildad. ¿Es perfecta tu fe? ¿Has tenido éxito en creer todo lo que debieras creer? ¿Tu amor es tan ardiente, que ya no necesita ser realimentado por la santa Palabra de Dios? ¿Tienes la suficiente inquebrantable confianza en tiempos de prueba y tentación? ¿Tienes bastante paz y gozo en el Espíritu Santo?

Por medio de la experiencia has aprendido que sólo la Palabra de Dios produce estos resultados. ¿No vale la pena aumentar esas bendiciones? Si supieses que en cierto lugar hay enterrado un gran tesoro con perlas preciosas y valiosas monedas de oro, ¿no usarías cada hora para encontrarlo? Pero, ¿qué son las joyas y el dinero comparados con los dones como la fe, la paz, el gozo, el amor, la paciencia y la esperanza? Puedes buscar y hallar todos estos bienes cada día en la Palabra de Dios. Pero como el hombre es carnal, de la tierra, le pone un precio muy bajo a las riquezas espirituales y celestiales. Sin embargo, vendrá el tiempo en que de buena gana querrá cambiar todo su dinero por una palabra de consuelo de parte de Dios. Por ejemplo, si está en el lecho de enfermo y el médico no le da ninguna esperanza de vida.

En resumen, la vida espiritual no es algo que sólo consiste de conocimiento intelectual. Tampoco es una vida de acuerdo con ciertos principios fundamentales y decisiones. Es una vida genuina, de lo alto, la cual –igual que todas las otras formas de vida– necesita ser sustentada con el alimento apropiado, es decir, el Pan de Vida, el cual “*descendió del cielo*” (Juan 6.33). Esa vida es espiritual, vida del alma, que no puede ser sustentada con elementos humanos, ni ninguna clase de alimento terrenal, ni material ni intelectual, ético ni estético, sino solamente mediante la comida celestial, la Palabra de Dios.

Muchas almas honestas miran hacia el futuro y sienten ansiedad ante las tentaciones que sobrevendrán con el correr de los años, y piensan:

“¿Cómo podré permanecer firme en la gracia de Dios y preservar mi vida espiritual?”. Tu vida espiritual, amigo mío, no depende de las circunstancias externas de tu vida, sino solamente de que uses fielmente los medios de gracia.

Cristo mismo, el fiel pastor, proveerá para el sostén de tu alma. ¡Cuántas veces vemos a personas de naturaleza débil, con tendencia a la melancolía, rodeados de muchos peligros y desazones como ovejas entre lobos, y que, sin embargo son protegidas y preservadas por el buen Pastor! Pero no sólo eso, sino que hacen grandes progresos espirituales en todo tipo de cosas buenas, simplemente porque hacen uso diario y devoto de la Palabra de Dios. Otras personas, más favorecidas por la naturaleza con un carácter feliz, que se mueven en un ambiente que favorece el crecimiento espiritual y la superación, poco a poco van cayendo en la apatía y muerte espiritual otra vez, simplemente por haber descuidado y no apreciar la Palabra y la voz de Dios.

Por lo tanto, de dos hermanos en Cristo, aquel que ame, lea, oiga y medite en la Palabra de Dios, crecerá en la gracia y en dones espirituales. Mientras aquel que menosprecia la Palabra, declinará espiritualmente. Porque el Espíritu Santo habita en la Palabra y actúa por medio de la Palabra.

Para que tú obtengas la vida eterna, tienes que sustentar tu vida espiritual. Si no tienes tiempo para meditar en la Palabra de Dios como debieras, podrías separar uno o varios momentos del día o de la noche para ese propósito. *“Una cosa es necesaria”*. Si no puedes hacer esto, se podría concluir que no tienes muchas esperanzas con fundamento para ser salvo. Desde el momento en que decides que no tienes tiempo para dedicarlo a la Biblia, por supuesto también dejarás de pensar en el reino de los cielos y en tu alma inmortal. Porque sin el uso apropiado de la Palabra de Dios, tu vida espiritual necesariamente tiene que decaer, y no tendrás motivos para mirar hacia adelante, a la vida eterna. Si fueses encarcelado y no tuvieses acceso a la Palabra de Dios, él proveería un medio para sustentar la vida de tu alma. Pero, no en cuanto tuvieses acceso a su Palabra. Eres

tú quien debe determinar qué te resulta más valioso, si los tesoros terrenales o los espirituales.

¡Oh que todos los cristianos, tanto los que están en el ministerio pastoral como los que no, traten de interesar a sus semejantes en el uso de la Palabra de Dios! Si le das pan a un hambriento haces algo bueno, pero haces algo mucho mejor si le enseñas a esa persona a ganarse su pan de cada día. Este es precisamente el servicio que uno presta al prójimo cuando anima a los demás a leer, escuchar y estudiar la palabra de Dios. ¿Dónde está ese pastor que con sus solas manos puede alimentar propiamente a todo el rebaño? ¿No piensa él a menudo, con mucha ansiedad, en su parroquia, en los muchos y diferentes miembros que le fueron confiados? ¿Quién es personalmente capaz de cuidar de todos ellos? Pero, si se logra hacer prevalecer en la gente la alimentación personal con la Palabra de Dios, entonces se la habrá guiado a los “verdes pastos”. Alcanzar este objetivo, ¿no causaría satisfacción al corazón y a la conciencia de un fiel pastor?

Quizás el punto más importante de este tema haya sido omitido. Anteriormente hemos considerado las marcas de la doctrina verdadera; el uso correcto de la Palabra de Dios y, finalmente, el uso y la necesidad de la Palabra. Veamos ahora, pensando en los que no están instruidos, algunas instrucciones que tienen más que ver con el aspecto externo de este tópico, pero que, sin embargo son de gran importancia.

1. Como en todas las demás cosas, debería observarse un orden en el estudio de la Palabra de Dios. En vez de leer la Biblia desordenadamente, aquí y allá, toma cierta porción de las Escrituras, o un determinado libro, y léelo en forma continuada hasta el final. De ese modo tendrás un panorama general y podrás extraer la idea central de cada libro, capítulo o porción. Esto hará que te deleites más en la Palabra, y evitarás la inútil preocupación por no saber dónde empezar tu lectura.

Si no estás muy familiarizado con la Biblia, comienza con el Nuevo Testamento. Nos concierne más directamente y es más fácil de entender que el Antiguo Testamento. Si es posible, aparta determinados momentos para tu meditación en la Palabra de Dios. De otro modo, serás llevado de una distracción a otra, y te lamentarás diciendo: “Hoy no tuve tiempo para leer mi Biblia”.

2. No siempre leas para ti exclusivamente. Comparte el estudio de la Palabra de Dios con otros. Volverá con renovadas fuerzas sobre tu propio corazón, y así le estarás haciendo un favor a tu prójimo.

Todas las experiencias a lo largo de la historia han demostrado, que la Palabra de Dios actúa más poderosamente moviendo los corazones, cuando un hermano en la fe la comparte con otro. Desde la época de la iglesia primitiva, ha sido usual que *“los hermanos vivan juntos y en armonía”* (Salmos 133.1), orando, leyendo, hablando y cantando la Palabra del Señor. Cuántas bendiciones podrías traer para otros con esa costumbre, es algo que quizás nunca llegues a saber en esta vida. Si así has sido el instrumento para la salvación de un alma, tu recompensa será grande en el cielo. Un comienzo insignificante a menudo ha resultado en un gran avivamiento. *“El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas”* (Mateo 13.31-32). Así es el reino de Dios.

3. Si eres padre o madre tienes una responsabilidad especial por las almas de tus hijos. Oye el mandamiento de Dios a cada padre, *“y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”* (Deuteronomio 6.7).

A veces los padres van demasiado lejos en su afán de cumplir con este mandamiento. Que no sean tan miedosos y tan sólo hagan lo que el Señor les dice que hagan, y entonces que dejen sus preocupaciones y ansiedades sobre el Señor.

Este pasaje de la Escritura solamente pide que tengas en cuenta las almas de los que fueron confiadas a tu cargo, y que imprimas la palabra de Dios en sus corazones, a tiempo y fuera de tiempo, porque necesitan amonestación divina todos los días.

Estos deberes son, sin embargo, descuidados demasiado frecuentemente, aunque no son difíciles de concretar. Por esa razón Jehová continúa: *“Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puerta”* (vv. 8-9). Si eres diligente en inculcar la Palabra de Dios a tus hijos, y ellos se niegan a obedecer la Palabra, por lo menos estás libre de su sangre. Pero, si dejas de advertirles y amonestarlos con la palabra de Dios, asumes una tremenda responsabilidad.

Pero luego surge la pregunta: ¿Cómo puedo cumplir ese deber? Recuerda lo que dije arriba con respecto al aprovechamiento de la Biblia. ¿Por qué no dedicar cada día una porción de tiempo para el culto familiar? Sin embargo, la organización de esa devoción no excluye que hagas uso de otras oportunidades para adorar con tu familia. *“Andando por el camino”*, *“al estar en tu casa”*, cuando trabajas con tu gente, en cualquier tiempo y lugar, cuando las circunstancias sean propicias, cuando se te ofrece la oportunidad, debes enseñarles la Palabra del Señor, mediante preceptos y ejemplo. Pero el tiempo para la diaria devoción familiar debe permanecer fijo. ¿Has cumplido tu deber para con tu familia en este sentido? Posiblemente no lo has hecho. ¿Quieres seguir siendo negligente ante esta suprema responsabilidad? ¿No has sido llamado a ser el pastor de tu propia familia? ¿Vas a dejar que tus hijos pasen por este mundo sin darles tu guía espiritual personalmente? ¿No quieres tener en tu hogar un altar dedicado al Dios viviente, donde él pueda servirte y ser adorado?

Cierto es que, después de haberlo descuidado durante mucho tiempo, no es fácil organizar ni restablecer el altar familiar. El diablo se opondrá. La mente carnal querrá oponerse y creará distracciones. Pero ¿puede un cristiano llegar a tener la mente tan dominada por el mundo, que dedicar un tiempo en familia para la adoración a Dios

llegue a ser un evento desagradable? Justo eso es una evidencia concluyente de la necesidad y de la importancia del diario devocional familiar. Te das cuenta de que esta provechosa costumbre exige determinación y el abandono de malos hábitos. El mal llega a ser aún más malo en la presencia de la santidad. Tu alma se llena de inquietud y conflictos cuando vienes a la presencia de Dios después de haber cometido pecado. La conciencia te atormenta cuando, después de estar en comunión con Dios, vas y pecas.

“Es notable que precisamente el secreto amor a ciertos pecados favoritos sea lo que dificulta el culto familiar diario. Pero, quizás no exista otra evidencia mayor de degeneración espiritual, que el temor a ser advertido contra la influencia del pecado”, dice Lutero en el prefacio al Catecismo Mayor. “Sin dudas, no hallarás otra barrera mejor contra el diablo, que el uso de la Palabra de Dios. Esa es la señal y el agua bendita que le espanta”.

Quizás piensas que tener devocionales todos los días hará que la adoración familiar se convierta en una mera costumbre, y acaben siendo hechas como obras meritorias, produciendo hipocresía y endurecimiento de corazón. Pero, eso también puede suceder con el uso de cualquier otro medio de gracia. Preguntemos: ¿La persona que usa mal los medios de gracia, va a mejorar sin el uso de los mismos medios de gracia? ¿Dejaremos de ir a la iglesia y desechar todos los medios de salvación, el evangelio y los sacramentos, porque son frecuentemente mal utilizados? ¡Claro que no! Pues por el uso de los medios de gracia algunos podrán ser salvos y serán salvos, pero sin ellos ningún alma se salva. No existe una mejor señal de integridad de una familia o de una nación, que tener *“la palabra de Cristo viviendo abundantemente en sus corazones”* (Colosenses 3.16).

Ya hemos estado afinando suficientemente esta cuerda. Podríamos concluir con las siguientes consideraciones: ¿No quisieras tener –como los reyes en la corte– un predicador en tu hogar, para que diariamente te predique a ti y a tu familia; los instruya, conduzca al arrepentimiento, consuele y fortalezca? Pues bien, si eso deseas, alguien así se te ofrece. Sin pagar un costoso salario, puedes tener en

tu propio hogar al mayor de los predicadores de las cortes a tu servicio. Reyes y profetas que no te defraudarán, sino que te dirán la verdad en la cara. Al mismo Jesucristo, con sus santos apóstoles. Todos ellos se pondrán muy felices de poder servirte, solamente si lo deseas. ¿No deberías avergonzarte de ti mismo y arrepentirte amargamente por haber despreciado durante tanto tiempo un ofrecimiento tan grande? ¡Ay, cuánta incredulidad y oscuridad espiritual nos impide percibir la abundante gracia que se nos ofrece! Piensa en los magníficos predicadores que puedes oír en la Biblia y en otros buenos libros. ¡Cuán vacía y superficial es la mente humana!

Supongamos que se nos informa que en la cima de una montaña hay un ángel que predica la Palabra de Dios, y que hay motivos para creer que la noticia es verdadera. ¿No nos apresuraríamos para ir hasta esa montaña, sobreponiéndonos a todas las dificultades que pudieran haber? Ahora imaginemos que en el camino hallamos a una multitud que regresa y nos informa: “Llegan muy tarde. El ángel de alas brillantes ya volvió al cielo.” ¿No preguntaríamos con ansiedad: “Pero ¿no recuerdan las palabras que dijo?” Y nos responderían: “¡Claro que sí! Aquí está todo el mensaje por escrito”. ¿No daríamos todo lo que poseyésemos para poder ver y oír las palabras anunciadas por el ángel?

Amigos, eso es precisamente lo que ha sucedido. Dios mismo, sus ángeles y profetas, hasta el propio Hijo de Dios, han hablado en las montañas de oriente. Han hablado en el templo y en los hogares. Y sus palabras han sido grabadas por escrito y preservadas en la Santa Biblia. Esto no es ficción. Es la pura verdad de Dios. ¿No deberíamos amar, atesorar y usar provechosamente la Palabra de Dios? ¿No deberíamos enchapar la Biblia en oro, o como dijo el emperador Teodocio: “Copiarla en letras de oro”? O mejor todavía, ¿no deberíamos permitirle al Espíritu de Dios imprimirlas en nuestro corazón, y permanecer fiel y veraz ante la Palabra de Dios, en la vida y en la muerte?

PEREZA ESPIRITUAL Y SEGURIDAD CARNAL

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. (Gal. 5.1)

En el capítulo 25 del evangelio según Mateo, en el versículo 5, Jesús dice refiriéndose a las diez vírgenes, tanto a las prudentes como a las insensatas, que “*tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron*”. Vemos repetirse eso en el incomprensible entumecimiento y tibieza espiritual que se extiende en la cristiandad. El mundo es empedernido y temerario. Los hipócritas se engañan a sí mismos año tras año, con un cristianismo errado y una falsa esperanza. Los creyentes se vuelven olvidadizos, somnolientos, negligentes, dan pasos tambaleantes, se paran a mitad del camino, o caen en la muerte espiritual. Y la causa de esta lamentable condición es: El esposo tarda en venir. No sucede nada excepcional. Un año se parece al otro. No hay ninguna señal especial indicando la segunda venida del Señor. Los corruptos florecen y se regocijan en su prosperidad. Se los ve felices, seguros y confiados. El que ama al Señor y busca los tesoros celestiales, es ridiculizado como un tonto y frecuentemente sufre adversidades. Miles de encantos lo atraen y doblegan su corazón. Todo está a favor del mundo. Nadie toma en serio una palabra de advertencia, exhortación o consuelo. La Palabra de Dios es groseramente despreciada. La oración, la evangelización, el testimonio cristiano, el sufrimiento por causa de Cristo, todo eso está ausente. El día malo está presente. Las fuerzas de la oscuridad gobiernan. Hasta los elegidos se vuelven somnolientos, fríos, apáticos. El aceite de sus lámparas está disminuyendo constantemente. Irá desapareciendo gradualmente, y las lámparas se secarán. Los cristianos se vuelven mundanos en su manera de pensar, descuidados, y espiritualmente indiferentes.

La apatía en la que se están sumiendo los cristianos se ve en el hecho de que las cosas espirituales se vuelven insignificantes y sin valor, mientras que el mundo y las cosas materiales pasan a tener la principal importancia para ellos. Esto se evidencia en el hecho de que el cristiano ha llegado a estar completamente satisfecho consigo mismo. Basa su confianza en sí mismo. No siente pesar por el pecado. No tiene conflicto entre la carne y el espíritu, no siente temor del enemigo ni dudas sobre su propia persona. Se parece a Pedro cuando aseguró al Señor: *“Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”* (Mateo 26.33). Unas pocas horas más tarde él negó a su Maestro. Es como el rey David, cuando desde la terraza de su palacio miró a la mujer con ojos lujuriosos, sin imaginar el peligro. Demasiados cristianos no le dan importancia a su permanente desarrollo en aquello que es bueno. La gracia de Dios en Cristo ya no conforta al alma como en los primeros días de la vida cristiana. La Palabra de Dios se convirtió en algo insípido y sin atractivo.

Lo que diferencia al alma honesta de la deshonesta, es que el cristiano que tiene viva su fe pronto comienza a ponerse ansioso por su estado, percibe la mirada de advertencia de su Maestro, sale fuera del círculo mundanal y llora amargamente. Si su seguridad carnal ha progresado tanto, que Dios tiene que utilizar tribulaciones externas, o alguien como Natán para reprenderlo, para hacer que se despierte, el cristiano honesto aceptará lo dispuesto para su propio bien. Tomará la advertencia o la medida disciplinaria a pecho, confesará su pecado y su indolencia espiritual, y enmendará su vida caminando más cerca de Dios.

Por el contrario, es una señal de transición del sueño y la falsa seguridad hacia la muerte y el endurecimiento espiritual, cuando la persona rehúsa ser amonestada, permanece satisfecha consigo misma, y carnalmente segura. Puede ser como Judas Iscariote, continuando en el pecado, planeándolo, defendiéndolo, negándolo; o como las vírgenes insensatas vive una vida exteriormente respetable, pero está absolutamente falto de vida espiritual. Así va yendo el falso cristiano, hasta que la puerta se cierra. La persona tiene su alma en un

estado pavoroso cuando ya no puede pensar seriamente, cuando ya no tiene más la capacidad de detenerse y reflexionar sobre las cosas más importantes de la vida, cuando ya no tiene ningún cuidado por su alma ni por el día del juicio final.

Pero, así es la naturaleza humana –una horrible demostración de muerte–, debido al castigo por el pecado y la desobediencia: “... *el día que de él comieres, ciertamente morirás*” (Génesis 2.17). El resultado de la condición descrita por el apóstol: “*No hay temor de Dios delante de sus ojos*” (Romanos 3.18). Oyen la Palabra de Dios. La leen. Creen que, aunque otros puedan engañarse a sí mismos, ellos están seguros y a salvo. No tienen miedo de perderse. Están hipnotizados por los encantos del mundo, y se ríen de las amonestaciones del Espíritu.

Aquí van unas ilustraciones: Una esposa, temerosa de Dios, cierta mañana le dijo a su esposo: “Nunca te oigo hablar de Jesús como lo solías hacer en los primeros días de tu conversión. Tampoco te arrepientes de tus faltas. No lees la Biblia. ¿Qué pasa con tu alma? ¿Nunca oras a Dios?”. La cara del esposo cambió súbitamente. Se volvió abruptamente hacia su esposa y le contestó: “Por favor, no te preocupes por mi alma, querida mía”. Luego, se alejó susurrando una canción frívola. Así es como se comporta el que tiene la seguridad carnal. Él rechazó el interés cristiano de su esposa por su salvación, a pesar de que estaba deslizándose más y más lejos de Dios. Rápidamente se estaba uniendo a la multitud, de la cual el apóstol dijo: “*No tienen temor de Dios delante de sus ojos*”.

Aquí hay otro caso: Un joven hombre, que había estado alejado de su congregación largo tiempo, fue despertado y se convirtió en un sincero cristiano. Volvió a su hogar y habló con sus hermanos y hermanas sobre la situación espiritual de ellos. Habló con su hermana sobre la necesidad del nuevo nacimiento. Citó las palabras del Señor a Nicodemo, “*el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*” (Juan 3.3). Le preguntó: “¿Sabes en tu corazón si has nacido de nuevo?”. Ella evitó una respuesta directa usando evasivas. Uno de sus hermanos mayores era muy religioso, y generalmente se

lo consideraba un hombre cristiano. Cuando estaba entre personas cristianas, era fiel y piadoso. Al estar en la sociedad, entre personas mundanas, podía adaptarse sutilmente a sus modos y costumbres.

Un día el hermano menor le dijo al mayor: “Hermano, me temo que estás haciendo que se pierdan muchas almas inocentes. Entre los cristianos eres considerado un verdadero creyente, y entre la gente del mundo eres tan mundano como cualquiera de ellos. Te aconsejaría que abandones el título de cristiano y te conduzcas de manera consecuente como un hombre del mundo. Así no engañarías a nadie y nadie se perdería por tu falsedad”. La Biblia dice: *“Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”* (2 Corintios 6.17-18). También leemos: *“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo?”* (2 Corintios 6.14-15). Y en otro lugar, dice: *“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”* (Santiago 4.4).

El hermano mayor se ofendió en cierto modo, y dijo que entendía esos pasajes bíblicos de manera diferente. Sostuvo que se refieren solamente a la vida interior, al alma de uno. El hermano menor preguntó entonces si con su doble vida él no habría animado a los corruptos en su mundanalidad, mientras que al mismo tiempo causaba ofensas entre todos los verdaderos cristianos. De nuevo hubo una evasión del verdadero problema, precisamente como en el caso de la hermana. El religioso hermano mayor repitió que él reverenciaba la Palabra de Dios al máximo, pero que le daba otra interpretación a los pasajes que el más joven había citado. *“No tienen temor de Dios delante de sus ojos,”* pensó el menor, mientras se alejaba entristecido. Su conclusión fue que la mala interpretación de la Palabra de Dios ha

de ser atribuida –no tanto a cierta falta de comprensión intelectual– sino más bien a la falta de voluntad de obedecer la Palabra.

Existen incontables ejemplos de endurecimiento del corazón, como el recién citado. Quizás el más espeluznante sea el de Judas Iscariote. Él era uno de los discípulos de Jesús, uno de los doce, uno de quien el Señor podía decir como David: *“Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”* (Salmos 41.9). El endurecimiento del corazón de Judas comenzó con su acostumbamiento gradual al pecado, *“...porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella”* (Juan 12.6). Juzgando por todas las circunstancias, él robaba en forma muy cautelosa, aumentando sus robos gradualmente con el paso del tiempo, de acuerdo con las oportunidades. Como en el caso del pecador común, y especialmente en el caso de un cristiano, el retroceso generalmente comienza con un pecado menor, antes de que él sea capaz de cometer pecados mayores. Así también sucedió con Judas. Durante tres años él tuvo la mejor oportunidad de ser testigo de que todo lo que Jesús predijo, se cumplió. Y a pesar de todo ello lo vemos tan empedernido en su malvado plan, que tuvo que oír las más terribles palabras dirigidas a él: *“A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido”* (Mateo 26.24).

Nos asombra cómo Judas pudo oír estas terribles palabras sin caerse muerto al suelo. En cambio, él pudo oírlas sin temor, sin alterar su plan sangriento. Estaba tan endurecido que fue capaz de saludar a su Maestro con un beso, para que los guardias pusieran sus manos sobre su sagrado cuerpo. Cuando el corazón está endurecido, no sirve la razón ni la inteligencia. Judas tenía ojos que veían, sin embargo, él no podía ver. A pesar de conocer tanto a Jesús, a pesar de tantas oportunidades para arrepentirse y ser restaurado, y aún viendo con los ojos bien abiertos, él aún así, seguía a paso firme hacia su ruina eterna –*“se fue a su propio lugar”* (Hechos 1.25). Lo que le faltó fue un corazón atento y temeroso de Dios. Hay un dicho del Espíritu

Santo que todo aquel que oyó el evangelio debiera recordar: “*¡Ay de ellos, cuando de ellos me aparte!*” (Oseas 9.12).

Lutero dijo: “El que no se teme a sí mismo, tiene el mayor motivo para temer”. No temerse a sí mismo, no desconfiar de uno mismo, vivir en pecado secreto, sin considerarlo peligroso, estar satisfecho con la piedad propia... estas son algunas señales de una secreta muerte espiritual, el preludio de la miseria eterna. Precisamente, es una excelente característica de los cristianos vivos que ellos tengan espíritu de temor. Ellos temen incluso cuando no hay peligro. Desconfían de sí mismos. Tienen miedo de engañarse a sí mismos. Conscientes de que son cristianos olvidadizos y falibles, son cuidadosos al respecto.

Este espíritu de temor es genuina vigilancia. Hace que las ovejas permanezcan cerca del pastor; que los pollitos se cobijen bajo las alas de la gallina; que los cristianos vistan diariamente el vestido de la justicia de Cristo. Sólo así ellos son protegidos contra el mundo, siempre vestidos y listos para estar delante del Hijo del Hombre. ¿Qué dice el apóstol? “*Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor; para que no seamos condenados con el mundo*” (1 Corintios 11.30-32). ¿Qué dice el Señor Jesús? “*He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza*” (Apocalipsis 16.15). “*Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*” (Marcos 13.37).

¿SOY DEUDOR DEL ALMA DE MI HERMANO?

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12.31).

¿Es posible que ames a tu prójimo si lo ves yendo a la perdición y no le adviertes ni con una sola palabra? Nuestro sagrado deber es buscar la salvación de nuestro prójimo, de la persona cercana; “amar” a nuestro prójimo así como nos amamos a nosotros mismos; ser sinceros en nuestro amor. No podemos estar callados frente a la perdición de nuestros hermanos. Debemos tratar de despertarlos para que se den cuenta del peligro que corren, y hacer uso de todos los medios para lograr ese objetivo. Estamos familiarizados con las profundas verdades, que toda alma inconversa está en el camino hacia la muerte eterna; pero que la misma alma puede llegar a ser heredera de las glorias del cielo, si es convertida; que el cristiano más simple puede ser un instrumento para la salvación de esa alma en peligro.

Sabemos cuál es la voluntad de Dios en este tema. *“El que conmigo no junta, desparrama”* (Mateo 12.30). El apóstol dice: *“Sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados”* (Santiago 5.20). Estamos familiarizados con el mandamiento de nuestro Rey, *“amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. Conocemos la orden, pero ¿cómo la obedecemos? Es un triste comentario sobre la naturaleza humana, que aún sinceros cristianos pasan por alto este básico deber cristiano. Diariamente estamos rodeados de almas que, en su ignorancia, están bajo la condenación de la ley. *“No saben lo que hacen”*. De todos modos, entendemos su aflicción. Nosotros, aterrorizados, hemos huido de *“la ira venidera”*. Y a pesar de ello no tenemos palabras de advertencia ni amonestación dirigidas a esas personas. ¿Qué dice esa

falta de amor a nuestro prójimo? ¿Existe alguna causa o razón para esta actitud de silencio? ¿Estamos espiritualmente vivos, o muertos, o moribundos?

Existen, con certeza, grandes diferencias entre cristianos con respecto a su actitud hacia los demás. Algunos se sienten muy afectados por sus desdichados hermanos. Trabajan diligentemente por la salvación de ellos.

Por su parte, otros se hunden en un denso olvido de su prójimo y su necesidad espiritual. Son completamente indiferentes con respecto al destino de su prójimo, no significa nada para ellos. Procuran su propio bienestar mental, físico y espiritual. Son “egoístas espirituales”, viviendo sobre todo para sí mismos. Preguntamos a estos cristianos: ¿Están creciendo espiritualmente en realidad? ¿Están viviendo verdaderamente unidos a Aquel que siempre estaba ocupado en “los negocios” de su Padre celestial, en la salvación de las almas inmortales? Los cristianos, por supuesto, hacen algo por sus semejantes, pero en general, mucho menos que lo que podrían hacer.

¿Qué dice Jesús con respecto a este gran mandamiento de amar? Él dice: *“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”* (Juan 7.38). Y en otra ocasión dijo: *“Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”* (Juan 4.14). Una vertiente de agua da agua pura y fresca continuamente. Actúa según las leyes de la naturaleza. Forma pozos y arroyos y no puede ser detenida. Así habla el rey David sobre el pujante poder del Espíritu Santo: *“He anunciado justicia en grande congregación; He aquí, no refrené mis labios, Jehová, tú lo sabes. No encubrí tu justicia dentro de mi corazón; He publicado tu fidelidad y tu salvación; No oculté tu misericordia y tu verdad en grande asamblea”* (Salmos 40.9-10). La fuente es el origen del río. Donde está la fuente, el agua brota fresca y limpia como un cristal para todos los que viven cerca de ella. Donde no hay nacientes de agua, en vano es el trabajo para obtener el líquido vital.

Hay dos señales infalibles de ese inútil esfuerzo de producir vida espiritual mecánicamente. Uno se caracteriza por utilizar medios y métodos externos, llenos de entusiasmo artificial, inconsistente y frívolo. Este tipo de testimonio nunca produce resultados permanentes. Falla porque se apoya en el intelecto humano y en las emociones, en lugar de depender del Espíritu Santo. Es artificial y superficial, y por eso vano e incapaz de convertir realmente.

La otra señal de conversiones falsas tanto individuales como en gran número, es el sentimentalismo insípido y la falta de poder. Es sentimentalismo carente de vida –sólo una bella máscara.

¡Que todos los que quieran trabajar por las almas recuerden las citadas palabras de Jesús, que su trabajo debe depender de la fuente, la vertiente, el origen de la vida espiritual! La fuente de la cual brotan las aguas vivas es la vida de fe personal en Cristo, el único que da vida al mundo. *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3.6). Oye lo que el apóstol Pablo dice de esta fuente en actividad: *“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”* (2 Corintios 5.14-15).

¡Cómo habrá disfrutado el corazón del apóstol el amor de Cristo! Habrá sido una alta y gloriosa experiencia eso de estar unido en amor con Cristo. Esa unidad con Cristo explica el incansable celo del apóstol. No habría podido trabajar como lo hizo, si Cristo no le hubiese revelado su amor por él. Fue ese amor de Cristo lo que lo volvió tan ferviente de espíritu. No es suficiente con que apreciemos intelectualmente el amor del Hijo de Dios. Si este amor ha de convertirse en una fuerza impulsora, debe ser abrazado mediante la fe del corazón, y usado como una luz que nadie sino el Espíritu Santo puede producir en el corazón. Tiene que llenar al alma con paz y gozo en el Espíritu Santo. Cuando una persona conoce a Jesucristo, su corazón se llena de su amor, algo que necesariamente fluye hacia otros. El apóstol explicó su relación personal con Cristo diciendo:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20).

Pero, ¿qué es lo que el apóstol vio en la luz del Espíritu, para que su corazón fuese cautivado de esa manera por el amor de Cristo? Él nos dice: *“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”* (2 Corintios 5.14). Esta es la bendita visión. Es el misterio de la expiación. Cristo es nuestro sustituto de forma tan completa, que él murió en una cruz por nuestros pecados. Su muerte es tan válida para Dios, como si nosotros mismos hubiésemos muerto. Cristo estaba de forma tan completa en nuestro lugar, que Dios nos vio a todos nosotros en él. No vio a Cristo, sino a nosotros sufriendo la muerte en la cruz.

Hay quienes explican este pasaje así: Dado que Cristo murió por todos, todos deberíamos morir al pecado. O así: Este versículo se refiere sólo a los creyentes, quienes han muerto al pecado y al mundo. Ambas interpretaciones son incorrectas. El apóstol no dice: Puesto que uno murió por todos, luego todos deberían morir. Él dice: *“... luego todos murieron”*. No dice “todos los creyentes”, sino todos. La palabra “*todos*” tiene el mismo sentido, tanto cuando está en forma condicional, como cuando está en la parte principal de la oración. Por eso el apóstol Juan dice que *“él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo”* (1 Juan 2.2). La palabra “*todo*”, tal como se la utiliza en el versículo citado, debe mantener su significado y contenido en forma plena e irrestricta, o sea, que Cristo murió por el mundo, por toda la humanidad, por todas las personas, buenas y malas sin distinción, y que todas las personas son vistas por Dios como si hubiesen muerto en la muerte de Cristo. Significa que la culpa de cada uno de los seres humanos ha sido borrada. Significa que nadie será condenado debido a las culpas que tuviere. Significa que cada alma será probada y examinada de acuerdo a su relación con Cristo.

Cristo personalmente ha declarado con claridad que, sólo aquel que no cree, está –ya ahora– condenado: *“El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”* (Juan 3.18). Y en otro lugar dijo: *“De pecado, por cuanto no creen en mí”* (Juan 16.9). Pero, ¿para qué aducir más pasajes bíblicos para probar la universalidad de la redención de Cristo? ¿No comprendemos qué quiere decir el apóstol cuando dice: *“... uno murió por todos, luego todos murieron”*? Más aún dice él: *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5.21). Así expresa el apóstol la misma verdad con otras palabras. Uno, uno santo, uno inmaculado, fue hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justos con la justicia de Dios en él. Su muerte entonces tiene que ser nuestra muerte. Dado que él no murió por sí mismo, sino por nosotros, se concluye que todos nosotros hemos muerto en él.

¡El amor de Cristo es indescriptible! Durante su pasión, él dijo: *“Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad”* (Juan 17.19). ¡Tremendo! *“... yo me santifico a mí mismo, para que ellos sean santificados...”,* no lo hago para mí”. ¡Alabado sea su santo nombre! Cristo por nosotros y nosotros en Cristo. Demos gracias a Dios. Esto era lo que el apóstol sabía. Era esta realidad la que llenaba su espíritu de luz y hacía arder su corazón por Cristo. *“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron”* (2 Corintios 5.14).

El amor de Cristo también constreñirá nuestros corazones en forma parecida si el Espíritu Santo es derramado en nuestros corazones, y nuestra fe es algo más que una mera aceptación o aprobación intelectual. El amor de Cristo nos constreñirá a amar a nuestros hermanos de tres formas, especialmente: En primer lugar, en la forma que ya fue demostrada, cuando ese amor de Cristo se transforma en una fuente de amor de la que fluyen espontáneamente aguas vivas. En segundo lugar, cuando todos los demás seres humanos aparecen ante

nosotros bajo una nueva luz, o sea, como quienes han sido redimidos del pecado, habiendo sufrido ya la muerte en el Calvario, pero también como personas que se deberán perder si permanecen alejadas de la fiesta de bodas del Cordero. Cuando, con esta iluminación en nuestros corazones, vemos una pobre alma, ignorante, sin esperanza y sin Dios en el mundo, con profunda compasión pensamos: ¡Oh, si tú tan sólo supieras que tus pecados han sido borrados; si tan sólo supieses que ya has muerto con Cristo en la cruz, que ya no necesitarías morir si tan sólo vinieses y tomases posesión de tu herencia! Podrías recibirla en cualquier momento, y sin costo. Cuando por medio de la fe considero este amor de Cristo, estas palabras siguen sonando en mi corazón: *“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”* (Apocalipsis 22.17). En tercer lugar, este amor de Cristo envuelve una sagrada obligación para cada cristiano, de no vivir para sí mismo, sino para Aquel que lo ha comprado con su sangre.

El apóstol continúa: *“Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”* (2 Corintios 5.15). Un cristiano no se verá más a sí mismo como alguien que le pertenece a él, o con derecho de servirse sólo a sí mismo. Él ha sido *“comprado por un precio”*. Su vida, su alma, cuerpo y mente, sus dones y talentos, todo pertenece a su Señor. Desde la niñez ha confesado que: *“Jesucristo es mi Señor, que me ha redimido y ganado del pecado, la muerte, y el poder del diablo... para que yo sea suyo, y viva bajo él en su reino, y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza”*.

Si ahora le preguntaras, *“Señor, ¿qué quieres que haga?”*. Él te contestaría, *“las obras que yo hago, hazlas tú también. Siempre habrá pobres a tu alrededor, espiritualmente ciegos, abatidos, discapacitados, sordos..., lo que le hicieras aún al más pequeño de estos hermanos míos, me lo habrás hecho a mí”*. Cristo quiso tenernos en su lugar aquí en la tierra. Quiso que ministrásemos como él lo hizo. Para esto murió, para que nosotros sirvamos como él sirvió. No hemos de vivir

para nosotros mismos, sino para él y bajo él. Así es la relación entre Cristo y los cristianos. Viven el uno para el otro. Cristo los confiesa ante el Padre, y ellos confiesan a Cristo ante el mundo (Mateo 10.32).

Cristo se encargará de que absolutamente ningún pecado vaya a condenarte. El mal que todavía hay en ti no te conducirá a la condenación. No serás juzgado por la ley, sino por la gracia. De eso se encargará Cristo. Pero, lo que él quiere es que vivas para él, que seas celoso de su honor, y de las almas redimidas que viven en tu entorno; que atiendas a su voz, que veles y ores. Haz de ocuparte de estas cosas menores, mientras él, como el gran Sumo Sacerdote, se ocupa de expiar tus pecados e intercede por ti ante el trono de Dios. ¡Qué bendito intercambio de servicios!

Cristo no tiene otras posesiones más valiosas que las almas que él ha redimido con su sangre. Has de saber, entonces, lo que él espera de ti. No importa cuál fuere tu vocación, ni tu estado actual en la vida, él espera que tú, por amor a las almas, aproveches cada oportunidad y las sirvas para que sean salvas. Quiere que digas la verdad con amor y en actitud de humildad. Te pide que los aconsejes, que los guíes en lo relacionado con su salvación. Puedes darles un buen libro o hacer cualquier cosa que tu criterio y tacto indiquen. Fíjate solamente que sea el amor de Cristo lo que te constriña. Pon cuidado para andar en el Espíritu. Busca sabiduría de Dios en oración, y el mismo Señor te proveerá la oportunidad, las palabras que habrás de decir, las obras que habrás de realizar y te coronará con su bendición.

LA PUREZA ESPIRITUAL DEL CREYENTE

*“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”
(Juan 15.3).*

Cuando Jesús, como está registrado en Juan 15:2 dijo: *“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”*, él agregó: *“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”* (Juan 15.3). Este es un lenguaje notable, oscuro y misterioso, especialmente para los que no creen en el sagrado contenido de la cita bíblica. ¡Qué extraña yuxtaposición de palabras: *“Limpios por la palabra”!* ¿Qué significan? *“Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado”*. Estas son palabras sumamente importantes. En primer lugar, son las palabras de nuestro adorable Señor y Salvador, y sus palabras siempre tienen máximo valor para nosotros. En segundo lugar, tratan un tema que tiene la mayor importancia: nuestra limpieza ante Dios, sin la cual nadie verá a Dios.

Jesús habla de una pureza espiritual de tal calidad que es aceptada por el Juez eterno. Él personalmente, dice estas palabras. Lo que él designa como limpio tiene validez en el cielo y en la tierra. De otro modo nunca podríamos estar seguros de que lo que nosotros consideramos limpio fuese reconocido como limpio también por él. Todo depende de su reconocimiento. *“Dios es el que justifica”*. Y es también Dios quien habrá de juzgarnos. Si poseo la limpieza de alma que Dios reconoce, no importa nada si yo u otras personas ven solamente impureza en mí. La voz del cielo dijo al apóstol Pedro en Jope: *“Lo que Dios limpió, no lo llames tú inmundo”* (Hechos 10.15). Por lo tanto, investiguemos lo que Cristo quiere decirnos con esas palabras. Posiblemente pueda encontrar una fuente de

consuelo en ellas. ¡Supón que existe una relación en la cual, sin mi conocimiento, soy considerado por Dios como perfectamente puro e inocente! ¡Supón que existe una relación secreta con Dios en la que él está completamente satisfecho conmigo, viéndome como si yo fuera inocente, santo y digno de estar con él, mientras que yo sigo considerándome a mí mismo impuro, pecaminoso y abominable! ¡Oh, que pueda yo saber con certeza que ante Dios soy limpio, inocente y que soy aceptado por él! Por eso mismo, estudiemos estas palabras de Cristo.

Lo primero que notaremos es que el Señor habla de una limpieza espiritual, limpieza ante Dios. Seguramente nadie imaginará que en medio de un profundo discurso espiritual el Señor se haya puesto a hablar de una pureza litúrgica externa, o limpieza física, porque él habla de una limpieza que había en ellos por medio de la palabra que él les había hablado. Necesariamente, entonces, él se refiere a una limpieza espiritual. Pero, ¿cómo ha de entenderse esa limpieza espiritual? ¿Cómo fue que sus discípulos llegaron a ser limpios por medio de su palabra?

La Escritura habla sólo de dos clases de limpieza espiritual. Una es la pureza creada por Dios en el corazón. A ese tipo de pureza se refiere de la siguiente manera: “...*purificando por la fe sus corazones*” (Hechos 15.9). Esta pureza de corazón significa una pureza interior.

El otro tipo de limpieza es una liberación del pecado y la culpa, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra. Por medio de esta liberación soy justificado ante Dios. Juan habla de su liberación del pecado y la culpa cuando dice, “...*la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*” (1 Juan 1.7). Esta limpieza está representada en el Antiguo Testamento por los sacrificios por el pecado, cuando el sumo sacerdote enumeraba sus pecados y los del pueblo, transfiriéndolos al animal a ser sacrificado. El profeta Isaías, hablando del Mesías, dijo: “... *Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*”. Juan el Bautista, señalando a Cristo, dijo: “*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*” (Juan 1.29). Este lavamiento del pecado también es producido por la

palabra de Dios, como dice el apóstol: *“Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”* (Efesios 5.26).

Veamos ahora las características de cada una de estas dos clases de limpiezas o purificaciones, y veremos a cuál de ellas se refiere Jesús en las palabras que encabezan nuestra meditación. Dado que muchos temen que los creyentes están demasiado inclinados a consolarse con la justicia imputada de Cristo, dejando de lado la limpieza del corazón, analizaremos este tema cuidadosamente.

Ha habido grandes controversias, entre personas con mentalidad espiritual, sobre la pureza interior creada por el Espíritu de Dios. Están aquellos que van al extremo de insistir que los cristianos, mediante la fe, oración y renovación diaria, pueden llegar a ser tan puros de corazón, que prácticamente están sin pecado. En cambio otros se van al extremo opuesto, y prácticamente niegan cualquier clase de pureza interior. Hablan de los cristianos como si ellos fueran precisamente como los inconversos, con la única diferencia de que creen en Cristo y así poseen la justificación por fe.

La equivocación de los que sostienen esta controversia se demuestra fácilmente con unas pocas y claras palabras de la Escritura como, por ejemplo, las arriba citadas: *“...purificando por la fe sus corazones”*. Aquí no se trata de la anulación de la deuda por los pecados, sino del corazón.

En otro lado el Señor dice: *“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”* (Ezequiel 36.25-27). Aquí el Señor habla expresamente de un *“corazón nuevo”*. Finalmente, el apóstol escribe: *“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu”* (Romanos 8.5). De modo que él dice que hay una diferencia entre los

que viven según la carne, y los que viven según el Espíritu, en sus mentes y corazones.

Por lo tanto, es un error decir que los cristianos no tienen una pureza personal que los diferencia de los incrédulos. Es un error grande y peligroso porque brinda la excusa para degradar la vida cristiana que es espiritual a una vida carnal. La verdad es que los creyentes tienen un corazón nuevo y limpio, y un espíritu santo.

Ahora vienen los otros y dicen: “Como tienes un corazón limpio, no puede haber maldad o pecado en ti. Jesús dijo que del corazón salen los malos pensamientos, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y blasfemias (Mateo 15.19). Si el corazón está limpio, no puede tener malos pensamientos. Porque el pecado no habita en el cuerpo, sino en el corazón. ¿Cómo armonizas tu pretensión de pureza de corazón con este versículo de la Biblia?”. Aquí debemos distinguir entre “corazón” y “corazón”. ¿Qué es el espíritu nuevo y puro, sino el “espíritu dispuesto” (Mateo 26.41); el Espíritu de Cristo en nuestros corazones, que “se opone y está en contra de la carne” (Gálatas 5.17)? Porque la palabra “carne” en este contexto no significa el cuerpo físico, ni determinado pecado, sino que se refiere a “*lo que es nacido de la carne*” (Juan 3.6), la naturaleza corrupta que hemos heredado de Adán al nacer. Se trata de la maldad espiritual interior, que es la fuente de toda maldad en nuestros corazones y vidas. Se trata del viejo corazón, del cual proceden malos pensamientos, deseos y pasiones.

Ahora bien, en ningún lugar la Biblia dice que “la carne” en los creyentes es santa. Al contrario, dice que la carne desesperadamente libra tal guerra contra el espíritu en los corazones de los creyentes, que ellos “*no pueden hacer lo que quisieran*” (Gálatas 5.17). Por lo tanto, el mismo apóstol dice: “*Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos*” (Gálatas 5.24). Observa que él dice, “*los que son de Cristo*”. No dice que ellos están limpios de pasiones y malos deseos, sino por el contrario, que ellos tienen esos malos deseos. Su “carne” es tan mala que constantemente

debe ser “crucificada”. Y esto el apóstol dice de aquellos que *“están en Cristo”*.

Los que hablan de la ausencia de pecado en el cristiano dicen: “Solamente es pecado aquello que hacemos contra un claro mandamiento de Dios. Lo que no hacemos en plena libertad, no es pecado”. Admitiendo esta definición de pecado estamos dispuestos a conceder que, en cierto sentido, el cristiano está sin pecado. Pues el creyente no peca voluntariamente. *“Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados”* (Hebreos 10.26). El creyente no puede pecar voluntariamente contra un manifiesto mandamiento de Dios. Si hace algo que en sí es pecado, lo hace ya sea por ignorancia de la verdadera naturaleza del hecho, o sorpresivamente incitado por la astucia del enemigo, o por la avasalladora fuerza de una poderosa tentación, como fuera el caso del discípulo Pedro.

El apóstol Pablo se refiere a tal tiempo de zarandeo cuando escribe: *“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago”* (Romanos 7.15). Es así como se explica el altercado entre Pablo y Bernabé: *“Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro; Bernabé, tomando a Marcos, navegó a Chipre”* (Hechos 15.39). Algo similar sucedió con Pedro, que negó a su Maestro en la casa del sumo sacerdote y actuó como un hipócrita en Antioquía, de modo que Pablo lo reprendió públicamente: *“Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?”* (Gálatas 2.14).

Pablo dice: *“Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí”* (Romanos 7.20). En ese sentido es cierto que el cristiano, o su nuevo “yo”, no comete pecado. Y Juan escribe: *“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es*

nacido de Dios” (1 Juan 3.9). El pecado no es su deporte, sino más bien su tortura.

Sin embargo, con esto ningún apóstol ha pretendido afirmar que en nosotros mismos no exista pecado. Juan dice expresamente: “*Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros*” (1 Juan 1.8). No. Nuestra naturaleza humana está saturada de pecado. Ni siquiera nos damos cuenta de que pecamos. La impureza vieja se pega a todo lo que hacemos, decimos y pensamos, aun cuando hacemos lo que es bueno. La Biblia dice que “*nuestras justicias son como trapos de inmundicia*”, y nos damos cuenta de que esa declaración es literalmente cierta. Por ejemplo, que no creemos en Dios tan firmemente como deberíamos; que no lo amamos con todo nuestro corazón, alma, fuerzas y mente como deberíamos; que dejamos que nuestros pensamientos se entretengan con muchas cosas pecaminosas y vanas; que no oramos tan incesantemente ni tan sinceramente como deberíamos; que no escudriñamos las Escrituras tan diligente ni tan devotamente como deberíamos; que nuestra mente está muy inclinada a volverse impaciente, violenta, egoísta, orgullosa y llenarse con deseos impuros; que no tenemos tanto celo por el honor de nuestro Señor y la salvación de las almas, como deberíamos tener. Todo esto es pecado e impureza espiritual.

A esta lista de pecados agrégale el período de tentaciones puntuales, cuando el Señor permite que nosotros, como Pedro, seamos “*zaran-deados por Satanás*”. En esos tiempos somos acosados de tal manera por la tentación, que nos parece que el enemigo nos tiene totalmente en el poder del mal. Parecería que el Espíritu Santo nos hubiese abandonado. Nos lamentamos y afligimos como si estuviésemos perdidos y eternamente condenados. Tal fue la experiencia de algunos de los mayores santos de Dios. Los salmos de arrepentimiento de David demuestran esta verdad. El gran apóstol oró pidiendo ser “*librado de ese cuerpo de muerte*”.

Sin embargo, ¡qué puro es su nuevo corazón, su mente nueva, en medio de todos sus pecados y defectos! ¡Oye sus lamentos, cómo se

acusa a sí mismo, cómo ora! ¡Observa sus lágrimas, las humillaciones que enfrenta y, los conflictos que tiene! Su depresión es más terrible aun cuando no encuentran en sí mismos el deseo de purificarse, el rechazo sincero al pecado, sino descubren horrorizados que más bien aman al pecado y que se entregan a la tentación. ¡Qué horrible estado del alma, cuando aún el mejor de los santos tiene que confesar a sí mismo que ama al pecado! Pero, ¿no es acaso puro y santo el espíritu que se lamenta así?

Observa la diferencia entre el espíritu de los que viven según la carne y los que viven según el Espíritu. Los primeros están completamente satisfechos con sus vidas de pecado, las defienden, argumentan a favor de ellas, y continúan en pecado. Los últimos lamentan sus pecados, se arrepienten de ellos, los consideran como las peores experiencias, como un castigo y un tormento. En ese estado, de vergüenza y auto-reproche, ellos necesitan más simpatía y aliento, que acusaciones y condenas. Tienen suficientes acusaciones condenatorias en sus propios corazones. Las reprensiones y amenazas que se hallan en la Biblia no se dirigen a las personas que lamentan sus pecados y se condenan a sí mismos, sino contra pecadores arrogantes, que se enorgullecen por su degeneración. *“Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción?”* (1 Corintios 5.2). Tan pronto como los corintios se arrepintieron, no había nada más que consuelo en las palabras del apóstol: *“Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte”* (2 Corintios 7.9-10). Esto es lo que la Escritura designa como un “corazón limpio”.

Es verdad que los discípulos de Jesús tenían esa mente limpia por medio de la palabra de su Señor la noche en la que él expresó estas palabras: *“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he*

hablado” (Juan 15.3). Vemos esto en Pedro, cuando “*salió fuera y lloró amargamente*”, después de haber negado a su maestro. Aprendemos esta realidad de toda su historia. A pesar de que Pedro negó a su Señor con juramentos y maldiciones, las palabras “*vosotros estáis limpios*” también se aplican a él.

Hay una circunstancia que demuestra que Jesús habla de otra “limpieza”. Es el hecho que Jesús había dicho lo mismo de ellos al comienzo de la noche. Pero, entonces lo dijo en conexión con algo que muestra definitivamente que él estaba hablando de esa alta y perfecta limpieza que es la única válida ante el trono de Dios. Jesús se refirió a la limpieza o justificación que tenemos por medio de la fe en su sangre. Fue cuando lavó los pies de sus discípulos. Jesús dijo: “*El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos*” (Juan 13.10). Juan agrega el comentario: “(Jesús)... *sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos*” (Juan 13.11).

La explicación del evangelista nos enseña que Jesús estaba hablando de una limpieza del alma, que Judas el traidor no podía tener. Aprendemos que Jesús, en las hermosas palabras que expresa al lavar los pies de los discípulos, se refiere a la pureza espiritual que es válida ante Dios. Además de la exclusión de Judas sabemos que es así, porque él no parece interesarse tanto por la limpieza de sus pies, sino más bien por la de sus almas. ¿Qué otra cosa puede significar el lavado de los pies –como dijera Lutero– sino la vida diaria y su purificación? Ahora veo, en todo el contexto y las palabras de Jesús al lavarles los pies, algo muy precioso. Es como si dijese: “Lo impuro es sólo vuestro caminar, vuestra vida diaria debe ser limpiada constantemente. Sin embargo, vosotros tenéis otra limpieza, que es perfecta. Con anterioridad habéis sido lavados de tal manera, que el otro lavado pasó a ser superfluo. “*Ya vosotros estáis limpios*”.

Debemos considerar cuidadosamente las palabras del Señor: “*El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos*” (Juan 13.10). El Señor hace una diferencia entre la limpieza de sus pies, o sea,

su vida diaria, la cual constantemente necesita ser purificada, y la limpieza que ellos tenían por medio de otro lavamiento, mediante el cual estaban enteramente limpios. Por lo tanto, cuando él dice: “... y vosotros estáis limpios”, se refiere a esta última, perfecta limpieza. Esta diferencia también la entendemos por el hecho de que quien pronuncia estas palabras es Aquel que iría a derramar su sangre por la redención de la humanidad. El que en esa misma noche antes había dicho brevemente: “*Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados*” (Mateo 26.28).

El hecho de que nos quedemos completamente estupefactos por las palabras del Señor en relación con el lavamiento de los pies de los discípulos, demuestra que aún no entendimos el plan de Dios con respecto a nuestra redención. Si tan sólo recordásemos lo que Jesús se ha propuesto ahora en su corazón, deberíamos comprender inmediatamente lo que él quiso decir a sus discípulos cuando declaró: “*Vosotros estáis limpios*”. Si tan sólo comprendiésemos el hecho más importante de todos en el cielo y en la tierra, que Dios ha dado a su Hijo unigénito para que fuese sacrificado por los pecados del mundo, no estaríamos en dudas con respecto a esas palabras que dijo a sus discípulos: “*Vosotros estáis limpios*”. Si tan sólo trajésemos a nuestra memoria el hecho de que Dios, durante un período de cuatro mil años, por medio de innumerables sacrificios sangrientos, lavados y purificaciones, ilustraba ante su pueblo que habría de venir el sacrificio expiatorio por los pecados del mundo, no dudaríamos de que Jesús está hablando a sus discípulos de la limpieza que se produce al quitar sus pecados lavándose con su sangre y no de cualquier otra limpieza.

Si estuviésemos en el cielo y nos diésemos cuenta de que el único y gran tema del canto de gloria entonado por el coro de redimidos vestidos de blanco es: “... *Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra*”

(Apocalipsis 5.9-10). Si tomásemos conciencia de que el unigénito Hijo de Dios ha derramado su sangre en el Calvario para la remisión de los pecados del mundo, no habríamos de preguntarnos qué quiso decir nuestro Salvador cuando, a punto de derramar su sangre en la cruz, dijo a sus discípulos: *“El que está lavado está todo limpio”*, entera, perfectamente limpio. De haber estado con Jesús en el monte de la transfiguración y haber escuchado a los visitantes del cielo, Moisés y Elías, hablar con él *“de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén”* (Lucas 9.31), comprenderíamos que sólo eso es importante en el cielo. Si viviésemos en la fe y tuviésemos la correcta comprensión de este sacrificio por los pecados, deduciríamos el tema de la conversación de Moisés y Elías sin necesidad de que el evangelista nos informase.

Así, nuestra comprensión de las palabras del Señor depende de cuánto armonicen nuestros pensamientos con los suyos. No hay necesidad de adivinar lo que él piensa. Sus palabras claramente muestran que él distingue entre dos tipos de limpieza. Jesús primero habla de una limpieza imperfecta y continua. Luego habla de una limpieza perfecta: *“Vosotros estáis limpios”*, una limpieza que no puede ser mejor. Al lavarles los pies él indica que ellos necesitan una limpieza constante en su caminar por la vida. Más allá de eso, él se refiere a ellos como si estuviesen perfectamente limpios. En la parábola de la vid y las ramas, él dice: *“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”* (Juan 15.2). Nuevamente habla de una limpieza perfecta que los discípulos ya poseían. En lenguaje figurado y en ambos ejemplos, el lavado de los pies y las ramas, habla de lo mismo.

Finalmente, vemos que Jesús nunca alaba nuestra limpieza o purificación interior. Antes bien, él nos advierte con respecto a gloriarnos por nuestros dones porque todo viene de él. Vemos esto esa misma noche cuando Pedro, confiando en su propio coraje, dijo: *“Mi vida pondré por ti”* (Juan 13.37), y el Señor le contestó: *“No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces”*. Jesús advirtió a su discípulo contra el exceso de seguridad y la confianza en su poder

personal. De nuevo, vemos el mismo enfoque acerca de los dones y su jactancia cuando los discípulos retornaron y se gloriaron de que *“aún los demonios se nos sujetan por tu nombre”*. Él los corrige por glorificarse a sí mismos diciendo: *“No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”* (Lucas 10.20). Nada sino su inmerecida salvación, la gracia universal disponible para todos los pecadores, debía ser el motivo del regocijo de ellos. Dio otro ejemplo cuando les describió al hombre parado en el templo que daba gracias a Dios –o pretendía dar gracias a Dios– diciendo que era mejor que los demás, dijo que fue el publicano –que no se atrevía levantar sus ojos al cielo de tanta vergüenza– quien *“descendió a su casa justificado, y no el fariseo”*.

Por medio de estos ejemplos comprendemos que aquel que se alegra más por los dones y la gracia de Dios en nosotros, de lo que se alegra por la expiación de los pecados mediante la sangre del Hijo de Dios, está más lejos de la mente de Cristo de lo que está aquel que no siente otra cosa que debilidad en sí mismo, y encuentra todo el consuelo solamente en Cristo. Toda nuestra pureza y consuelo ha de ser Aquel que nos compró para Dios con su preciosa sangre.

Volviendo a nuestro tema, comprendemos, entonces, lo que Cristo quiso decir cuando dijo: *“Ya vosotros estáis limpios”*. ¿Quién no puede comprender su significado? Es el mismo que en las palabras expresadas por el Señor a sus apóstoles cuando los envió al mundo diciendo: *“El que creyere y fuere bautizado, será salvo”*. Es el mismo Señor de quien el apóstol dice: *“Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”* (Efesios 5.26). Aquí, pues, tenemos los dos medios de gracia –el bautismo y la Palabra– mediante los cuales somos limpiados en la sangre del Hijo de Dios.

Pero, ya tenemos suficientes explicaciones. Lo que necesitamos ahora es bajo oración, meditar en las palabras de Cristo y la fe personal en su sangre, que nos limpia de todo pecado.

Mira cómo Cristo confirma la gran doctrina principal de la Escritura, la justificación por la sola fe. Pablo dice: *“La fe viene por el oír”*, es decir, por la predicación de la Palabra. Jesús dijo: *“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”*. Vosotros no habéis hecho otra cosa que oírme predicar el evangelio de la salvación. Por medio de mi predicación, la fe ha sido encendida en vuestros corazones. En consecuencia, estáis limpios. Dios os ve, en mí (Jesús) como si nunca hubieseis cometido pecado alguno. *“Vosotros estáis limpios”*, estas son las palabras de Cristo, quien juzgará a todas las personas el día final. Todo pecador puede regocijarse en lo más íntimo de su ser porque Cristo ha dicho: *“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”*. Él nunca ha dicho en ningún lugar que nos enorgullezcamos por las obras, dones, talentos, virtudes y excelencias de nuestro carácter. Él solamente habla de su Palabra como el medio por el cual sus discípulos son hechos limpios ante Dios. Por la Palabra de Dios ellos llegan a estar limpios, porque la Palabra de Dios ha creado la fe en sus corazones, y la fe en el crucificado Hijo de Dios les da a ellos la limpieza y justicia ante Dios. Nada más sirve.

Puesto que toda la Escritura liga la salvación del ser humano a la palabra “fe,” quisiéramos concentrar ahora nuestra atención sobre este tema y preguntar: ¿Cómo llegamos a tener fe? Y, ¿qué es la fe? La salvación de toda alma que ha sido despertada y que está en la búsqueda, depende de las respuestas correctas a esas preguntas. Oíd, pues, lo que Cristo dice: *“Ya vosotros limpios estáis por la palabra que os he hablado”* (Juan 15.3). Así dice el Espíritu del Dios viviente: *“Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David”*. (Isaías 55.3). *“¡Oíd!”*. ¡Solamente oíd! La fe viene por oír. La fe no viene por sí sola. Es solamente para horrible confusión y daño de todas las almas despertadas pensar, razonar, meditar, especular y filosofar en vez de oír lo que Dios dice. La fe no viene por pensar y pensar, ni tampoco por esperar y esperar al Espíritu Santo, ni por trabajar en el corazón de uno para llevarlo a la fe. No en absoluto. Jesús dijo: *“... por mi palabra”*. Detente y oye lo que Dios dice. Tómale la palabra.

Confía en sus promesas. Él no miente ni engaña. Descansa en su Palabra, no importa cuán defectuosa sea tu vida, no importa cuánto necesite ser regenerado tu corazón. Si tan sólo le tomas a Dios la palabra y crees lo que él dice sobre su Hijo, Cristo se convertirá en tu Salvador con todas las bendiciones que implica el tener fe.

Lee estas preciosas palabras del apóstol Pablo: *“Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”* (Romanos 10.6-10).

¡Oíd esta doctrina! No os concentréis en ese significado, ni en aquel, diría el apóstol. No busquéis en regiones inciertas, nebulosas y lejanas. *“Cerca de ti está la palabra”*. Tienes la Palabra, la Palabra de fe. Pero, ¿qué hay de Cristo? ¿Es que no oíste? Tienes la Palabra. Tomas la Palabra y tienes a Cristo. ¿Te parece que Cristo está fuera, allá lejos en el cielo azul del espacio, más allá de las estrellas, o en el fondo de las mayores profundidades? Ahora sabes dónde está él. Sabes cómo y cuándo puede convertirse en tu Salvador. No busques a él en los vastos horizontes. Cerca de ti está la Palabra, y esa Palabra crea la fe. Si aceptas la Palabra, aceptas a Cristo. El momento en que la Palabra de Cristo logra entrar a tu corazón, también Cristo entra a tu corazón.

Ese es el sentido de las palabras de Cristo: *“Ya vosotros estáis limpios, por la palabra que os he hablado”*. *“Por medio de mi palabra vosotros estáis limpios”* De esta manera somos salvos por la fe. Dios te habla una palabra a ti. Tú aceptas esa palabra y estás en posesión de lo que esa palabra contiene. Jesús habría de imprimir esto en nuestros corazones al caminar ayudando a pecadores por medio de su palabra. Él decía una palabra. Ellos creían su palabra, e inmediatamente eran auxiliados. Especialmente instructivo es el caso del hombre noble que

tenía su hijo enfermo en Capernaúm (Juan 4.46-53). *“Su hijo estaba a punto de morir”*. Entonces *“vino a Jesús y le rogó que descendiese y sanase a su hijo”*. Jesús comienza reprendiendo la incredulidad de ellos: *“Si no viereis señales y prodigios, no creeréis”*. Sin embargo, el hombre noble reiteró su ruego. Pero, Jesús no fue con él. ¿Y qué es lo que hizo? *“Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando estaba llegando, sus siervos salieron a encontrarle y le dieron la noticia diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete dejó de tener fiebre. Entonces el padre entendió que esa era la hora cuando Jesús le había dicho: Tu hijo vive. Y creyó él con toda su casa”*.

Aquí vemos lo que es “andar por fe”. El hombre no vio que ocurriera algún milagro. Jesús no fue con él, ni envió con él alguna medicina. No recibió nada que pudiera tocarse, ni nada que se pudiera sentir. Solamente recibió una palabra. Con esta palabra se fue, hasta el día siguiente. Durante la larga noche de vigilia tuvo que contentarse con esa palabra. Más tarde recibió el testimonio de sus siervos. De la misma manera nosotros también hemos de estar contentos con una sola palabra del Señor. Hemos de andar por fe, sin ver el cumplimiento de la Palabra. Pero, hemos de recordar que todo está bien con nosotros en el cielo, por medio de nuestra fe en la Palabra de Dios. El alma está limpia y bien. Aun cuando debemos atravesar oscuridades con el alma, si tan sólo nos aferramos a la Palabra, en la luz de la eternidad habremos de comprobar que cada una de las palabras y promesas de Dios fueron cumplidas. Esto es lo que Jesús nos hubiera enseñado. *“Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado”*. Él siempre habría dirigido nuestra atención a su Palabra.

Es de máxima importancia recordar que el Señor nos habría dirigido hacia su Palabra en nuestra búsqueda de salvación. Es casi incomprensible cuánta angustia les causa a muchas almas apartarse de sentimientos y emociones para cimentar su fe en la Palabra de Dios. Pensamos que debemos sentirnos así o asá, que tenemos que tener

ésta y aquella experiencia espiritual antes de atrevernos a creer en la Palabra como está escrita. Esas experiencias no pueden producirse plenamente en nosotros antes de que aprendamos a oír y confiar en la Palabra escrita.

Pero, ¿cómo puedo saber si lo que yo tengo es fe? Cristo murió por todos. La Palabra es predicada a todos. Pero no todos son salvos. El Señor también dijo: *“No todos están limpios”*.

Respuesta: ¡Oye la Palabra! Presta atención a la Palabra de Dios. Nada excepto la Palabra de Dios puede darte esa seguridad. *“La fe viene por el oír”*. *“El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo”* (1 Juan 5.10). El que no todas las personas se salven se debe al hecho de que ellas no creen. Si Judas hubiese creído en la palabra de su Maestro, también él estaría entre los que Jesús declaró *“limpios”*. Pero, él creía solamente en sus propias ideas y por la mala influencia de Satanás, despreció las palabras de Cristo. Atiende a la Palabra de Dios, y sabrás a quién él declara salvo y a quién perdido. Puedes leer con tus propios ojos lo que dice la Escritura respecto a la fe salvadora. No es una droga que pone a dormir al alma sobre el almohadón de un conocimiento muerto. Al contrario, la fe es la agradecida apropiación de la certeza de la gracia de Dios para un pobre pecador.

Puedes ver esto en la vida de todos los que han sido salvos. El pecado y la condenación los aterrorizaban. Pero la palabra de Cristo los condujo a él, y él dijo: *“Tu fe te ha salvado”*. Hallar consuelo en las promesas de la gracia, y luego experimentar la paz de Dios en todas las circunstancias bajo esas promesas, eso es fe. La fe une el alma a Cristo de una manera tan íntima, que ya no puede vivir sin él. La fe viene por el oír. Si tu fe está edificada sobre el viento, sobre las emociones de tu corazón, sobre tus pensamientos y conjeturas, no es otra cosa que seguridad carnal. Por eso Jesús dice específicamente: *“...por la palabra que os he hablado”*. Él ni siquiera menciona la fe. Él habla solamente de su palabra. Quiere que pongamos nuestra atención en su Palabra sin distracciones. Tenemos que entender que no somos salvos por una fe que nace de nuestros propios pensamientos.

Somos salvos solamente por aquella fe que es creada en el corazón por la Palabra de Dios.

Cuando te preocupes por tus pecados, la maldad de tu corazón, tu indiferencia espiritual, tu endurecimiento y tu conformidad con el mundo; cuando te avergüences de tu propia defectuosa vida personal, y entonces oigas el mensaje del amor de Cristo cautivando tu corazón, intelecto y afectos, dándote paz, consuelo y esperanza, será la fe lo que te habrá salvado.

Jesús dijo: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”* (Juan 3.16). Ahora bien, tú eres un integrante de la humanidad del mundo; por lo tanto, Dios te dio a su Hijo a ti también. Si esta gran verdad predomina en tu mente y corazón, entonces eres un creyente. Entonces Jesucristo te dice: *“Todo aquel que cree en mí, no se perderá, sino que tendrá vida eterna”*. Creyendo esta palabra, tienes vida eterna.

La fe se basa en la Palabra de Dios. La fe le concede a tu alma todo lo que la Palabra de Dios conlleva y contiene. Considera unos instantes a los discípulos a quienes Jesús les dijo: *“Ya vosotros estáis limpios”*. Tú has oído el testimonio del mismo Señor sobre ciertos individuos que aún estaban en la tierra. Conoces su historia. De ella puedes concluir cómo son aquellos a quienes Jesús declara *“limpios”*. Eran los once discípulos, los cuales creían en él. El odio que sus compatriotas habían acumulado no los alejaría de Cristo, quien les había advertido sobre las persecuciones y sufrimientos por causa de su nombre. Ellos creían en él no sólo como *“el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Mateo 16.16), sino también como su Salvador del pecado y la culpa, a pesar de haber visto solo opacamente un poco de su gloria. Por medio de esa fe, ellos se separaban a sí mismos del mundo. Vivieron y murieron por su Señor. Le pertenecían a él.

Pero, al lado de ese *“corazón limpio”* vemos su naturaleza corrupta, manifestándose en muchas flaquezas en sus vidas. Él les había dicho anticipadamente: *“Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta*

noche” (Mateo 26.31), y Pedro lo negó tres veces. Sin embargo, él agregó estas palabras, *“pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”* (Lucas 22.32). Y aun así, ¡“vosotros ya estáis limpios”!

Aquí ves las características de aquellos a quienes el Señor llama *“limpios”*. Si eres amigo del mundo, tu piedad artificial no te hará ningún bien. Debes ser su discípulo. Debes ser suyo, posesión personal suya, *“para vivir y servirle en su reino”*. Si la amistad o el rechazo del mundo, la negación parcial de ti mismo y la mortificación a medias de tu carne te impiden tener la verdadera comunión con Cristo, necesitas una genuina conversión y fe. Pero si has alcanzado el grado de desarrollo espiritual en el que nada más importa sino pertenecerle a él, entonces tus flaquezas no impedirán su gracia perdonadora. Tienes suficiente arrepentimiento y suficiente fe. Cree solamente en su Palabra, en su gloriosa promesa, pues todo está bien con tu alma. Tú estás limpio en Cristo. En otras palabras, si diariamente estás insatisfecho contigo mismo, por tu lento progreso en la santificación, tus caídas y faltas, pero aún crees en él, y confías en su Palabra, entonces estás limpio, *“del todo limpio”*.

“Pero”, dices tú, *“siento tanta impureza en mi alma. Todo tipo de pecados están presentes en mi vida constantemente. Y lo peor es que tengo tanto afecto por cierto pecado, que éste parece tenerme en sus garras. No siento profundo rechazo por el pecado, ni tengo el verdadero deseo de librarme de él”*. Respondo: Todo eso no suena bien. Pero el hecho de que te des cuenta de la impureza que hay en ti, es un testimonio de que el Espíritu de Dios está castigando el mal en ti. Por lo menos confiesas con el apóstol Pablo, *“yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo”* (Romanos 7.18). La realidad de que amas cierto pecado o ciertos pecados no es extraña. ¿Cómo podría uno describir esas tentaciones, pasiones y malos deseos de otra forma que como el amor al pecado? Pero si eres cristiano te darás cuenta de que tú al mismo tiempo, también odias esos mismos pecados.

“¿Cómo es eso?”, preguntas. “¿Puedo yo amar y odiar al mismo tiempo el mismo pecado? Eso me parece una contradicción de términos”. Bien, sin embargo, es cierto. Esa contradicción se halla en el cristiano. La carne y el espíritu están en guerra entre sí, y no puedes hacer lo que quisieras hacer (Gálatas 5). El hecho que no tengas ni siquiera la voluntad para librarte de ese pecado, demuestra que tienes ambas cosas, amor y odio por ese pecado –lo primero según tu carne, lo segundo según el Espíritu. Un cristiano no es totalmente espíritu. También es carne. La vida cristiana es una vida dividida y escabrosa, en conflicto diario consigo misma. Por esta razón, el creyente no sólo siente la presencia del corazón limpio y la santa voluntad, sino también la horrible mezcla de la carne y el espíritu.

Los que se han hecho cristianos por sus propios esfuerzos o los que no tienen experiencia, no entienden nada de todo esto. Para ellos es un lenguaje oscuro. Pero, mira la miseria del rey David cuando él hubo pecado, y oye los lamentos del apóstol Pablo y sus ansias por ser liberado de “*este cuerpo de muerte*”. Óyelo quejarse de la “*ley del pecado*” en sus “*miembros*” batallando contra la “*ley del Espíritu*”, y te darás cuenta de que es precisamente ese conflicto del alma lo que da testimonio del “*corazón limpio*”. El hecho de que tú odies más los pecados que más amas es la más segura señal de la mente limpia.

Los carnales tienen mentalidad carnal. Los espirituales mentalidad espiritual. Los creyentes odian los pecados que más aman –un testimonio del corazón limpio. Estoy convencido de que, cuando los discípulos discutían entre sí sobre quién de ellos era más importante, no tenían conscientemente ningún odio contra el egoísmo. Sin embargo, cuando volvieron a tener su verdadera manera de pensar, odiaron mucho su ambición personal. En un momento Pedro afirmó: “*No conozco a ese hombre*”, y en otro, salió fuera y “*lloró amargamente*”.

Entonces, si te das cuenta de que en tu vida cristiana hay períodos en que la corrupción interior de tu corazón silencia la voz de Cristo, recuerda que los discípulos tuvieron la misma experiencia, a pesar

del hecho que él se dirigiera a ellos llamándolos “*limpios*”. En esto está toda la fuerza de nuestro texto. Piénsalo: El que aquí los llama “*limpios*” es Aquel cuyos ojos son como llamas de fuego; Aquel que un día habrá de juzgar a los vivos y a los muertos. Él los califica como “*limpios*” en el momento en que les predice su apostasía y falta de lealtad. Esa misma noche, andando el camino a Getsemaní con su Maestro, reñían entre sí porque todos querían ser el más importante entre ellos. Cuando en su agonía sudó grandes gotas de sangre, no pudieron velar con él, a pesar de lo mucho que les pidió que hicieran eso. Cuando él fue arrestado, ellos huyeron. Mientras él daba “*testimonio de la buena profesión*” dentro, afuera Pedro negaba a su Señor. Ahora presta atención: Son estos débiles discípulos a quienes el Señor les dice que estaban limpios por la palabra que él les había hablado.

¡Oh, que nunca olvidemos esta bendita realidad! Aquí veo el corazón del evangelio, su grandiosa doctrina central –justificación por la sola fe. Aquí veo la plenitud del mensaje celestial, “*la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado*”. Va contra toda lógica, que personas impuras y pecadoras –tal como somos todos nosotros–pudiésemos ser a pesar de ello limpias ante Dios. Ante un hecho tan estupendo, comienzo a darme cuenta de que la sangre de Cristo significa más para Dios, de lo que significa para nosotros; más para los ángeles del cielo, que para nosotros, los pecadores de la tierra. No tenemos la visión para ver la supereminente grandeza de su poder. Nosotros lo menospreciamos y rechazamos a él. No lo apreciamos. Pero, Dios sí aprecia a Aquel que derramó su sangre por el pecado del mundo, y le ha dado a él todo poder y dominio.

¡Ah, si estuviéramos en el cielo y pudiésemos ver a la luz de la eterna verdad la gloria del Hijo de Dios, también veríamos que no somos sino átomos comparados con el gran Señor del cielo y de la tierra, que se entregó a sí mismo en rescate por nuestros pecados! Entonces diríamos: Todas nuestras debilidades –grandes pecados en realidad–son como nada comparados con él y el poder de su sangre. Por eso, él pudo decir con justicia: “*El que está lavado... está todo limpio*”.

¡Alabado sea Dios! El que está lavado está todo limpio, aunque al mismo tiempo lamenta su impureza y se considera a sí mismo horriblemente sucio. ¡Gloria al Dios eterno! Aunque tenemos muchas deficiencias somos puros, inocentes y gloriosos a los ojos de Dios.

Cristo mismo lo ha dicho. A pesar de que yo, con mi mente limitada, no pueda comprender todos los aspectos de esta purificación en toda su amplitud, puedo ver que él ha hecho esta afirmación refiriéndose a personas que eran débiles debido a su carne: *“Vosotros ya estáis limpios”*. Por lo menos veo que eran considerados por él como amados hijos de Dios. Esa misma noche Jesús dijo que lo que se aplicaba a sus débiles once discípulos, también es igualmente válido para todos los discípulos hasta el fin de los tiempos, *“que habían de creer en él por medio de la palabra”* (Juan 17.20). Por eso seguiré estudiando y meditando sobre este misterio todos los días de mi vida, y nunca olvidaré que el Señor Jesús, quien es el único al que necesito preguntar, ha dicho: *“Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado”*. Amén.

LOS PRINCIPALES FRUTOS DE LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. (Jn. 17.24)

En el día de la resurrección de Jesús veo el paraíso restaurado. Veo los portales del cielo abriéndose. Veo a los ángeles hablándoles a personas como si fuesen sus hermanos y hermanas. Oigo a Cristo refiriéndose a pecadores como a sus “hermanos”. Veo que el pecado ha sido expiado, que los creyentes son justos, puros e irreprochables en el juicio del Dios Todopoderoso. Veo que Simón Pedro y otros discípulos, a pesar de su apostasía e infidelidad para con su Señor, fueron llamados por él “hermanos” suyos. Veo que la ley no condena a los que están en Cristo Jesús. La ley no puede destruir esa hermandad. Veo que la muerte no tiene poder para retenernos, dado que nuestro hermano resucitado “*primicias de los que durmieron es hecho*” (1 Corintios 15.20). Veo que, así como Dios se paseaba con los seres humanos en el paraíso como con sus queridos hijos, así Cristo en su cuerpo resucitado caminaba junto a los dos discípulos hacia Emaús. Así vino a los suyos que estaban reunidos a puertas cerradas. Así también, aunque invisible, él caminará con nosotros hasta el fin del mundo.

Por más acosada que estuviere nuestra vida por pecado, tristeza y tribulación, en el fondo sigue habiendo un cielo restaurado. Leemos de los dos discípulos que iban a Emaús que “*los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen*” (Lucas 24.16). Eso es lo que también nos sucede frecuentemente. Nuestros ojos están “*velados*”.

Por eso andamos llenos de ansiedad y tristeza en medio de la gloria; rodeados de riquezas, actuamos como si fuésemos tan pobres, que bien podríamos morirnos de hambre. Si dejásemos que el Señor abriese nuestros ojos, veríamos que todo está preparado y disponible para nosotros. Veríamos que el derecho al cielo que nos fuera denegado, ha sido restablecido.

Pasemos a considerar unos pocos hechos relacionados con la historia de la Pascua. Los primeros que hallamos en la tumba de Cristo son ángeles, *“dos varones con vestiduras resplandecientes”* (Lucas 24.4). Mateo relata que *“hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve... más el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor”* (Mateo 28.2-6). Así los ángeles del Señor fueron los primeros mensajeros de la perfecta expiación, tal como fueron los primeros en anunciar el nacimiento de Jesús.

Aquí está el cumplimiento de las palabras de Jesús: *“De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre”* (Juan 1.51). Con certeza, esta es la puerta del cielo, la escalera por la cual *“ángeles de Dios subían y descendían”* (Génesis 28.12). Aquí vienen los ángeles de Dios, no por medio de una visión, sino ante los ojos abiertos; no en la oscuridad de la noche, sino al clarear el día. Y no sólo son vistos –hablan y dan instrucciones. No hay una conexión misteriosa y oscura entre el cielo y la tierra. La pared divisoria entre seres humanos y ángeles ha sido quitada. Se ha establecido una unión manifiesta y perfecta entre seres humanos y ángeles. Ahora los ángeles pueden tener comunión con los hombres de una manera humana, a fin de que los seres humanos podamos tener comunión con los ángeles de una manera celestial en la eternidad.

Lo que Dios había unido originalmente, fue reunido de nuevo. Hombres y ángeles se encuentran ante la tumba vacía de Cristo. La

fractura causada por Satanás fue sanada y la relación original entre estos dos seres más importantes creados por Dios fue restaurada. ¡Qué feliz reunión! ¡Qué alegría ver la humilde disposición de los ángeles para servir de testigos a los que son herederos de la salvación! Jesús habla del gozo que hay en el cielo cuando un pecador se arrepiente y se vuelve a Dios. ¿Quién podría describir el gozo de los ángeles, cuando recibieron la comisión de anunciar la perfecta expiación de Jesús y su triunfo sobre la muerte? Jesús ha resucitado. La muerte ha sido derrotada. La deuda por el pecado fue pagada. Se cumplió con la ley. La condenación ha sido anulada. La justicia ha sido satisfecha y Dios está dispuesto a tratarnos en forma bondadosa. Ha sido reparado lo que Satanás había destruido. No nos espera el infierno, sino el cielo; no los demonios, sino los ángeles reciben ahora las almas de las personas redimidas. Muchas almas como la de Lázaro son llevadas por los ángeles al seno de Abraham. ¿A quiénes otros podría haber elegido Dios para que anunciaran el mensaje de salvación a los hombres? Entre todos los seres creados por Dios, los ángeles son los más obedientes siervos suyos y los mensajeros más dignos de su confianza.

“Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!” (Isaías 52.7). Así, pues, ¡alégrense, hijos de Sión! Alégrense por el mensaje de estos fieles mensajeros del cielo. Ellos son enviados para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Un día, cuando cuerpo y mente sean librados de toda adversidad, conoceremos mejor a Dios de lo que lo conocemos ahora, y le alabaremos por la protección de los santos ángeles con una comprensión más clara. El apóstol escribe a la iglesia militante en el mundo: *“...os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos”* (Hebreos 12.22-23). ¿No habríamos de decir, entonces, que cielo y tierra se han unido de nuevo, la caída ha sido restaurada y el paraíso recuperado?

El segundo hecho que observamos en la tumba de Jesús es que él designa a sus discípulos como “hermanos”. María Magdalena está parada junto al sepulcro de su Señor llorando. Jesús se le manifiesta y le dice: “... ve a mis hermanos, y diles: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*” (Juan 20.17). Estas fueron las primeras palabras pronunciadas por nuestro Señor después de la consumación de su obra redentora. Notamos que habría de centrar la atención en las palabras “*mis hermanos*”, porque él agrega, “...*mi Padre y... vuestro Padre*”. Antes de su resurrección Jesús llamó a sus discípulos “amigos”, y declaró en términos generales: “*Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre*” (Mateo 12.50). Pero no los había llamado directamente “*mis hermanos*”. Sin embargo, cuando la cabeza de la serpiente fue aplastada, el pecado del mundo pagado, la justificación adquirida mediante su sangre derramada en la cruz, él comienza a hablarle a sus discípulos y a referirse a ellos como sus “hermanos”.

Este hecho es de tal importancia, que debemos detenernos a considerar el significado de esta solicitud. El gran propósito de la muerte de Cristo en sacrificio, fue la restauración de la relación entre Dios y los hombres como la del padre con sus hijos. Todo lo demás, la expiación del pecado, que la ley ya no nos condena mas y la obtención de una justificación perdurable para los pecadores (Daniel 9.24), todo esto era preliminar a la restauración de la relación entre Dios y los hombres, como padre e hijos. Porque el hecho principal es que los seres humanos fueron creados para ser hijos de Dios y herederos del cielo. Luego que esa relación se hubo roto, la “*simiente de la mujer*” sería la encargada de restaurar y reconstruir esa relación. En la relación del hombre con Dios, como la de un hijo amado con su amoroso padre, reside la felicidad para el tiempo presente y la eternidad. Pues, “...*si (somos) hijos, también (somos) herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados*” (Romanos 8.17).

La restauración de nuestra relación con Dios como sus hijos fue el gran propósito de todo lo que Cristo tenía que hacer por la humani-

dad, como el segundo Adán. Los que entienden este grandioso propósito de Dios debieran preguntarse a sí mismos: ¿Ha sido restaurada esa relación? Jesús responde diciendo: “*Mis hermanos; mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios*”. Esta es su primera expresión después de la resurrección. El que falla en percibir algo infinitamente grande en estas palabras del Cristo resucitado, realmente tiene que tener una mente que está cerrada y oscurecida.

La pared divisoria ha sido derribada. Dios y los hombres han sido reunidos. La relación Padre e hijos ha sido restaurada. El Hijo de Dios fue hecho “*el primogénito entre muchos hermanos*” (Romanos 8.29). Sin embargo, por más que contemplemos esta afirmación fraternal de nuestro Señor, solamente podremos tener un pequeño conocimiento del profundo significado de los términos que él utiliza llamándonos sus hermanos, con el mismo Padre celestial y el mismo Dios para todos. Es algo tan elevado y profundo que va más allá de nuestra comprensión. La gloria es demasiado grande. Nuestras mentes y corazones son muy limitados para abarcar la majestad de sus palabras.

“*Mis hermanos*”, dice nuestro Señor. “¡Ah!, pero”, dices tú, “él se refiere con esa amorosa designación solamente a sus discípulos más cercanos. Ellos estuvieron con él durante un período de tres años. Ellos fueron hombres buenos y santos. De ellos fue que Jesús habló llamándolos sus “hermanos”. ¿De qué nos sirve eso a nosotros?”. Sólo te contestaría: ¿Todavía no has comprendido que esa relación fraternal con Cristo es precisamente la misma que nuestra relación con Dios? ¿No alcanzas a comprender que la restauración de la relación filial era el propósito supremo de la expiación? ¿Esa expiación fue hecha solamente por el pecado de un pequeño grupo de amigos suyos, o fue hecha por el pecado del mundo? ¿No has pensado sobre el significado de esas palabras que has utilizado miles de veces: “Padre nuestro, que estás en los cielos”?

Parece fuera de toda lógica que nosotros, pecadores comunes, realmente lleguemos a ser hermanos del verdadero Hijo de Dios. Pero, ¿qué dicen las Escrituras? ¿Qué declara Cristo mismo con respecto a la mayor evidencia de su gracia? Que nosotros llegaremos

a ser uno con él como él es uno con su Padre. En su oración sacerdotal así expresa él esta verdad: *“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad. Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”* (Juan 17.21, 23). ¿Ha orado Jesús sólo por sus apóstoles? No, ya que Él ha dicho: *“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...”* (Juan 17.20-21).

Esta oración, pues, es para todos los discípulos de todos los tiempos, en todos los países, hasta el fin de los tiempos. Lo que vale para los apóstoles es igualmente válido para todos los demás “que creen en él, por medio de la palabra de ellos”. El honor es demasiado grande, es cierto. Pero Cristo ama a todos y no hace distinción de personas. Ni siquiera la madre de nuestro Señor tuvo alguna preferencia en ese sentido (Lucas 8.19-21; 11.27-28). El ser humano es precioso ante su vista, no este o aquel individuo. Sin embargo, existe esta distinción: Los que creen en él son su gozo y deleite, mientras que los incrédulos son hijos de su dolor, lejos de sus amorosos brazos.

Esta relación filial con Dios es su regalo no sólo a los discípulos más próximos a Jesús, sino para todos los que creen en él por medio de la palabra de ellos. ¡Qué gloria! ¡Qué fuente de eterno gozo! Cada uno de nosotros que cree en él como su Salvador del pecado y la muerte, tiene la misma posición de gloria que los primeros apóstoles, el mismo derecho de adjudicarse las palabras de Cristo, “vosotros sois mis hermanos. Mi Dios es vuestro Dios y mi Padre es vuestro Padre”.

Pero, lo más destacable de esta afirmación es que fue dirigida a los discípulos precisamente en el momento en que ellos habían pecado más que en cualquier otra ocasión en sus vidas. Recordemos cómo actuaron cuando estuvieron con el Señor la última vez, antes de recibir este saludo fraternal. Era el jueves por la noche, cuando él hubo compartido la última cena con ellos y les dijo emotivas palabras de despedida. ¿Qué sucedió? Pedro, por miedo a morir, negó a su

Maestro, a su Señor y Salvador. De sus labios salieron groseras mentiras, y a ellas le siguieron graves maldiciones. La noche anterior, Pedro y los otros discípulos habían estado discutiendo sobre quién era el más importante entre ellos. Mientras Jesús agonizaba en el huerto de los olivos y sudaba gruesas gotas de sangre, ellos no pudieron velar con él ni siquiera una hora. Cuando él fue arrestado, ellos se escaparon como ovejas de un rebaño asustado. En vista de la cobardía y deslealtad de ellos, uno se extraña de que no se hayan muerto de pura vergüenza. Ellos comprobaron muy bien cuán asqueroso era su pecado. Porque cuando Jesús les advirtió que todos se “escandalizarían” (Mateo 26:33) de él, le aseguraron que estaban dispuestos hasta a morir con él. Y cuando Pedro lo hubo negado, *“salió fuera y lloró amargamente”*.

Ellos no habían vuelto a hablar ni una sola palabra con él, después de que él pasara por todos sus sufrimientos. Y, oh sorpresa, ahora reciben un saludo tan fraternal de parte suya. ¡Qué experiencia! ¡Qué prueba de la eficacia del sacrificio de Cristo! Aquí tenemos nuevamente los frutos de la muerte y resurrección de Cristo. La culpa del pecado ha sido invalidada. El pecado ya no condena más a los pecadores que se aferran a Cristo. La ley ha sido satisfecha. El castigo y la maldición han sido quitados. Las faltas y los pecados no hacen tambalear ni por un momento el estado de gracia de los creyentes. Ahora entendemos el significado de las palabras: *“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros”* (Romanos 8.34). *“Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe”* (1 Corintios 15.14).

Los apóstoles realmente creyeron que ellos no estaban más en sus pecados. Creían eso porque Cristo murió y volvió a vivir después de su muerte. *“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”* (1 Corintios 15.17). Si Cristo ha resucitado, ya no estáis más en vuestros pecados. Pero ahora Cristo ha resucitado, y ha hecho a sus discípulos este desafiante saludo fraternal, a pesar de su deslealtad para con él. En Cristo tenemos tal reino de gracia,

que el pecado no le es imputado al pecador que permanece en Cristo Jesús. Nosotros necesitamos corrección y disciplina. Necesitamos la vara y las tribulaciones. Pero la gracia perdonadora de Dios, nuestra relación filial con Dios, ha de permanecer inmutable. Su pacto continúa valiendo y actuando en tanto que permanezcamos en Cristo y tengamos en él nuestro todo en todo.

Sabemos que el resumen del evangelio es que la sangre de Cristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado, y que esta es una verdad digna de ser recibida por todos. Pero, cuando nuestro entendimiento es puesto a prueba en la vida actual, nos quedamos cortos y sabemos muy poco espiritualmente. Creemos lo suficiente fácilmente cuando nuestra vida transcurre sin perturbaciones y continuamos sin sobresaltos. Pero si nosotros, como los discípulos, somos zarandeados por Satanás y somos superados por el pecado, llegando incluso a negar a nuestro Señor; o si caemos en la discusión de quién es el más importante entre nosotros, ¿qué sucederá con nuestra fe? ¿Sufriría un terrible naufragio? Seguramente nos hundiríamos en las tinieblas de la desesperación, si no fuésemos engeguecidos por una fe imaginaria producida por alucinaciones del diablo. Y aun así, en medio de tales experiencias infelices, vemos que la sangre de Cristo es eficaz.

En medio de nuestra consternación es bueno que no perdamos el sólido fundamento de nuestra fe. Es bueno que permanezcamos aferrados a la misericordia perdonadora de Dios, que supera ampliamente todos los pecados. En esos momentos de zarandeo de parte de Satanás, cuando el alma es acosada por la tempestad, demasiado seguido se hace evidente que, aunque podamos tener un barco lleno de conocimientos bíblicos en la cabeza, no tenemos ni un grano de mostaza de fe en el corazón. Somos tales creyentes, que con los labios confesamos ser pobres pecadores, que decimos confiar sólo en los méritos de Cristo, y nos consolamos a nosotros mismos razonando que, en promedio, somos cristianos normales, buenos y aceptables. Si caemos en un pecado asqueroso, pensamos que la sangre de Cristo no nos sirve de nada y consideramos nula su justicia.

No debería ser así. Sentirnos deprimidos y profundamente avergonzados a causa de nuestra caída en pecado, y *“llorar amargamente”*, está bastante bien. Pero privarnos de nuestro consuelo y perder toda esperanza de ser restaurados, es subestimar la obra de Cristo. Con esa desesperación fallamos en darle la gloria y el honor al *“Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”*. Eso no es creer en Cristo, como lo hicieron los apóstoles, ni que él ha resucitado de los muertos, *“viviendo siempre para interceder por nosotros”*. Con una fe a medias, o una tibia confianza, nunca nos sobrepondremos al conflicto. Tarde o temprano en nuestra vida cristiana se presentarán tentaciones y experiencias que pondrán a prueba nuestra confianza en Cristo. No se puede creer cuán terribles pruebas y violentas tentaciones asaltan a los creyentes. Los once apóstoles ilustran la debilidad de los mejores creyentes.

Con todo lo que hemos leído, oído y pensado sobre ello, nuestra experiencia personal en la hora de la prueba es el verdadero criterio de la autenticidad de nuestra fe. Vemos como los más iluminados cristianos estuvieron al borde del naufragio de la fe en los días malos. Por lo tanto, es de máxima importancia que aprendamos a conocer bien a Cristo y lo que él ha hecho por nosotros, para que estemos preparados para enfrentar al enemigo de las almas y anularlo con la espada del Espíritu. Necesitamos velar y orar, para no caer en tentación. Necesitamos saber más de Cristo.

Cuando Cristo resucitó de los muertos la mañana de Pascua, él saludó a sus discípulos como a “hermanos”. Deberíamos pensar y hablar como escribe Lutero: “Es verdad que he pecado. Es cierto que no soy digno de ninguna hermandad con Cristo. Pero, si me rehúso a creer en esa hermandad –la cual no la obtuve yo ni me la obtuvo para mí ningún otro ser humano, sino que el Hijo de Dios la adquirió mediante su muerte– solamente agregó a mis otros pecados el horrible pecado de negar la obra y los méritos de Cristo. Mediante ese rechazo estaría acusando a Cristo de ser un mentiroso, pecado del cual Dios en su piedad me libre. Por eso, mejor diré: Sé que soy un indigno pecador. Sé que más bien merezco ser un hermano del

diablo que de Cristo. Pero, Cristo ha dicho que yo soy su hermano. Soy tan hermano suyo como lo es Pedro, dado que él murió por mí tan ciertamente como murió por Pedro. Cristo quiere que yo crea en él y que no le dé importancia al hecho que soy indigno y que estoy lleno de pecado, especialmente porque él ha dicho que no se acordará de mis pecados. Desde ahora Cristo no tomará en cuenta mis pecados, sino que los dejará enterrados y olvidados, ¿por qué no habría de olvidarlos yo, y de todo corazón alabar, agradecer y amar a mi querido Señor por tan abundante gracia? Aunque estoy cargado con pecado, no debo rechazar su maravillosa gracia y su ofrecimiento de hermandad. Si no creo esto, es eterno perjuicio para mí. Sin embargo, mi incredulidad no convierte la verdad en mentira. Su gracia y verdad permanecen inamovibles”.

Existe otra reconfortante verdad en relación a la Pascua. Al anoecer de ese día vemos a Jesús caminando junto a dos entristecidos discípulos hacia Emaús. Él conversa con ellos sin darse a conocer. Finalmente, hace que sus corazones se llenen de gozo, dándose a conocer al partir el pan, y restaura su ondulante fe. Mediante esta acción él muestra cómo habría de ser nuestra compañía en el camino de la vida, particularmente cuando, en la noche de la duda e incredulidad, esquivamos la compañía de los fieles. Como un buen pastor, él va en busca de la oveja extraviada.

Necesitamos esta consoladora verdad. Nos habríamos perdido miles de veces en este mundo peligroso si el Señor no nos hubiese defendido. Estaríamos destruidos si él no nos hubiese buscado cuando nos habíamos descarriado y no nos hubiese traído de vuelta a nuestro previo estado de gracia. Es imposible velar de tal manera que no caigamos en este o aquel error o pecado. La oscuridad de la duda y la incredulidad a veces caen sobre nosotros, y perdemos el rumbo. Entonces nos lamentamos diciendo: “¡Oh, cómo soy yo! Estoy espiritualmente muerto, mi corazón es frío. No le doy ninguna importancia a la oración ni a la Palabra de Dios. He perdido a Cristo. Me he alejado de él. Ya no soy uno con él, ni con el pueblo de Dios. Es

por mi propia culpa. He pecado y me he causado a mí mismo este aislamiento. ¡Ay de mí, porque me espera el castigo!”.

En momentos así estamos caminando junto a los dos discípulos que iban a Emaús. Aunque esta no es la más peligrosa oscuridad, pues el alma todavía suspira por la luz, nos perderíamos si el Señor nos abandonara para que cambiemos por nosotros mismos. Eso fue lo que sucedió con los dos discípulos. Pero, en medio de su oscuridad el Señor caminó con ellos. Si alguien les hubiese dicho que el Señor estaba a su lado, habrían tomado esa noticia como una burla. Ellos creían que él estaba muerto. Hablaban con él sobre su muerte con plena ingenuidad. No se daban cuenta de que estaban caminando con Aquel que extrañaban con tanto dolor.

¡Qué imagen de nosotros mismos en las horas oscuras de la vida! Ahí se verifican las palabras de Lutero. Cuando sientes que estás espiritualmente muerto, sin fe, sin amor, e incluso sin que tu estado tan deplorable te cause verdadera angustia, “entonces” –dice Lutero– “Dios mira más a fondo en tu corazón y descubre que no estarías en contra de tener tu corazón ardiendo de fe y amor hacia él”. Cuando es la falta de fe y amor lo que te causa la mayor tristeza, la fe no está muerta de ninguna manera en tu corazón. Cristo no ha desaparecido de tu vida: Él camina contigo hacia Emaús. Solamente más tarde, cuando él abra las Escrituras y se revele a sí mismo, nuestros corazones arderán dentro nuestro; entonces entenderemos que él no estaba lejos de nosotros.

Tenemos un consuelo aún mayor en el buen Pastor: Él no sólo busca, encuentra y consuela a las almas honestas que están perdidas en la oscuridad, sino que él también busca y salva a los que están verdaderamente perdidos, en la “provincia lejana” del pecado. La veracidad de esta declaración se confirma por doquier en la Escritura. En su Palabra hallamos innumerables ejemplos de su conmovedor servicio. Cualquiera fuere la situación en que te encuentres, él podrá ayudarte. Solamente él sabe en qué estado estamos. Sólo él puede ayudarnos en todas nuestras dificultades *“porque el Dios justo prueba la mente y el corazón”* (Salmos 7.9). . Temó que con mis

investigaciones y opiniones propias puedo equivocarme en cuanto a mi situación espiritual. Pero no necesito preocuparme, porque Dios ha prometido examinarme, y su juicio es –como dice David– “*justo*”. Cuando mis sentimientos me hacen caer en la duda, imploro con el salmista: “*Examíname, oh Dios, y pruébame; prueba mi mente y corazón*”. De esa manera sé que si el justo y fiel Dios lleva adelante esta revisión de mi corazón, no permitirá que yo siga caminando por un camino malo sin advertirme de ello.

Solamente Dios puede obrar en mí lo que necesito para mi salvación. Él puede despertarme, y convencerme de culpa y pecado. Él es el autor y consumidor de la fe. Es Dios quien crea la fe y no nosotros mismos. “*Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (Filipenses 2.13). Jesús dijo: “*Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer*” (Juan 15.5).

Por lo tanto, Dios puede suplir lo que nos hace falta. Él es el buen pastor y ayudador. Si no puedes lamentar tus pecados como deberías, él te ayudará a hacerlo. Si tienes un corazón malo, impuro y obstinado, él puede “*crear un corazón limpio y renovar un espíritu recto*” dentro de ti. Solamente él puede ayudar a solucionar cualquier problema. Toda nuestra ruina viene de imaginarnos que podemos crear esas transformaciones en nuestros corazones. Olvidamos que solamente Dios puede recrear el corazón.

¿Por qué, entonces, no todos los hombres son salvos? ¿Por qué Dios no regenera los corazones de todos los seres humanos? “*Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos*” (Mateo 9.12). Observa nuevamente esos dos discípulos: Tienen roto el corazón mientras caminan a Emaús. Es en corazones como éstos donde el Señor puede hacer su obra salvadora. Nadie que utilice sinceramente la Palabra de Dios en sus tiempos de confusión, particularmente si habla con otro creyente sobre su alejamiento del Señor, quedará sin auxilio ni consuelo. En la Palabra o en el partimiento del pan, reconocerá a su Maestro y su corazón arderá dentro de él. Así es nuestro Hermano mayor y fiel Pastor de nuestras almas. Amén.

LA VIDA CRISTIANA

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestó, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3.1-4).

Para más de un alma, para personas irreflexivas, estas son palabras demasiadas profundas y extremas. La gente descuidada y fluctuante tampoco obtendrá gracia ni provecho alguno de ellas. Sin embargo, el apóstol las proclama con el propósito de beneficiar a todo aquel que las oye o lee. Por ello, toda persona que quisiera oír o leer con provecho, primero de todo debería darle atención a la voz del Espíritu. Aquel que no quiera dedicarles el tiempo, o no necesita algo para su alma, que no espere algún provecho de la lectura o del oír estas preciosas expresiones del apóstol.

“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”. Aquí está la condición suprema para una verdadera vida cristiana. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo... Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3.1,3).

La expresión de un corazón corrupto que no tiene conexión con la fuente de vida, es una falsa pretensión piadosa de la vida cristiana. Este hecho se enfatiza por doquier en la Palabra de Dios. Y aun así existen personas que se consuelan a sí mismas con la idea de que son diferentes al mundo, como si pinturas y adornos externos fuesen suficientes para engañar el ojo de Dios que todo lo ve. Pero, pronto se oír el grito de medianoche: *“¡Mirad, el esposo viene, salid a*

recibirlo!” (Mateo 25.6). Entonces se horrorizarán los que estarán sin aceite en sus lámparas, sin fe en sus desfallecientes almas, sin amor ni temor a Dios en sus corazones endurecidos. Entonces serán obligados a escuchar la terrible sentencia: *“Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”* (Mateo 22.13). No lo conozco. Yo no era su vida. Él no tenía aceite en su lámpara, ni vestido de boda para cubrir la desnudez de su alma pecadora.

Pero, ¿qué significa *“haber resucitado con Cristo”*? El apóstol explica esta expresión en el capítulo precedente. *“Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios”* (Colosenses 2.12). Ante Dios, así como Cristo murió y volvió a vivir, así también todos nosotros hemos muerto y vuelto a vivir. *“Que si uno murió por todos, luego todos murieron”* (2 Corintios 5.14). Dado que él murió por todos y resucitó por todos, todos nosotros hemos resucitado –ante Dios. Aquí, empero, se refiere a la resurrección con Cristo en nuestros corazones, pues el apóstol usa las palabras: *“Mediante la fe”* (Colosenses 2.12).

En varios pasajes el apóstol ha explicado sobre como morimos y volvemos a vivir; cómo estamos crucificados con Cristo, sepultados con Cristo, resucitados con Cristo. En resumen, cómo Cristo se convierte en nuestra vida. Por ejemplo, él escribe: *“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gálatas 2.19-20).

El apóstol habla del mismo tema en Romanos 7.1-6, para ilustrar como el creyente es liberado de la ley, usa el ejemplo de una mujer que, por la muerte de su esposo, está *“libre de la ley del marido”*, teniendo plena libertad para casarse con otro. Luego dice: *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”* (v. 4).

Estos dos pasajes (Gálatas 2.19-20 y Romanos 7.1-6) tratan sobre la liberación del alma del yugo de la ley; la restauración de la vida mediante la fe en Jesús, en lugar de la incredulidad y la justificación basada en los méritos personales. Simultáneamente se produce el renacimiento del alma, por medio del cual uno llega a *“morir al pecado”*; es liberado del dominio del pecado, como dice la expresión, *“a fin de que vivamos para Dios”*.

En Romanos 6 hay muchas declaraciones fuertes sobre este aspecto del tema en cuestión. Por ejemplo, *“¿qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseña más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”* (Romanos 6.1-11).

Todo esto es parte del concepto: “Morir con Cristo” y “resucitar con él”. La conciencia del creyente está *“muerta para la ley”*, y en su vida diaria y conducta él está muerto al pecado. Lutero dijo que quien está muerto con Cristo y ha resucitado con él, *“le dice adiós a la querida ley vieja”*, diciendo: *“Te agradezco por tus servicios. Ya no puedes hacer nada más por mí. Ahora he aprendido que no soy capaz de presentarme como justo ante ti. Pero hay otro hombre que*

ha hecho por mí todo lo que tú demandas de mí. Es tiempo de decirle adiós a tu custodia”. El apóstol Pablo escribe: *“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”* (Gálatas 4.4-5). *“Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo”* (Gálatas 3.25). Ahora, ninguna otra cosa excepto el amor de Cristo, me impulsa a practicar el bien.

Similarmente, quien ha muerto y resucitado con Cristo ha dicho adiós a la servidumbre del pecado. Dice él: “Ya no puedo servirte más, oh pecado. Me rehúso a rendirme a tus encantos. He acabado contigo. Claramente digo. ¡Fuera!”. El apóstol muestra cómo por la ley morimos a la ley: *“...el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia...”* (Romanos 7.8). Me engañó, y por él me mató. Como si dijera: “Yo luché, peleé, trabajé, oré contra el pecado. Me fui horrorizando cada vez más, porque luché contra mis malas inclinaciones, pero volví a pecar. Me volví indefenso y débil ante los ataques del diablo. Me enredé con los lazos de la concupiscencia. Seguí al pecado voluntariamente. ‘El pecado abundó’, y yo me desesperé. Deseé tener las fuerzas para resistir, para enfrentar al enemigo de mi alma, para orar... pero no pude hacer ni eso siquiera. Era impotente. Yo ‘morí’. Me rendí ante Satán. Estaba perdido. Creí que la condenación de Dios había sido sentenciada sobre mi alma inmunda”.

“Cuando todas mis luchas bajo la ley, todos mis esfuerzos por librarme de las cadenas del pecado demostraron ser insuficientes e inútiles, dejándome esclavizado por el diablo a pesar de la altamente respetable apariencia de mi vida exterior; cuando yacía al lado del camino, igual que el viajero que descendía de Jerusalén a Jericó, herido, moribundo, revolcándome en mi sangre, el Buen Samaritano pasó junto a mí, me vio, derramó aceite en mis heridas y las vendó, me alzó y me llevó hasta la posada. Oí el evangelio del Hijo de Dios, quien se dio a sí mismo como pago por mi rescate, como sacrificio por todos mis pecados, y derramó el vino de su perdón sobre las heridas de mi alma. Él me levantó, me ayudó a caminar bien, y así,

ahora vivo en él. ¡Qué día tan feliz! De la antesala del infierno, fui elevado a la comunión con el Cristo de Dios”.

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7.4). En él vosotros tenéis toda vuestra esperanza, vuestra vida, vuestro consuelo, fuerza y justicia. Las palabras del apóstol se han verificado en vuestra propia experiencia personal: *“Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gálatas 2.19-20). Estaba muerto, y he aquí que vivo.

“Soy como alguien que ha muerto y ha entrado en otro mundo. En el mundo anterior yo confiaba en vano en mis propias obras, mi fuerza de voluntad, la fortaleza de mi carácter, mis resoluciones. En mi vida anterior, Cristo no era más que un maestro de ética para mí, como máximo. Ahora, en esta actual vida de fe, él es mi Salvador, mi cántico y mi gloria, mi único gozo y consuelo. En mi vida anterior estaba puramente ocupado con las cosas materiales de este mundo. Adoraba mi inteligencia y seguía los impulsos de mi malvado corazón. Ahora estoy interesado en las cosas que no se ven. Una sola palabra de la boca de Dios es más valiosa para mí que toda la sabiduría humana. En mi mundo anterior, las cosas del mundo –riquezas, honores, pasiones carnales y la vanidad de la vida eran mis bienes supremos. Ahora estas cosas terrenales son mis enemigos debido a la concupiscencia de mi carne. Mi riqueza, honor, gozo y expectativa están solamente en Cristo. Yo he muerto con Cristo y resucitado con él. ¡Bendito sea su santo nombre!

Mi fe y mi mente renovada no son de ningún modo perfectas. No soy un espíritu: También tengo carne y huesos. Sin embargo, estos nuevos elementos –la fe y la mente renovada– predominan en la vida de un cristiano. No estoy tan muerto para la ley como para que ella no me acuse; ella hasta se ensaña conmigo y me oprime. Pero, yo

no puedo permanecer bajo la ley. Me apresuro para protegerme a mí mismo con la gracia perdonadora de Dios. No estoy tan muerto al pecado y al mundo como para que estos no me tienten y a veces dobleguen y hagan tropezar y caer. Pero, no permaneceré al servicio de éstos. Me levantaré nuevamente y comenzaré una vez más a vivir la vida nueva.

A pesar de que mi fe y mi vida sean defectuosas e imperfectas, sé que son perfectas y aceptables para Dios. Tanto si mi fe es fuerte como si es débil, sigo estando revestido con el vestido de la justicia de Cristo. Traigo a mi memoria lo que dijo el apóstol Pablo: *“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”* (Gálatas 3.26-27). Estoy completamente dentro del pacto de gracia con Dios. A mí no se me tomará en cuenta ningún pecado. A pesar que mi estrecho y temeroso corazón no logre comprender todo el poder y la eficacia de la sangre de Cristo, en el cielo se le da todo el valor salvador que ella tiene. Allí, en el corazón de Dios, la sangre de Cristo es válida en el tiempo y en la eternidad.

Ante los ojos de Dios, entonces, estamos muertos al pecado, resucitados y justificados con Cristo, desde el momento en que nos hemos “revestido” de Cristo, por medio de la fe en él. Ante los ojos de Dios estamos sin pecado alguno, de la misma manera que estuvo Cristo al resucitar de la tumba. Esa es la razón por la que no hay nada condenable en aquel que está en Cristo. *“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús; los que no andan conforme la carne, sino conforme al Espíritu”* (Romanos 8.1). Ellos han sido *“librados de la ley”* (Romanos 7.6). Donde no hay ley, allí el pecado no se toma en cuenta. Cristo ha pagado por nosotros la pena que la ley nos imponía (Gálatas 4.4-5). Jesús es el garante y defensor de sus discípulos creyentes.

Esta es la razón por la que a tu alma no se le culpa de ningún pecado. Tu alma vive en un reino en el que no hay ley, no existen los Diez Mandamientos para aterrorizarte y condenarte. Para ti, como creyente, no existe el “Monte Sinaí” con sus truenos y relámpagos.

Eres libre de las exigencias de la ley. Vives amparado por la gracia de Dios.

Lutero dijo: “Un cristiano no es alguien que no comete ningún pecado, sino alguien a quien no se le culpa ningún pecado”. No está tan exaltado como para estar sin pecado. Pero si peca, la ley no puede condenarlo, porque la ley no tiene jurisdicción sobre él. Si todavía debiésemos rendir cuentas ante la ley de Dios, nadie podría ser salvo. En ese caso tendríamos que decir adiós a toda esperanza de salvación. Si fuese así, el evangelio sería un engaño y una trampa; Cristo habría muerto en vano y todos los creyentes iríamos a la muerte eterna condenados por los Diez Mandamientos. “El alma que pecare, morirá”. Esta es la sentencia irrevocable de la ley.

Pero, la Escritura dice: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”* (Romanos 8.3). Dice también: *“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)”* (Gálatas 3.13). Otra vez dice: *“Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo, pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”* (Gálatas 3.25-26). Entonces, la razón por la cual Dios no imputa culpa ni pecado al creyente es, como lo testifican David y Pablo, para que “les sea contada justicia” por la fe (Romanos 4.11). Notemos que el apóstol no dice: Bienaventurado el que no tiene ningún pecado, sino *“Donde no hay ley, no se inculpa de pecado”* (Romanos 5.13).

Sin embargo, observa que no solamente somos librados de la ley, de modo que ya no se nos imputa ningún pecado, sino que además se nos imputa justicia por medio de la fe. *“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”* (Romanos 10.4). Una vez más, el apóstol escribe: *“Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras”* (Romanos 4.6). Así, ante los ojos de Dios no solamente somos librados de culpa y pecado, sino que además se nos dota de una justicia eternamente válida. *“Al que no conoció pecado, por*

nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5.21). Los creyentes son *“la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”* (Efesios 1.14). Dios los ama con un amor irrefrenable.

Todo esto es el resultado de haberse *“vestido de Cristo”*. “¡He aquí” –dijo Lutero– “qué riquezas inmensas puede poseer la fe! Todas las obras y méritos de Cristo son dados por medio de la fe. Un cristiano puede confiar en ello tal como si él mismo hubiese hecho las obras y obtenidos los méritos. Por cierto, Cristo no hizo esas obras para sí mismo, sino para nosotros. Él no tiene necesidad de ellas, pero ganó esos tesoros para nosotros, para que creyendo podamos tenerlos”.

“Si la ley viene y me ataca, la desafío diciendo: He cumplido tus exigencias (y más) por medio de mi reemplazante, Jesucristo. A pesar de que hay pecado en mi carne, tengo una justicia perfecta en Cristo. Él es mío. Él me da todo lo que tiene. Así, su justicia es mi justicia. La ley no tiene nada que decir de mí. No tiene autoridad sobre mí”.

Si yo, sin embargo, me miro a mí mismo, reconozco que encuentro mucho pecado e impureza. Lo que la ley dice sobre eso es perfectamente cierto. Ella dice: “Eres un pecador”. Yo respondo: “Sí, lo soy”. Luego la ley dice: “Entonces estás condenado”. Si yo respondo “no”, sin duda necesito un buen fundamento donde apoyarme. ¿Dónde encuentro ese “no”? Ciertamente no dentro de mi propio corazón. Pero, sí lo encuentro en Cristo. Entonces le presento ese “no” a la ley. Él puede decirle que no, y con razón. Porque él es santo y sin pecado. Él me otorga ese “no” al darme su justicia.

Eso es lo que la Escritura quiere decir cuando afirma: *“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”* (Romanos 7.4). O: *“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”* (Romanos 10.4). *“Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”* (Romanos 8.1). *“...Donde no hay ley, no se inculpa de pecado”* (Romanos 5.13). ¡Cómo nos deberíamos alegrar en esta libertad real!

¡Cómo deberíamos meditar en esta divina justicia! Si es cierto que no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús, ¡qué verdad celestial! Si es cierto que ningún pecado se les imputa a ellos, aunque a veces puedan ser engañados por el diablo, ¡qué gracia, qué amor perdonador! Ellos no están bajo la ley, sino bajo la gracia. No deben rendir cuentas a la ley mientras sigan aferrados a Cristo. ¡Oh, si esto es la verdad, es la verdad más maravillosa! Y es la verdad, tan ciertamente como que la Palabra de Dios no puede fallar.

La Palabra de Dios es verdad, no importa lo que puedan decir en contra del diablo, los fariseos que se justifican a sí mismos, ni los razonamientos humanos. Es cierta a pesar de mis sentimientos o falta de sentimientos. Deberíamos alegrarnos porque nuestro Emanuel ha fundado un reino en este mundo, en el cual los pecadores ya no son pecadores ante los ojos de Dios, sino santos, agradables y amados, por medio de la fe en el Hijo de Dios. Esto es lo que significa el concepto *“resucitado con Cristo”*. Somos resucitados a una nueva vida en él y transformados a su imagen. *“Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”* (Efesios 2.6).

El segundo hecho glorioso relacionado con nuestra resurrección espiritual con Cristo, es que también estamos *“muertos al pecado”* y resucitados con una naturaleza nueva y santa, *“nacidos de Dios”* y que *“su simiente permanece en nosotros”*. Así ocurre el asombroso hecho de que en realidad *“somos participantes de la naturaleza divina”*, como lo dice tan categóricamente Pedro (2 Pedro 1.4). De esa verdad surge que no cometemos ningún pecado, como dice el apóstol, *“todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”* (1 Juan 3.9). Pero, *“si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”*. Si decimos que el cristiano, valiéndose por sí mismo, puede evitar ser dominado por el pecado y que no puede ceder al amor carnal del pecado, negamos las claras palabras de la Escritura.

Cerramos los ojos a muchos ejemplos de la Biblia, de santos que cayeron en pecados horribles.

Pero, algo notable es que un cristiano nunca puede permanecer en pecado, *“practicando el pecado”*; es decir, no puede dejar que sea su hábito normal de vida; no puede dejar que el pecado sea una práctica que él defienda y excuse. En tanto que la *“simiente”* de Dios permanece, el pecado le causa terror y es un tormento para él. La santidad es la delicia de su alma y la característica esencial de su vida y conducta. Si cae en pecado, cae como quien caería al agua o al fuego. No está tranquilo ni en paz antes de que se libre del pecado que lo acecha. De un alma así puede decirse que está *“muerta al pecado”*. Desechó vivir para el pecado. Ya no puede prestar servicio al pecado. Si intenta pecar, se angustia y no es feliz, como lo demuestra el caso del rey David. No encuentra verdadera alegría de corazón en el pecado y es incapaz de continuar en él.

Cierto hombre demostró ver la situación con la visión de un cristiano, cuando le dijo a su esposa: *“Si estás segura de que tu empleada es cristiana, no necesitas guardar todo bajo llave. Si quiere robarte algo, déjala que lo intente. Su pecado le causará tanta tristeza, que devolverá lo que te quitó. Si es capaz de quedarse con las cosas robadas, la simiente de Dios no está en su corazón. Porque, *“todo el que es nacido de Dios no puede pecar, porque la simiente de Dios permanece en él, y no puede pecar, porque es nacido de Dios”*”*.

Aquí debemos observar cuidadosamente que el apóstol habla solamente de aquellos pecados que son notorios y manifiestos. De otro modo, basándonos en este texto condenaríamos a muchos hijos de Dios, porque unos consideran pecado cosas que otros no consideran pecado en absoluto. (Ver Romanos 14).

Entonces, nuevamente debemos notar que el alma del cristiano a veces puede estar contaminada con pensamientos pecaminosos o insinuaciones, a pesar de que el Espíritu Santo no lo ha abandonado. Puede llegar a tener una tormentosa adicción y servilismo a algún pecado en particular, especialmente si cae en el legalismo, mirándose

más a sí mismo que a Cristo. Pero, ni aún esa condición puede abolir la fe. Pero cuando la fe revive, el pecado es dominado y erradicado. En cambio, aquel que no tiene *“la fe que vence al mundo”*, y sigue cautivo de algún pecado particular, aún bajo las presiones de una conciencia intranquila, en realidad nunca ha *“resucitado con Cristo”*. *“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”* (1 Juan 5.4).

Recapitulando: Aún el creyente todavía es frágil y débil en muchos aspectos; pero todo depende de si finalmente triunfa la carne o el espíritu, y si Jesús ha tomado control del alma. Si él se pone del lado del bien o del mal; del lado de la fe o de la esclavitud, de la justicia o del pecado. *“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?”* (Romanos 6.16).

Ahora ya hemos visto lo que significa *“morir y resucitar con Cristo”*. Hemos conocido la gran verdad que sólo Dios pudo revelarnos, que quien ha sido muerto por la ley pero revivió por el evangelio, restaurado y *“vestido”* con la justicia de Cristo, está temporal y eternamente libre del castigo por sus pecados, y no necesita rendir cuentas de nada a la ley. El mal que todavía puede hallarse en su carne y en su vida diaria, no se le imputa más a él. Por medio de la fe, vive continuamente en la gracia perdonadora de Dios. Él se ha *“revestido de Cristo”* y por eso ya *“no está bajo la ley, sino bajo la gracia”* (Romanos 6.14-15; 7.4, 6; 4.8; Gálatas 3.13, 25; 2.19-21).

Entonces, un cristiano perdonado debiera vivir en perfecta tranquilidad del alma y la conciencia. Debiera vivir como si no existiese la ley ni los Diez Mandamientos en la tierra. Este es el primer resultado sobresaliente de quien ha *“muerto y resucitado con Cristo”*. El segundo resultado es que, estando muerto para la ley, también está muerto *“al pecado”*. Él no puede permanecer en pecado. No puede *“practicar”* el pecado. No puede servir al pecado. Si cae en pecado, es como si cayera al fuego o al agua: no tiene paz ni alegría en su corazón. Él se recupera y vuelve a caminar por el camino recto. Ha descartado vivir una vida

de pecado. En un sentido muy real, el pecado es algo antinatural para él.

Ahora hemos descubierto el significado del texto: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos...”* (Apocalipsis 20.6). Nota las palabras *“bienaventurado”* y *“santo”*. Primero *“bienaventurado”*, luego *“santo”*. Ciertamente *“bienaventurado”*. ¿O no es una bendición vivir en un reino donde no se nos imputa ningún pecado; donde no tenemos que rendir cuentas a la ley; donde no somos condenados por la ley; donde no se nos aplica la ley; donde somos justificados por la justicia de otro, la justicia del Hijo de Dios? Y, ¿no es santa aquella persona que tiene la mente de Cristo; la que no practica el pecado; la que no puede ponerse al servicio del pecado; aquella persona para quien el pecado es una plaga y un tormento, y que se deleita en la justicia y la santidad? ¿No es un pasaje por medio de la muerte y resurrección a una nueva vida y a un nuevo mundo? Por cierto, es una vida gloriosa.

Aquí, de nuevo, somos confrontados con nuestros sentimientos y experiencias. Si cuestiono mis sentimientos al respecto, inmediatamente lo pierdo todo. Mi razón protesta: *“Te estás engañando a ti mismo. Es irracional y necio. ¿Cómo podría vivir el Espíritu Santo en mí? ¿Cómo puede Cristo ser mi vida? Entonces por cierto la vida divina en mí debe ser algo secreto y escondido”*. ¿Escondida, has dicho? Bien, eso es precisamente lo que sucede. Oye al apóstol: *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”* (Colosenses 3.3-4).

Nuestra vida en Dios está escondida, escondida con Cristo. Cristo es nuestra vida. Pero Cristo está escondido; por eso nuestra vida está escondida. Así es como escribe el apóstol. Tal es la experiencia de todos los santos. Pero, nosotros no estamos conformes en dejar que sea así. Objetamos: *“Si alguien tuviese la nueva vida en Cristo, seguramente eso debería reflejarse claramente en lo exterior. Debería*

iluminar toda su vida y conducta. Viviría en estado de éxtasis todo el tiempo y todo el mundo se daría cuenta de ello”.

Muy bien. Miremos un poco la Escritura. Es verdad que el creyente tiene el testimonio del Espíritu en su corazón. *“El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo”* (1 Juan 5.10). Pablo escribe: *“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Romanos 8.16). El amado apóstol Juan ciertamente escribió varias veces que nosotros “conocemos”. Por ejemplo, *“En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu”* (1 Juan 4.13).

Además, es cierto que quien no sabe nada de la conversión; del despertar del sueño del pecado; los intentos de justificarse por medio de la ley; la liberación de la condenación de la ley por medio de la fe en Cristo; la nueva vida en Cristo y la comunión con él, solamente se engaña a sí mismo si cree que su vida está escondida con Cristo en Dios. Interpretará este pasaje como si quisiera decir que la nueva vida en Cristo no tiene señales características para ser vista por todas las personas, ni manifestaciones externas, ni poder transformador en la vida del creyente.

Pero, está totalmente equivocado. Sigue siendo irrevocablemente cierto que el buen árbol es conocido por sus buenos frutos. Los frutos del Espíritu serán visibles en la vida del cristiano. Sin embargo, sigue siendo una realidad que la vida del cristiano está escondida con Cristo en Dios.

Lo que suele suceder es que, en primer lugar, nuestro ciego entendimiento no suele comprender cuáles son los “frutos del Espíritu”, ni siempre los aprecia debidamente, aunque estén claramente presentes en la vida del creyente. La razón no cree en aquello que no puede ver ni tocar. La razón disecaría la vida misma antes de creer. O también puede ser que no estemos conformes con los frutos del Espíritu indicados por la Escritura. Insistimos en determinar cuáles serían los frutos del Espíritu y cómo debería manifestarse la vida escondida con Cristo.

Por ejemplo, cuando la Escritura menciona al amor, la paz y el gozo como los principales frutos del Espíritu, hay muchos que dicen: “¿Por qué es así? Es cierto que en mi corazón nació un nuevo amor cuando mis pecados fueron perdonados. También es verdad que experimenté una paz y un gozo en mi alma como nunca antes. Pero, al final, estas cosas me parecen más bien difusas e intangibles. Debe haber algo más virtuoso y visible en mi vida. El amor, la paz y el gozo deberían ser más permanentes y sensibles”.

A veces ni siquiera valoramos en nuestras vidas los frutos del Espíritu, los que describe la Sagrada Escritura. Permitimos que nuestra imaginación cuelgue delante de nuestros ojos una imagen distorsionada, o alguna otra cosa, que nos fascina con su encanto y su atractivo brillo. La inmensa obra del Espíritu nos parece insignificante y rutinaria comparada con las creaciones de nuestra engañosa imaginación. O, en otros casos, si no encontramos determinadas señales de nuestra propia invención para reconocer la vida oculta en Cristo, ciertas expresiones extremas de sentimientos y maravillosas sensaciones de bienestar, somos rápidos en sacar la conclusión de que la vida oculta en Cristo no está en nosotros.

En segundo lugar, nuestra vida en Dios está tanto más escondida cuando él no solamente aparta de nosotros cualquier confirmación del poder de la fe, sino que también permite que el pecado nos venza, que Satanás se imponga sobre nosotros con sus ponzoñosas y falsas tentaciones. Encontramos a Pedro negando al Señor y a Pablo discutiendo con Bernabé. Cuando demostramos ser débiles e inestables durante el zarandeo de Satanás; cuando –horrorizados– nos damos cuenta de que nos hemos ido deslizado lejos del Señor, por cobardía o placeres carnales, nos preguntamos: “¿Dónde quedó ahora mi vida con Cristo en Dios? Debería estar loco para decir que el Espíritu de Dios vive en mí. Es el diablo quien quiere tomar posesión de mí. Él es quien desea vivir en mí”. En tales perplejidades de la vida, nuestra vida con Cristo en Dios ciertamente está escondida en los más bajos estratos del alma.

En tercer lugar, para lograr sus buenos propósitos, Dios en su sabiduría permite que sucedan todo tipo de calamidades y que surjan muchas adversidades en la vida del cristiano. Al patriarca Job parecía que se le pusieron en contra todas las fuerzas de la naturaleza y de los hombres juntas, tratando de hacerle sentir disconforme. Ladrones, tormentas y otros sucesos devastadores le despojaron de todas sus posesiones. Sus hijos le fueron quitados. Su cuerpo se infectó y llenó de molestas heridas. Su esposa ridiculizó su fe en Dios. Sus tontos compañeros aumentaron el peso de su carga con pesadas acusaciones. Su corazón se indignó y se llenó de rabia por lo que le tocó vivir, hasta que finalmente maldijo el día de su nacimiento. ¿Dónde está ahora ese hombre tan especialmente bendecido por Dios? ¿Dónde quedó ese hombre ejemplar, que era tan santo como ningún otro en su tierra? ¿Qué quedó de la amistad que cultivó con Jehová a lo largo de sus años de prosperidad y reconocimiento público? Verdaderamente, su vida en Dios tuvo que estar bien oculta.

Pero, de todos los males que pueden ocultar nuestra vida en Dios, nada se compara con el pecado. Comparados con el pecado, otros males son lecciones que valen oro; pronto nos damos cuenta de que se trata de la disciplina del Padre celestial; aprendemos el dulce secreto de que *“el Señor, al que ama, disciplina”*. Pero el pecado, el furor del diablo en la carne, los fuertes deseos del cuerpo, y la resultante convicción de que debemos haber sido abandonados por el Espíritu de Dios –eso es el aguijón de la muerte, que envenena el alma y nos deja en la confusión y desesperación. No nos queda nada por hacer sino clamar al inmutable Dios en persona, rogando que nos ayude en nuestra terrible angustia y horrible impotencia.

Sin embargo, cuando pasan los nubarrones y el cielo azul brilla sobre nuestras almas, nos damos cuenta de que en la noche más oscura, el corazón del Padre seguía siendo el mismo, que aún teníamos puesta la vestidura de la justicia de Cristo, y que la vida con Cristo escondida con Dios aún entonces seguía pulsando cálidamente en el alma. Nos conviene tener presente cómo guía Dios a sus discípulos y santos. Comprenderíamos cómo la vida en él puede estar oculta bajo

la mortaja de la muerte. Comprenderíamos que la justicia de Cristo no nos abandona en la hora de nuestra debilidad y desesperación; que hay gracia más allá de la ira de Dios, cielo más allá del infierno, y la luz del amor perdonador de Dios más allá de los nubarrones oscuros. Como el Jacob de antaño, luchemos con el Señor hasta que el día amanezca.

En un sermón predicado el día de Juan el Bautista, Lutero dijo: “Mis amigos, varias veces oyeron que Dios permite que sigamos afectados por los efectos del pecado, la muerte y el diablo. El pecado asalta mi conciencia y casi me hace desesperar de la gracia de Dios. El juicio de Dios me aterroriza. El diablo se prende de mi cuello y trata de derribarme. En esos momentos solamente sentimos que somos pecadores en poder de la muerte y el diablo. Pero, incluso en esas horribles circunstancias el ancla de la gracia de Dios sigue firme. Al creyente le espera inocencia y victoria sobre el mal. El Señor les asegura: “Las puertas del infierno no podrán contra los creyentes” (Mateo 16.18). No dice que “no los asaltarán”, porque los asaltos de las fuerzas del diablo a la iglesia continuarán. Pero dice: “*Las puertas del infierno no podrán contra la iglesia*” o sea, no podrán contra los creyentes”.

Al describir cuán grandioso, justo y agradable a Dios es un cristiano, Lutero dice: “Cuando el creyente es tentado se siente un miserable por ello en tanto la tentación persista. Debo sentir los horrores de la tentación cuando el pecado corroe mi alma, y la ira de Dios me aterroriza, y me asaltan los temores de la muerte. Pero, es un error si imagino que estas cosas horribles tienen completo dominio sobre mí. En medio de esas perplejidades la Palabra de Dios y el Espíritu están cerca de mí. Me dan coraje. Me aseguran que Dios no está enojado conmigo. Me dicen que todos mis pecados están perdonados, y que el Espíritu Santo no se ha apartado de mí”.

“¿Piensas que no nos haría felices ver esa justicia perfecta? Nunca he visto a alguien que fuese santo y justo en sí mismo. Todos tienen defectos. Piensa en alguien que admiras, y no hallarás ninguno sin pecado. Pablo, el más santo de los apóstoles, confesó que reconocía

la ley del pecado en sus miembros. “*Pues no hago el bien que quiero*”, escribe, “*sino el mal que no quiero, eso hago*” (Romanos 7.19). No quería pecar, pero aún pecaba. Yo y muchos conmigo quisiéramos estar libres del pecado, pero eso no lo podemos lograr, aunque tratemos de dominar al pecado. Cuando caemos en pecado, nos levantamos de nuevo, seguramente; pero el pecado sigue atormentándonos, como una plaga”. Eso dijo Lutero. Con certeza, el pecado es lo que más tienta la vida del creyente y pone a prueba su comunión con Dios.

Sin embargo, nuestra vida en Dios está escondida, no sólo ante nuestros ojos, sino también ante los demás. Algunos están ofendidos por nuestras faltas y defectos. Por supuesto, el mundo también se ofende; hasta se ofende por nuestra buena conducta y por las cosas buenas que hacemos. También, sinceros cristianos se ofenden y sufren por las reprensibles debilidades de sus compañeros cristianos. A veces, esas faltas afectan la verdadera doctrina y la fe; en otros casos, la conducta diaria y el estilo de vida; a veces son peleas y altercados. Por otro lado, existe la apostasía, el abandono y la negación de la verdad. Algunos cristianos se preguntan estupefactos: “¿Es este realmente el pueblo de Dios?”.

Debido a esta clase de inestabilidad en la vida de los cristianos, Lutero escribe en la introducción al Apocalipsis de Juan estas preciosas palabras: “La afirmación: ‘Creo en la santa iglesia cristiana’ es un artículo de fe, tal como los otros. Meramente la razón humana no puede comprender la iglesia, aunque ella presente cualquier cantidad de obras buenas “ante sus narices”. El diablo puede tapar la iglesia con todo tipo de basura, faltas y divisiones que te pueden ofender profundamente. Y Dios puede esconder la iglesia bajo todo tipo de debilidades y defectos, de modo que emitas un juicio totalmente injusto sobre ella”. Pero, “*la fe es la certeza de las cosas que no se ven*” (Hebreos 11.1). La iglesia y su Señor cantan esta canción: “*Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí*”, aquel que no se “escandaliza” por mí (Mateo 11.6). Un cristiano está escondido ante sí mismo de modo tal que no ve sus propias virtudes. Solamente

ve sus faltas y defectos, sus debilidades y pecados. Pero vosotros, presumidos ignorantes, tenéis la osadía de evaluar al cristianismo con vuestra ciega razón y ojos impuros. Nuestra santidad está en el cielo, donde está Cristo, no en la tierra ante la vista de todos, como los productos en el mercado de la plaza”. *“Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*.

¡Qué incomprensible! Aunque tenemos esa bendita vida con Cristo en Dios, el privilegio de ser justificados por Dios, eso sigue siendo invisible por ahora, y no por tener que ocultar algo vergonzoso y deprimente. Es natural que la gente se fije solamente en lo exterior, en las cosas que pueden ser vistas con los ojos del cuerpo. Vivimos rodeados de una infinidad de cosas visibles. Solamente que el mayor tesoro de nuestros corazones, lo celestial y eterno, eso no puede ser visto –permanece escondido.

Hay momentos en que esta realidad se convierte en una prueba para nosotros. Por eso es necesario que guardemos en nuestros corazones las palabras del apóstol: *“Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*. Debemos recordar las palabras de ese otro apóstol que dijo: *“Tal como él es, así somos nosotros en este mundo”* (1 Juan 4.17). ¡De qué manera estuvo escondida su vida en este mundo! Él era el Hijo unigénito del Padre, *“el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”*, y sin embargo qué escondida estuvo toda su gloria divina (Hebreos 1.3). ¡Cuán profundamente estuvo escondida su majestad bajo la *“semejanza de la carne”*!

Es verdad que la fe necesita un fundamento sólido sobre el cual basarse con seguridad. Es cierto que él hizo obras que ningún otro pudo hacer. Es cierto que él recibió gloria y honor del Padre por medio de la voz que vino de la gloria celestial y dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3.17). Es verdad que él tiene las señales del Mesías prometido, el Rey de gloria; y aun así él dijo: *“Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”* (Juan 9.39). A fin de que la soberbia mente de los incrédulos, que siempre exige señales y milagros, sea castigada con ceguera, y a fin de que él llegase a

ser semejante a sus hermanos y llevase sus cargas, sobre la tierra él fue “*despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos*” (Isaías 53.3).

¡Qué oculto, qué encubierto a la capacidad de la razón es todo esto: El Hijo de Dios nacido en un establo, acostado en un pesebre, criado en una aldea con un nombre tan insignificante que el piadoso Natanael preguntó: “*¿De Nazaret puede venir algo bueno?*” (Juan 1.46); el Hijo de Dios más pobre que los pájaros del aire; sin poseer ni siquiera una almohada donde recostar su cabeza; despreciado, ridiculizado, perseguido y finalmente atado, golpeado, azotado, escupido, expuesto ante una muchedumbre cruel, clavado a un madero fuera de la ciudad entre dos malhechores, soportando el malvado exabrupto de sus ejecutores: “*Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz*”; clamando después de horas de inexpresable agonía, “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” –entregando finalmente su espíritu, y luego su cuerpo traspasado para ser puesto en una tumba!

¿Dónde podría haberse visto la majestad divina en todo ese sórdido espectáculo? ¿Dónde estaba el poder y la gloria del Creador del universo? ¿Hubo alguna vez en el mundo algo tan irracional como la afirmación de que ese atormentado es el Hijo de Dios? Sin embargo, tal como había dicho, él resucitó de los muertos; fue visto por discípulos en particular y en grupos, hasta por quinientos de ellos, en diversos momentos durante un período de cuarenta días después de su resurrección; ascendió a los cielos, ante la mirada estupefacta de muchos testigos. De modo que él solamente emitió algunos destellos del poder y la gloria divinos, mostrando en general debilidad y humillación. “*Como él es, así somos nosotros en este mundo*”.

Como es la cabeza, así son los miembros. Como es el novio, así será la novia. La novia es pobre y ridiculizada, despreciada y mirada con desdén. Pero, debajo de la pobreza hay majestuosidad divina; bajo la debilidad, justicia eterna; bajo la humillación externa, el poder y el dominio del todopoderoso Dios. No debemos dejarnos confundir por lo que sentimos e imaginamos. Parece tan irracional que nosotros

seamos hijos del Dios viviente, los elegidos, santos y amados de Dios, como que Jesús de Nazaret, el muerto y resucitado, es el Hijo de Dios manifestado en la carne. ¿No vamos a darnos por satisfechos con él, nuestra cabeza, nuestro Hermano Mayor? ¿No vamos a ir con él a través del valle de la humillación hasta la maravillosa ciudad de Dios?

Solamente por medio de la fe llegamos a ser hijos de Dios, justos, sin culpa y agradables al Padre celestial. Debemos creer esto basándonos en la autoridad de la Palabra de Dios mismo. Lo debemos creer tan firmemente como si ya estuviésemos en el cielo, cualquiera fuesen nuestros sentimientos. La Palabra de Dios permanece cuando todo lo demás pasa.

La razón por la que nuestra vida está escondida es que el reino de Cristo es un reino de fe. La fe es una puerta estrecha para los orgullosos hijos de Adán. *“Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”* (Juan 9.39). Aquellos que no estuvieren dispuestos a someterse a todas las condiciones que el Rey impone, no están calificados para entrar a este reino invisible. El ejército de Gedeón no se formó con voluntarios, sino de la humillante manera que sigue: *“Entonces llevó el pueblo a las aguas; y Jehová dijo a Gedeón: Cualquiera que lamiere las aguas con su lengua como lame el perro, a aquél pondrás aparte; asimismo a cualquiera que se doblare sobre sus rodillas para beber”* (Jueces 7.5). Así es aquí. El que se somete al plan de Dios, y dobla sus rodillas ante su cetro, no importa cuál fuere la orden que se le imponga, sigue a Jesús en obediencia y es un miembro digno de su reino invisible.

Pero el que tiene que ver, sentir y gustar la dulzura de la comunión con Dios todo el tiempo; el que siempre tiene que estar consciente de esta vida y verla constantemente manifestándose y desarrollándose espiritualmente con claridad; el que espera que su vida espiritual sea siempre ferviente, vibrante y vigorosa; que su vida diaria sea pura y santa; que su vida llegue a ser tan calmada y apacible como un arroyo entre los sauces de un día de verano; que todos los cristianos

tienen que estar libres de faltas y defectos; unidos en el lazo de amor inquebrantable; sin actuar mal con sus palabras y conducta; que no está satisfecho con la vida escondida con Cristo en Dios –a veces enteramente cubierta y tapada por faltas y pecados– el que espera que haya todas esa perfección en su vida y en la de los demás, no está calificado para ser un soldado en el ejército del Señor.

El creyente en el Cristo crucificado debe estar contento con caminar en la densa niebla de la fe, a veces sin ver ni sentir nada de la gracia de Dios, como si estuviese completamente alejado de Dios. Así como Cristo estuvo cuarenta días y cuarenta noches en el desierto, ayunó y fue tentado por el diablo con la fatídica sugerencia: “*Si eres el Hijo de Dios...*” (Mateo 4.3), así también nosotros seremos tentados en el vacío y la aridez de nuestro desierto espiritual con la horrible sugerencia y hálito del diablo: “¿Eres tú un hijo de Dios?”.

Frecuentemente un cristiano va tambaleando en su penumbra espiritual hasta pensar que realmente él es el más depravado de los pecadores, mientras que simultáneamente y en secreto él es el amado hijo de Dios, vestido con la justicia y hermosura de Cristo, teniendo a los ángeles sonriendo sobre sí. Pero no pienses que él siente esta gloria. ¡Qué importante es que nosotros, en todo tiempo, recordemos que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios! Y permanecerá así, escondida en esta vida mortal. “*Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria*” (Colosenses 3.4).

Con respecto a tal vida el apóstol da la siguiente orientación: “*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*” (Colosenses 3.1). Él prosigue la exhortación explicando: “*Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*” (v. 3). Por su muerte y resurrección con Cristo los colosenses habían entrado a un nuevo mundo, comenzado una nueva vida, la vida del espíritu, en la que “*Cristo es el todo, y en todos*” (v. 11). Él era la vida de ellos, su consuelo, su gloria, su cabeza, el Autor de su salvación, su amigo y hermano. Entonces, “*busquen las cosas de arriba, donde está Cristo*

sentado a la diestra de Dios". Donde esté el esposo, también estará la esposa.

Cristo es vuestra vida y alegría. Él dirige vuestros corazones al cielo. Mediante la regeneración por el Espíritu Santo, habéis recibido una nueva naturaleza, que está tan muerta para la vida mundana de pecado, que la misma no le atrae. Además, vuestra vida en Dios, que es la verdadera vida, está escondida. No puede desarrollarse completamente en este mundo, ni expandirse libremente, porque aún estáis en vuestros cuerpos de humillación y limitaciones. Aquí no estáis en casa. Sois peregrinos y viajeros en un país extranjero. No sólo eso, sino que estáis entre enemigos; estáis en un país en el que vuestro Señor y toda vuestra familia espiritual nunca han disfrutado paz y tranquilidad, sino que han sido llevados como refugiados de un lugar a otro. Por lo tanto, todos vosotros podéis esperar un refugio temporal en este mundo, no un lugar de residencia permanente. Tenéis otro destino que la posada al costado del camino. Vuestro hogar está en el cielo. Entonces, *"buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios"*. No procuréis alcanzar las cosas terrenales y perecederas.

Quien aprendió a verse a sí mismo como un miserable pecador, perdido y condenado ante la santa ley de Dios, pero restaurado por la fe para vivir con Cristo, justificado y perdonado por los méritos del Hijo de Dios, no viviendo más según la carne sino según el Espíritu, tiene una mentalidad celestial y ansía estar donde está Cristo, en el hogar no hecho por manos humanas.

Amigo, busca las cosas que están arriba, donde está Cristo. No te engañes tratando de crear un paraíso en la tierra. Un cristiano que ha encontrado paz y gozo en la comunión con Cristo, no puede hallar en la tierra ningún placer comparable a la vida en Dios. Si cualquier cosa terrenal produce más alegría, la vida espiritual declina. Si tienes una vida feliz en la tierra, con paz y contentamiento en tu corazón, y la luz del amor de Dios iluminando el transcurrir de tu vida, entonces no te dejes absorber demasiado por las efímeras e inestables riquezas de este mundo impío, sino busca los tesoros celestiales que

permanecen cuando todo lo demás se te irá de las manos. Nunca hallarás verdadera paz y alegría, antes de hallar la felicidad en Dios. Si encuentras mayor alegría en las cosas de la tierra que en tu amistad con Dios, entonces hay algo radicalmente equivocado en tu relación con Dios.

Amigo, tienes un llamado en este mundo. Una mayordomía que ejercer. Eres responsable ante Dios por todo lo que él ha confiado a tu cuidado, uso y aprovechamiento. Tienes una labor a realizar, obligaciones diarias que cumplir. Pero tu corazón –tu corazón tiene que estar en el cielo, donde está Cristo. El Esposo de tu alma quiere todo el amor de tu corazón: Que tu corazón esté con él, en el cielo. Si Dios te concede una alegría especial en este mundo, disfrútala con gratitud, pero no permitas que aparte tu corazón de buscar primeramente los tesoros celestiales. La gracia de Dios es tu mayor tesoro y alegría. Una vida confortable, prosperidad, riquezas, ganancias y honores, así como los dones intelectuales, educación, experiencia y un carácter férreo –todo eso son beneficios valiosos, por los que tienes que agradecer a Dios sobre todo; pero recíbelos con temor para que no seduzcan tu corazón y lo alejen de Dios, el dador de toda buena dádiva y don perfecto.

Puesto que el cristiano tiene su alegría y felicidad supremas en comunión con Dios, no venderá su corazón por ningún tesoro terrenal. Si obtiene ganancias materiales, estas se convierten en un peligro para su alma. Si no las obtiene o las pierde más adelante después de tenerlas, se convierten en una maldición para él. Si las cosas terrenales se convierten en algo que le causa mayor alegría que su alegría en Dios, su alma está perdida. Si lo terrenal le causa menos alegría que lo celestial, entonces no se afligirá por acumular más bienes de este mundo que los que necesita para su diaria subsistencia.

Teniendo en cuenta la sed del corazón humano por los bienes materiales, recordemos las palabras de un sabio: “La mayor fortuna de un cristiano es no tener ninguna fortuna”. El cristiano ora con el sabio rey Salomón: *“Vanidad y palabra mentirosa aparta de mí; no me des pobreza ni riquezas; mantenme del pan necesario; No sea*

que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová? O que siendo pobre, hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios” (Proverbios 30.8-9). “Porque habéis muerto y resucitado con Cristo”.

Quien ha resucitado de la muerte con Cristo vive otra vida junto a la vida física. Es nacido de Dios, vive, se mueve y tiene su existencia en amistad con Dios, y está en lugares celestiales con Cristo. De otro modo sería demasiado pesado cargar la cruz de Cristo. Porque el corazón quiere las cosas de este mundo. Saca superficialmente la conclusión de que “más vale pájaro en mano que cien volando”. Es natural que busque las cosas de este mundo –riquezas, honor, privilegios, satisfacción de las pasiones de la carne, orgullo por la propia vida, y cosas por el estilo. Los cristianos sinceros también tienen la ley de la carne en sus miembros, la codicia por lo material y terrenal. Pero ellos *“están crucificados con Cristo”*. Por eso mortifican sus cuerpos con sus pasiones e inclinaciones malas.

El salmista Asaf confiesa: *“En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos. Los ojos se les saltan de gordura; logran con creces los antojos del corazón”* (Salmo 73.2-3, 7). Pero él agrega: *“Con todo, yo siempre estuve contigo; Me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”* (Salmo 73.23-26).

El apóstol continúa como sigue: *“Como vosotros estáis muerto al pecado y vivos en Cristo, perseverad firmes en la mortificación de la carne. No os dividáis entre Dios y el mundo. No miréis para atrás a Sodoma. No os dejéis seducir por los deseos de la carne. Estáis muertos para el pecado y el mundo. Vuestra verdadera vida está con Cristo en Dios. Vuestro hogar no está aquí. Vuestro hogar está donde Cristo está. Sois extranjeros y peregrinos que van al hogar celestial”*.

Porque han resucitado con Cristo y tienen mentalidad celestial, el apóstol Pablo advierte a los creyentes contra los vicios y pecados que son demasiado habituales en los incrédulos. Amonesta a los cristianos: *“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia”* (Colosenses 3.5-6). Estos y otros vicios constituyen *“el viejo hombre con sus hechos”* (v. 9). *“El viejo hombre”* es la depravación natural del ser humano, heredada de Adán. El apóstol continúa: *“En las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”* (Colosense 3.7-10).

De este pasaje aprendo que los cristianos no son perfectos santos en los que no se halla ningún mal, dado que necesitan amonestaciones como estas. El apóstol exhorta a los que *“han resucitado con Cristo”*, *“escogidos de Dios, santos y amados”*, a mortificar sus miembros para evitar pecados que me resulta difícil creer posibles entre cristianos. Antes que todo, él les habla como a verdaderos cristianos: *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo”*, etc. Los llama *“santos y fieles hermanos”* (Colosenses 1.2); *“elegidos de Dios, santos y amados”* (3.12), y amonesta a estos santos a mortificar y erradicar de sus vidas cosas como adulterio, fornicación, impureza, pasiones desordenadas, concupiscencia, codicia, ira, maldad, blasfemia, malas palabras, mentiras y cosas por el estilo.

¡Qué horror! ¿Qué es lo que veo en esos santos a los que el apóstol se dirige en términos tan positivos? Hubiese supuesto que aquellos a los que el apóstol reconoce como sinceros cristianos evangélicos, deberían estar tan lejos de cometer esos groseros y viles pecados, que hasta una advertencia contra ellos sería un insulto. Pero, aquí aprendo que es una tremenda equivocación sacar esa falsa conclusión, y pensar

que en sí mismos los cristianos, por obra del Espíritu Santo, están tan purificados y limpios, que son santos y están libres de pecado. De la epístola a los colosenses aprendo que los cristianos no sólo tienen la ley de la carne con sus pasiones y concupiscencias, sino que también están en peligro de caer en los pecados más bajos y los peores crímenes. Comprendo la verdad de lo que dice Lutero en su comentario del salmo cincuenta y uno: “Es una ficción sin fundamento sostener que algún ser humano es santo. Es prácticamente tan infundado como sostener que Dios ha caído en pecado, lo cual es imposible. Por lo tanto, debemos librarnos del engaño de que, por ejemplo, Pedro y Pablo estaban libres de pecado. Personalmente, ellos eran pecadores como los demás hombres. Solamente Dios es santo. *“Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”* (Isaías 6.3). Pero nosotros y todos los creyentes somos llamados ‘santos’ porque Cristo se ha santificado a sí mismo por nosotros, y nos ha dado su santidad. El ladrón arrepentido que murió junto a Jesús en la cruz es tan santo en Cristo como el apóstol Pedro. La santidad no depende del hecho de que Pedro y Pablo hicieron más y mejores obras buenas que los ladrones y que tú y yo, porque por naturaleza todos somos pecadores, y somos santos en Cristo”.

De la epístola a los colosenses aprendemos cómo armonizan ambas cosas, o sea, que los creyentes de Colosas eran, por un lado, pecadores tan viles como lo indican las advertencias del apóstol. Y, por el otro lado, los elegidos de Dios, santos y amados. Tú, que caminas por ahí guardando en silencio la vergüenza que sientes, porque te consideras el más desgraciado entre los cristianos, acaba con tu deshonor: Tienes muchos hermanos con los mismos sufrimientos y tristezas. Recuerda que aún puedes ser uno de los elegidos de Dios, santo y amado. Que sientas el pecado en tu carne no significa nada, si no vives en pecado y no puedes permanecer en el pecado. Si tan sólo te levantas de tus pecados por medio de la fe en Cristo, y una vez más comienzas a caminar en vida nueva. No estás bajo la ira de Dios, sino bajo su gracia perdonadora. *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Romanos 8.1).

Oye lo que el apóstol dice a los colosenses respecto a los resultados de los pecados enumerados en la lista negra que él hace: *“Cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia”* (Colosenses 3.6). Los hijos de la fe son inmunes a la ira de Dios. No están bajo la ley, sino bajo la gracia. Sus pecados les son perdonados, aun cuando no están enteramente liberados de sus pecados. Esta es la diferencia que hay: Los hijos de desobediencia viven y prosperan en el pecado como el pez en el agua. Con los creyentes no es así. Con respecto a esto el apóstol dice: *“En las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas”*. O sea, en los pecados que él acaba de mencionar (Colosenses 3.5, 7). Presta atención: En la vida de los creyentes existe “otro tiempo”, un tiempo que ya se ha ido. Antes, en el pasado, ellos vivían abiertamente en pecado. Ahora, están *“muertos al pecado”*. Nunca más volverán a ser esclavos del pecado. Su nuevo estilo de vida consiste en *“justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo”*.

Sin embargo, los creyentes necesitan ser constantemente amonestados, para que mortifiquen las obras de la carne mediante el poder del Espíritu. Esto se explica porque la nueva vida espiritual no es como un reloj, que cuando comienza a funcionar sigue andando en forma regular. Es una vida, y como vida está sujeta a muchos cambios, peligros, enfermedades y muerte. Pablo escribe a la iglesia de Corinto: *“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”* (2 Corintios 11.2-3). Esta “virgen pura”, esta “esposa del Cordero”, es el creyente, quien en su conciencia está muerto a la ley, muerto al pecado, muerto a la vieja vida de pecado, pero ahora está crucificado con Cristo, y Cristo vive en su corazón (Gál 2:20).

Notemos que, aún de tales creyentes y discípulos del Señor Jesús, el apóstol teme que puedan llegar a ser seducidos y perder su claridad mental. Esa catástrofe ya había ocurrido en muchos de aquellos a quienes él les escribió. Su claro entendimiento se había envilecido

al punto de que ni siquiera les ofendía el incesto cometido por uno de los miembros de su iglesia: *“De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción?”* (1 Corintios 5.1-2).

Tal perversión de mentes iluminadas puede ocurrir hoy en nuestro propio tiempo. El diablo no duerme. Tiene tiempo y medios en abundancia. Si la clara mente de nuestra madre Eva pudo ser envilecida, nadie debe sentirse seguro. Se necesitan amonestaciones y advertencias. Todos los cristianos tienen que tomarse las lecciones a pecho.

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Colosenses 3.5). Aquí se mencionan esencialmente dos clases de pecado: impureza y codicia. Estos son dos horribles abismos, en los que han caído numerosas almas pertenecientes al reino de Dios, para no levantarse nunca más. Fueron libradas de la esclavitud del pecado. *“Se habían arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que habían cometido”* (2 Corintios 12.21), pero volvieron a caer y ahora estaban irreparablemente perdidas.

Estas dos clases de pecados son distintos. El primero es grosero y desagradable, y recibe la condena de la gente decente. El otro es de tales características que la mayoría de la gente no lo considera como un pecado repugnante como lo es en realidad. La codicia generalmente se excusa con pretextos como: “Debo proveer para mi familia, y economizar no es avaricia”. Por las maquinaciones del diablo, en momentos de tentación, podemos llegar a considerar a la falta de castidad –lo cual es un pecado grosero y abominable– como algo comparativamente aceptable. Para el cristiano, este hecho de minimizar el pecado es la señal más segura de que el diablo anda cerca y se avecinan momentos peligrosos. Cada vez que el pecado que en tu estado mental normal te parece horrible comienza a parecerse inocente, puedes estar seguro de que pronto vendrá el tiempo de la

tentación. El espíritu de la oscuridad está pervirtiendo tu sentido moral.

¡Ten cuidado aquí! Debes huir o caer. Si comienzas a discutir y opinar, a considerar y dudar, en poco tiempo serás como el pez que tragó la carnada y se clavó el anzuelo del pescador. Cuando Eva se involucró en una conversación con el diablo y se quedó contemplando el fruto prohibido, estaba en el camino de la desobediencia. En este combate ganamos más huyendo que peleando. Es uno de los típicos engaños del diablo hacernos creer que no hay peligro en ir hasta el límite del pecado, hacernos sentir confiados de que no caeremos en el abismo allá abajo. Cuando el alma está velando, se mantiene lo más lejos posible del peligro de caer en pecado.

Quien quiere evitar el pecado debería evitar la tentación. Tiene que evitar la oportunidad de pecar, el lugar, la hora y la idea en sí. Jesús dice: *“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno”* (Mateo 5.29). Hasta algo en sí inocente, como lo es un ojo, tiene que ser entregado si sirve como instrumento de pecado. Aunque lo que esté tentándote fuere algo tan valioso para ti como lo es tu ojo, quita eso de tu mente y de tu corazón, y huye de la tentación como lo harías para evitar una peste. Es mucho mejor que sufras la falta de algo en este mundo pero que tu alma sea salva, que ceder al pecado padeciendo aquí una mala conciencia y agonizando en el infierno en el más allá.

Con el propósito de incentivar a los cristianos para que estén vigilantes, sí, para que se horroricen ante los pecados de inmoralidad sexual en todas sus expresiones, no puede darse otra advertencia más poderosa que la dada por el apóstol: *“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo... Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; más el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque*

habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6.15-20).

Habéis sido comprados con la preciosa sangre de Cristo. No sois vuestros. No podéis hacer con vuestro cuerpo lo que se os antoje. Tampoco tenéis que disponer de vuestra alma, pensamientos y sentimientos, como os plazca. Creéis en Cristo, y vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Por más misterioso que fuere para ti el hecho de que el Espíritu Santo mora en ti, esa es la verdad, porque lo dice Dios y él es veraz. *“Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9). “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne” (1 Corintios 6.15-16).*

Sin embargo, como regla este pecado de impureza es vencido solamente por medio del proceso de desesperación. Que es un pecado abominable uno lo podría admitir sin reparos; pero que pueda ser perdonado y borrado por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo y que soy un amado hijo de Dios y templo del Espíritu Santo, eso es algo difícil de creer. Por esa razón muchos son angustiados al extremo de la desesperación. Andan cargando la culpa y el pecado secretamente en sus corazones, esperando sobreponerse al pecado. Cuando esa victoria personal ha sido obtenida, tienen la intención de creer en la gracia perdonadora de Dios. No obteniendo por ese medio ningún poder para vencer al pecado, sólo se hunden más y más hondo en el fango de la desesperación. Como el que se está ahogando lucha y golpea en el agua levantándose solamente para volver a hundirse, hasta no levantarse más, así la persona impura, con todos sus esfuerzos para salvarse a sí misma, al final se ahoga en el mar de la desesperación. Habiendo obtenido perdón una y otra vez y aun así cayendo de nuevo en el mismo pecado o peor, llega a la conclusión de que Dios lo ha abandonado y que ya no puede esperar más gracia.

El que quiera ser salvo del insidioso poder de los pecados de impureza, tiene que aprender el arte de tomarle la palabra a Dios y creer en sus promesas de gracia, no importa cuán atrevida pueda parecerle eso a su confundida alma. Ninguna orden, ni reglamentos, ni oraciones, ni luchas serán capaces de romper los cerrojos de este pecado. Nada puede mostrarse capaz obrar ese milagro excepto la fe que, en medio de una vida de pecado, confía en la sangre del sacrificio derramada para la liberación de la humanidad por el Hijo de Dios. Sólo Cristo puede conquistar el monstruo del pecado en el corazón.

Más aún: cuando realmente crees que tu pecado, no importa lo asqueroso que fuere, ha sido quitado de ti y puesto sobre el Cordero de Dios; cuando comprendes que los pecados concretos que –para tu horror– admites haber cometido, han sido cargados sobre el Hijo de Dios en el Calvario; cuando realmente crees esto, la luz de la esperanza y la libertad surgirá en tu alma, y esa simple fe romperá los lazos del pecado que te mantiene en su horrible servidumbre. *“El gozo de Jehová es vuestra fuerza”* (Nehemías 8.10).

Para obtener tal fe y tal gozo implícito en el Señor, no es suficiente con que quieras creer. Tienes que utilizar los medios que Dios ha provisto para la creación y el sostenimiento de la fe y el gozo. Necesitas el evangelio, la santa cena, la oración intercesora de cristianos sinceros por ti ante el trono de gracia, la intercesión del Sumo Sacerdote a la diestra de Dios, la humildad para confesar tu pecado y la entrega de tu alma y de tu vida a Dios. Descubrirás que, en última instancia, tu salvación depende solamente de la gracia de Dios. Para que podamos aprender esta –la más profunda lección de la vida– Dios permite que nos sobrevengan tentaciones, que pasemos por pruebas y pecados para demostrar nuestra enorme incapacidad ante los asaltos del diablo y todos sus siervos. Un día comprenderás más vívidamente que nada puede hacerte verdaderamente libre excepto la infinita compasión de Dios.

A grandes rasgos, la experiencia de Pablo es la experiencia de toda alma que llega a la fe en Cristo: *“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón*

en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12.7-10).

El segundo abismo contra el cual el apóstol advierte a sus lectores es el pecado de la avaricia (Colosenses 3.5). Las personas son más fácilmente engullidas por este pecado por su especial característica de ocultar el borde de su precipicio con hermosas flores de bellas fragancias. La avaricia cubre su hediondez con un lindo plumaje y explicaciones expertas. ¿Quién quiere admitir que es avaro y codicioso? Un cristiano que está siendo atrapado por el amor al dinero, raramente se da cuenta de los tímidos comienzos del pecado. Repite una y otra vez que es necesario economizar y ahorrar. Se justifica diciendo que se debe proveer para los suyos y para la vejez de uno. Defiende su creciente ambición de dinero con el eufemismo de que los cristianos tenemos que apropiarnos de la mayor cantidad posible de los dones de Dios, dinero incluido. Dinero, acciones, bonos, seguros, propiedades... ¿no son todas esas cosas dones de Dios, para ser recibidos con gratitud? ¿Quién tiene el derecho de reprenderlo por su ferviente deseo de riquezas? ¿Quién puede demarcar la línea divisoria entre ahorro y avaricia? Pero, el cristiano que no quiere compartir el juicio condenatorio que cayó sobre Demas no debe engañarse a sí mismo. Tiene que examinarse profundamente para desenmascarar las excusas elaboradas por su propio malvado corazón, para no caer en el precipicio bajo los deslumbrantes encantos de la codicia. Que tome en serio las advertencias de la Palabra de Dios en contra de lo más perjudicial y cautivante que hay, la codicia de dinero.

¿Qué dice el Señor Jesús? Tú te consuelas a ti mismo por el hecho de que, todas esas cosas terrenales que ocupan tu mente y corazón, excluyendo prácticamente las cosas espirituales y eternas, son en sí

mismas totalmente inocentes. Sin embargo, tendría que recordarte que, cuando Jesús habló de las cosas que obstaculizan la salvación de las almas, él mencionó ciertas cosas materiales que en sí mismas son inocentes: *“He comprado una hacienda... he comprado cinco yuntas de bueyes... acabo de casarme...”* (Lucas 14.18-20). Estas cosas no son malas en sí mismas, pero nadie negará la posibilidad de que estas cosas inocentes –y otras similares– ocupen de tal manera la mente y el corazón, al punto de excluir completamente a Dios, la salvación y las cosas celestiales. Eso es precisamente lo que estas cosas hacen en la vida de millones de personas, muchas de las cuales dicen ser cristianas.

Cuando Jesús se referiría a las cosas que ahogan la buena semilla de la Palabra de Dios en los corazones de los hombres, mencionaría solamente a *“el afán de este siglo y el engaño de las riquezas”* (Mateo 13.22). No menciona las faltas groseras y graves, la deshonestidad, el robo, los fraudes, las estafas y cosas por el estilo como las causantes de la ruina de las almas y las vidas. Solamente dice que la buena semilla de la Palabra de Dios es ahogada en el corazón del ser humano por la sórdida ambición de cosas materiales. En esta parábola puedes ver la línea divisoria entre la apropiada mayordomía y la avaricia. La una es nuestro deber, la otra nuestro peligro. Son pocos los cristianos que no sienten el riesgo de interesarse y amar demasiado las riquezas temporales. El cristiano que está atento se pregunta a sí mismo: *“¿Sigo viviendo en comunión con Dios? ¿Las preocupaciones terrenales han ahogado la semilla de la Palabra de Dios en mi corazón?”*. Jesús dijo que la maleza y los espinos del amor por los bienes materiales, las necesidades de la vida, la idolatría del dinero, son las cosas que causan la muerte del alma.

¿Cómo sucede esto? Como la Palabra de Dios tiene dos elementos, la ley y el evangelio, el efecto de ambos en el alma también es doble.

Primero, la obra de la ley es producir un corazón contrito y quebrantado. Un corazón que sienta agudamente su desobediencia a Dios y sea conducido a encontrar descanso y paz en Cristo. Aún después de que la fe ha sido engendrada en el alma, la obra de la ley continua en

la vida del creyente. Mantiene viva la conciencia de pecado y a veces amenaza con predominar sobre la luz del evangelio en el corazón. Regula su vida y conducta en conformidad a la voluntad expresa de Dios, revelada en los Diez Mandamientos. Le advierte contra el rumbo del mundo y las maquinaciones de su propio corazón pecaminoso. No le permite anular los límites impuestos por la ley, ni vivir en pecado despreciando la ley con la excusa de que ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia. Le amonesta a mortificar la carne, con todos sus malos deseos y tendencias, y a andar en vida nueva. Intensifica la percepción de la presencia de la ley del pecado en sus miembros, y profundiza en él un sabio reconocimiento de sus debilidades y pecados. Lo conduce más y más a Cristo en busca de salvación.

Segundo, la obra exclusiva del evangelio es comunicar paz al alma mediante la fe en los méritos de Cristo. Junto con la justificación que Cristo da y la paz de Dios que recibimos a través de él, viene el amor de Cristo, que constriñe los corazones a entregarse completamente a él y a su servicio.

Se podría decir sumariamente que arrepentimiento, fe y santificación, la renovación diaria, son los frutos de la Palabra de Dios en los corazones de los hombres. Siendo así es fácil entender cómo la buena semilla a menudo es ahogada en el corazón por los afanes de la vida y los engaños de las riquezas. Esta deplorable destrucción de la obra del Espíritu Santo en los corazones de los hombres, se produce cuando ellos prosperan tanto que son absorbidos por la acumulación de riquezas, o cuando las preocupaciones por el sustento diario sobreabundan tanto en el corazón, que las cosas terrenales no dejan lugar en sus mentes –ni tiempo en sus vidas– para interesarse por sus almas inmortales. La comunión con Dios y la meditación en su Palabra son dejadas de lado por los frustrantes intereses por las cosas terrenales de la vida. El corazón se endurece con grosero materialismo. El pecado no importa nada, sólo es un concepto, volátil como el aire. Carnalidad, vicios, hábitos repugnantes cubiertos por la apariencia de respetabilidad, simulación e hipocresía, toman el lugar de la ardua mortificación del viejo hombre de pecado en el alma, y

florecen en dirección a la ruina del alma, para deleite del diablo y de los suyos. Así es ahogada la buena semilla, anestesiada la conciencia hasta quedar insensible, y el corazón se cubre con el crecimiento nocivo del pecado y la desobediencia a la voz del Espíritu.

Cuando la ley ha perdido su autoridad y poder sobre ti, cuando el pecado ya no te hace avergonzar de ti mismo, ¿en qué se ha convertido tu fe? ¿Qué significado tiene el evangelio para ti? Para ti no es otra cosa que una historia antigua, que has oído miles de veces, y que no significa nada para tu vida. Pues donde la ley no crea tristeza por el pecado, el evangelio no puede hacer ninguna restauración. De manera que ni estás abatido por la ley, ni regocijándote en la fe. Pero, si te cubrieses con el manto del evangelio mientras aún sirves a dioses falsos, te convertirías en un hipócrita, completando el endurecimiento de tu corazón y apagando la última chispa de gracia en tu alma. Un alma así hace recordar el barranco de la costa del mar, que ha sido degradada por ser constantemente lavada por el agua y la arena. El corazón que, por un lado, ha sido anegado con las preocupaciones de este mundo, los deseos de la carne y el engaño de las riquezas; y por otro, por el uso hipócrita de los medios de gracia, finalmente llega a estar tan degradado, duro y frío, que nada le afecta excepto la pérdida de sus ídolos. Hubo una vez cuando ese corazón era receptor de la gracia de Dios, se daba cuenta de sus pecados, y se regocijaba en el inmerecido perdón de Dios. Ahora la buena semilla ha sido ahogada y no produce frutos. No hay nada más que espinas y yuyos malos. ¡Cómo has caído de los cielos, tú, hermoso lucero de la mañana!

El mundo está lleno de ejemplos de esa horrible apostasía. Viene a mi mente un comerciante que había sido rescatado de una vida libertina y de falsos negocios. Sin embargo, pronto descubrió que, en su nueva y escrupulosa forma honesta de vivir, no prosperaba tanto como antes, y comenzó a razonar como sigue: “Tengo una familia que mantener. Mi negocio se está arruinando. Mis competidores me están quitando los clientes. Me voy a tener que dedicar a otra cosa, o volver a mis antiguos métodos de hacer negocios”.

Este comerciante dejó de ir a la iglesia, de tener devocionales familiares, y de leer libros edificantes. Se permitió prácticas cuestionables; bebía con sus clientes y potenciales clientes; les organizaba banquetes y parrandas, usando el día del Señor para revisar sus cuentas, o para recuperarse de los excesos del fin de semana. Si un amigo cristiano le hacía una advertencia, le volvía las espaldas lleno de resentimiento. Estaba decidido a hacerse amigos mundanos. Pronto ellos le parecieron más atractivos que sus antiguos amigos cristianos, a quienes ahora tildaba de “mentes cerradas” y “obsesionados”.

Así se pervierte la mente y paraliza la conciencia. Comienza con apetito por los bienes de este mundo y los placeres de la carne. ¡Cuán terrible es cuando se hace realidad lo que dice el apóstol! *“Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”* (1 Timoteo 6.9-10).

“Muchos dolores”. ¡Qué triste verdad! ¿No encontramos en todos los periódicos sórdidas noticias de hombres *“traspasados de muchos dolores”*? Las cárceles, los juzgados y las tumbas de quienes se quitaron la vida hablan de cuán actual son las advertencias del apóstol. Como Judas con sus treinta monedas de plata, los que querían volverse ricos van finalmente a *“su propio lugar”*. Aquí caben las palabras del apóstol Santiago: *“¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros”* (Santiago 5.1-3).

¡Qué bendita filosofía de vida es recibir con gratitud las cosas buenas de la vida de la mano de Dios, ocuparse fielmente de las tareas diarias de uno, estar contentos con la ropa y la comida de cada día, y confiar en Dios para el futuro! Esas son las personas más felices del mundo. *“Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento”* (1 Timoteo 6.6).

“Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto” (v. 8). El sabio rey Salomón dijo: *“El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones; mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa”* (Proverbios 28.20).

La pobreza y los afanes son poderosas espinas que ahogan la buena semilla de la Palabra de Dios en el corazón, especialmente cuando son superadas por la prosperidad y la abundancia. Un joven convertido permaneció siendo piadoso y ejemplar mientras era pobre y tenía que trabajar duro. Sin embargo, por medio del matrimonio con una mujer rica él ingresó a un nuevo mundo social, un mundo de placeres y disipación, de modas y vanidades. Muy pronto el espléndido joven cristiano había pasado por una metamorfosis convirtiéndose en un consumado hombre de mundo y en un intolerable presumido. Un celoso maestro en la iglesia, que trabajó arduamente por la salvación de las almas bajo la presión y las privaciones de la pobreza, finalmente fue transferido a una posición elevada y lucrativa, y entonces –lamentablemente– su fe se evaporó, convirtiéndose en un somnoliento espectador de las murallas de Sión. Quien anteriormente era humilde y amigable, se volvió arrogante y formal, asumiendo excesivamente el rol de su nuevo oficio tan importante y sus cuantiosos ingresos. La súbita transformación de una posición modesta en la vida a otra donde tenía mucha influencia y poder, había dado vuelta su cabeza, y su nuevo aspecto exterior arrastraba su vida espiritual al formalismo superficial. Sus predicaciones, que anteriormente habían sido vivificantes gracias al Espíritu, se habían deteriorado, convirtiéndose en discursos sin real interés en la salvación de las almas.

Se podrían citar muchos ejemplos similares, pero estos dos son suficientes para ilustrar la terrible verdad que las preocupaciones por las cosas de este mundo y el amor al dinero, demasiadas veces ahogan la buena semilla de la Palabra de Dios en los corazones de los hombres. Somos sabios si atendemos a las palabras del apóstol: *“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría”* (Colosenses 3.5).

Las palabras del Señor Jesús sobre la poderosa tentación de la avaricia son dignas de ser constantemente recordadas: *“Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo”* (Lucas 6.24). Como si dijera: Si el dinero es todo vuestro consuelo, pronto estarán completamente desconsolados, en el tiempo y en la eternidad. ¡Dios tenga misericordia de los miserables adoradores del dinero! Considerando la intensidad de las palabras de nuestro Salvador al advertirnos sobre el insidioso poder destructivo para las almas que tienen las riquezas, nos preguntamos si ese antiguo santo llamado Pretorius no tenía razón cuando dijo: *“La mayor riqueza es no tener ninguna riqueza”*. La ley dada por Jehová a la tribu de Leví decía: *“Y Jehová dijo a Aarón: De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel”* (Números 18.20).

Los pecados que el apóstol enumera más tarde en su carta a los colosenses, *“...ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca... mentiras...”* (Colosenses 3.5-9) son tan evidentemente malas e inexcusables que no necesitan muchas explicaciones. A esto se aplican, en forma general, las amorosas palabras de nuestro Señor: *“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”* (Marcos 14.38). Todo cristiano teme caer en pecados de ira, enojo, blasfemias, mentiras, etc. Pero, ¡estemos atentos! ¡Veamos! Los enojos enseguida producen amargura, y la amargura malas palabras, dichos y actos hirientes, malicia y calumnias contra nuestro prójimo. *“Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno”* (Santiago 3.5-6).

Cuando se despierta la ira en el corazón, espera un momentito. Contrólate a ti mismo. Recuerda que Dios te ha perdonado. Nada ayuda más a la supresión del enojo que recordar el amor perdonador de Dios en Cristo. Nada es tan efectivo para tranquilizar y estabilizar

mentalmente, como la parábola del que tenía una deuda de “diez mil talentos” y fue perdonado por su acreedor. Repite para ti mismo el Padrenuestro, y detente en la quinta petición, *“perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”*. De esa manera, *“por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne”* (Romanos 8.13).

Asimismo, si somos tentados a mentir, recordemos que Dios es testigo y escucha todo. Piensa en el caso de Ananías y Safira (Hechos 5). Ten en cuenta también que eres un hijo de Dios, entre los cuales estos pecados ni deben ser mencionados. *“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno”* (Colosenses 3.9-10). Observa que el “nuevo hombre” que tiene fe en Cristo es creado y renovado para ser parecido a Dios. Crece asemejándose más y más a Dios, en amor, justicia y paz. La imagen de Cristo se refleja en su vida y conducta. Aquí *“no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos”* (v. 11).

No depende de haber estudiado hasta cierto nivel, ni tampoco de la escuela a la que hemos asistido. No importa si tengo pocos o muchos estudios. Todo depende de si Cristo es todo en todo para mí. Que Cristo sea para mí la única sabiduría, justicia, santificación y redención, que produce en mí “una nueva criatura en Jesucristo”, “un nuevo hombre”, y la imagen de Cristo se proyectará nítida u opacamente, dependiendo de cómo fuere mi caminar con él. Ten cuidado, amigo, que al confesar a Cristo como siendo todo esto para ti; no finjas y actúes como un hipócrita, alabándolo a él con los labios, pero negando su poder en tu vida y en tus hechos de cada día. Ora a Dios pidiendo que Cristo pueda convertirse más y más en una realidad viviente y conductora de tu vida, que él pueda hablar a través de tus labios, vivir en tu vida, dirigir tus pensamientos y tu conducta. Entonces estarás llevando adelante la vida de un discípulo del Señor Jesús. ¡Qué Dios nos conceda esa gracia a todos! Amén.

AL CAER LA NOCHE

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano (Isaías 55:6)

Era una noche oscura y tormentosa. El cielo estaba cubierto con grandes nubes negras. La lluvia caía a torrentes. Los caminos se habían vuelto casi intransitables, y uno no podía más que lamentarse por aquellos que debían estar afuera en una noche como esa. Era tarde, y en todas las casas crepitaba el fuego en el hogar.

En lo profundo del bosque había una cabaña a la que raramente se acercaba alguno. Pero, esa noche un caminante llamó a la puerta. Lo invitaron a pasar y él pidió albergue para lo que restaba de la noche. Los simpáticos dueños de casa le dieron una cordial bienvenida, lo invitaron a sentarse cerca del fuego, pusieron a secar su abrigo, y finalmente compartieron con él una cena frugal. El extraño les contó entonces cómo se había extraviado en el bosque al caer la noche, y cómo había orado a Dios rogando que lo guiara a algún refugio, y en ese momento divisó la luz en la ventana a través de la oscuridad y la tormenta.

Después de la cena el visitante se veía inquieto, miraba como si esperase algo. Los anfitriones dijeron entonces que era tiempo de retirarse a descansar y abrieron la puerta de una pequeña recámara para el huésped. Los niños ya se estaban preparando para ir a la cama.

“¿Qué?”, exclamó el huésped, “¿no se olvidaron de algo antes de irse a dormir?”. “No hemos olvidado nada, señor”, respondió el jefe del hogar sorprendido. “Hemos hecho nuestro trabajo diario, hemos cenado y ahora todos estamos listos para ir a descansar”.

“En ese caso debo darles gracias por su hospitalidad”, contestó rápidamente el extraño, “y proseguir mi viaje, a pesar de la tormenta y la oscuridad. Pues no me atrevo a dormir en una casa donde la familia no se encomienda en las manos de Dios al finalizar el día, pidiendo

su protección y bendición sobre ella. Podría tener miedo que por la noche se me cayese el techo sobre la cabeza”.

“Nunca habíamos pensado en eso”, dijo la mujer con voz temblorosa.

“Pero Dios en el cielo sí ha pensado en ello”, respondió el extraño, preparándose para partir. “Y si su paciencia no fuese tan grande como es, sospecho que el techo se hubiese caído ya hace rato. Porque una casa en la que no se ora, está edificada sobre la arena. Por favor, ayúdeme con mi caballo. Debo irme. No tengo el coraje para quedarme en vuestra casa”.

“Por favor, quédese esta noche con nosotros, señor”, rogó entonces el dueño de casa, “y enséñanos a finalizar el día como debemos hacerlo. ¿No quisiera orar con nosotros y por nosotros? Nunca hemos tenido devocionales familiares, y yo no sabría cómo dirigirlos”.

El visitante no dudó, e inmediatamente extrajo una Biblia que llevaba entre sus cosas, leyó unos versículos, cayó sobre sus rodillas al lado de una silla, y oró fervientemente por él mismo y por las almas benefactoras de ese aislado hogar en la espesura del bosque. Oró pidiendo que ellos pudiesen traer todas sus necesidades al Padre celestial, y que se dicesen cuenta de que deben buscar de él toda buena obra y dádiva perfecta. Pidió que ellos pudiesen encontrar el regalo supremo de la gracia perdonadora en Cristo, y que el Espíritu Santo fuese derramado en sus corazones. Finalmente oró pidiendo la misericordiosa protección de Dios durante la noche, encomendándose tanto a sí mismo como a todos ellos al cuidado del Padre celestial, finalizando sus pedidos con un fervoroso, “Amén”.

La oración, hecha en esa cabaña en medio del bosque esa noche de tormenta, no fue en vano. Se encaminó hacia el corazón de Dios y fue respondida, como es respondida toda oración hecha en el nombre de Jesús. Por medio de esa oración, Dios abrió el corazón de los anfitriones, que estaban cerrados para él desde hacía mucho tiempo. La oración fue la llave que abrió la puerta. Igual que Lidia en los tiempos antiguos, ellos “recibieron la Palabra con gozo”.

Había pasado gran parte de la noche cuando al viajero se le dejó ir a dormir. La pregunta suprema: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” había desplazado a las agobiantes preguntas rutinarias: “¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Qué vestiremos?”. El cansado viajero, como su Maestro sentado junto al pozo de Sicar, estaba feliz de haber resignado su sueño a fin de poder “hacer las obras del que lo había enviado”. Esa obra era mejor para él que acostarse a dormir.

Por la mañana había dejado de llover. La tormenta había pasado y el sol comenzaba a brillar entre las delgadas nubes. El extraño continuó su camino, después de haber dirigido un devocional matutino junto a la familia. Nunca lo volvieron a ver. Pero, desde ese día en ese pequeño hogar del bosque comenzó una nueva vida. Jesús se convirtió en el Señor de ese hogar. Los padres y sus hijos se deleitaban en servirle. La oración era como la respiración de la nueva vida, crecía en forma natural y espontánea. Para ellos era una fuente de tranquilidad, paz y contentamiento. El hombre nuevo no puede vivir sin respirar el aire del cielo de Dios.

En sus oraciones no se olvidaban jamás de incluir al visitante de esa tormentosa noche oscura aunque nunca supieron su nombre. En el gran Día del Señor, cuando lo secreto será revelado, ambos se encontrarán, la familia del bosque y el visitante, se reconocerán unos a otros y se maravillarán de cómo Dios hace las cosas con los hombres.

Querido lector, ¿cómo es en tu hogar? ¿Necesitas tener miedo de que el techo se pudiera venir abajo, como cuando no hay algo que lo sostenga? Es peligroso acostarse y levantarse en una casa así. Una casa sin oración es una casa sin gozo, una casa incua, no es un hogar cristiano. Si no has tenido devocionales familiares hasta ahora, reúne a los de tu casa esta noche alrededor tuyo y abre tu corazón a Dios, pidiendo por ti y por ellos en oración, y descansaréis bajo las alas del eterno amor de Dios. Ahora tienes tiempo para hacerlo. Posiblemente mañana no lo tengas.

